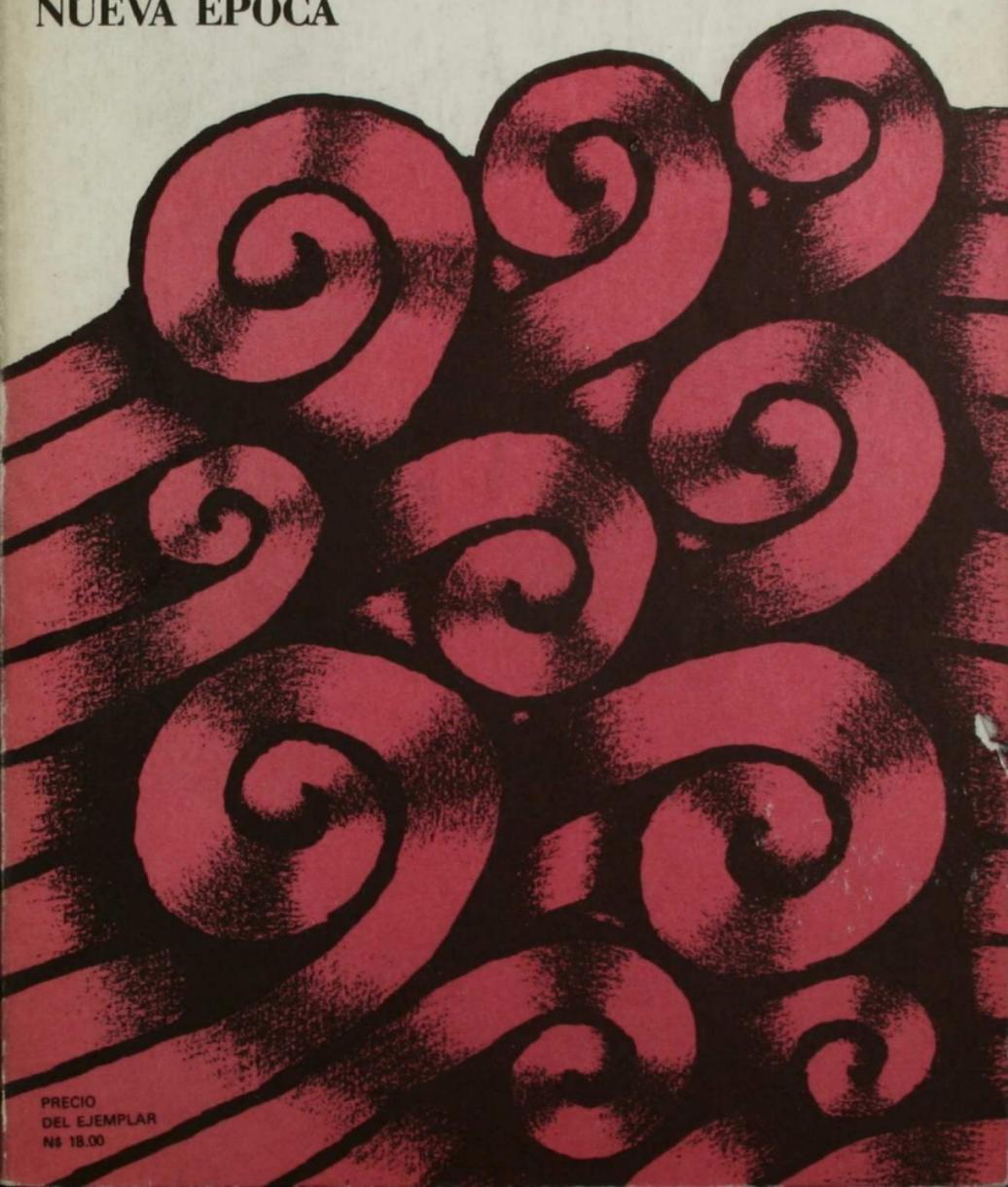

CUADERNOS AMERICANOS 45

NUEVA ÉPOCA



PRECIO
DEL EJEMPLAR
Nº 18.00

CUADERNOS AMERICANOS
NUEVA ÉPOCA

FUNDADOR: JESÚS SILVA HERZOG

DIRECTOR: LEOPOLDO ZEA

EDITORIA: LILIANA WEINBERG

COMITÉ TÉCNICO: Arturo Azuela, Fernando Benítez, Héctor Fix Zamudio, Pablo González Casanova, Marcos Kaplan, Miguel León-Portilla, Jesús Silva-Herzog Flores, Diego Valadés, Ramón Xirau, Leopoldo Zea

CONSEJO INTERNACIONAL: Antonio Cándido, Brasil; Rodrigo Carazo, Costa Rica; Federico Ehlers, Ecuador; Roberto Fernández Retamar, Cuba; Enrique Fierro, Uruguay; Laura Furci, Video-concepto; Domingo Miliani, Venezuela; Francisco Miró Quesada, Perú; Edgar Montiel, Perú; Otto Morales Benítez, Colombia; Germánico Salgado, Ecuador; Samuel Silva-Gotay, Puerto Rico; Gregorio Weinberg, Argentina.

Fernando Ainsa, UNESCO; Giuseppe Bellini, Italia; Grazyna Grudzinska, Polonia; Hiroshi Matsushita, Japón; Tzvi Medin, Israel; Sergo Mikoyan, Rusia; Charles Minguet, Francia; Magnus Mörner, Suecia; Richard Morse, Estados Unidos; Amy Oliver, SILAT; Guadalupe Ruiz-Giménez, España; Hanns-Albert Steger, Alemania.

CONSEJO EDITORIAL: Sergio Bagú, Horacio Cerutti, Ignacio Díaz Ruiz, Elsa Cecilia Frost, Francesca Gargallo, Jorge Alberto Manrique, Adalberto Santana, Valquiria Wey.

EQUIPOTÉCNICO: Hernán G. H. Taboada, Norma Villagómez Rosas, Raúl Arámbula Paz, Liliana Jiménez Ramírez y David Bazaine Zea.

DIFUSIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gisela Olvera Mejía

CONSEJO DE APOYO: Juan Manuel de la Serna, Margarita Vera.

Impresión al cuidado de Porfirio Loera y Chávez

Redacción y administración:

P.B. Torre I de Humanidades

Ciudad Universitaria

04510 México, D.F.

Apartado Postal 965

México 1, D.F. Tel. (Fax) 616-25-15

No nos hacemos responsables de los ejemplares de
la revista *Cuadernos Americanos* extraviados
en tránsito a su destino.

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

***CUADERNOS
AMERICANOS***

NUEVA ÉPOCA

AÑO VIII

VOL. 3

45

MAYO-JUNIO 1994

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 1994

NUEVA ÉPOCA
1994
AÑO VIII, NÚMERO 45, Mayo-Junio 1994

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

Las ideas contenidas en los artículos son
responsabilidad de sus autores.

No se devuelven originales. No nos hacemos responsables
de trabajos no solicitados ni nos comprometemos a
mantener correspondencia sobre los mismos.

Autorización de la Dirección General de Correos:
Registro DGC Núm. 017 0883. Características 2 2 9 1 5 1 2 1 2
Autorización de la Dirección Gral. de Derecho de Autor No. 1686
Certificado de licitud de contenido No. 1194
Certificado de licitud de título No. 1941

ISSN 0185-156X

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

Número 45

Mayo-Junio

Volumen 3

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
DESDE EL MIRADOR DE CUADERNOS AMERICANOS	
LEOPOLDO ZEA. Derechos humanos y problema indígena	11
HENRI FAVRE. Raza y nación en México, de la Independencia a la Revolución	32
HANNS-ALBERT STEGER. ¿Tiene futuro Latinoamérica?	73
MICHÈLE GUICHARNAUD-TOLLIS. Notas sobre el tiempo histórico en la ficción: la conquista de México en <i>Guatimozín</i> , de Gertrudis Gómez de Avellaneda	88
ANTONIO BENÍTEZ-ROJO. ¿Cómo narrar la nación? El círculo de Domingo Delmonte y el surgimiento de la novela cubana	103
HOMENAJE A CARLOS BOSCH GARCÍA	
PRESENTACIÓN	129
IRENE ZEA PRADO. El camino de regreso	133
VICENTE GUARNER. El adiós a Carlos Bosch García	135
DAMIÁN BAYÓN. A Carlos Bosch García, para no interrumpir nuestro diálogo	137
LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. Amigos en desacuerdo	139
FEDERICO REYES HEROLÉS. Don Carlos Bosch García	143
MARLENE ALCÁNTARA DOMÍNGUEZ. La obra de Carlos Bosch García	149
RENÉ AVILÉS FABILA. Carlos Bosch García, mi gran maestro, mi amigo entrañable	151
ROSA ISABEL GAYTÁN GUZMÁN. Carlos Bosch García. Aportes de su obra a las relaciones internacionales	155

OLGA VELÁZQUEZ RIVERA. Herencia colonial e intervencionismo en la obra de Carlos Bosch García	166
GLORIA ABELLA. México en el contexto de la competencia entre Estados Unidos y Europa en las primeras décadas del siglo XIX: un tema central en la obra de Carlos Bosch García	170
JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ. Los cambios en el orden internacional y el reconocimiento de México	180
ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO. Los demócratas, los <i>whigs</i> y la expansión territorial de los Estados Unidos	189
MARCELA TERRAZAS Y BASANTE. Carlos Bosch García, investigador y maestro	198
SILVIO ZAVALA. Carlos Bosch García, mi amigo	202
BEATRIZ RUIZ GAYTÁN. Semblanza del historiador y el hombre	205
HORACIO CERUTTI GULDBERG. Un paradigma humano y académico	209
ELSA CECILIA FROST. Carles Bosch i Garcia (1919-1994). Som i serem gent catalana, tant si es vol com si no es vol	211
ALBERTO ANTÓN CORTES. Una semblanza	215
GRACIELA ARROYO PICHARDO. Primera lección: retrospectiva	217
LIBORIO VILLALOBOS CALDERÓN. Mis recuerdos de Carlos Bosch García	223
SANTIAGO ROEL. Llanto laico en recuerdo de Carlos Bosch García	226
MARTHA DE JÁRMY CHAPA. Homenaje a mi querido amigo el doctor Carlos Bosch García	229
PATRICIA GALEANA. Recuerdo de Carlos Bosch García	232
MODESTO SEARA VÁZQUEZ. <i>In memoriam</i> : Carlos Bosch García	235
ROSA MARÍA ROMO LÓPEZ. Simplemente un testimonio	237
FEDERICO SESCOSSÉ. Crónica de un safari arquitectónico	239
MARÍA ESTHER SCHUMACHER. Carlos Bosch García, maestro y amigo	247
ENRIQUE SUÁREZ GAONA. Carlos Bosch García, amigo y maestro	249

Desde el mirador de Cuadernos Americanos

DERECHOS HUMANOS Y PROBLEMA INDÍGENA*

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

I. FILOSOFÍA DE LOS DERECHOS HUMANOS

LOS DERECHOS QUE SE OTORGAN AL HOMBRE por el hecho de ser hombre tienen su punto de partida en una cierta idea del hombre; y la idea que norma los derechos de que se viene hablando en los últimos tiempos tiene su raíz en la filosofía europea u occidental que desde sus inicios hace descansar la esencia del hombre en la razón. El hombre es hombre por ser un ente racional, así se viene exponiendo en filosofía desde la Grecia antigua. Será en dos revoluciones, la Revolución de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica en 1776 y la Revolución Francesa en 1789 que ya se hable abiertamente de los derechos del hombre. De los derechos de ese ente racional que por racional destaca sobre el resto de la naturaleza de la que también es parte. Además por ser racional es que el hombre da sentido a la misma naturaleza, y con este sentido la pone al alcance del mismo. Y ponerla a su alcance implica ponerla a su disposición, poder utilizarla, manipularla.

Ahora bien, ¿qué se quiere decir cuando se habla de derechos del hombre? Obviamente no a los derechos que éste pueda tener frente a la naturaleza, ya que es el hombre mismo el que le da sentido y, por ende, la pone bajo su dominio. Los derechos se establecen frente al hombre mismo.

Son garantías que el hombre tiene, o debe tener, frente a otros hombres. ¿Frente a sus semejantes? Aquí está, precisamente, el

* Palabras pronunciadas en la conmemoración del 443º aniversario de la fundación de la Universidad Mayor de San Marcos, Lima, entre los días 9 y 14 de mayo del presente. Durante la celebración, nuestro Director fue invitado a participar en el foro "Los derechos humanos en el mundo contemporáneo", así como a impartir una conferencia magistral sobre José Carlos Mariátegui. En esa ocasión, la misma casa de altos estudios otorgó al doctor Zea el título de Profesor Honorario en acto solemne realizado el 14 de mayo en Lima.

problema, el de la semejanza. El que todos los hombres puedan o deban ser considerados semejantes entre sí y que siéndolo, no puedan ser objeto de manipulación, tal y como lo es la naturaleza de la que tiene conciencia. Precisamente son los otros, los que son también objeto de conciencia del hombre frente al hombre, los que han estado y están expuestos a ser cosificados, esto es, instrumentados por ser objeto de conciencia. Tanto la revolución estadounidense como la francesa lo que declaran, como punto de partida, es la igualdad de todos los hombres por lo que tienen de razón y que por ser iguales no pueden ser manipulables. El hombre puede cosificar, pero no ser cosificado. En este sentido el hombre es un ente libre de toda manipulación. Sin embargo, también es obvio que la manipulación sólo puede provenir de su semejante. De un semejante que se niega a serlo y pretende rebajar a otro para así poder instrumentarlo. Entonces los derechos que enarbolan estas dos revoluciones tienen como meta defender al hombre del hombre mismo, evitar, como diría Hobbes, que el hombre sea lobo del hombre. Las dos revoluciones son, precisamente, expresión de la negativa del hombre a seguir siendo cordero del hombre, del que busca su utilización y explotación.

“Sostenemos como verdades evidentes —dice la Declaración de Independencia de los Estados Unidos— que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. En la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución en Francia se sostiene: “Todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley”. Declaraciones que tienen su origen en la filosofía moderna claramente expresada en el padre de la misma, Renato Descartes. “Lo que llamamos buen sentido o razón —dice en el *Discurso del Método*—, es por naturaleza igual en todos los hombres”. Porque es la “razón o sentido” lo que hace del hombre un hombre; es “la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de las bestias”. Todos los hombres son racionales y, por serlo, iguales entre sí. Es esta natural igualdad que tienen todos los hombres entre sí, la que no puede seguir siendo menoscabada. Es frente a este menoscabo que se declaran los derechos del hombre.

Sin embargo, el hecho de que en nuestros días se siga hablando de esos derechos, se siga enarbolando la necesaria defensa de los mismos, está implicando que los mismos no son aún plenamente reconocidos. Que existen hombres que aún se niegan a reconocer en

otro hombre a su semejante. Que pese a la racionalidad, aceptada como esencia al hombre, y como natural expresión de su igualdad con el resto de los hombres, la desigualdad sigue siendo sostenida y, con ello, el derecho, paradójico derecho, a la manipulación de quienes consideran no son sus semejantes, pese a ser entes racionales. Ni la Revolución Norteamericana ni la Revolución Francesa darán origen a una sociedad universal de hombres iguales, de pares entre pares. Todo lo contrario, surgen de ellas poderosos imperios en Europa y Norteamérica que, pese a sostener la igualdad entre todos los hombres, mantienen la explotación de unos sobre otros. En nuestros días se montan tremendos dispositivos de represión para reducir los supuestos derechos de los hombres a un solo grupo, determinado, de ellos. Los derechos del hombre aparecerán como exclusivos de unos en detrimento de otros. Ahora bien, ¿puede ser sostenido filosófica, racionalmente, este desacierto? ¿De dónde se deduce ahora la nueva desigualdad; una desigualdad que deja sin vigencia a la de la razón de que hablaba Descartes?

En el mismo Descartes encontramos ya la clave del reconocimiento de otra desigualdad entre los hombres, que va a trascender e invalidar la igualdad en la razón. Todos somos iguales, pero pese a ello, tenemos algo que nos hace a unos hombres distintos de los otros. La “diversidad de nuestras opiniones —dice Descartes— no procede de que unos sean más racionales que otros, sino tan sólo de que dirigimos nuestros pensamientos por caminos distintos y no consideramos las mismas cosas”. Se es desigual, distinto, por la educación recibida, por el ambiente en que se ha crecido, por el camino tomado a lo largo de la vida. Esto es, por lo que llamamos biografía. En otras palabras, se es individuo y, como tal, distinto de otros individuos. Es aquí donde va a surgir el problema sobre el que descansará la moral de la filosofía moderna, al hacer de esta también natural expresión del hombre, su individualidad, su identidad, el punto de partida para una nueva y racional dominación que unos hombres impondrán a otros. Lo diverso, desde el punto de vista racional, es algo accidental. Algo que sucede al hombre a lo largo de su existencia, sin que este algo afecte su racionalidad. Sin embargo, la razón, nos dice Descartes, nos distingue de las bestias, por lo que “quiero creer que está toda entera en cada uno de nosotros y seguir en esto la opinión general de los filósofos, que dicen que el más y el menos existe solamente en los accidentes y no en las formas o naturalezas de los individuos de una misma especie”. ¡Quiero creer que la racionalidad está toda entera en cada uno de

nosotros! En esta preocupación se adelanta lo que va a ser el punto de partida para una nueva discriminación del hombre sin negar su racionalidad. ¿No afectarán esos accidentes la capacidad para el uso de la razón? ¿No serán esos accidentes los que impidan la presencia entera de la razón en los hombres estableciendo nuevas e ineludibles distinciones entre ellos?

Estos accidentes, que abarcarán no sólo lo cultural, sino también lo natural, lo somático, lo que el hombre posee como parte que es de la naturaleza, aunque se distinga de ella por la razón, serán así el punto de partida para nuevas, aunque justificadas racionalmente, manipulaciones que un grupo de hombres seguirá imponiendo a otros. Accidentes culturales y somáticos van a ser el punto de partida de justificación de nuevas desigualdades entre los hombres y con ello de su manipulación. Religión, cultura, situación económico-social y raza van a ser determinantes para salvarse en una sociedad que a través de dos grandes revoluciones había sostenido la igualdad entre todos los hombres. Cierto, todos los hombres son iguales por tener razón; pero son distintos por su capacidad en el uso de la misma. Y esta capacidad podrá estar reducida por múltiples accidentes, tales como el poseer un cuerpo que impida a la razón expresarse con plenitud. O bien poseer una experiencia cultural limitada, primitiva. La razón, aun siendo natural a todos los hombres, se encontrará limitada por el cuerpo en que se encuentra, o por la ignorancia, la barbarie, el primitivismo, todo aquello que ha impedido a la razón su pleno y adecuado uso. En este sentido, lo que parecía ser accidental, la naturaleza y la historia, va a ser determinante en las nuevas formas de justificación de la dominación. La desigualdad existe, racionalmente, entre el civilizado y el bárbaro, entre el desarrollado y el subdesarrollado. Y, con ello, la aceptación racional de la subordinación del así inferior al superior. La desigualdad, supuestamente accidental, justificará no ya el dominio de un hombre sobre otro, sino el de grupos, de pueblos, sobre otros grupos y pueblos. Estarán por un lado los pueblos que han tomado conciencia de la igualdad racional de todos los hombres, y, por el otro, los que han accedido a este conocimiento posteriormente. Hombres y pueblos aptos para el uso de la razón y hombres que carecerán de la experiencia de tal uso y que, por lo tanto, han de aprender previamente, han de ejercitarse, antes de poder considerarse como semejantes a quienes ya son maestros en tal uso.

Pero analicemos otro aspecto de esos derechos, como lo es el que tienen todos los hombres de darse el gobierno que sea la expresión de la voluntad de todos sus miembros. De la igualdad se

deduce ahora un tipo de gobierno que sea la expresión de la libre voluntad de todos sin discriminación alguna. Para garantizar los derechos del hombre "los hombres instituyen —dice la Declaración de Independencia de los Estados Unidos— gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a retomarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se fundamente en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad". Por otro lado, en los Derechos del Hombre y el Ciudadano se establece que "La ley es la declaración libre y solemne de la voluntad general; ella es igual para todos".

Sin embargo, quienes sostienen tales derechos van a negar los mismos a otros pueblos situados en la periferia de su geografía e historia. Pueblos distintos cultural y somáticamente y, por ende, con distintos derechos. Sólo quienes han tomado conciencia de su propia igualdad con otros hombres se consideran iguales entre sí, aunque distintos de quienes no tienen aún esta conciencia. Distintos, desiguales, van a ser los hombres que han entrado en su historia y que, paradójicamente, han originado esas sus reflexiones. Los hombres de los pueblos que sufrirán las consecuencias de la conquista y dominación por parte de los mismos hombres que han tomado conciencia de lo que hace a un hombre esencialmente igual a otro. Esencia de lo humano que no podrán reconocer en entes fuera de la propia geografía, historia y cultura. Existen, así, hombres que tienen clara conciencia de lo que es esencial al hombre y, por ende, de la necesaria igualdad que los hombres han de guardar entre sí; pero también entes cuya humanidad va a quedar en entredicho mientras no justifiquen o sea justificada su supuesta humanidad, ante quienes esencialmente la poseen. Diferencias, posiblemente accidentales, pero que impiden se haga patente lo que es esencial al hombre.

Filósofos como Juan Jacobo Rousseau captarán el origen de la desigualdad en un conjunto de hechos históricos y, por históricos, accidentales, de los que se ha derivado la desigualdad presente. Desigualdad que tiene su origen, nos dirá el filósofo, no en la reflexión racional, sino en la voluntad de los más fuertes que han decidido apoderarse de lo que debía ser de todos los hombres, "esto es mío", dicen, creando la propiedad, lo cual es simple despojo hecho a quienes deberían ser considerados como sus semejantes. ¿Cómo cambiar esta situación? Volviendo al principio de esta historia de despojo, e iniciando una nueva historia, la cual sea expresión de la

voluntad de todos los hombres. Volver a los principios de la sociedad antes de que su historia hubiese sido desviada por la ambición y codicia de unos hombres en perjuicio de otros. Y en esta vuelta al principio de la sociedad aparece la figura del "Buen Salvaje". ¿Quién es el "Buen Salvaje"? Es el hombre sin historia. ¿Cuál historia? La historia que, de acuerdo con Rousseau, ha originado las desigualdades. El "Buen Salvaje" es semejante a Adán antes del pecado. Para poner fin a una sociedad basada en las desigualdades impuestas por unos hombres a otros, habrá que olvidar su historia e iniciar otra. Habrá que confesar el pasado como pecado, y ya inoentemente iniciar una nueva historia. ¿Quiere esto decir que el europeo que piensa así va a situarse en un plano de igualdad con ese buen salvaje con el que se ha encontrado en esa negativa historia suya de violencia y latrocinio? No, tan sólo quiere semejar a la supuesta inocencia del primitivo, e inocente de todo pasado con una nueva sociedad que sea ya expresión de la voluntad de todos sus miembros. Un gran Contrato Social cuyo orden no se derive de la violencia del más fuerte.

Pero dentro de esta sociedad, que ha de ser expresión de la voluntad de todos los hombres, el "Buen Salvaje", el primitivo, el salvaje, descubierta y conquistado no tendrá asiento. Y no lo tendrá porque no tiene, entre otras cosas, la experiencia que de su historia tiene el europeo. Bueno será empezar de la nada en que parece encontrarse el "Buen Salvaje"; pero no de su ignorancia. El "Buen Salvaje" no podrá rehacer una historia de la que carece, esto sólo podrá hacerlo el hombre consciente de la historia que sabe ha de ser cambiada. En la sociedad que tiene que ser rehecha, el "Buen Salvaje" no tiene lugar. Este lugar habrá de alcanzarlo, si antes llega a demostrar su capacidad para ser parte de esa sociedad. Y de ésta su capacidad sólo podrá juzgar quien tiene ya de la experiencia que ha hecho posible tal sociedad. A partir de este punto de vista, el "Buen Salvaje" se transformará en bárbaro, o primitivo, o simplemente en salvaje, y por ello más cercano al animal que al hombre. Acabará siendo, como dirá Arnold Toynbee, parte de la naturaleza por explotar. Un ente natural como lo es la flora y la fauna que ha de ser utilizada o anulada por el hombre por excelencia.

De esta manera, el hombre que enarbolará la bandera de los derechos del hombre que, como tal, le son innatos, establecerá, igualmente, nuevas formas de desigualdad que en nada se distinguirán de aquéllas de las que este hombre se ha liberado y frente a las

cuales surgieron las revoluciones en Europa y América. Las desigualdades que parecían ser accidentales se van a transformar en esenciales. Existe una desigualdad natural que hace que unos hombres sean distintos de otros, pese a poseer todos una razón. Y es a partir de estas diferencias, desigualmente innatas, que unos hombres están condenados a mandar y otros a obedecer. Todos estos hombres son entes racionales, pero unos más capacitados para el uso de la razón que otros. Los filósofos de las Luces, la Ilustración, hablarán de una nueva sociedad creada por hombres que se saben iguales entre sí; pero no al alcance de hombres que, por diversos accidentes, no tienen aún, al menos, capacidad para actuar en ella. Lo cual valdrá, inclusive, entre los hombres que han tomado conciencia de este hecho. Aun dentro de ellos habrá quienes tendrán que quedar fuera de tal orden. Fuera del orden de la clase social que, inconforme con la situación que le había sido impuesta, se ha rebelado para crear un orden más justo. Se trata de rehacer una historia en la que se carece de privilegios, pero no de anular los privilegios. Sin negarse la razón como esencial a todos los hombres, y la libertad que se deriva de ella, este nuevo grupo social establecerá formas de desigualdad justificadas de acuerdo con esa misma razón. Formas de desigualdad que han de ser aceptadas por quienes las sufran. Las desigualdades que dentro de esta sociedad creada por hombres que se expresen libremente serán denunciadas por quienes sufran en ella nuevas explotaciones. El antiguo explotado creando ya las bases de una nueva explotación. La explotación que, entre otras filosofías, es denunciada por el marxismo, explotación a partir de la cual se creará un nuevo y gigantesco gran sistema. Será esta misma desigualdad la que se lleve allende las fronteras de la ecumene de los creadores de un supuesto nuevo orden social. Hombres, pueblos, racionalmente sometidos a nuevas formas de explotación para el logro de un progreso que, aun siendo infinito, no alcanzará a realizarse entre quienes son instrumentados.

Es esta desigualdad física, natural y cultural lo que en nuestros días vuelve a replantear el problema de los derechos humanos. La igualdad racional como esencial al hombre carece de validez a partir de la desigualdad física, económica y social que hace del hombre instrumento del hombre. Desigualdad que sigue justificando la violación de derechos que se consideraban inalienables. Violencia que se sigue realizando sobre los hombres y pueblos a los cuales se ha negado la igualdad como individuos concretos y no ya más como abstracciones. Hombres que se resisten a aceptar distinciones que

les niegan como hombres. Hombres concretos con un color de piel, una cultura, un *status* social y económico y unas determinadas opiniones. Y que, por tener todo esto, son precisamente individuos. Habrá entonces que replantear el problema de la esencia del hombre, que no es lo simplemente racional. El hombre como una gran unidad de razón, naturaleza e historia. Y como realidad, diverso, cada hombre, de los otros; pero no tan diverso que deje de ser hombre. Los hombres iguales entre sí, pero no por la razón supuestamente bien repartida entre todos ellos, sino por su concreción, por su personalidad, individualidad e identidad. Y así establecer que los hombres son iguales entre sí, por ser distintos. Y que es esta distinción, individualidad o identidad de cada hombre y de cada pueblo como conjunto de hombres la que ha de ser respetada y garantizada. Aceptar que todos los hombres tienen derecho a ser personas y a actuar como tales. Y que como tales no pueden ser manipulados. Que lo distintivo no siga siendo visto en un plano vertical de dependencias, sino en plano horizontal de solidaridad. Que no se es superior o inferior por la raza, ni la cultura ni la experiencia histórica, sino igual por tener todo eso; porque todos los hombres poseen una raza, una cultura y una historia. Y a partir de este reconocimiento establecer el ámbito de posibilidad y defensa de estos derechos. Derechos de hombres concretos y no de abstracciones que lejos de igualar mantienen viejas desigualdades, aunque a las mismas se den otras justificaciones, por racionales que ellas puedan parecer.

La necesidad de revisar la filosofía que había animado las dos grandes declaraciones sobre los derechos humanos, la planteó la brutalidad, la violencia hecha a esos derechos en la Segunda Guerra mundial. La Asamblea General de las Naciones Unidas, terminada esa guerra y derrotado el totalitarismo, proclamó, el 10. de diciembre de 1948, la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Declaración que surgirá como consenso de los diversos puntos de vista de hombres de todas las latitudes, razas y culturas. El consenso de hombres que habían luchado y sufrido en una guerra brutal en la que el hombre llegó a ser simplemente un objeto manipulable en esa violencia. Guerra en la que todas las expresiones de lo humano, toda dignidad debida al hombre, fueron anuladas. La lucha había sido contra este rebajamiento del hombre, y el triunfo, triunfo del hombre mismo. La Declaración que ahora surgía con la aprobación de representantes de hombres de todas las latitudes del planeta, sin discriminación alguna, era la expresión de esa victoria. Y expresión, igualmente, de la idea que estos diversos hombres

tenían de esa su humanidad cuyos derechos reclamaban. Con palabras que recuerdan declaraciones que antecieron a ésta, dice el Artículo 1o. de la Declaración: "Todos los seres nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros". Agregándose algo nuevo: "Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen natural o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición". Quedando ahora fuera de toda discusión, por lo que respecta a los derechos humanos, ese conjunto de *accidentes* en que se había basado la nueva discriminación y dominio del hombre sobre el hombre. El hombre es hombre, con independencia de sus múltiples expresiones, es más, lo es por ser expresión concreta de lo humano.

¿Qué ha sucedido tres décadas después de la aprobación de esta Declaración? Obviamente, esta declaración, como las que le antecieron, no ha impedido que los derechos inherentes al hombre sigan siendo violados. El hombre, viejo lobo del hombre, se las ingenia, una y otra vez, para justificar violaciones en su exclusivo beneficio. Los hombres que dieron origen a las declaraciones de 1776 en los Estados Unidos y 1789 en Francia, así como sus herederos, se las ingenieron para que tales derechos quedasen limitados al grupo de intereses por ellos representados. Se las arreglaron, como hemos visto, por mantener la justificación que se había dado a la violación de esos derechos, la desigualdad que, por naturaleza, tienen los hombres entre sí. Hicieron de esta desigualdad la justificación y punto de partida de nuevas violaciones. Los hombres, iguales entre sí por la razón, no lo eran por la raza, la cultura o la situación social y económica. Ahora bien, la Declaración aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas sostiene que tales derechos están por encima de todas las expresiones de desigualdad entre los hombres.

¿Se ha logrado dar un nuevo y decisivo paso? Por desgracia no, la Declaración es tan sólo una demanda más, una conminación moral que, como tal, tan sólo aspira a que sea universalmente reconocida. Un reconocimiento racional, consciente, del que depende el respeto a esos innegables derechos de lo humano. Los hombres, racional y conscientemente, han de aceptar el respeto a los derechos proclamados. ¿Cuáles hombres? ¿Qué hombres han de posibilitar, con su asentamiento, el respeto a tales derechos? Esta demanda

sólo puede estar encaminada a solicitar tal respeto a quienes insisten en violarlos o escamotearlos. Ahora bien, quienes se empeñan en esta violación, lo hacen porque la posibilidad de tal respeto significará la anulación de privilegios a los que no están dispuestos a renunciar. Respetar tales derechos implicará aceptar la demanda de igualdad que han de mantener entre sí todos los hombres.

Esto es, la aceptación de una relación que pondría fin a explotaciones y manipulaciones y, con ellas, a los privilegios que se derivan de las mismas. ¿Cómo es que Naciones Unidas demanda este necesario respeto de los derechos humanos? Tal demanda se la hace descansar en el hecho de que todos los hombres están dotados de razón y conciencia, que deben ser aceptados sin restricciones tales derechos. Es una demanda a la razón y la conciencia del hombre, y de acuerdo con ellas a la voluntad que, por eso mismo, ha de conducirse por esta vía. Demanda a la buena voluntad de los hombres, de los que, por supuesto, se han venido empeñando en lo contrario. El resultado lo sabemos treinta años después: la falta de respeto a los derechos humanos hace que se insista en la demanda.

¿Quiere esto decir que quienes se empeñan en tales violaciones actúan irracional e inconscientemente? Los violadores de los derechos reclamados en 1776 y 1789 no actuaron irracional e inconscientemente para mantener viejas violaciones, simplemente, racional y conscientemente supieron encontrar nuevos argumentos. Igual podremos decir de quienes hasta nuestros días se empeñan en mantener desigualdades, y a través de ellas justificar nuevas violaciones a esos derechos. El orden que siguió a la Declaración de los Derechos Humanos de Naciones Unidas sigue manteniendo las desigualdades que justifican y originan tales violaciones. Los hombres, pese a lo establecido en la Declaración, no se comportan fraternalmente con otros hombres por el hecho de ser antes de razón y de conciencia. Es más, esa razón y esa conciencia ofrecen nuevos argumentos para mantener desigualdades y, con ellas, la manipulación que hace del hombre un instrumento. Porque la razón y la conciencia de quienes así actúan se niega a renunciar racional y conscientemente a su situación.

De esta forma, la razón y la conciencia que hacen a los hombres iguales entre sí y les dotan de dignidad y derechos, no bastan para que sus concretos portadores acepten la limitación de los que consideran inalienables derechos en beneficio de los demás. A la inversa, hacen de estos sus derechos algo que no puede ser afectado en beneficio de otros. Esta afectación, paradójicamente, es vista

como contraria a los derechos humanos que se habla de defender. En otras palabras, la igualdad que entre sí han de guardar todos los hombres sigue siendo negada, y con esta negación el respeto al derecho ajeno, el no querer para otro nada que no se quiera para sí. Racional, conscientemente, el hombre en relación con los que considera son sus derechos, se niega a reconocer los de los otros, en cuanto éstos afectan los propios. La lucha es ahora por el mantenimiento de derechos alcanzados, derechos hegemónicos, frente al reclamo de quienes no han alcanzado tales derechos y exigen universal respeto a los mismos. Por ello las guerras entre naciones, entre potencias, prácticamente han terminado. La guerra es ahora por el mantenimiento de hegemonías alcanzadas, porque las mismas no se vean afectadas por los reclamos de quienes se niegan a seguir sufriendo tal hegemonía. Las potencias ahora tan sólo se preocupan por mantener, entre sí, un relativo respeto por la hegemonía alcanzada, así como manos libres por lo que respecta a la represión de quienes se resistan a seguir siendo instrumento de los intereses de esas hegemonías. A las guerras entre potencias han sucedido las guerras de subversión y represión. Guerras intestinas a nivel planetario para mantener o subvertir órdenes impuestos.

En los últimos años se han perfeccionado, no tanto las armas para disuadir una potencia de afectar hegemonías alcanzadas, como para disuadir a hombres y pueblos que se nieguen a seguir siendo objeto de manipulación. Armas múltiples y sofisticadas estrategias de disuasión son montadas para evitar reclamos y subversiones. Para evitar que los derechos del hombre, cuya demanda reclama Naciones Unidas, puedan ser preservados. Pese a que en los considerandos de esas demandas se hable de la necesidad "esencial de que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de derecho a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión". Esto es, Naciones Unidas reclama la vía racional y consciente para que de esta forma sea evitada la de la violencia revolucionaria, la de la rebelión a que todas las declaraciones se refieren como último recurso. Sin embargo, esta apelación, racional y consciente, ha demostrado su ineficacia, dándose origen a las múltiples expresiones de subversión y terrorismo y la brutal represión que les siguen. El terrorismo para la subversión y terrorismo para la represión, racionales y conscientes. Racionalidad consciente y fría con la que se justifica la misma anulación de los derechos del hombre en supuesta defensa de los mismos. El secuestro y el asesinato para supuestamente hacer prevalecer tales derechos, utilizados tanto por el que subvierte el orden

que por el que dice mantenerlo. Racional, conscientemente, desde diversos ángulos, se enarbolan los derechos humanos para violarlos en supuesta defensa de los mismos. Lo cual es índice de que el simple régimen de derecho resulta ser insuficiente, si el mismo no cuenta con algo más que la buena voluntad de quienes han de darle vigencia. Sólo es un largo camino, empedrado de buenas intenciones, el que conduce a la anulación de tales derechos. Supuestas buenas intenciones de quienes, a lo largo de la historia, han ya alcanzado situaciones hegemónicas a las que no están dispuestos a renunciar. Y las cuales, al parecer, no podrán ser afectadas sino por la violencia, la que, por ser tal, es contraria a los derechos humanos.

Los derechos que pueden ser igualmente instrumentados para negarlos a partir de una limitada concepción de su alcance. Los derechos como algo exclusivo sólo al servicio de quienes los enarbolan. Así vemos cómo de la Revolución que en América enarboló tales derechos en 1776 surgió la gran potencia imperial de nuestros días, y cómo de los derechos humanos enarbolados por Francia en 1789 surgió el imperio de Napoleón Bonaparte. Por ello, la Declaración aprobada por la Asamblea de las Naciones Unidas en su artículo 30 ha expresado: "Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que se confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración". Ya que, paradójicamente, la supuesta defensa de los derechos humanos puede también justificar, como ha justificado, acciones violatorias de los mismos.

Ahora bien, ¿quiere esto decir que estamos en un callejón sin salida pese a la apelación a la razón y la conciencia de los hombres? Considero que el primer paso para salir de este callejón deberá ser el considerar, racional y conscientemente, lo que con esta razón y conciencia se ha hecho hasta ahora. Racionalidad y conciencia vueltas sobre sí mismas para descubrir, desenmascarar los resortes y justificaciones de la violación de aquello que se habla de defender. Deberá atenderse el trasfondo de intereses diversos que hacen de esos derechos un simple instrumento de manipulación del hombre. Desenmascarar, racional y conscientemente, la racionalidad y conciencia empeñadas en mantener desigualdades que sólo benefician a quienes las sostienen. Desenmascarar racional y conscientemente los mecanismos de la violencia que ha ido anulando toda expresión moral y legal hasta culminar en la brutal competen-

cia en el uso de tal violencia. ¿Quién puede ser más violento, el victimario o la víctima?

Será a partir de esta racionalización y conciencia manipuladoras que, acaso, pueda establecerse otra relación entre los hombres que no sea ya la vertical de la manipulación y dominio de unos hombres sobre otros, sino, por el contrario, una relación horizontal de solidaridad igualmente racional y consciente. Pero sólo a partir de hombres que estén dispuestos a renunciar a dominios, pero no por un acto de supuesta buena voluntad, sino por ser éste el único camino para evitar que la violencia logre lo que no pueden las razones. Para que el hombre mismo, con todos sus derechos, no se destruya a sí mismo creyendo que con esa destrucción puede hacer prevalecer su propia mezquindad. ¿Quiere esto decir que hemos de volver al racionalismo del que hablamos al iniciar este trabajo? ¿Al racionalismo como camino empedrado con buenas intenciones que conduce al infierno? Pienso que no, que no es este racionalismo al que debemos apelar, sino simplemente al hombre que lo hace posible. Al hombre que, entre otras cosas, es capaz de razonar y tener conciencia, sin que este razonamiento y conciencia lo avasallen y aniquilen sus otras múltiples expresiones. Es a este hombre, múltiple, diverso, y por ello concreto, al que hay que apelar para que sus derechos como tal no sean nunca más menoscabados. Al hombre que, por ser tal, tiene que ser respetado, y por ende a no ser ya más rebajado ni utilizado.

II. EL INDÍGENA EN LA FORMACIÓN DE LATINOAMÉRICA

La suposición de que el problema indígena es un problema étnico, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista.

José Carlos Mariátegui

DIFÍCIL, en extremo, ha sido, y aún sigue siendo, comprender el papel del indígena, el indio, en la formación e integración de las nacionalidades que van surgiendo en la América Latina. El indio, desde el mismo momento en que fue vencido, conquistado y colonizado por España, pasó a formar parte de lo que se llama el proletariado, el "proletariado interno" que diría Toynebee. Al indio

le tocó asumir el puesto más pesado y difícil de la sociedad surgida al terminarse la conquista. La división de clases, que fue al mismo tiempo división de trabajo en las sociedades llamadas occidentales, tomó en esta América el carácter de una división de castas, un carácter racista que Europa ya había trascendido por obra y gracia del cristianismo. El indio fue visto como un instrumento al servicio de los intereses de sus conquistadores. Los trabajos más rudos correspondieron al vencido, quedando los del mando al conquistador y sus herederos. El mismo hombre al que en la península le había tocado el papel de proletario, se transformó en las tierras conquistadas en señor, amo, resistiéndose a tomar cualquier papel que le recordase la causa de su rebelión y el origen de una aventura que le había permitido invertir su situación. Numerosos ejemplos hay de la fobia que el nuevo señor tomó por quehaceres que le recordasen su antigua condición. Estos quehaceres, considerados como viles, serían para el indígena que no había podido resistir su empuje. Millares, millones de hombres de otros hábitos y costumbres, pero más aún, de carne cobriza y ojos oscuros, hombres racialmente distintos, estaban allí para "callar y obedecer", como diría un virrey español en la Nueva España. Estaban allí para hacer producir a la tierra que fuera de los indígenas, pero que ahora pertenecía a sus conquistadores; junto con las tierras se adquiriría también la propiedad de sus hombres. Allí estaban, también, las mismas manos morenas, para ejercer todas las artesanías que nunca un noble o un hidalgo deberían tomar. Una nueva nobleza, una nueva hidalguía, surgida en las descubiertas tierras de América.

Nueva España, Nueva Granada, Nueva Galicia y otros nombres semejantes más, puestos a las tierras conquistadas y colonizadas, son una buena expresión del espíritu que animaba a los hispanos que las habían hecho posibles con su arrojo y valor. La soñada utopía, la ínsula ambicionada por Sancho, era una realidad en esas tierras. Tierras con vasallos y toda clase de sirvientes. Tierras en las que los labriegos, o hijos de labriegos, los artesanos o hijos de artesanos, podían vestir con terciopelos y disfrutar sus cuellos para ejercer el mando y señorío que antes debieron sufrir. Frente a esta ambición y desatada codicia estaba, desde luego, el cristianismo que había dado fin a la esclavitud y sus justificaciones en la vieja Europa. El conquistador y sus descendientes, al igual que los antiguos griegos, trataron de justificar su vasallaje, negando al indígena la calidad de Hombre; bestias o menos que bestias deberían ser esos entes tan distintos física y culturalmente de sus conquistadores. Pero no en vano España había pasado varios siglos

en lucha abierta contra otros hombres, igualmente distintos racial y culturalmente, los árabes, para comprender que la mejor forma de crear un auténtico imperio es incorporando a los conquistados; máxime un imperio cristiano, sueño de muchos de los más destacados españoles. De allí la polémica Sepúlveda-Las Casas sobre la naturaleza del indígena americano. Polémica en la que triunfó el humanismo cristiano-español reconociendo la humanidad de los indígenas y, con ella, los derechos inherentes a la misma. Sin embargo, se aceptó la diversidad cultural de conquistadores y conquistados, que sirvió de justificación para mantener el predominio de los primeros. Indios y españoles eran semejantes por el origen del divino Creador de unos y otros, pero diversos por su formación cultural, diversidad legada ahora a la tenencia de la verdad. Y no existía más que una verdad, la cristiana, y de esta verdad habían permanecido alejados los indígenas, por una serie de razones que los más estudiosos de los misioneros encargados de atraerlos al seno de la cristiandad trataron de explicar. Desviados, engañados por el demonio, los hombres de estas tierras conquistadas se habían alejado de la senda divina. Era a sus cristianos conquistadores a quienes tocaba el piadoso papel de evangelizadores, de encargados de enseñar la luz de la verdad a los extraviados hijos de las nuevas tierras americanas. La Corona española, dando razón al punto de vista cristiano de Las Casas, Vitoria y otros grandes humanistas, no aceptó la tesis esclavista. Aceptó tan sólo la inferioridad cultural de los indígenas y "encomendó" a los peninsulares la tarea de incorporar a esos hombres al seno de una España cristiana. No se concedieron esclavos, sino "encomiendas", una especie de albaceas serían los colonizadores y sus descendientes, mientras el indígena trascendía su infancia y llegaba a la madurez que le permitiría el pleno uso de una autonomía que no se le negaba.

Pero fue desgraciadamente por este camino que se entronizó la inevitable diversidad de castas. El que debería ser maestro se transformó fácilmente en nuevo amo y el pupilo en vasallo y sirviente. El español y sus descendientes, los criollos, mantuvieron su papel social, cultural, político y económico predominante, dejando a los indígenas el papel de proletario del campo o de las ciudades que surgían. Peones en las extensas propiedades de la nueva nobleza; peones en las minas de oro y plata; peones en las más rudas de las artesanías. Vergonzosa fue la condición de estos trabajos, y por ende, vergonzosa fue también la situación social en que se pretendió dejar a los que fueran encomendados pupilos. Grandes y violentas

han sido las críticas que los Saco, Sarmiento, Alberdi, Mora, Lastarria, Bello y otros grandes pensadores hispanoamericanos han hecho de los hábitos y costumbres heredadas por las naciones latinoamericanas que surgieran al romper políticamente con la metrópoli; herencia de repulsa para el trabajo manual en el campo o las ciudades, considerándosele propio de hombres de baja condición; todo lo opuesto al espíritu que había hecho posible el surgimiento del hombre orgulloso de haberse hecho por sí mismo, el *self-made man*, el hombre de acción que en el norte de la misma América hizo posible una poderosa nación, los Estados Unidos de Norteamérica, modelo y meta de los hombres que en Latinoamérica se empeñaron en hacer de sus pueblos naciones semejantes.

Pero fue esta misma división social, apoyada en una separación de castas, la que permitió la ineludible aportación del indio a la cultura y nacionalidad latinoamericanas. Ya desde el mismo momento en que se inicia su dura servidumbre, empieza a hacerse sentir su impronta en el mundo que van creando, quiérase que no, conquistadores y conquistados, colonizadores y colonizados. Ya Hegel escribía, en su *Fenomenología del espíritu*, cómo el amo, a fuerza de mandar y de no hacer con sus propias manos lo que encomendaba al esclavo, iba perdiendo la capacidad creadora que da el auténtico predominio sobre el mundo, que iba cayendo, a su vez, en manos del esclavo capaz de realizar la transformación del espíritu ciego, natural, en un espíritu consciente, objetivo. Idea recogida por el marxismo para el cual pensar es actuar y el hombre es producto de la naturaleza, y transforma a la naturaleza en producto de su acción, de una acción concreta, la acción encarnada en el proletariado. Y fue y es en esta América al indígena a quien ha tocado tal papel. Y allí está, ya desde los inicios de éste su papel en una historia que es ya común a todos los hombres, la marca que ha dejado en la obra que necesariamente ha hecho en común con el español que le conquistó y colonizó. Dentro del arte, han sido los callados y sufridos peones indígenas los que han originado el barroco y churrigueresco de los templos cristianos que se alzaron bajo la dirección de sus dominadores. Allí está el mismo cristianismo, los ritos de la Iglesia que los incorporó, indigenizados, paganizados por los hombres que los han hecho suyos con la fuerza de la acción. Allí están, en muchos otros aspectos, no sólo la impronta sobre la piedra labrada y la obra de arte de múltiples formas, sino en los mismos hábitos y costumbres, mezclados entrañablemente con los de su dominador, sirviendo al mismo tiempo de impulso y obstáculo, estimulando una

veces, frenando otras, los sueños y luchas para realizar una nación moderna, una de las naciones que van surgiendo en esta América española e indígena.

¿Pero se ha reducido la presencia del indio en Latinoamérica a una acción inconsciente en la formación de su nacionalidad? No, de ninguna manera. La colonización, realizada la conquista, no fue fácil. No se trató, tan sólo, de imponer una situación y hacerla obedecer por el simple hecho de ser esta situación impuesta por los vencedores; hubo algo más, la capacidad del discípulo, del "encomendado", para aprender las lecciones de un humanismo por contrapartida; las lecciones de que siendo él un hombre, hombre entre hombres, no tuviese los mismos derechos de quienes se decían encargados de llevarlo por la senda del cristianismo y del humanismo. De sus maestros-amos aprendió ideas y conoció banderas que hizo suyas y enarboló contra los mismos cuando se negaron a reconocerlas en él mismo, o al menos a retardar tal reconocimiento con el sobado pretexto de su inmadurez. En nombre de estas ideas, movidos por la desesperación y la incomprensión, los indígenas se amotinaron una y otra vez; se alzaron y desataron guerras que se llamaron de castas. Guerras terribles que originaron castigos no menos terribles como el del legendario indio peruano Túpac Amaru, entre otros muchos menos famosos, pero no menos trágicos.

Al iniciarse los movimientos de independencia que cortaron las ligas de dependencia política de las actuales naciones latinoamericanas de la metrópoli española, fueron los indígenas los que ofrecieron una vez más la fuerza de sus brazos, los cerrados puños enarbolando las armas que derrotarían al dominador español. De estas masas se nutrieron los ejércitos insurgentes que en México y en el altiplano andino lucharon contra las tropas llamadas realistas. Cierto es que de una dependencia pasaron a la otra, a la de los criollos que lucharon, no por el cambio social que sin plena conciencia aún buscaban indios y mestizos, sino por un simple cambio político que les diese la dirección de una sociedad en la que no tenía por qué haber alteraciones sociales. Fueron estas mismas masas indígenas las que dieron a los libertadores mexicanos, como Hidalgo y Morelos, el carácter de reformadores sociales y no simplemente el de emancipadores políticos. A estas masas, carne de cañón de las luchas de emancipación, interesaba menos el gobierno político por el que luchaban los directores criollos, que una reforma que transformase la tenencia de la tierra, para que los frutos de su trabajo sirviesen al menos a un mínimo de su bienestar material y el de sus familiares.

También las masas indígenas ofrecieron las infanterías con las que se enfrentaron a las fuerzas del pasado los líderes latinoamericanos que aspiraban a convertir a sus pueblos en naciones modernas. El indígena, abandonando campos cuyos frutos, obra de su trabajo, no le pertenecían, siguió a los nuevos líderes en sus sueños, comprendiendo que tal cambio implicaría el cambio social por ellos a su vez soñado. Nuevas frustraciones siguieron a estas luchas. Nuevas justificaciones para mantener un dominio que no se quería dejar y que pasaba de peninsulares a criollos; y de criollos a mestizos, dejándose al indígena el papel de proletario puro y simple. Por obra y gracia de un pseudoliberalismo, como sucedió en México con el llamado porfirismo y en otros lugares de la América hispano-indígena, los latifundios sucedieron a las antiguas haciendas de los encomenderos y con ellas formas de esclavitud que no se diferenciaban de las anteriores, pese a los discursos públicos en los que se hablaba, hasta el empacho, de libertades y progreso. El indígena seguía siendo el retardado infante al que no se le reconocía mayoría de edad y, con ello, capacidad para actuar como un hombre sin más, como hombre entre hombres, con los mismos derechos y responsabilidades con que simulaban cargarse los que seguían presentándose como sus ineludibles protectores, tutores y albaceas permanentes.

Han sido y son estas mismas masas indígenas las que en nuestros días han originado revoluciones de metas ya abiertamente sociales. Han sido estas masas las que han hecho posible la Revolución Mexicana de 1910 y ahora se van haciendo sentir en el altiplano andino en donde aún existe la división social en función de una división de castas. La Revolución Mexicana, que surge en sus inicios como una nueva revolución política, animada por principios como el de "Sufragio efectivo, no reelección", se transforma por obra y gracia de la intervención abierta de los campesinos, encabezados, entre otros, por un Emiliano Zapata, con principios como el de "Tierra y Libertad", en una revolución social que llega, también, a la todavía incipiente industria. Los peones del campo y los peones de la ciudad, las minas y fábricas, dan no sólo las infanterías, sino también las ideas por las que ha de marchar la revolución. Una revolución en la que interviene la poderosa fuerza del mestizo que sueña, también, con hacer de México una nación moderna. El mestizo, precisamente, flor y fruto de la unión del conquistador y el conquistado. El mestizo y el mestizaje con el que desaparece la odiosa discriminación racial que, de una manera u otra, hizo posible el orden heredado por Latinoamérica y que va felizmente desapareciendo.

La Revolución Mexicana iniciada en 1910, expresión primera de otras revoluciones que van surgiendo en Latinoamérica, siguiendo las rutas que les marcan a cada nación sus respectivas circunstancias, fue un gran crisol que permitió no sólo la mestización racial de los mexicanos, sino también la cultural, económica y social. El indio, abandonando sus ajenas tierras o reclamando mejores salarios en las nacientes fábricas, se volcó sobre todo lo largo y lo ancho de lo que forma la nación mexicana; regó con su sangre estos campos y tierras, uniéndose a los otros muchos mexicanos que luchaban con diversos sueños, que con el tiempo acabaron por serles comunes. Indios, blancos y mestizos se mezclaron luchando por sus diversos motivos y sueños. Las infanterías ya no fueron formadas por indígenas, ni los caudillos fueron ya hombres de piel más o menos clara. Soldados de infantería o caballería, de piel blanca o apiñonada, siguieron fiera y ciegame a caudillos, generales improvisados de oscura piel y cabello hirsuto. Y también indígenas de diversos lugares de México siguieron a caudillos blancos o morenos, de ojos azules u oscuros, sin importarles a las infanterías ya confundidas de blancos e indios, el color de la piel de sus caudillos, sino tan sólo las metas perseguidas. Algo semejante, quizá, suceda pronto en otros lugares de esta América indohispana, formándose así la nación soñada.

La Revolución Mexicana no es, ni ha sido, la Revolución Socialista que posteriormente se ha hecho sentir en otras partes del mundo. Quizá pudo haberlo sido de haber predominado la fuerza pura del indígena que participó en ella. No fue así, pero tampoco se trata de una nueva frustración indígena, como la sufrida por sus hombres con el triunfo de la emancipación política frente a España o la supuesta revolución liberal que también se expresó en toda Latinoamérica. Otra fuerza, fruto de la unión del indio con su conquistador, el mestizaje de que hemos venido hablando, se hizo también sentir con todas sus energías. Esta fuerza buscó la conciliación, la misma conciliación que llevaba en su sangre los sueños de reforma social que animaban al indígena con los frustrados sueños del mexicano que aspiraba a hacer de México una nación moderna, la nación que ya anhelaban los liberales del siglo XIX, viendo los grandes ejemplos de los Estados Unidos y la Europa Occidental. Se buscó la conciliación de la reforma social con la capacidad creadora del individuo, la libertad de acción encaminada a crear una nueva nación, pero sin que la misma lesionase los derechos de la mayoría de esa nación. Una mayoría que ya no tenía que ser indígena, sino

pura y simplemente mexicana. Las fuerzas más activas de la Revolución Mexicana, mestizas, no sólo racial sino culturalmente, buscaron la creación de una burguesía nacional, sueño frustrado del liberalismo mexicano transformado en porfirismo, capaz de hacer por México lo que otras burguesías habían hecho por sus respectivas naciones. Y empezaron por realizar la revolución social que permitiría la realización de tales sueños, la revolución agraria que elevando el nivel social y económico de la mayoría de la población mexicana, la transformase en la principal consumidora y por ende mantenedora del desarrollo industrial y económico del país.

De esta manera México se incorporaba, de lleno, en la ruta seguida por las naciones occidentales y ahora también continuada por otras muchas nuevas naciones en el resto de Latinoamérica, Asia, África y Oceanía. La lucha no iba a terminar, no ha terminado, como no ha terminado tampoco en ninguna de las naciones que forman el mundo. Otras demandas, otras revoluciones se perfilan o se hacen sentir ya abiertamente. Las clases oprimidas siguen exigiendo derechos, el proletariado aspira a la creación de una sociedad nueva. Por lo que a México se refiere y en el futuro se referirá también a otras naciones de esta América, de origen hispano e indígena, la llamada lucha del proletariado va dejando de ser la vieja lucha de castas que se fincó en América hace ya cerca de cinco siglos. La mestización que, como insisto, no es simplemente racial, ha disuelto la pugna indio contra blanco.

En México ya el proletariado, al igual que el burgués o patrón, es pura y simplemente mexicano, dejando de ser el primero un indígena y los segundos de origen criollo. Al terminar la etapa armada de la Revolución Mexicana, las instituciones que han permitido que México se transforme en una nación se encuentran animadas por mexicanos sin más. El observador extranjero, porque extranjero tendrá que ser, podrá ver diferencias raciales, pero éstas no corresponde a diferencias sociales, políticas o económicas, se trata simplemente de las propias de cualquier nación en la que existen pobres y ricos, proletarios y patrones, gobernantes y gobernados. Este observador podrá ver a hombres de tez oscura, cabello hirsuto y ojos igualmente oscuros en puestos clave nacionales al lado de otros mexicanos de tez clara, cabello quebrado y ojos verdes o azules: médicos, abogados, arquitectos, técnicos, diputados, senadores, gobernadores y presidentes de la República; igualmente podrá ver ya la tez morena o clara de hombres que trabajan codo con codo en el campo o en las fábricas. Campesinos, muchos de ellos, pobres

y humildes, de cabello rubio, al lado de capataces de rasgos puramente indígenas. Muchos de los más destacados artistas mexicanos, literatos y hombres de ciencia, delatan fácilmente ante ese observador extranjero el origen indígena de los mismos. Pero hay más, si este mismo observador se acerca a un mexicano de piel blanca, ojos azules y cabello rubio preguntándole sobre su origen racial, casi con seguridad le dirá que es, pura y simplemente, mexicano, y se molestará si no se le acepta que por su sangre corre una buena porción de sangre indígena. El mexicano, así, se siente ya parte de una nación dentro de la cual no puede ya hablarse sobre la aportación del indio a la nacionalidad, ya que tal pregunta implicaría que aún subsiste la división racial que se nota en otros países de esta América, pero que habrá de desaparecer igualmente. En todo caso, cuando aún se acepta que existe el indio, esta denominación va tomando caracteres inversos a los que señalábamos al principio de este ensayo. La denominación indio irá dejando de ser una denominación racial para transformarse en puramente económica. Indio podrá ser el que trabaje el campo, tenga o no la piel morena; pero también dejará de serlo cuando aun teniendo ese color de piel, se convierta en capataz, profesionista, artista, hombre de empresa, diplomático o político. No se niega que aún descansen en muchos hombres de pura raza indígena los rudos quehaceres del campo y los no menos rudos de la ciudad; pero los mismos quehaceres descansan también ya en una mayoría mestiza y en el blanco que no pudo mantener la pasada preeminencia en una lucha social que no tiene ya como base la discriminación racial. En todo caso, el indígena, el mestizo y el criollo, aceptando una división que ya no cuenta en el país, podrán por igual salir de su situación de subordinación por otras vías en las que nada cuenta ya esa división racial. Se trata de mexicanos sin más, de un color de piel o de otro, como pueden ser altos o bajos, flacos o gordos, sin que lo uno o lo otro tenga nada que ver con su situación social en el México moderno y en la América que va perfilándose.

RAZA Y NACIÓN EN MÉXICO, DE LA INDEPENDENCIA A LA REVOLUCIÓN*

Por *Henri FAVRE*

DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN, CNRS, FRANCIA

INVENTAR TRADICIONES LEGITIMADORAS, hallar razones para vivir juntos y definir un proyecto de futuro común: tales son las tareas que aguardan a los dirigentes de todo país que está accediendo a la independencia y esforzándose por constituirse en nación. Estas tareas resultan particularmente difíciles en un país donde la herencia colonial ha dejado a una minoría de origen europeo en presencia de una numerosa población indígena. Y se tornan aún más complejas cuando es esta minoría dominante la que ha cortado el vínculo con la metrópoli a fin de mantener la estructura interna del poder, tal como fue el caso de México en 1821. Como se sabe, la emancipación política de México estuvo precedida por una lenta ruptura intelectual entre criollos y españoles, pero no fue su resultado. A partir del siglo xviii, la disidencia de mentes y de corazones se revela en la promoción por parte de los criollos —frente al culto a la Virgen del Pilar de Zaragoza, que era venerada por los europeos— del culto a la Virgen de Guadalupe, la cual se le habría aparecido un siglo antes a un indio sobre la colina del Tepeyac, donde antiguamente se erigía el santuario de la diosa-madre azteca Tonantzin. En el siglo xviii dicha disidencia se acentúa y conduce al divorcio. El mundo erudito de esa tierra sacralizada por la mariofanía reacciona enérgicamente a los alegatos de la ciencia europea, la cual supone —con Buffon y De Pauw— que

* Texto desarrollado a partir de la comunicación presentada en el simposio sobre "Movimientos étnicos y etno-nacionales en América Latina y en Europa Central y Oriental", organizado por el autor en el marco del Sexto Congreso de la Federación Internacional de Estudios de América Latina y el Caribe, Varsovia, 23-26 de junio de 1993.

en el Nuevo Mundo el clima condena todas las formas de vida a la degeneración. Numerosos clérigos alaban los méritos y celebran la gloria de la patria americana, que no está sentenciada por la naturaleza como tampoco abandonada por Dios. El jesuita Francisco Javier Clavijero compara el pasado precolombino con la Antigüedad grecolatina, elevando la civilización azteca al rango de las grandes civilizaciones clásicas. El dominico Servando Teresa de Mier reelabora una vieja creencia según la cual América habría sido convertida al cristianismo por santo Tomás en los tiempos apostólicos, y que Quetzalcóatl —el divinizado héroe civilizador de los antiguos mexicanos— no sería otro que el apóstol evangelizador. Su empresa no es inocente. De ser cierto que México recibió el Evangelio de manos de santo Tomás al mismo tiempo que España lo recibía de Santiago Apóstol, su conquista por Cortés —en virtud de la misión evangelizadora invocada por los españoles— pierde toda legitimidad, y la tutela que le impone la metrópoli europea queda desprovista de fundamento legal.¹ Estos mitos desarrollados por el patriotismo criollo ponen a México en un plano de igualdad con España, en dignidad y en derecho. Habrían podido constituir el embrión de una mitología nacional, en la medida en que se dirigen a todos los componentes étnicos de la sociedad mexicana y en la medida en que los símbolos de carácter sincrético —alrededor de los cuales cristalizan— se ofrecen también y en primer lugar al reconocimiento de los indios. La capacidad de movilización de estos mitos en medio indígena está atestiguada por el gran alzamiento popular que dirige el cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo, en 1810.

Ahora bien, curiosamente, la tradición del patriotismo criollo, toda ella impregnada de religiosidad, se agota en el momento de la Independencia, y el nuevo pensamiento nacional nada tendrá que pedirle en préstamo a dicha tradición.² Este pensamiento, en verdad, tarda en tomar cuerpo. En todo caso, quienes se encargan de los destinos del México soberano parecen ver la cuestión nacional sólo en términos político-jurídicos y no consideran al indio sino como sujeto de derecho. Para ellos, la indianidad es tan sólo la pro-

¹ Véase Jacques Lafaye, *Quetzalcoatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique*, París, Gallimard, 1974; hay traducción española, *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, México, FCE, 1977.

² David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP, 1973, pp. 150, 198-199; véase también Charles A. Hale, *Mexican liberalism in the age of Mora*, New Haven, Yale University Press, 1968, cap. 7.

yección social de uno de esos estatutos individuales que España confirió a blancos, mestizos e indígenas en el seno de una sociedad de órdenes y a las cuales el poderío colonial asignó privilegios y obligaciones específicos. La aplicación del principio de igualdad y la instauración de un nuevo ordenamiento legal, que garantizaría derechos idénticos a todos los individuos, supuestamente la eliminan. Ese programa de inspiración liberal vuelve a conceder a los indios la ciudadanía plena y entera, suprimiendo el régimen tutelar bajo el que se encuentran, y a acordarles en plena propiedad las tierras de las cuales son solamente usufructuarios dentro del marco de la comunidad. A partir de 1822, la ley destierra el término "indio" del vocabulario oficial y proscribida toda referencia étnica en los actos públicos y privados. Las medidas agrarias adoptadas por las entidades federativas desde fines de la década de 1820 —antes que la ley federal de 1856 aboliera los fondos comunitarios— intentan transformar a los miembros de las comunidades indígenas en pequeños agricultores independientes, con el fin de permitirles ejercer plenamente sus derechos de ciudadanos. Dichas medidas contribuyen a alimentar la ficción en la cual vivirá el país durante más de un cuarto de siglo, y que el gran ideólogo de la primera generación liberal, José María Luis Mora, resume diciendo que en México ya no hay ni criollos ni indios, sino tan sólo ricos y pobres.³ Desde luego, Lucas Alamán —el adversario de Mora— no se deja engañar por tamaña ficción. Él observa que el único vínculo que aún liga a "los llamados indios" —así se los denomina cuando no es posible evitar el término prohibido— con el resto de la sociedad es la religión, y que dicho vínculo se encuentra peligrosamente carcomido por el liberalismo circundante.⁴ Pero esta observación lo arroja a las ralas filas de los nostálgicos del antiguo régimen colonial.

* * *

La persistencia de la indianidad, a pesar de todas las leyes liberales y en el interior de una sociedad de clases, se pone de manifiesto súbitamente en la catástrofe en que México se precipita a fines de la década de 1840. La guerra con Estados Unidos, que comienza en 1846 para pronto convertirse en desastre, da como re-

³ José María Luis Mora, *Obras sueltas*, París, Librería de Rosa, 1837, p. cclxiii.

⁴ Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Imp. J.M. Lara, 1852, t. 5, pp. 928-929.

sultado la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano, cuya frontera septentrional —en virtud del tratado de Guadalupe, firmado dos años más tarde— es llevada a coincidir con el paralelo treinta y dos. El desquiciamiento del poder, provocado por la invasión extranjera y por la ocupación de la capital, incita a los indios campesinos a empuñar las armas para sacudirse el yugo de los hacendados criollos y de las autoridades locales mestizas. En 1847, los zapotecos del istmo de Tehuantepec se rebelan. Al año siguiente es a los otomíes a quienes les toca el turno de sublevarse, en la Sierra Gorda. La insurrección más grave se produce en Yucatán, donde los mayas se apoderan de casi toda la península y ponen sitio a la ciudad de Mérida. Estas "guerras de colores", todavía llamadas "guerras de castas" y percibidas como "guerras de la Barbarie contra la Civilización", inauguran un largo periodo de agitación en medio indígena que estalla en movimientos convulsivos de extensión, intensidad y duración variables. No es sino hacia finales de la década de 1880 cuando Porfirio Díaz, llegado al poder en 1876, logrará recuperar poco a poco la paz social que México había conocido inmediatamente después de la Independencia.⁵

Por otra parte, en el norte, los indios seminómadas desplazados por la conquista del Oeste norteamericano atraviesan la nueva línea fronteriza en busca de refugio o bien para merodear en torno de las granjas aisladas y alrededor de las aldeas. Envalentonados por la incapacidad en que se encuentra el gobierno mexicano para cimentar su autoridad en las vastas estepas septentrionales, apaches y comanches —que son los más numerosos y los más temibles—, se lanzan hacia el interior del territorio en audaces incursiones que los llevan a las proximidades de Querétaro, en 1848, y hasta los mismos suburbios de Durango, al año siguiente.⁶ Dondequiera van en sus enloquecidas cabalgatas, incendian casas, roban ganado, masacran a los hombres y secuestran mujeres y niños, no dejando a su paso más que ruinas y desolación. Será necesario esperar la rendición de Gerónimo —jefe de los apaches chiricahuas— en 1886, para que la seguridad regrese lentamente a la extensa franja pio-

⁵ La lista de estos movimientos —no exhaustiva, hasta ahora— ha sido redactada por Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, SEP, 1973, y por Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México, Siglo XXI, 1980. Una interpretación de los mismos es propuesta por John Tutino, *From insurrection to revolution. Social bases of agrarian violence in Mexico, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

⁶ *El Monitor Republicano*, 21 de noviembre de 1848 y 4 de septiembre de 1849.

nera formada por los estados de Chihuahua, Sonora, Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León.

Durante esos "años terribles", el indio surge en la violencia para hacer que México tome conciencia de su extrema vulnerabilidad frente al expansionismo norteamericano. ¿Es viable México? ¿Existe como nación? ¿Puede escapar de la anexión total por su poderoso vecino, y al mismo tiempo de la no menos total destrucción por la "guerra de castas"? Cuando en 1842 Mariano Otero, discípulo de Mora, redacta su *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política*, tales preguntas no son planteadas. El ensayo vislumbra con serenidad el futuro de una sociedad que descansa sobre las relaciones tejidas entre propietarios y proletarios, sociedad en la cual el indio —este término no figura en parte alguna— sólo parece existir como "proletario del campo". Por el contrario, es para responder a estas preguntas que Otero escribe sus *Consideraciones sobre la situación política y social*, texto publicado anónimamente en 1848. De una obra a la otra, el tono pasa de un optimismo razonado a un pesimismo casi desesperado. La escisión significativa en el terreno social se desplaza para oponer, ya no a propietarios y proletarios, sino a indios por una parte, y blancos y mestizos por la otra. El análisis social se hace más profundo en la crítica, y se torna por momentos mordaz. En numerosas regiones —dice Otero— los hacendados endeudan sistemáticamente a los indios, reduciéndolos de este modo a la esclavitud. Pero los indios son igualmente explotados por los curas, quienes no les permiten nacer, casarse ni morir impunemente sin pagar sumas exorbitantes; por el fisco, que los agobia con todo tipo de impuestos y contribuciones; por el ejército, que los somete al servicio militar. Reclutados por la fuerza, desempeñan en forma lamentable su papel de soldados frente al enemigo. Nada los dispone a identificarse con una patria que los trata como parias, y mucho menos a defenderla. En México, "no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación".⁷

El velo de la ficción se desgarrar sobre un país insospechado. La nación no existe: esta constatación del fracaso del proyecto nacional, inspirado por el liberalismo de la Independencia, regresa

⁷ Mariano Otero, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1842; Varios Mexicanos [Mariano Otero], *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847*, México, Valdés y Redondas, 1848, pp. 5 ss.

como un *leitmotiv*. Desde lo alto de la tribuna del Congreso Constituyente de 1856, Ignacio Ramírez declara que en lugar de una nación hay cien de ellas: "Muchos pueblos conservan todavía las tradiciones de un origen diverso y de una nacionalidad independiente y gloriosa... Esas razas conservan aún su nacionalidad protegida por el hogar doméstico y por el idioma".⁸ Pero este mosaico de "nacionalidades", de "razas", de etnias realmente, compone un pueblo indígena percibido como compacto, feroz y hostil para con el conjunto de blancos y mestizos contra quienes está siempre presto a rebelarse. Un poco más tarde, Francisco Pimentel escribirá: "Hay dos pueblos diferentes en el mismo terreno; pero lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos... El hombre de la raza bronceada ve con secreto gusto la destrucción de las otras dos razas, en espera de que así llegue más pronto el momento favorable para salir de su letargo y restablecer en el país la supremacía que cree corresponderle". Y concluye: "Mientras que los naturales guarden el estado que hoy tienen, México no puede aspirar al rango de nación propiamente dicha".⁹ La nacionalidad mexicana deberá fundarse sobre la base de un nuevo proyecto que aún falta definir.

Las "guerras de castas" que desencadena como coletazo la invasión norteamericana tienen el mismo efecto que iban a tener en el Perú, unos treinta años después, las grandes movilizaciones indígenas provocadas por la ocupación chilena durante el conflicto del Pacífico. Estas guerras exponen al indio como problema y a la nación como cantera. Al mismo tiempo mueven a pensar el problema indio, no en lo absoluto, sino en función de la cuestión nacional y a partir de la relación de incompatibilidad entre indianidad y nacionalidad que ellas contribuyen a establecer en los espíritus. El enfoque del problema indio, que pretenderá ser decididamente "científico", es decir basado en el análisis de la realidad, se operará en la perspectiva abierta por el positivismo —con el cual confluye el liberalismo desde principios de la década de 1860—, que más tarde se convertirá en la ideología oficial del régimen porfirista. Este positivismo criollo se combina con un racismo que posteriormente va a echar mano del darwinismo social, pero que —aun

⁸ Ignacio Ramírez, *Obras completas*, México, Centro de Investigaciones Científicas Ing. Jorge L. Tamayo, 1984, t. 3, pp. 5-6.

⁹ Francisco Pimentel, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena y medios de remediarla* [1864], en *Obras completas*, México, Tipografía Económica, 1903, t. 3, pp. 120, 133.

en sus formulaciones más radicales— sólo en muy contadas ocasiones habrá de desembocar en racismo propiamente dicho.¹⁰ ¿Acaso se debe esto al hecho de que los positivistas que se dejan seducir por las teorías de Darwin y de Spencer, a pesar de las advertencias de su jefe Gabino Barreda, van a permanecer siempre fieles a lo esencial del legado comtiano? Aún faltaría explicar las razones de tal fidelidad. ¿Se debe, entonces, a que el darwinismo social llega a México hacia mediados de la década de 1870, refractado por el prisma edulcorante del pensamiento francés?¹¹ Sin embargo éste produjo en Francia muy refinados racistas...

En cuanto a la cuestión nacional, será abordada en base a una renovada definición de la nación, con el muy dominante sentimiento de una amenaza proveniente de los Estados Unidos. “¿Qué cosa es la nación?”, se preguntaba Mora en 1831, en su *Catequismo político*

¹⁰ Así lo ha mostrado desde hace largo tiempo Martin S. Stabb, “Indigenism and racism in Mexican thought, 1857-1911”, *Journal of Inter-American Studies*, octubre 1959, pp. 405-423. Se calificará de “racialista” a todo análisis que desglose el campo social en función de categorías raciales. Aun cuando sea el camino más corto para llegar a él, el racismo no conduce necesariamente al racismo, es decir a la afirmación de la inferioridad natural —y por lo tanto irremediable— de una raza con respecto a otra. Sobre el positivismo mexicano, véase la obra clásica de Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, Studium, 1953. En 1877, la Asociación Metodófila Gabino Barreda, sede del positivismo mexicano, abre un debate sobre las teorías de Darwin, en el transcurso del cual Barreda demuestra su incompatibilidad con el pensamiento de Comte (*Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda*, t. 1, 1877, pp. 97-186). Sin embargo, muchos miembros de la asociación las aceptan y el periódico *La Libertad*, fundado ese mismo año por los hermanos Sierra y que adopta el lema “Orden y Progreso” como divisa, se convierte en su propagador. Para esta época, Spencer ya había manifestado desde hacía tiempo todo lo que lo separaba de Comte (“Reasons for dissenting from the philosophy of M. Comte”, en *The classification of the sciences*, Londres, Williams and Norgate, 1869). El sincretismo, a veces un tanto descabellado, del cual se hace objeto el positivismo y el darwinismo en México —y en el que desde luego interviene el efecto de moda— desalentó las tentativas de análisis por parte de William Raat (*El positivismo durante el Porfiriato*, México, SEP, 1975), quien prefirió hablar de “cientismo”. Se notará que los más “darwinizados” de los positivistas mexicanos no renunciarán nunca a la idea de que una élite ilustrada que dispone de las palancas de un Estado puede siempre domoñar las “leyes naturales” y hacerlas jugar en favor de un proyecto político. Pero el papel eminente atribuido al Estado, la creencia en la primacía de la política y la fe en el voluntarismo ¿bastan para juzgar superficial la influencia del darwinismo social en México?

¹¹ Tal como lo dicen Roberto Moreno, *La polémica del darwinismo en México*, México, UNAM, 1984, pp. 18-23 y Charles A. Hale, *The transformation of liberalism in late nineteenth century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989, pp. 206-208.

de la *Federación Mexicana*. Y responderá: “La reunión de todos sus individuos bajo el régimen y gobierno que han adoptado”.¹² En 1864, Pimentel ya no se sentía satisfecho de tal respuesta, cuya falla señala: “No es posible —dice— obedecer por mucho tiempo a un mismo gobierno y vivir bajo la misma ley, si no hay homogeneidad, analogía, entre los habitantes de un país. Y ¿qué analogía existe en México entre el blanco y el indio?”. Luego da una definición más escrupulosa de nación: “una reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea y que tienden a un mismo fin”.¹³ En tanto que Mora retomaba la célebre fórmula de Sieyès en una traducción casi literal, Pimentel se apoya en Fritot, a quien cita, y se reúne ya con Renan. La nación deja de ser esa asociación contractual cuyos estatutos habían tratado de establecer los liberales de la primera generación, para volverse un cuerpo, una comunidad de espíritu, una colectividad solidaria y homogénea, irreductible a la suma de sus miembros y que se proyecta en la historia para cumplir con un destino.

Que los indios constituyen una raza inferior, nadie lo discute. En cambio, varían las opiniones sobre las causas y los factores de esa inferioridad. Según Pimentel, los pueblos precolombinos no habían alcanzado el grado de evolución en el que se hallaba Europa cuando la conquista de México por los españoles. La práctica del politeísmo, de la antropofagia y de los sacrificios humanos a los que se dedicaban los aztecas quizás no empañe nada del esplendor de ese pueblo, pero es una prueba de su estado de barbarie. Lejos de remediar ese atraso evolutivo inicial, la colonización española lo agravó de muchas maneras. El indio fue evangelizado sólo en la superficie, tal como las creencias que él aún observa y los rituales que sigue celebrando permiten hoy comprobarlo. Las Leyes de Indias, que limitaban su capacidad legal y su responsabilidad civil, hicieron de él un eterno minero. Asimismo, lo confinaron a territorios donde ni europeos ni criollos tenían derecho a establecerse, y en los cuales el propio indio veía prohibírsele el acceso directo a la propiedad del suelo. Manteniéndolo de este modo al margen de la corriente de la civilización, dichas leyes le impidieron progresar, aunque sus facultades intelectuales —idénticas a las de los blancos— lo capacitaran para el progreso. “¿El indio es rudo por naturaleza, e incapaz de

¹² José María Luis Mora, *Obras completas*, México, Instituto Mora, 1987, t. 3, p. 427.

¹³ Pimentel, pp. 133-134.

adquirir instrucción? Ninguno de los que le han observado de cerca lo cree así', dice Pimentel en su *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena*. Y, por lanzar un argumento que pretende ser concluyente: su ángulo facial oscila entre 72 y 80 grados. Ahora bien, "esta última medida es la que corresponde a las cabezas de la raza más inteligente, la europea".¹⁴

Así como para Pimentel la inferioridad del indio es la consecuencia sociopolítica de la colonización, para Vicente Riva Palacio sería la secuela psicocultural de la Conquista. Dicha inferioridad procede del traumatismo provocado por la llegada de los españoles, que el orden colonial mantuvo durante tres siglos y que aún marca profundamente la mentalidad, el comportamiento y las costumbres de la raza subyugada. La resistencia pasiva, la desconfianza, la apatía —en resumen, todos los rasgos psicológicos que hacen que el indio viva apartado del progreso y se automargine— constituyen respuestas adaptadas a las restricciones de un entorno social singularmente opresivo. Ligados a las estrategias que cada generación tuvo que poner en práctica a fin de sobrevivir, dichos rasgos se fueron transmitiendo de una generación a otra para terminar convirtiéndose en características raciales, pero no por ello adquirieron la capacidad de reproducirse y transmitirse independientemente del entorno social que los originó. Si bien aún hoy en día esos rasgos se conservan —más por inercia que por atavismo propiamente dicho— la sociedad cuya transformación es gestada por la Independencia los eliminará poco a poco, suscitando paralelamente una nueva mentalidad, un nuevo comportamiento, otras costumbres. A este respecto, en la monumental historia *México a través de los siglos*, Riva Palacio —maestro de obras de la misma— observa que la adaptación a la transformación social en curso induce a los indios a imitar cada vez más a blancos y mestizos, y que la asimilación cultural a la cual conduce tal mimetismo tiende a reintegrarlos al movimiento político y social del que se habían excluido a fin de defender su supervivencia.¹⁵

Francisco Bulnes, el teórico de la tiranía progresista, subraya por su parte las consecuencias de la adaptación al medio físico, determinante del sistema de producción y con ello del modelo de consumo. En *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, Bulnes recurre a la tesis de Moleschott —según la cual "el hombre es lo que

¹⁴ *Ibid.*, pp. 129, 131.

¹⁵ Vicente Riva Palacio, "El Virreinato", en Vicente Riva Palacio, ed., *México a través de los siglos*, México, Ballestrá, 1884, t. 2, pp. 908-909, 914-915.

él come' — para situar al indio en un nivel intermedio entre el europeo y el asiático. Mientras que el europeo pertenece a la raza que se alimenta de trigo, la india es una raza que se alimenta de maíz, a consecuencia de lo cual su dieta es más pobre en nitrógeno y fósforo, elementos "que constituyen la materia principal del cerebro". Pero el hombre puede ejercer acción sobre el medio en que vive y modificar la gama de los recursos alimenticios que le sirven de sustento. Explotando los productos del mar y cultivando la soja, los japoneses —quienes al igual que los chinos pertenecen a la raza inferior de los consumidores de arroz— lograron agenciarse excelentes alimentos que les permitieron escapar del destino de la China. El enriquecimiento de su régimen alimenticio no sólo los salvó de la conquista extranjera, sino que hasta los convirtió en un pueblo de conquistadores. Bulnes le reprocha a España el hecho de no haber difundido más ampliamente el cultivo del trigo en sus posesiones americanas, y de no haber elevado tampoco los salarios suficientemente como para que la población indígena pudiera alimentarse de carne de res o de borrego. Se malogró la oportunidad de hacer de los aztecas "un gran pueblo".¹⁶

Al igual que Riva Palacio y Bulnes, Pimentel considera importante el factor racial. Pero las circunstancias históricas (para Pimentel y Riva Palacio) y el entorno social o físico (para Riva Palacio y Bulnes), que vienen a contrapesar la incidencia de la raza sin llegar jamás a anularla completamente, son factores de no menor importancia. Raza, momento, medio: de haber influencia francesa sobre los pensadores mexicanos ocupados de los indios, sin lugar a dudas sería menester buscarla por el lado de Taine, de un Taine menos frecuentemente citado que Spencer por la única razón, quizá, de que sus ideas se hicieron más rápido del dominio público.¹⁷

Como quiera que sea, la inferioridad india no es considerada como algo natural. Pertenece al dominio de lo adquirido, no al de lo innato. Sin embargo, la diferenciación entre ambos dominios no siempre se halla claramente establecida, puesto que Riva Palacio da a entender que lo innato es lo más antiguo de lo adquirido, que

¹⁶ Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica* [1899], México, El Pensamiento Vivo de América, s.f., pp. 20-21, 26-29.

¹⁷ La teoría de Taine según la cual la raza, el momento y el medio son los tres factores determinantes de las sociedades humanas es expuesta en *Histoire de la littérature anglaise*, París, Hachette, 1863, t. 1, pp. 22-23. Solamente en Bulnes, en Cosmes y en Sierra hemos encontrado referencia explícita a Taine.

el tiempo habría sedimentado. Por lo tanto, la raza india no es una raza degenerada; es una raza degradada y envilecida. No está condenada a estancarse, por atavismo, en el estado en que se encuentra: es posible "redimirla", zafarla de la barbarie y elevarla a las puertas de la civilización.

Para civilizar al indio es necesario educarlo. Por cierto que el tema no es nuevo, pero retomado y desarrollado por la prensa a partir de mediados de siglo, halla un eco creciente en la opinión y se convierte en objeto de discusiones serias —a veces incluso apasionadas— cuando a fines de la década de 1870 se entabla el gran debate nacional sobre la instrucción pública obligatoria. Estas discusiones giran en torno a una triple pregunta acerca de institución, de instrumentación y de contenido. ¿Deben los indios ser educados por la escuela? ¿Deben recibir la educación en su lengua o en español? Y por último, ¿debe esta educación ser idéntica a la que se dispensa a blancos y mestizos, o bien hay que adaptarla a su situación particular en la sociedad? En realidad, la primera pregunta halla fácilmente respuesta. Si en Perú y en Ecuador, quienes un poco más tarde habrían de hacerse cargo de la educación van a preferir confiar al cuartel antes que a la escuela la tarea de educar a la población indígena —tarea que por otra parte ellos conciben más bien en términos de domesticación física y moral—, en México nadie duda de que la educación debe pasar por la escolarización. Sin embargo, allá tampoco está del todo ausente la idea de educar al indio por la vía de la conscripción. Pero cuando algunos círculos allegados a la Secretaría de Guerra dan a esta idea cierta publicidad, invocando la "misión civilizadora del ejército" con miras a reprimir una incipiente oposición al servicio militar obligatorio, sólo cosechan sarcasmos y pullas.¹⁸

La segunda pregunta ya es más controvertida. Para 1867, Ramírez había escrito que "los indígenas no llegarán a una verdadera civilización sino cultivando su inteligencia por medio del instrumento natural del idioma en que piensan y viven". En un principio, la idea de impartir enseñanza a los indios en su lengua no parece haber sido tomada en cuenta, aun cuando Ramírez le haya

¹⁸ Véase, por ejemplo, el artículo de Luis del Toro publicado en *El Monitor Republicano* del 10 de marzo de 1896. Parece ser que la idea de civilizar al indio a través del servicio militar obligatorio tiene su origen en la obra de Adolfo Duclós Salinas, *Riches of Mexico and its institutions*, publicada en los Estados Unidos en 1893 (véase T. G. Powell, "Mexican intellectuals and the Indian question, 1876-1911", *Hispanic American Historical Review*, vol. 48, núm. 1 (1968), p. 27).

dado un cierto matiz de provocación.¹⁹ Doce años más tarde, en la carta que envía al gobernador de Puebla para declinar la oferta de dirigir la escuela normal creada en ese estado —y en la que sugiere un plan de educación del cual dicho establecimiento podría convertirse en eje—, Guillermo Prieto se hace cargo de la idea, aportándole todo el peso de su prestigio intelectual y de su autoridad moral. El empleo de la lengua materna de los alumnos en un medio escolar, afirma, es la condición primordial de la eficacia de la escuela. Prieto dará un carácter familiar a la enseñanza que los indios podrían percibir como una nueva obligación que se les impone, procurando entonces sustraerse de ella. Si los primeros misioneros españoles lograron tener tanta influencia sobre los indios, fue merced a haberse tomado el trabajo de aprender sus lenguas para evangelizarlos. Misioneros de los tiempos modernos, los maestros de escuela deben seguir su ejemplo, ya no para conducir almas al Cielo, sino a fin de ganar espíritus para la Civilización.

En *El Monitor Republicano*, José María Vigil cita largos trozos del texto de Prieto, que acompaña de comentarios generalmente elogiosos. Sin embargo, se niega a admitir que la enseñanza pueda no ser impartida en español. Frente a los argumentos de Prieto, esgrime los suyos: "Por grande que sea el grado de perfección que bajo el punto de vista filológico alcanzaron algunas lenguas indígenas, no las consideramos como instrumento adecuado para transmitir la suma de conocimientos literarios y científicos que constituyen el caudal de la civilización moderna". Estas lenguas resultarían demasiado pobres en términos y en conceptos para ser vehículo del saber de los blancos, de modo que a través de ellas los indios sólo tendrían acceso a una instrucción incompleta. Vigil ignora que un idioma vernáculo puede ser transformado en idioma vehicular, y que la campaña llevada a cabo poco tiempo atrás por Ramírez en favor de la revitalización del náhuatl nada tiene de utópico.²⁰ Pero a este argumento agrega todavía otro: "Esos idiomas, que deben ser estudiados en un interés puramente arqueológico, están destinados a desaparecer, y este hecho, que podrá lamentarlo el anticuario, será, sin embargo, un gran progreso para el país, pues es sabido lo mucho que tiene aventajado un pueblo en el que existe la unidad de

¹⁹ Ignacio Ramírez, "La instrucción primaria", *El Correo de México*, 24 de octubre de 1867; Ramírez sugiere enseñar a cada escolar dos o tres lenguas vivas, una de las cuales sería obligatoriamente una lengua indígena de la región.

²⁰ Ignacio Ramírez, "La lengua mexicana", *El Correo de México*, 7 de noviembre de 1867.

lengua". La enseñanza en lenguas indígenas oficializaría el multilingüismo, al cual precisamente conviene erradicar con objeto de nacionalizar el cuerpo social. No cabe duda de que este argumento surte más efecto todavía que el anterior. De todos modos, el debate no pasará de ahí.²¹

En lo que a la tercera pregunta se refiere, ella da lugar a una franca polémica. A juicio tanto de Prieto como de Vigil, la escuela debe impartir la misma enseñanza en todas partes y a todos, "en las ciudades como en el campo, a los ricos y a los pobres, a los hijos de campesinos y a los hijos de magnates", y si Vigil critica a Prieto, es particularmente porque teme que el empleo de las lenguas indígenas conduzca a un sistema de enseñanza dual, no más deseado por Prieto que por él mismo. La enseñanza única, obligatoria y gratuita, es uno de los grandes principios defendidos por el liberalismo. Sin embargo, cuando Ignacio Manuel Altamirano expresa —a través de las columnas de *La Libertad*— el regocijo que siente al verla consagrada por el reglamento de instrucción pública que el estado de Puebla se asigna en 1883, suscita en el seno de la redacción del órgano de los jóvenes positivistas una controversia cuyo recuerdo iba a ser perpetuado por la historia intelectual de México. En el bando de Altamirano está Justo Sierra; en el opuesto se encuentra Francisco Cosmes, el temible editorialista del periódico. Los tres hombres se medirán a punta de pluma durante un mes, en doce artículos publicados entre el 14 de febrero y el 15 de marzo de 1883.

Según Cosmes, la desigualdad de las condiciones sociales, de las situaciones económicas y de los estatutos culturales que predomina en la sociedad mexicana vuelve al sistema de enseñanza única tan hueco en su principio como injusto en su aplicación. Servilmente copiado de países de población homogénea, un sistema como éste no beneficiaría uniformemente a los criollos de las ciudades y a los indios dispersos en las montañas, cuyas respectivas necesidades educativas y predisposiciones para el estudio son diferentes. Por lo demás, tal sistema ocasionaría a los segundos un grave perjuicio, dado que para asegurarse la subsistencia familiar, el indio está obligado a poner sus hijos a trabajar desde su más tierna infancia. Entonces, si la escuela se los arrancara de las horas de labor —para darles una instrucción cuya utilidad por otra parte es discutible— no haría sino sumirlo aún más en la miseria. Pues, ¿qué caso tiene

²¹ *El Monitor Republicano*, 22, 25 y 26 de noviembre de 1879; las citas de Vigil fueron tomadas del último de los tres artículos.

enseñar a leer y escribir a niños que jamás en su vida tendrán la oportunidad de coger un libro o de empuñar una pluma? De modo que es necesario adaptar la enseñanza —tanto en sus modalidades como en su contenido— a la vocación de los indios, que es la de ser campesinos "y nada más", procurando que los conocimientos transmitidos sirvan posteriormente al adulto. Con este fin, Cosmes recomienda que la enseñanza tenga lugar fuera de los horarios de actividad agrícola, y que esencialmente se refiera a las técnicas del cultivo de la tierra y de la cría de ganado.²²

Conociendo por experiencia la desventaja que sufre el escolar indígena, Altamirano concede a Cosmes que entre indios y blancos posiblemente no haya uniformidad de capacidades al entrar en la escuela. Pero tiene confianza en la pedagogía para que haya uniformidad de resultados al salir de ella: "El método que hace adelantar rápidamente a los más aptos, hará adelantar con una rapidez relativa a los menos aptos", de modo que todos se hallarán finalmente en un mismo nivel. Lejos de justificar la implantación de una enseñanza diferenciada, la disparidad de condiciones habla en favor de un sistema educativo único que abstraerá a los alumnos de sus medios respectivos e igualará sus oportunidades frente a la vida.²³ Sierra, que opina lo mismo, quiere romper el círculo vicioso dentro del cual tiende a encerrarse el debate. Aguardar a que el indio tenga el pan para darle el libro equivale a sacrificar a los hijos en aras de los intereses materiales de los padres, a las generaciones futuras en beneficio del egoísmo de la generación presente. Por lo demás, al indio no le falta el pan —agrega Sierra, no sin desparpajo—, puede sufragar los costos derivados de la escuela. Toda familia indígena tiene con qué comprar alcohol, que consume en gran abundancia, y cirios, que va a encender en la iglesia ante las imágenes de los santos. La mengua de lucro resultante de la escolarización de los niños la obligará a refrenar su afición a la borrachera y su tendencia al fanatismo religioso. En resumidas cuentas, la civilización ganará en todos los terrenos.²⁴

Sin embargo, el verdadero elemento en juego del debate no consiste en saber si previamente hay que modificar la condición del indio a fin de permitirle sacar provecho de la educación, o si lo que

²² Junius [Francisco Cosmes], "Cartas de Junius", *La Libertad*, 16 de febrero de 1883.

²³ Ignacio Manuel Altamirano, "La instrucción obligatoria y la raza indígena", *La Libertad*, 28 de febrero de 1883.

²⁴ Justo Sierra, "La instrucción obligatoria", *La Libertad*, 27 de febrero de 1883.

conviene es en primer lugar educarlo para que pueda salir de su condición. Al no reconocer a la población indígena otra vocación que para la agricultura, y al condenarla a permanecer campesina y a perpetuarse en el nivel más bajo de la escala social, Cosmes hace deslizar ese elemento hacia otro plano. Sus propósitos lo revelan como portavoz de una difusa corriente de opinión, que acepta la educación siempre y cuando no engrane en un proceso de movilidad social, y que procura modularla a fin de prevenir tal riesgo. La escuela debería modernizar al indio, hacer de él un productor eficaz, un ciudadano consciente de sus derechos y sobre todo de sus obligaciones para con la sociedad, un individuo respetuoso de la propiedad privada y sometido a la autoridad pública. Pero de ninguna manera debe inducir cambios en la estratificación etnosocial del país. En resumen, la escuela se inscribe en un esquema de modernización conservadora cuyos partidarios no ponen en duda la aptitud del indio para el progreso, pero, sin desear que sea ejercida más allá de un cierto umbral, dan a entender —a menudo con algo de turbación— que a aquél le será necesario vencer muchos obstáculos antes de poder afirmarse plenamente en un futuro indeterminado.²⁵

Aunque esta corriente de opinión parece granjearse muchas simpatías en el seno de la élite criolla, la tesis de Altamirano vence en la XIII Legislatura, que en 1887 examina una iniciativa de ley tendiente a hacer obligatoria la instrucción primaria en el distrito y los territorios federales. La iniciativa triunfa en el Congreso Nacional de Instrucción Pública reunido por el gobierno bajo la presidencia de Sierra en 1889.²⁶ Quienes la comparten, conciben la educación más como un medio de emancipación y de ascenso individuales que como un instrumento de modernización social. Se supone que la escuela ofrece a cada quien la posibilidad de liberarse de todas las barreras de raza y de clase para ascender en la sociedad hasta

²⁵ Véase, por ejemplo, *El Monitor Republicano* del 10. de julio de 1849, cuyo editorial declara que “la humanidad y el interés nacional exigen que la clase indígena sea educada”, pero que como la educación no va a transformar a los indios en sabios, bastará con maestros medianamente instruidos para hacer de ellos “miembros laboriosos y útiles de la sociedad”; esta opinión se expresa de distintas maneras, pero siempre un tanto vergonzantemente, en diversos artículos de prensa —por lo general sin firma— a todo lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

²⁶ Sin duda consciente de la escasa popularidad de las ideas desarrolladas por él en su polémica con Sierra y Altamirano unos años antes, Cosmes —que participa en este congreso— se opondrá una vez más a la instrucción pública obligatoria esgrimiendo argumentos puramente jurídicos en la explicación de su voto.

alcanzar las más altas funciones. Ella pondrá dentro de la mochila de cada alumno la banda de presidente de la República que Benito Juárez encontró en la suya. Los más entusiastas le atribuyen a la escuela un poder casi ilimitado sobre las mentes indias que, por considerárselas primitivas, serían fácilmente maleables. Alguien afirma que, al no haber sido jamás contaminado por los nocivos miasmas de la cultura española, el indio puede ser educado indistintamente a la inglesa o a la francesa.²⁷ Otro sostiene que quien vive lejos de la influencia corruptora de las ciudades ha conservado toda su “pureza patriarcal”, siendo suficiente con llevarle la chispa del saber a los remotos lugares donde vive, para que se encienda la llama de su “extraordinaria inteligencia”.²⁸ En ese caso, el maestro tendrá menos necesidad de un buen método pedagógico que de un buen par de piernas, para recorrer montañas y valles donde la lumbre de la civilización se irá encendiendo espontáneamente a su paso. Curiosos resurgimientos del rousseaunismo en una época que pretende ser positivista...

* * *

Sin embargo, la educación no puede resolver por sí sola la cuestión nacional. Si bien es susceptible de poner al indio en paridad con el blanco, no con eso destruirá forzosamente el muro de incompreensión y de odio que separa a ambas razas, tal como lo señala Pimentel.²⁹ La educación corre incluso el riesgo de poner a la raza conquistada en condiciones de vengar los innumerables ultrajes que sus conquistadores le infligieron durante tantos siglos. Es de temer, en efecto, que la escuela forme dirigentes capaces de articular las rebeliones locales y de arrastrar tras ellos a las masas indígenas en una insurrección generalizada. De ser verdad —tal como lo afirman ciertas personas que presumen de sagaces— que una inclinación histórica al comunismo agrario vuelve a los indios particularmente receptivos a las nuevas doctrinas socialistas venidas de Europa, una insurrección de ese tipo no dejaría de degenerar en revolución social.³⁰ Con la perspectiva del tiempo, esos

²⁷ *El Monitor Republicano*, 14 de noviembre de 1867.

²⁸ *Boletín de la Sociedad Indianista Mexicana*, t. 2, núm. 5, p. 65.

²⁹ Pimentel, pp. 143-144.

³⁰ Véase, por ejemplo, el editorial “Comunistas” publicado en *El Universal* del 28 de noviembre de 1848, primera de las múltiples expresiones de este temor de

temores que ponen al descubierto la mala conciencia de una sociedad opresiva parecen hartos fundados. ¿Acaso Juárez, indio de origen zapoteco, manifestó alguna vez la menor preocupación por la suerte de sus congéneres mientras ejerció la presidencia de la República? Y Altamirano, nacido también indio, ¿acaso no subraya en su obra literaria la enorme distancia a la que él se sitúa con respecto a los personajes indígenas que pone en escena en la tradición del costumbrismo español? No obstante, en lugar de estos casos de indios evolucionados que se identifican totalmente con la élite blanca, esta última prefiere aferrarse a otros, sin duda menos ilustres pero que ella cree mucho más numerosos, los cuales la sustentarán en sus terrores hasta tanto el Estado porfirista consiga exorcizar el espectro de la "guerra de castas". Tal es, por ejemplo, el caso de ese abogado de Veracruz que menciona Carlos de Gagern: "Voluntariamente se había despojado, y sin experimentar el menor pesar, de la capa con que la civilización lo había revestido, y no empleaba su instrucción sino para defender a su comunidad natal en los pleitos que tenía que sostener contra las haciendas vecinas y contra las autoridades".³¹ Recordamos, desde luego, al negro de Le Bon, de quien "fácilmente se puede hacer un bachiller o un abogado", pero al cual "se le da tan sólo un simple barniz totalmente superficial, sin acción sobre su constitución mental".³² También nos viene a la mente el pequeño Philippin de Taine, quien, recogido por una rica familia norteamericana y educado en las mejores escuelas de Estados Unidos, se despoja de los oropeles de la cultura occidental con los que ha sido cubierto y regresa al seno de su tribu, cuyos hábitos, costumbres y tradiciones —que la educación no logró hacerle olvidar del todo— habrá de recuperar.³³

que la "guerra de castas" vaya a degenerar en revolución social bajo la influencia de agentes del socialismo europeo, quienes hallarían en los indios un terreno favorable; en *El Universal* del 9 de febrero de 1894, el doctor M. Flores explica que los aztecas y los incas practicaban el socialismo de Estado, y que "tres siglos de conquista y de pseudo-protección agravaron esta predisposición original" de la población indígena hacia el comunismo.

³¹ Carlos de Gagern, "Rasgos característicos de la raza indígena de México", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, segunda época, vol. 1 (1869), p. 814.

³² Gustave Le Bon, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* [1894], París, F. Alcan, 1902, p. 33.

³³ Hippolyte Taine, *Derniers essais de critique et d'histoire*, París, Hachette, 1894, p. 106.

Al mismo tiempo que es considerada necesaria, la educación deja enterever sus insuficiencias y sus límites. Para prevenir los efectos perversos que ella podría producir y para evitar los fenómenos de rechazo o de reversión a los que es susceptible de dar lugar, parece indispensable consolidar la obra educativa ejerciendo acción sobre el factor biológico. Tal como lo sugiere el ejemplo citado por Gagern, la aculturación de los indios no es irreversible, y no lo será mientras exista una raza indígena. Para que se vuelva irreversible, es necesario que esta raza deje de existir. Esto es lo que piensa Pimentel, quien preconiza la "transformación" del indio mediante una política encaminada no sólo a hacerle olvidar sus costumbres y hasta su lengua, sino también a modificarlo en su constitución física.³⁴ Indudablemente, la postulada relación entre lo mental y lo físico, entre la cultura y la raza, no obedece a determinismo rígido alguno. Pero no por eso condena menos al indio a desaparecer, simultáneamente como ente cultural y como ente racial. El sentido según el cual opera, señala la extinción de la raza indígena como la condición necesaria para la erradicación definitiva de la cultura india. La consecuencia lógica que se desprende de esto es que la nación debe tender a la homogeneidad biológica a fin de realizar plenamente su unificación espiritual. Porque la nación no es un espíritu descarnado, dice Riva Palacio; es también un "organismo material". "Para que exista una verdadera nacionalidad, es indispensable que sus individuos tengan relativamente entre sí aptitudes semejantes, tendencias armónicas, organismos constituidos similarmente, que estén sujetos en lo general a las mismas vicisitudes morfológicas y funcionales... a los mismos peligros epidémicos". En una población sometida a leyes morfológicas y fisiológicas diversas, ni espíritu nacional ni sentimientos patrióticos —los cuales representan a las pasiones de este espíritu— pueden formarse.³⁵ Al apartarse de la corriente principal del pensamiento francés, los pensadores de indios son así conducidos a asociar el concepto de nación con el de raza. Siguiendo un camino que les es propio, se acercan a posturas sostenidas por el racismo alemán, el cual superpone ambos conceptos y atribuye a la nación un fuerte contenido étnico.

Existen sólo dos medios para lograr la homogeneidad biológica. El primero, aplicado en Estados Unidos y en Argentina, consiste

³⁴ Pimentel, p. 147.

³⁵ Riva Palacio, p. 471.

en exterminar la raza indígena, o sea en eliminar por la violencia a los individuos que la componen. Este medio es unánimemente rechazado con base en razones dictadas tanto por una ética humanitarista confesada como por el simple y frío realismo. Durante los "años terribles", *El Monitor Republicano* —que se interroga sobre la manera de conjurar el peligro de la "guerra de castas"—, piensa que el exterminio de la raza indígena es un medio seguro pero monstruoso, "y por más que se reconozca su conveniencia, los mexicanos no vamos a ponerlo en práctica".³⁶ *El Universal* abunda en el mismo sentido: "¡Dios nos libre de pensar siquiera en anular por medio de las armas a la raza de color! Seamos víctimas de los bárbaros, antes de convertirnos nosotros mismos en bárbaros".³⁷ Aun Gagern, inducido por su sólido legado cultural alemán a ver en la población indígena la incurable herida de México, estima "contrario a las ideas humanitarias de nuestro siglo, aplicar a los indios de México el sistema de exterminio gradual puesto en práctica por los norteamericanos con los pieles rojas en su territorio".³⁸ Este sistema suscita, por lo demás, una igual repulsa en los apologetas positivistas de la latinidad, en los conservadores católicos visceralmente antianquis y en el más embelesado de los admiradores liberales de los Estados Unidos, que será siempre Vigil.³⁹ En resumen, México por entero se prohíbe a sí mismo el genocidio que, sin estados de ánimo visibles, comete su vecino anglosajón y protestante en nombre de la civilización.

Éstas no son palabras en el aire. Cuando el gobernador de Chihuahua ofrece a una cuarentena de aventureros norteamericanos la prima de 200 piastras por cada cabellera de indio merodeador que le traigan, es tan grande el clamor de indignación que ese "contrato de sangre" debe ser rescindido de inmediato.⁴⁰ Pero por muy sincero que sea, el invocado humanitarismo esconde un razonamiento de muy diferente naturaleza, que fácilmente se deja adivinar. Si bien las estimaciones de la población indígena varían —ide 2.5 a

³⁶ *El Monitor Republicano*, 26 de enero de 1850.

³⁷ *El Universal*, 9 de julio de 1867.

³⁸ Gagern, p. 817.

³⁹ Véase la serie de artículos sobre los indios de América del Norte que Vigil publica en inglés en los Estados Unidos, y de la cual aparece una traducción al español en *El Monitor Republicano* de los días 27, 28 y 29 de junio de 1856.

⁴⁰ *El Universal*, 11, 14, 17 y 24 de julio de 1849.

14 millones!—,⁴¹ por lo general se admite que los indios constituyen entre un tercio y la mitad de la población total de México. El hecho de exterminarlos equivaldría a provocar una hemorragia demográfica que desangraría a un país de por sí subpoblado. Por otra parte, a diferencia de los pieles rojas de Estados Unidos y de los pueblos seminómadas que recorren las pampas y la Patagonia argentinas, los indios mexicanos forman la clase trabajadora de la sociedad. Su exterminio crearía un insoluble problema de mano de obra que sumiría a toda la economía en el caos. Agustín Aragón lo dice sin rodeos: "carne de cañón" en tiempos de guerra, los indios hacen vivir con el sudor de su frente al conjunto del cuerpo social en tiempos de paz. Son ellos quienes cultivan los campos, quienes excavan las minas, quienes desempeñan los trabajos más penosos y los peor pagados.⁴² Por lo tanto ni siquiera se puede pretender confinarlos en reservas, constata un miembro de la Sociedad Indianista Mexicana, fundada bajo el patrocinio de Díaz en vísperas de la Revolución.⁴³ Moralmente inaceptable, el genocidio es económicamente absurdo.

Queda el segundo medio, pacífico pero no menos eficaz, y finalmente mucho más cómodo. El mismo consiste en mezclar la raza indígena con la raza blanca a fin de producir una raza nueva, la raza de los mestizos, que será la raza auténticamente mexicana. Considerada tan pronto con entusiasmo, tan pronto con una cierta resignación, la mezcla racial se manifiesta de todas maneras como el solo y único proceso mediante el cual puede constituirse la nación. El mestizaje ofrece la solución definitiva del problema indígena, al mismo tiempo que el de la cuestión nacional en todos sus aspectos. No solamente tumbará, en la realidad de los hechos, las barreras que aíslan a los diversos componentes de la población y que la ley republicana nunca pudo desmantelar, sino que además despejará las contradicciones políticas y sociales que desgarran al país y lo amenazan en su existencia. La transfusión de sangre mediante

⁴¹ Habría 2.5 millones de indios según Pimentel (1864); 4 millones según García Cubas (1885); de 5 a 6 millones según Ramírez (1868) y 14 millones según Basave (1913). En 1911, "al cabo de un importante estudio", el presidente de la Sociedad Indianista Mexicana, Jesús Díaz de León, calcula en 8 millones la población indígena.

⁴² Agustín Aragón, "Población actual de México y elementos que la forman. Sus caracteres y su condición social", en Justo Sierra, ed., *México. Su evolución social*, México, Ballezá, 1900, vol. 1, p. 30.

⁴³ *Boletín de la Sociedad Indianista Mexicana*, núm. 10 (1911), p. 94.

la cual el mestizaje va a beneficiar a los indios revitalizará el sector anémico de la sociedad y, gracias a ella, el pueblo mexicano finalmente unificado podrá lanzarse con confianza en la lucha por la vida. Participando en la vasta empresa patriótica que la mezcla representa, la escuela hallará entonces su verdadera vocación. Tal como lo dice Barreda al presentar el programa de estudios elaborado por él para la Escuela Nacional Preparatoria, aquélla reducirá las disparidades de cultura entre indios y blancos y de este modo acercará socialmente los primeros a los segundos, lo cual favorecerá los matrimonios interraciales y contribuirá a la gran amalgama biológica.⁴⁴ Porque no existe "un solo caso de individuos de raza bronceada civilizados que se casen con una congénere".⁴⁵ Ésta es asimismo la opinión autorizada de la Sociedad Indianista Mexicana, la cual tampoco vislumbra para el indio otro destino posible que no sea su abolición en el mestizo.

Aquí se llega al punto de ruptura con el darwinismo social. En efecto, Spencer sostiene que tanto en México como en América del Sur la mezcla del pueblo conquistador con el pueblo conquistado transfiere las tensiones de la sociedad al interior de cada individuo generado por la hibridación, sin jamás eliminarlas. Las tendencias que luchan por producir dos tipos sociales diferentes, en lugar de existir en individuos distintos, coexisten dentro del mismo individuo. Al no poder identificarse totalmente con uno u otro de estos tipos, el híbrido es por naturaleza un inadaptado, y por lo tanto un elemento de inestabilidad política y social.⁴⁶ Le Bon, por su parte, lo considera "sin energía, sin futuro e incapaz de aportar la menor contribución al progreso".⁴⁷ Pero en ese mismo individuo que los darwinistas europeos suponen escindiendo por su doble ascendencia —y que constituiría un peligro tanto para la sociedad como para la raza— sus discípulos mexicanos descubren un ser nuevo, dotado de

⁴⁴ Gabino Barreda, *Carta que este ilustre filósofo dirigió al C. Gobernador del Estado de México, Mariano Riva Palacio, explicando el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Tip. Económica, 1909, p. 51; la carta está fechada el 10 de octubre de 1870.

⁴⁵ *Boletín de la Sociedad Indianista Mexicana*, núms. 8-9 (1911), citado por Guillerme Bonfil Batalla, "Andrés Molina Enríquez y la Sociedad Indianista Mexicana: el indigenismo en víspera de la Revolución", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. 18 (1965), p. 221.

⁴⁶ Herbert Spencer, "The principles of sociology", en *A system of synthetic philosophy*, Londres, Williams and Norgate, 1876, p. 592.

⁴⁷ Gustave Le Bon, "L'influence de la race dans l'histoire", *Revue scientifique*, 3a. serie, t. 41, núm. 17 (1888), p. 529.

identidad propia, que representa un tipo social inédito y que corresponde a la síntesis del blanco y el indio. Las dos razas de las cuales proviene este ser se funden en él, tal como el cobre y el estaño se fusionan para producir un metal nuevo y de calidad superior: el bronce.

Menospreciado en Europa, el mestizo es en cambio exaltado en México. Pimentel elogia su fuerza, su valor, su generosidad, su lealtad. Los únicos defectos que le encuentra se derivan de un "exceso de robustez", pero ellos pueden ser fácilmente corregidos "por medio de una disciplina saludable".⁴⁸ Bulnes reconoce las aptitudes del mestizo para "elevarse a un alto grado de civilización", puesto que sería dominada su natural tendencia a la pereza.⁴⁹ Sierra se rebela contra las tesis insidiosas que condenan a la degeneración "la mezcla de la ardiente raza española del siglo XVI con razas inferiores".⁵⁰

Mucho se ha dicho —afirma— en pro y en contra de las familias mezcladas, o mestizas. Ha tiempo que los sabios extranjeros nos han acostumbrado a declaraciones dogmáticas respecto de los antecedentes y consecuentes de nuestro estado político y social, y esas sentencias son en tal modo desconsoladoras, que si ellas fueran conclusiones verdaderamente científicas, desesperaríamos de nosotros mismos... Apoyándonos en el mismo método que pretenden seguir los condenadores infalibles de nuestro porvenir, protestamos contra sus inducciones, que no son científicas porque dimanen de observaciones deficientes de los hechos.⁵¹

Según Sierra, la familia mestiza, respecto de la cual observa con regocijo que "ha comenzado a mover las riquezas estancadas en nuestro suelo" —ella representaría, en efecto, el embrión de una "burguesía nacional"— constituye "el factor dinámico de nuestra historia". Por este concepto, ella está invitada a "absorber en su seno los elementos que la engendraron", a fin de consumir la nación.⁵² El mestizo es "el hombre nuevo" sobre el cual el país tiene a proyectar su concepción totalizadora del destino colectivo y al que le confía el estandarte de la mexicanidad.

⁴⁸ Pimentel, p. 146.

⁴⁹ Bulnes, p. 42.

⁵⁰ Gustave Le Bon, citado por Justo Sierra, "México social y político", *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. 1 (1889), p. 17.

⁵¹ Sierra, p. 16.

⁵² *Ibid.*, p. 19.

El resultado grandioso que se esperaba del mestizaje permite entender mejor la razón por la cual quienes pensaron el problema indígena jamás hubieran llegado a inscribir en el patrimonio hereditario las causas de la inferioridad observada en el indio. Si, a fin de cuentas, el mestizo debía ser el prototipo de la futura raza mexicana y el portador del porvenir nacional, no era posible atribuir a una de sus razas progenitoras un defecto indeleble, y que sería indefectiblemente transmitido a la descendencia híbrida, sin devaluar la nacionalidad en gestación. Someter al indio al determinismo racial habría equivalido a afligir al mestizo con un vicio congénito, cuyo degradante estigma habría llevado a cuestras la obra histórica que le estaba asignada. Porque el mestizo sólo vale lo que valen las sangres que confluyen en sus venas. En efecto, poco numerosos son los que piensan que el mestizaje es siempre un factor de mejoramiento o de progreso, y que regenera a todas las razas indistintamente. Es la opinión contraria la que prevalece; la que por ejemplo expresa José Ives Limantour al decir que la mezcla racial tanto puede llevar a la sociedad a su perdición como contribuir a la perennidad del cuerpo social en el tiempo. Asimismo, el influyente secretario de Finanzas de Díaz —que es también uno de los principales pensadores del Porfiriato— sugiere que el Estado coloque al mestizaje bajo su control y que una política gubernamental ilustrada oriente este proceso a fin de prevenir todo tipo de cruzamiento indeseable. El porvenir de México estará tanto mejor asegurado en la medida en que la raza mexicana resulte exclusivamente de la fusión de indios y blancos, dos “razas vigorosas, guerreras y de elevada cultura”, con exclusión de todo otro elemento racial.⁵³

Es en *Los grandes problemas nacionales* —publicada en 1909, cuando la era porfiriana toca a su fin— donde se encuentra la apología del mestizo más argumentada, si bien no la mejor expuesta. El autor de esta densa e indigesta obra, Andrés Molina Enríquez, es un juez de provincia que cuenta en su ascendencia con una abuela otomí. Para él, el mestizo representa la raza elegida, la única que puede lograr el proyecto nacional. Los indios, cuyo horizonte mental está limitado por los estrechos confines del terruño, sólo se identifican con estas “patrias chicas” entre las cuales se desmenuzan al infinito. En cuanto a los criollos, son demasiado cosmopolitas como

⁵³ José Ives Limantour, “Discurso pronunciado por el Sr. Lic. ... secretario de Hacienda, en la ceremonia de clausura del concurso científico nacional” [el 7 de enero de 1901], *Revista Positiva*, vol. 1, núm. 2 (1901), p. 63.

para hacerse cargo de los intereses del país, cuyo cuidado sería por otra parte un error confiarles. “Piensan con el pensamiento europeo, siguen las costumbres europeas, consumen objetos europeos... Hasta la pintura, la literatura y la música con que satisfacen sus gustos y divierten sus ocios tienen que traer el sello del extranjero”.⁵⁴ Al adoptar las modas venidas de ultramar, se convierten en propagadores de influencias nocivas, de las cuales la menos perniciosa —a juicio del autor— no es el feminismo. Por el contrario, los mestizos tienen “una conciencia patriótica y moral que los induce a procurar la formación definitiva de la patria mexicana”.⁵⁵ Asimismo, Molina Enríquez observa con satisfacción que su número crece, pues ya constituirían más de la mitad de la población, y que su poder aumenta. En efecto, los mestizos que se incorporaron al Plan de Ayutla tuvieron acceso al poder político con la Reforma. El triunfo de Juárez y del partido liberal, que encarna sus ideales, les entregó las riendas del gobierno, y el golpe de Estado de Porfirio Díaz, a quien le es rendido un sostenido homenaje, los afirmó en esas funciones directivas. La tarea que les queda por cumplir no es menos enorme: tienen que absorber en su masa a la población india —lo cual no planteará mayor dificultad— a la vez que a la élite blanca, lo cual se percibe como algo mucho más complejo. Porque los criollos forman una microsociedad replegada sobre sí misma, cuyos miembros se encuentran soldados unos a otros en la defensa de sus privilegios. Por otra parte, si bien se vieron desplazados del poder político, siguen conservando lo esencial del poder económico, merced a lo cual son susceptibles de ejercer presiones considerables sobre el conjunto del cuerpo social. “Mientras todos los criollos españoles permanezcan unidos, formando una clase social bien diferenciada y acorazada”, lograrán escapar del crisol del mestizaje.⁵⁶ La conclusión es clara: la eliminación de los criollos como raza presupone su destrucción como clase. Esta conclusión le iba a significar a Molina Enríquez el ser reconocido como uno de los precursores intelectuales de la Revolución, y a su libro, el ser generosamente difundido por el régimen revolucionario, a pesar de todas las lisonjas que haya podido dirigir al Porfiriato.

⁵⁴ Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* [1909], México, INJM, 1964, pp. 230, 287-291; sobre el autor y su obra, se consultará a Agustín Basave Benítez, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 219-220.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 300-301.

Molina Enríquez no se conforma con sostener la tesis de la superioridad del mestizo sobre el indio. Afirma que la raza mestiza es superior a la de los criollos, y se entrega a demostrarlo abrevando muy libremente tanto en Spencer como en Haeckel. Todas las razas humanas, dice, están sujetas a un doble proceso de selección natural. El primero de ellos es de orden externo. Se trata de la lucha entre las razas, lucha que sólo permite que subsista la raza más fuerte, haciendo necesariamente de ésta la raza más evolucionada. Mientras más intensa es la competencia racial, más elevado es el nivel de evolución que alcanza la raza subsistente, estando de acuerdo en que un nivel más elevado de evolución se traduce en una mayor eficacia en la acción. El segundo proceso de selección es de orden interno. Consiste en la lucha entre los miembros de una misma raza, lucha que sólo permite que subsistan los individuos mejor adaptados. Mientras más áspera es la competencia interindividual, más resistente se vuelve la raza, porque su adaptación mejora. Ahora bien, los criollos pertenecen a una raza, la raza europea, que no ha cesado de luchar contra otras razas a todo lo largo de su historia. Por lo tanto los criollos son muy evolucionados, es decir muy eficaces en la acción. Pero están mal adaptados al medio ambiente americano, que no es el suyo, a consecuencia de lo cual su capacidad de resistencia es débil. Inversamente, los indios pertenecen a una raza que vivió en el aislamiento hasta el siglo XVI, al margen de la competencia interracial. Aunque poco evolucionados, están bien adaptados, de modo que su capacidad de resistencia es grande. Las cualidades complementarias de ambas razas son transmitidas al mestizo, el cual hereda la eficacia en la acción del criollo y la resistencia del indio. Según una construcción lógica como ésta, la raza mestiza que se constituye en México no puede sino ser superior a la nueva raza blanca que, en la misma época, cobra forma en Estados Unidos. Esta última se compone de elementos raciales diferentes pero emparentados, los cuales provienen esencialmente de Europa y por lo tanto son muy evolucionados, pero carecen de resistencia porque no están adaptados a su tierra de adopción. Esto le permite a Molina Enríquez lanzarse en la profecía optimista:

Los mestizos consumarán la absorción de los indígenas y harán la completa fusión de los criollos y de los extranjeros aquí residentes a su propia raza, y a consecuencia de ello, la raza mestizá se desenvolverá con libertad. Una vez que así sea, no sólo resistirá el inevitable choque con la raza americana del

norte, sino que en ese choque la vencerá... El porvenir nos guarda muchas sorpresas.⁵⁷

Poca duda cabe de que, entre las sorpresas que él espera, Molina Enríquez incluya destacadamente la recuperación de los territorios perdidos en 1848.

No obstante, subsiste una dificultad. ¿Hasta qué punto el medio preconizado para dar una solución definitiva al problema indio se adapta al fin perseguido, es decir al advenimiento de la nación tal como ella es idealmente concebida? Si toda la población de México está llamada a mestizarse, ciertos rasgos físicos del indio deberán encontrarse, más o menos atenuados, en el fenotipo de la futura raza mexicana. Desde luego, un Ramírez o un Molina Enríquez aceptan que todos los mexicanos venideros tengan la piel un poco morena, los pómulos un tanto salientes o los ojos ligeramente oblicuos, ya que se aceptan a sí mismos como los mestizos que son. Pero el conjunto de la élite criolla no puede aceptar semejante perspectiva. "Es en [la raza blanca] donde se ha de buscar el carácter mexicano, y es ella la que debe fijar en todas partes la idea que conviene hacerse de México".⁵⁸ Este principio, planteado por Mora en la primera mitad del siglo XIX, permanecerá intangible hasta la Revolución. Así pues, hay una contradicción entre la necesidad reconocida del mestizaje y la pregonada voluntad de fundar a través de él una nación blanca.

Esta contradicción no pasa inadvertida para Pimentel, quien la formula y la resuelve de un solo golpe. En realidad, la considera tan sólo aparente: "Pero, la mezcla de los indios y de los blancos, dirán algunos, ¿no produce una raza bastarda, una raza mixta? La raza mixta, respondemos, sería una raza de transición; después de poco tiempo todos llegarán a ser blancos".⁵⁹

En otros términos, los caracteres somáticos de los indios serían recesivos, mientras que los caracteres somáticos de los criollos serían dominantes. Al cabo de algunas generaciones, el mestizaje borraría las primeras y difundiría las segundas en toda la población. La creencia en las virtudes "blanqueadoras" de la mezcla es compartida por Riva Palacio, quien sostiene con mucha seguridad que

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 257-261.

⁵⁸ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, vol. 1, p. 75.

⁵⁹ Pimentel, p. 144.

“el atavismo de la raza no se manifiesta nunca entre los mestizos descendientes de indio, reproduciendo los caracteres puros de esa raza; y si el principio de la herencia hace alguna manifestación, es siguiendo siempre la línea española, cuyos detalles de construcción se fijan de una manera más persistente en la descendencia”. De este modo el indio, a diferencia del blanco, carecería de caninos, en cuyo lugar tendría premolares, lo cual Riva Palacio interpreta de paso como signo de una evolución superior. Pero el mestizo sigue teniendo caninos. Del mismo modo, el mestizo sigue presentando una cierta vellosidad, en tanto que el indio está totalmente desprovisto de vello corporal. Al igual que los pequeños guisantes verdes y arrugados que, cruzados en la huerta del convento de Brno con pequeños guisantes amarillos y lisos, dan pequeños guisantes amarillos y lisos, los indios cruzados con blancos engendrarían indefectiblemente blancos. Riva Palacio calcula en un siglo o dos el tiempo que le tomará a México purgarse de su fondo biológico indio y “blanquearse” completamente. Al cabo de este período de transición entre indianidad y blanquitud, todos los mexicanos serán de raza europea, sin que su ascendencia indígena se descubra como no sea por un leve detalle que los distinguirá como nación entre las otras naciones blancas, de la misma manera en que los italianos se distinguen de los españoles y de los alemanes.⁶⁰

Es extendiendo —de los rasgos físicos a los rasgos intelectuales y morales— el campo de aplicación de esta “ley” de la preponderancia del blanco en la transmisión de los caracteres, como un Cosmes —que con la edad se vuelve cada vez más spenceriano y así llega a negarle al indio toda positividad— supera a su modo el obstáculo que pone el darwinismo social para la aceptación del mestizaje. En efecto, en 1895 Cosmes da por hecho que en el proceso de mezcla la población indígena “proporciona únicamente materia prima”, y que nada, absolutamente nada del indio pasa al mestizo de un modo duradero. “Nuestro atavismo indio no se manifiesta más que por algunos caracteres físicos, que van desapareciendo cada día más”, dice. “Intelectual y moralmente hablando, somos españoles, un

⁶⁰ Riva Palacio, pp. 472-477; es altamente improbable que Riva Palacio haya tenido conocimiento de los trabajos de Mendel, que pasaron inadvertidos en vida de su autor y no fueron descubiertos por la comunidad científica sino a partir de 1900. En cuanto al texto de Pimentel, que data —recordémoslo— de 1864, es un año anterior a la formulación de las leyes de la herencia por el monje de Brno.

tanto modificados por el medio”.⁶¹ En estas condiciones, la fusión racial se le figura como la manera más suave de eliminar una raza que la lucha por la vida condena inapelablemente a desaparecer de la superficie del globo, sin atentar contra el potencial demográfico del país. Gracias a ella, podría ejecutarse humanamente la despiadada sentencia de la naturaleza. Humanamente, pero también de un modo integral, puesto que no subsistirá rasgo alguno del indio. En este caso, pero en éste solamente —y es excepcional—, el mestizaje es concebido como un genocidio *soft*, o más bien como una especie de eutanasia en masa, pues una de las ventajas que se le reconoce se refiere a que les evitará a los indios los sufrimientos de una muerte violenta.⁶²

El tiempo que le tomará a México “blanquearse” —“un siglo o dos” según Riva Palacio, “cincuenta años” según Alva, “poco tiempo” según Pimentel— depende en realidad de la importancia cuantitativa de la población blanca en relación con la población indígena, y de la frecuencia de cruzamientos entre los dos componentes étnicos de la población. Ahora bien, la población blanca representa una minoría demográfica. Las estimaciones más o menos fundamentadas, cuyo objeto es el diferencial de las tasas de crecimiento vegetativo de los criollos y de los indios, por lo general no dan pie para pensar que la relación numérica de los primeros con los segundos pueda invertirse naturalmente en un futuro previsible, y algunas hasta inducen a temer que, sin aportes demográficos exteriores, la población blanca se vuelva cada vez más minoritaria bajo el efecto del dinamismo vital que suele ser atribuido a los indígenas. Por otra parte, tal como lo sospecha Molina Enríquez, los criollos no parecen sentir mucho entusiasmo en sacrificar patrióticamente la pureza de su sangre sobre el altar del mestizaje, aun cuando acepten todas las garantías que les son prodigadas con respecto a la preponderancia de sus rasgos en la posteridad híbrida que ellos consentirían en darse. Estas consideraciones imponen como una evi-

⁶¹ Francisco Cosmes, *La dominación española y la patria mexicana*, México, Imp. de El Partido Liberal, 1896, p. 83.

⁶² No se seguirá a Agustín Basave Benítez (*México mestizo...*), demasiado dispuesto a sospechar, en toda apología del mestizaje, una intención genocida. Con excepción de Cosmes, el mestizaje es concebido por lo general como un medio para transformar al indio, ya sea regenerándolo, ya recuperando en provecho de una raza nacional las cualidades y las virtudes que le están explícitamente reconocidas en mayor o menor cantidad. Asimilarlo a un genocidio nos parece que es un grave contrasentido.

dencia la necesidad de dar consistencia a los efectivos de los blancos abriendo ampliamente el país a la inmigración, y de confiar a los inmigrantes —en parte o incluso en lo esencial— la tarea del “blanqueamiento” de la población mexicana.

La idea de fomentar la inmigración se remonta a los primeros días tras la Independencia, cuando los criollos midieron la extensión del territorio del que acababan de convertirse en amos, con una cierta sensación de abandono que la ruptura con España les hacía experimentar. Dejada de lado a raíz de la triste experiencia de Texas —que los colonos anglosajones en rebelión separaron de México en 1836— la idea resurgió con fuerza en ocasión del conflicto México-norteamericano y de las “guerras de castas” que resultaron de él. La desorientada opinión se aferra entonces a ella desesperadamente, viendo en la llegada de numerosos contingentes de extranjeros el único recurso del país contra el naufragio y la anexión. Desde Londres, donde representa a México ante la Corte de Saint James, Mora urge a su gobierno a favorecer el establecimiento de inmigrantes europeos en suelo nacional, tomando todas las medidas que no contravinieran al principio de igualdad de una manera demasiado flagrante.⁶³ El editorialista de *El Monitor Republicano* exhorta a sus compatriotas a invitar, toda soberbia reprimida, a “pueblos de Europa que pueden ayudaros a defender vuestra existencia de los enemigos interiores, y vuestras creencias, costumbres y dignidad de nación independiente, de los enemigos exteriores”.⁶⁴ Al acrecentar el potencial demográfico de México, la inmigración disuadirá cualquier nueva agresión norteamericana, y ahogará bajo su tropel a la población indígena rebelde.⁶⁵ Durante el resto del siglo y hasta la Revolución, esa idea permanecerá planteada como la condición necesaria para el advenimiento de la raza mexicana y el logro del proyecto nacional. Antonio García Cubas verá en ella “el remedio radical de nuestros males”.⁶⁶ Sin ella, dirá además Bulnes, “no hay salvación”.⁶⁷

⁶³ José María Luis Mora, *Obras completas*, México, Instituto Mora, 1988, vol. 7, p. 277.

⁶⁴ *El Monitor Republicano*, 22 de julio de 1852.

⁶⁵ *Ibid.*, 9 de enero de 1857.

⁶⁶ Antonio García Cubas, “Materiales para formar la estadística general de la República Mexicana”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, segunda época, vol. 2 (1870), p. 388.

⁶⁷ Bulnes, p. 274.

Pero esta inmigración que se quiere masiva, debe ser controlada y selectiva. No se trata de acoger a todos los pordioseros perseguidos por la miseria del mundo sobre las rutas oceánicas, sino únicamente a los europeos que cruzan el Atlántico para ir a poblar los Estados Unidos, y cuyo flujo, continuo y creciente, podría ser desviado en parte hacia México. Cuando ciertos intereses locales —en Yucatán en 1871, en algunos estados septentrionales a fin de siglo— exigen la admisión de trabajadores chinos en las fronteras, tropiezan con una decidida oposición que a veces se deja llevar por desbordamientos racistas sin precedentes ni equivalentes en el país. Los chinos constituirían un peligro para la economía. Alquilandos su fuerza de trabajo a un precio vil, harían bajar los salarios, aumentar el desempleo, caer el consumo y, con él, el nivel de actividad. Además, los chinos representarían un peligro para la sociedad. Sus costumbres crueles y perversas los hacen inasimilables, y su carácter vicioso los impulsa a la delincuencia y al crimen. Pero sobre todo, los chinos serían una amenaza para la raza. Las enfermedades transmisibles de las que son portadores —tales como la lepra, el tracoma y la sífilis— atestiguan su degeneración física, y de su unión con mujeres indígenas sólo pueden nacer abortos. La comparación con los indios surge muy naturalmente bajo ciertas plumas. Y siempre es fuertemente contrastante: a diferencia del indio, ser inferiorizado y por lo tanto “redimible”, los chinos pertenecen a una raza inferior, incapaz de evolución e inepta para el progreso, a una raza fósil, aquejada de inmovilidad, que corrompe a las otras razas con las que se mezcla.⁶⁸

Mientras que en la misma época el Perú se abre a la inmigración transpacífica, que en sucesivas oleadas le hace llegar cantidad de

⁶⁸ Se podrá hallar trozos de antología antichina en Justo Sierra, “Introducción histórico-legal a un ensayo sobre la colonización” [1876], en *Obras completas*, México, UNAM, 1984, vol. 4, p. 354; Francisco Bulnes, *Sobre el hemisferio norte, once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, Estados Unidos, Japón, Cochinchina, Egipto y Europa*, México, Imp. de la “Revista Universal”, 1875, pp. 209-210; Francisco Díaz Covarrubias, *Viaje de la Comisión astronómica mexicana al Japón, para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol, el 8 de diciembre de 1874*, México, Imp. C. Ramiro y Ponce de León, 1876, pp. 126-129; José Covarrubias, “La inmigración china considerada desde los puntos de vista intelectual y moral”, *Revista Positiva*, t. 6, núms. 6 y 9 (1904); José María Romero, *Comisión de inmigración, encargada de estudiar la influencia social y económica de la inmigración asiática en México*, México, Imp. Carranza e Hijos, 1911; véase también José Jorge Gómez Izquierdo, *El movimiento antichino en México, 1871-1934*, México, INAH, 1991.

polinesios, de chinos y luego de japoneses, México permanece cerrado a ella, siguiendo en esto las recomendaciones de una comisión gubernamental de estudio constituida en 1903.⁶⁹ Sucede que en el Perú la inmigración está destinada a abastecer de mano de obra a los grupos capitalistas que emergen en la región costera, sin tocar el monopolio que detentan celosamente los hacendados tradicionales de tierra adentro sobre la fuerza de trabajo de los indios. Así pues, poco importa de dónde provenga la inmigración, puesto que provee brazos robustos y baratos. Por el contrario, en México —donde el poder porfiriano repartió autoritariamente la mano de obra india entre todos los intereses económicos rivales, logrando por lo general satisfacerlos— la inmigración tiende prioritariamente a otro fin. Como lo dice Sierra, en primer lugar y ante todo, ella debe “activar la mezcla y crear un pueblo”.⁷⁰ Si, en el inmigrante, los peruanos ven solamente un trabajador, los mexicanos ven principalmente un reproductor.

Una vez tomada la opción a favor de la inmigración europea —e inequívocamente mantenida a pesar de todos los fracasos a los que ella iba a conducir— falta escoger, entre la rica variedad de naciones del Viejo Continente, aquellas cuya población presenta las cualidades que México requiere de los inmigrantes. Esta elección se basa en diversos criterios de orden moral, social y cultural. En primer término, el inmigrante debe tener una vocación por la agricultura que esté arraigada en una sólida tradición campesina. En efecto, él está destinado a establecerse en un medio rural para hacer fructificar tierras que, por estar pobladas sólo por indios, parecen vacías de hombres o en todo caso mal explotadas. Inscrita en un esquema de habilitación del espacio nacional, la inmigración está siempre estrechamente asociada a la idea de colonización. Luego, el inmigrante debe ser instruido. No debe suceder que venga a añadir su propia ignorancia a la de las masas indígenas sino, por el contrario, es necesario que contribuya a su elevación difundiendo a su alrededor saberes desconocidos. Luis del Toro lo quiere “inteligente y activo”, “capaz de implantar en nuestro suelo los adelantos que han adquirido pueblos de mayor civilización que

⁶⁹ Compuesta de cinco miembros, uno de los cuales es José Covarrubias, la comisión está presidida por José María Romero, quien tardíamente publicará el informe de la misma bajo su nombre (véase Romero, *Comisión...*). En 1910, el número de chinos en México escasamente excederá de 10 000.

⁷⁰ Justo Sierra, “México social y político”, *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. 1 (1889), p. 19.

del nuestro” y de aportar su contribución al progreso económico del país constituyéndose en agente de una transferencia de tecnología.⁷¹ Por último, el inmigrante debe integrarse fácilmente a la sociedad que lo acoge, pues su misión primordial es la de mestizarse. Es indispensable, dice Luis Alva, que los recién llegados sean personas susceptibles de asimilarse a la raza indígena, para fundirse en ella y producir una raza poseedora de más virtudes y menos vicios.⁷² No es cuestión que vivan entre ellos y creen enclaves extranjeros sobre el suelo nacional.

Vistas las cualidades exigidas del inmigrante, ¿cuáles europeos son dignos de entrar a México? Al parecer, alemanes e irlandeses gozan de una neta preferencia. Los primeros tienen un temperamento pacífico; se arraigan rápidamente al país que adoptan por patria; se adaptan fácilmente a las costumbres de la gente entre la cual han escogido vivir; además, son excelentes agricultores.⁷³ Pero, debido a que el pueblo irlandés comparte las mismas creencias religiosas que el pueblo mexicano, de muy buen grado se les atribuye a los segundos una capacidad de adaptación aún mayor. Hasta los más anticlericales de los liberales, que por largo tiempo vieron en la libertad de cultos la condición para el éxito de toda política de poblamiento, terminan por conceder —una vez proclamada dicha libertad, en 1859— en que a la inmigración proveniente de países católicos debe dársele privilegio, sobre todo si el destino de los inmigrantes es el de tener descendencia con los indios, que son famosos por su fanatismo religioso.⁷⁴ No obstante, la inmigración inglesa y escandinava también tiene partidarios, al igual que la belga y la holandesa, pero su volumen parece demasiado escaso como para poder llevar la población de México a las puertas de los 100, de los 80 o al menos de los 50 millones de habitantes, donde algunos piensan que debería idealmente situarse. En cambio, la inmigración italiana, cuya inagotable marea se derrama entonces sobre la Argentina, curiosamente no obtiene sufragio alguno. Desde luego, los campesinos católicos pero latinos que la componen, carecen de esa

⁷¹ *El Monitor Republicano*, 3 de diciembre de 1895.

⁷² *La Libertad*, 7 de junio de 1882.

⁷³ *El Monitor Republicano*, 6 de septiembre de 1867.

⁷⁴ Con todo hay algunos obstinados, como es el caso de Federico Mendoza y Vizecaino, quien ve en la inmigración protestante un medio de convertir a los indios a una religión supuestamente más progresista (véase *El Monitor Republicano*, 25 de julio de 1883).

palidez celta o germánica que los mexicanos asocian con ciertos valores morales e intelectuales, y que tanto admiran de los pueblos del norte de Europa.

Sin embargo, así como el árbol se juzga por sus frutos, el inmigrante debe ser estimado, no por su propio valor, sino por el de la descendencia híbrida que engendra. Tal es la opinión de Luis Alva, quien somete a observación "científica" un muestreo de mestizos nacidos de indias y de europeos de diferentes nacionalidades. De la lista de extranjeros admisibles en México en calidad de inmigrantes, Alva elimina de plano a los españoles. Los mestizos de los que éstos sembraron el país a partir del siglo XVI poseerían —si se le cree— todos los defectos morales de los criollos, y el semblante de ellos, demasiado indio para su gusto, lo haría dudar de la preponderancia de los rasgos hispánicos en el mestizaje. Para él, los mestizos nacidos de alemanes son superiores. Afables, estudiosos, perseverantes, corteses y bondadosos, tienen el carácter dulce y el cabello claro. Pero su tez sigue siendo muy oscura. Los mestizos nacidos de ingleses son, a este respecto, más presentables. Además de que son más cultivados y más distinguidos por la manera como se comportan. Pero pecan de cierta excentricidad y manifiestan una lamentable inclinación por las bebidas fuertes. Sin embargo, Alva reconoce que el muestreo con base al cual ha hecho sus observaciones —ise compone en total de un par de familias angloindias!— tal vez no tenga una representatividad estadística suficiente. Sin prejuizar las conclusiones a las que conduciría una encuesta más amplia, él piensa que el cruzamiento irlando-indio es susceptible de dar resultados mucho más satisfactorios: "Si al rubio católico irlandés le unimos con una india cobriza, católica también, es probable que logremos formar una familia menos cobriza y más moral".⁷⁵ La unión que debe producir esta raza de individuos, cuya moralidad sería inversamente proporcional a la pigmentación cutánea, intervendría en el cuadro de colonias agrícolas formadas por dos tercios de inmigrantes y un tercio de indígenas que Alva querría ver surgir en las regiones subpobladas y sobre los terrenos nacionales.⁷⁶ La unión se realizaría "naturalmente", tanto por gusto como por necesidad. Esposa sumisa y solícita, madre afectuosa, trabajadora infatigable a quien ninguna tarea desalienta, la india reúne todas las cualidades que el europeo más exigente puede buscar en una compañera. En este

⁷⁵ *La Libertad*, 24 de junio de 1882.

⁷⁶ *Ibid.*, 7 de junio de 1882.

punto, Alva comparte la opinión de un tal "Dr. Enrique Frimont", de quien comenta que tras haber tratado con mujeres de casi todos los países del mundo hasta convencerse de que jamás podría atarse a ninguna, terminó enamorándose de una india de Ozulama junto a la cual iba a conocer la perfecta felicidad doméstica.⁷⁷ Por su parte, para la india, el inmigrante presenta la quizás única pero inestimable ventaja de ser blanco.

El Universal recuerda oportunamente que las mujeres indígenas experimentan una irresistible atracción hacia los europeos, a quienes tienden a preferir más que a los hombres de su raza en la concesión de sus favores. Esta tendencia, de cuyos afortunados beneficiarios Cortés fue el primero, ayudará enormemente a los inmigrantes en el cumplimiento de su misión progenitora.⁷⁸ Al igual que en los primeros tiempos de la Conquista, machismo y malinchismo son convocados junto a la cuna del mestizo.

* * *

Ignorar las diversas expresiones a las cuales da lugar la toma de conciencia de la condición indígena en la sociedad, equivaldría a restringir abusivamente el campo del pensamiento mexicano sobre el indio. Aun cuando parezca haber escapado a la atención de la mayoría de los historiadores, y a veces haya podido ser negada, dicha toma de conciencia es muy real. Así, en la serie de trece artículos sobre "La colonización extranjera y la raza indígena" que publica en *La Libertad*, entre el 7 de junio y el 20 de julio de 1882, Alva señala —para indignarse de ello— que la población indígena sigue sufriendo las mismas imposiciones a las que los españoles la habían sometido, y que su suerte sin duda empeoró a partir de la Independencia. Atado al dominio por la deuda heredada de sus padres y que fatalmente transmitirá a sus hijos, el indio se agota en los campos para que su amo pueda vivir en la ciudad, en el lujo y la abundancia. Tras su interminable jornada de trabajo, regresa a su insalubre cabaña donde duerme sobre el suelo. Sólo se alimenta del escaso maíz que se le da, y cuyo sobrevaluado precio será descontado de su salario y contribuirá a aumentar su endeudamiento. En cuanto al indio que vive en comunidad libre, a juzgar por su apariencia

⁷⁷ *Ibid.*, 8 de julio de 1882.

⁷⁸ *El Universal*, 9 de julio de 1867; Gagern, p. 817, evoca igualmente a las mujeres de Tehuantepec, que se ofrecerían a los blancos de paso en un anhelo de "mejorar su raza".

famélica y andrajosa, no parece ser más afortunado. Él también se encuentra sometido a una despiadada explotación, que desalienta sus esfuerzos y lo mantiene en el más absoluto estado de indigencia. Los chamulas de Chiapas, por ejemplo, no consiguen vender en los mercados el magro producto de las tierras que lograron sustraer de la codicia de blancos y mestizos. A la vera de los caminos se apostan comerciantes de la ciudad de San Cristóbal, quienes los obligan a soltarles sus productos a precio vil, y si los indios intentan resistirse a esta forma de "intercambio por asalto", son insultados y molidos a golpes. Se dice que los indios se asemejan a los animales; pero ¿quién los animaliza? Y ¿qué deben hacer los "humildes obreros del progreso" para que esta raza siempre abatida, siempre humillada, siempre extranjera en su propia patria, tenga por fin acceso al "banquete de la civilización"?⁷⁹

Alva nada tiene de extremista. Por otra parte, el diagnóstico que emite sobre la condición del indio no es aislado, y ni siquiera original. El mismo sigue la línea del emitido por Otero en 1848, y que otros habían formulado durante los años siguientes en términos poco más o menos semejantes. En efecto, la crisis de mediados de siglo conduce al examen crítico de un orden social que hasta entonces poco blanco parecía presentar a la polémica. Muchos son los que, al interrogarse sobre las razones por las cuales los indios se sublevan en todas partes, ponen en evidencia los elementos de un sistema social que coloca a la población indígena bajo la dominación depredadora de los blancos y de los mestizos. De un análisis al otro, surgen las mismas acusaciones, a menudo con igual vehemencia. Ellas se refieren a las incesantes usurpaciones de la propiedad comunal sobre terrenos comunitarios; al sistemático recurso al endeudamiento, que convierte a la hacienda en "ergástulo" y a los trabajadores en "siervos", "esclavos" o "ilotas"; a la práctica del "intercambio por asalto", que despoja al pequeño productor independiente del fruto de su labor y lo sume en el abatimiento; a la actitud de las autoridades locales, indiferentes mas a menudo cómplices de todo género de abusos, rapiñas y extorsiones cuyas víctimas en todas partes son los indios.⁸⁰ El análisis remata generalmente en la pregunta de rigor: ¿qué ha hecho la República por el indio? Absolutamente nada. Todos los gobiernos que se sucedieron

⁷⁹ *La Libertad*, 10 y 17 de junio, y 1o. y 16 de julio de 1882.

⁸⁰ En lo que se refiere sólo a *El Monitor Republicano*, véase los números del 15 de julio de 1849, 5 de mayo de 1850, 4 de julio de 1861, 31 de julio y 19 de diciembre de 1867, 2 de junio de 1870 y 26 de julio de 1883.

desde la Independencia lo engañaron: "Se le ofrecieron prosperidades, y no ha visto más que miserias; se le ofrecieron derechos, y no ha visto más que gravámenes y vejaciones; se le ofreció libertad, y ha visto siempre sobre su cuello el pie de la más odiosa tiranía".⁸¹ Así pues, México no esperó a Turner y su *Barbarous Mexico* para conocer la suerte que le reservaba a su población indígena.⁸² A partir de mediados del siglo XIX muchos mexicanos —y no de los menos importantes— informaron sin cesar a la opinión pública sobre esto.

Es verdad que no todos estos análisis contienen la misma carga de simpatía por los indios. Algunos condenan los "abusos", porque excitan peligrosamente la furia indígena y amenazan con reanimar en cualquier momento la temible "guerra de castas". Tales análisis parecen estar inspirados más por el instinto de conservación social que por un verdadero anhelo de reforma.⁸³

Otros entablan juicio a las relaciones sociales, porque pertenecen a otra época y obstaculizan la marcha del país hacia la modernización. En ellos, el espíritu de progreso prevalece sobre el sentimiento de humanidad, aunque sin apagarlo. De hecho, la gama de los sectores de opinión de donde estos análisis provienen, se extiende desde los conservadores hasta los radicales, y si bien incluye las corrientes de sensibilidad social que se ha creído discernir dentro de la nebulosa liberal, no se limita a ellas. Pero cualquiera sea su procedencia, la perspectiva abierta por estos análisis va a parar en una misma visión del indio, una visión muy diferente de la que a la sazón predomina y la cual seguirá siendo transmitida aún por largo tiempo. Bajo una perspectiva como ésta, el indio ya no es ese ser marginal que vive dentro de profundos bosques o en la cima de escarpadas montañas, alejado de los blancos y de los mestizos, en una especie de *limes* social. En cambio, aparece en los suburbios de las ciudades, en las explotaciones agrícolas, en los centros mineros, como parte integrante de la sociedad cuyo fundamento constituye

⁸¹ *El Universal*, 17 de julio de 1848.

⁸² John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico*, Chicago, Charles H. Kerr & Co., 1910; inmediatamente traducida al español, esta obra tuvo una gran repercusión en México, donde fue volcada al expediente de acusación del Porfiriato.

⁸³ Véase, por ejemplo, el estudio sólidamente documentado que aparece en *El Siglo XIX* del 17 de agosto de 1852 referente a la restauración de "una especie de duro feudalismo" en la Sierra Gorda tras la represión del levantamiento de 1848. El autor acusa a los grandes hacendados de la región de ser los promotores de una "guerra de castas", agregando que "nada es más criminal que el dar justos motivos de reivindicación a la raza indígena, sobre todo en donde ya se la ha visto rebelarse contra la raza blanca".

y dentro de la cual desempeña una función esencial. Así pues, la "barbarie" de la que él da muestras no es el resultado de una falta de contacto con la civilización. Por el contrario, ella procede de las relaciones múltiples que lo encadenan a la población "civilizada" y le impiden evolucionar, orillándolo a la rebelión.

Las críticas formuladas contra una sociedad que engendra tal cantidad de desigualdades e injusticias y tanta violencia autodestructiva, se hacen quizá menos frecuentes y pierden virulencia a partir de la década de 1890. Sin embargo, la paz porfiriana no pone fin a una reflexión que tiende a mostrar la raza indígena en posición de clase y el problema indio en su dimensión social y económica. Por el contrario, esta reflexión madura. De la denuncia de los males, pasa a propuestas de cómo ponerles remedio. Para sacar al indio del atraso y la miseria es necesario crear necesidades en él, y al mismo tiempo proporcionarle los medios de satisfacerlas. Entonces el indio se volverá un consumidor cuyas exigencias estimularán la producción nacional. Sobre este punto, todos están de acuerdo. En 1881, *El Siglo XIX* estima en cinco millones, o sea la mitad de la población del país, el número de individuos que viven en economía de subsistencia, consumiendo lo que producen y produciendo lo que consumen. La inserción progresiva de tal población en el mercado de bienes y servicios es susceptible de asegurar por largo tiempo un crecimiento económico autosostenido.⁸⁴ En *Cuestiones económicas* Prieto vislumbra su realización por el lado de la escuela, que, al difundir un modo de vida urbano en las áreas rurales, elevará por doquier el nivel de las aspiraciones indígenas. Pero la escuela no dará resultados inmediatos, advierte José María del Castillo Velasco. En espera de que ella produzca sus efectos sobre las generaciones futuras, ciertos comportamientos socioeconómicos podrían ser modificados desde ahora mismo por vía administrativa, y podrían ser creadas necesidades valiéndose de la imposición.⁸⁵ De este modo se sugiere volver a poner en vigor una antigua medida tomada por el virrey conde de Revillagigedo, la cual hacía obligatorio que los indios se vistieran a la europea cuando iban a la ciudad.⁸⁶ No se sabe si semejante sugerencia toma en cuenta los in-

⁸⁴ *El Siglo XIX*, 3 de febrero de 1881.

⁸⁵ Véase en *El Monitor Republicano* de los días 2, 4 y 29 de junio de 1870, los comentarios que aporta José María del Castillo Velasco a las *Cuestiones económicas* de Guillermo Prieto sobre el problema del indio.

⁸⁶ Véase, particularmente, *El Monitor Republicano* del 29 de junio de 1870, *La Libertad* del 16 de julio de 1882, y *El Siglo XIX* del 18 de septiembre de 1889.

tereses de la población indígena o más bien los de la industria textil, que ocupa el primer lugar entre las actividades manufactureras y a la cual nunca le faltaron defensores.

Falta encontrar los medios para poner a los indios en condiciones de satisfacer las necesidades que se habrá inducido en ellos, o que se les habrá impuesto. Poco se tarda en hacer el inventario, porque el único medio que parece ser eficaz consiste en aumentar sustancialmente los salarios, cuyo estancamiento en un nivel demasiado bajo nadie pone en duda. *El Siglo XIX*, que relaciona a los salarios con los precios para calcular su poder adquisitivo, comprueba, en 1889, que ni siquiera le permiten al trabajador alimentar adecuadamente a su familia. Mientras que en Europa el salario promedio se triplicó a partir del comienzo del siglo, en México aumentó un 22%, y la mitad de este aumento fue consumido por la inflación, de modo tal que "nuestro indio se encuentra hoy en condiciones mucho peores que el obrero inglés en 1848". Sin embargo, este periódico no acepta que el ajuste salarial sea operado autoritariamente por las instancias gubernamentales, tal como lo exige *La Semana Mercantil*. La tasa de los salarios debe estar determinada por el mercado, no cesa él de repetir como partidario acérrimo de la doctrina económica clásica que defiende e ilustra a lo largo de columnas enteras. Por otra parte, la población indígena no puede sino ganar con ello. Si se le restituye el libre uso de su fuerza de trabajo, la venderá, como una mercancía, en función de la oferta y la demanda. Dado que el crecimiento de la producción provocará un aumento en la demanda de mano de obra, la población indígena recibirá, a cambio de su trabajo, un salario cada vez más elevado. La solución es más audaz de lo que parece a primera vista, pues implica la abolición del trabajo por deuda y la generalización del salariado, en un momento en el cual el capitalismo se edifica friolentemente a la sombra del Estado, sobre la base de relaciones de producción en gran parte serviles.⁸⁷

Otras propuestas —más audaces aún, y cuyo éxito iba a verse asegurado en un futuro muy próximo— consideran al indio, no como un consumidor al que hay que abastecer de ingresos, sino como un productor al cual conviene proporcionarle el bien de producción del cual carece: la tierra. Ya en el Congreso Constituyente de 1856, Castillo Velasco había solicitado, sin éxito, que la ley fundamental en proceso de elaboración reconociera solemnemente el derecho de cada ciudadano de poseer una parcela de tierra suficiente

⁸⁷ *El Siglo XIX*, 3 de enero de 1889.

como para asegurar su subsistencia y la de su familia. Con este fin, exigía la parcelación de los terrenos nacionales y, de ser necesario, la expropiación de las fincas rurales, cuya permanente expansión no iba a tardar en suscitar una creciente inquietud.⁸⁸ En 1893, Alva vuelve a tomar la pluma, esta vez en *El Monitor Republicano*, para denunciar la subproductividad de las grandes propiedades rurales, que sólo aprovechan una escasa parte de sus tierras y dejan el resto sin cultivar. Se pronuncia a favor de una ley agraria que las reduciría a la talla de explotaciones medianas y que redistribuiría las tierras excedentes entre sus "esclavos rojos".⁸⁹ Dos años más tarde, Wistano Orozco adopta la misma argumentación y la desarrolla en un sabio tratado de *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*. La obra comprueba que la supresión de las manos muertas, la nacionalización de los bienes raíces del clero, la venta de los terrenos nacionales, en pocas palabras todas las disposiciones agrarias adoptadas a partir de la Independencia con miras a favorecer el acceso de un mayor número de individuos a la propiedad territorial, surtieron el efecto contrario al objetivo buscado. Pero sobre todo, la obra muestra que la hacienda opera según una lógica "feudal". Efectivamente, su finalidad no consiste en lograr beneficios económicos, sino en satisfacer el orgullo de su propietario, que se erige en amo y señor local. Estructuralmente distinta de la empresa agrícola, la hacienda sólo puede funcionar con base en el trabajo servil. Por lo tanto, es inútil tratar de liberar al indio de la servidumbre sin afectar los fundamentos mismos de la institución hacendaria.⁹⁰ A no equivocarse: esas críticas al *latifundium* se inspiran en Jovellanos, no en Proudhon. El sacrosanto derecho de propiedad, de ninguna manera es puesto en discusión. Es su abuso lo que se condena, en nombre de una ideología productivista, porque obstaculiza el crecimiento de la economía y el progreso de la sociedad.

Paralelamente, se abre un debate sobre la pertinencia de la legislación que pretende transformar a los indios miembros de comunidades en pequeños propietarios, dejándolos desprotegidos frente a las tentativas de despojo. Emilio Pardo, que la juzga

⁸⁸ Véase Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964*, México, FCE, 1974, pp. 167-170, quien cita largos pasajes de Castillo Velasco.

⁸⁹ *El Monitor Republicano*, 18 y 22 de julio de 1893.

⁹⁰ Wistano Luis Orozco, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, México, Imp. de El Tiempo, 1895.

"imprudente", quiere darle a la parcela familiar el carácter de inalienable e inembargable, a través de una fórmula jurídica derivada del *homestead* anglosajón.⁹¹ Molina Enríquez, que la condena inapelablemente, propone salvar lo que quede de los bienes comunales entregándolos en propiedad colectiva a sus usufructuarios. De este modo se frenaría al mismo tiempo el aumento de la masa de indios sin tierra y el avance triunfal del agave hacendario sobre las huertas indígenas, mismo que vuelve estéril el suelo y detiene el abastecimiento a los mercados urbanos.⁹² Todas estas ideas se abren camino y ganan influencia durante la década de 1900. Encuentran una primera consagración en la ley que el gobernador de Chihuahua, Enrique Creel, hace votar en 1906 para beneficiar a los tarahumaras, y a la cual hoy se considera, con justa razón, como el punto de partida de la política indigenista mexicana.

En la exposición de los motivos que lo llevan a someter este texto a su aprobación por parte de la Legislatura del Estado, Creel afirma que el problema indio "está esencialmente ligado a la propiedad de tierras", para declarar inmediatamente después que las medidas a través de las cuales él se propone resolverlo, tienen por objeto elevar "una raza inferior" al nivel de "la raza superior".⁹³ Como muchos de sus contemporáneos, no elude la trampa de las palabras que pone freno a la audacia del pensamiento. El indio sigue siendo captado en términos raciales, aun cuando cada vez con más frecuencia sea el objeto de un enfoque socioeconómico. Pero García Granados pone de manifiesto la relatividad de las categorías raciales al demostrar que no hay razas puras, y que todas las razas se descomponen y se recomponen permanentemente bajo el efecto de las guerras, de las invasiones y de los movimientos de población.⁹⁴ La fusión biológica de la raza india con la raza blanca se sigue planteando como la condición necesaria para la formación de la nacionalidad, aun cuando no siempre sea considerada como

⁹¹ Emilio Pardo, "La institución del *homestead*", *Revista Positiva*, vol. 1, núm. 2 (1901), pp. 33-48.

⁹² Molina Enríquez, pp. 131 ss.

⁹³ Enrique Creel, "Exposición de motivos que presentó el ejecutivo del Estado sobre civilización y mejoramiento de la raza tarahumara, y ley expedida acerca del asunto por la H. Legislatura" [1906], en *Agricultura y agrarismo*, México, Tip. El Progreso, 1929, pp. 42-64.

⁹⁴ Ricardo García Granados, "La cuestión de razas e inmigración en México", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, quinta época, vol. 3 (1908), pp. 327-339.

su condición suficiente. Sin embargo, al término de un estudio por lo demás muy spenceriano sobre *La raza indígena*, José López Portillo y Rojas concluye que el individuo pertenece en definitiva a la raza cuya civilización comparte y que, más que de la mezcla, la unidad nacional depende de lo que más tarde se denominará la aculturación.⁹⁵ En resumen, el paradigma racialista no está formalmente impugnado, aun cuando los límites de su capacidad heurística empiecen a hacerse patentes. Eso no impide que Molina Enríquez, el gran apologista de la amalgama racial, considere necesario aplicar simultáneamente dos claves de interpretación a la sociedad mexicana, cuyo examen emprende: una clave de razas y una clave de clases, entre las cuales intenta establecer concordancias⁹⁶

Cuando termina el Porfiriato, el pensamiento mexicano sobre el indio desborda los marcos conceptuales que lo encorsetan y que parecen cada vez más inadecuados. Aun cuando todavía no haya encontrado el vocabulario susceptible de traducir todos sus avances, dicho pensamiento ya ha abierto el camino que emprenderá el indigenismo revolucionario y que iba a conducir, en la furia de los combates y en el estrépito de las armas, a la definición de una nueva relación entre indianidad y nacionalidad.

Traducción de Jorge Padín Videla

⁹⁵ José López Portillo y Rojas, *La raza indígena*, México, Imp. Mariano Viamonte, 1904.

⁹⁶ Molina Enríquez, particularmente pp. 220-223.

¿TIENE FUTURO LATINOAMÉRICA?

Por *Hanns-Albert STEGER*

PRESIDENTE DEL CEISAL, ALEMANIA

LA FRASE "viejos hombres y mujeres" puede significar: 1) viejos (hombres + mujeres); o bien 2) (viejos hombres) + mujeres. ¿Qué es lo que quiere darse a entender? La antropología de la cultura intenta responder a la interrogante de "lo que realmente quiere decirse" cuando nos encontramos con determinada frase de carácter social. La frase "viejos hombres y mujeres" carece de sentido si no estamos en posición de responder a dicha pregunta —y, sin embargo, durante largo tiempo hemos venido cometiendo el error de creer posible juzgar a "otras culturas" por medio de este tipo de enunciados carentes de sentido. Dentro de nuestra propia cultura no prestamos mucha atención a los diversos matices que toma el sentido de las palabras, ya que debido a nuestra socialización comprendemos desde un principio "lo que realmente quiere decirse". Pero, ¿qué intenta decirme realmente un amigo en México (o en cualquier otro país) cuando me dice: "¿quieres tomar un café?". Como no tengo sed, respondo, "No, gracias". En realidad, lo que él quería indicar era que él tenía sed y quería tomar un café, pero, al mismo tiempo, no deseaba pasar por alto mi derecho de opinar. Por tanto, mi respuesta no fue la correcta, pues él seguramente pensó que le contestaría que "sí".

El aprendizaje y la comprensión de este tipo de diferenciaciones indudablemente pertenecen al programa básico de la antropología de la cultura. Pero éste no solamente abarca problemas individuales, sino que más bien se ocupa de cuestiones que tienen que ver con la sociedad entera, en especial, con los intentos de las diferentes sociedades por expresar su propia experiencia de la realidad por medio del "lenguaje", donde "lenguaje" se refiere a todas las manifestaciones culturales, ya sean estéticas, artísticas, institucionales o religiosas. La gramática generativa transformacional de Chomsky busca dentro de esta realidad *del lenguaje* lo que

“realmente” quiere darse a entender a través suyo —la relación que existe entre el lenguaje y su “fundamento”. Aquí, las manifestaciones culturales “del lenguaje” representan la transformación de las experiencias “fundamentales” que, al ser procesadas por una fábrica llamada lenguaje, adquieren una capacidad expresiva. Esto ocurre —*simultáneamente!*— en tres dimensiones diferentes que, sin embargo, dependen una de otra: cognición-producción-producto; en términos lingüísticos: dominio del lenguaje, habla y texto. Es evidente que entre la concepción, la incubación y, finalmente, el nacimiento de la obra frecuentemente hay un largo camino por recorrer que además ejerce una enorme influencia sobre el carácter final de la obra. La antropología de la cultura tiene por objeto mostrar las constantes y los factores que influyen sobre este proceso. Con este fin, procura obtener un inventario de elementos universales que puedan ser definidos independientemente de su ocurrencia dentro de determinadas culturas y que, por otra parte, puedan aprehender los elementos específicos de una cultura. Así, estos elementos universales representan el contenido, tanto abstracto como concreto, del alfabeto con cuya ayuda puede describirse la identidad cultural, se les denomina “palabras clave”. Para Latinoamérica, por ejemplo, son características las siguientes palabras clave: *hacienda, nación, abogado, caudillo, progreso, soledad, sosiego, naturaleza*, etc. ¿Qué sucede, sin embargo —para dar un ejemplo solamente—, si la *hacienda* se concibe, ya no como un ámbito de vida en sí misma, sino como unidad productiva que debe funcionar de acuerdo a los cánones de la optimización y maximización de ganancias? Este “ámbito de vida” se convierte en un campo de batalla para la explotación, lo cual se describe de manera impresionante en las novelas de crítica social de los años treinta y cuarenta (aquí sólo nombro a Jorge Icaza, *Huaspungo*, César Vallejo, *El tungsteno*, o las películas de Gláuber Rocha) en las que se encuentra recreada gran parte de esta atmósfera. Nuestras sociedades europeas permanecen perplejas ante la desolación que ellas mismas provocaron.

Tomemos un ejemplo de la historia contemporánea de las religiones: durante la Segunda Guerra mundial, cuando en el Pacífico los norteamericanos saltaban de isla en isla, como entonces solía decirse, desembarcaban en la playa bajo las bellas palmeras, sacaban la antena de sus radios portátiles, pronunciaban ante ellos un palabrerío incomprensible y, he ahí, al poco rato arribaban barcos de transporte o aviones sacudiendo el cuerno de la abundancia material. ¿A quién sorprende pues, que de inmediato los aborígenes

construyeran una cajita con un palito adherido a ella, le hablaran y se pusieran a esperar que también llegara un cargo para ellos? Así aparecieron los cultos melanesios del cargo que tenían un contenido de crítica social cada vez más acerbo, ya que la entrega del cargo nunca se cumplía, cosa que evidentemente era provocado por sus enemigos blancos. ¿Acaso la solicitud de asistencia por parte de Latinoamérica representa una especie de culto latinoamericano del cargo? La respuesta a esta pregunta es de gran significancia, pues al final nos remite a la problemática del concepto del trabajo bajo el cual están organizadas las sociedades latinoamericanas. También nosotros obtuvimos un cargo en forma del dinero del Plan Marshall, el cual fue integrado a determinado proceso de planificación del trabajo. Y ahora enviamos toneladas de “cargos” a todas partes del mundo, cayendo en el error de creer que distribuimos felicidad. Así pues, la interrogante se dirige no sólo a los nuevos, sino también a los viejos países industrializados: ¿cómo justificamos nuestra intromisión en sociedades ajenas a la nuestra?, ¿quién nos da el derecho de aniquilar estilos de vida firmemente establecidos?

Pero en este momento no se trata de polemizar acerca de este asunto. En lugar de ello, deseamos enfocar nuestra mirada hacia el sistema transnacional de dominación industrial y política, al cual no solamente Latinoamérica ha de ser sometida. Para ello vamos a concentrarnos sobre cierto aspecto corolario de la política de endeudamiento que hasta ahora no ha sido tomado muy en cuenta dentro de esta discusión. Inicialmente debemos subrayar el hecho de que el comercio mundial se limita cada vez más al comercio *entre* países tecnológicamente avanzados. Entre 1950 y 1972, es decir, hasta la primera crisis petrolera, la participación de los países en desarrollo en el comercio internacional ya había disminuido de aproximadamente 30% a 18%. Uno de los motivos más importantes para ello es el hecho de que la nueva tecnología ya no se basa en los recursos extraídos de la tierra (carbón, hierro, petróleo, etc.), sino en la ciencia como medio de producción (producción sintética, química, etc.). Así pues, la productividad de los países industrializados tiende a volverse cada vez más autosuficiente y a depender menos de recursos que solamente pueden obtenerse en determinados lugares, como son yacimientos de carbón, hierro, etc., como era común al principio de nuestra propia industrialización. De esta manera queda anulada la dependencia de los recursos importados, al menos para las cifras de crecimiento actuales. Es así que la demanda de materias primas tradicionales, provenientes de los

países en desarrollo, ha alcanzado cierto grado de saturación; esta ampliación del campo de producción de los países industrializados tiene que dar lugar a una disminución de precios en los países en desarrollo, que queremos alcanzar con nuestra política de desarrollo, pues de lo contrario se crearía una sobreoferta en los mercados de los países industrializados. Esta situación hace que el mercado interno de los países subdesarrollados sufra un colapso a intervalos regulares, ya que la infraestructura de las sociedades en que se basa, resulta insuficiente. Aquí nos vemos obligados a referirnos nuevamente al concepto del trabajo, pues debemos preguntarnos: ¿cómo podría eliminarse el déficit que acabamos de describir? Las circunstancias actuales se definen por el hecho de que, en el mejor de los casos, toda asistencia prestada con el fin de fomentar el desarrollo en Latinoamérica, llevaría a un incremento en la producción que, en tanto esta asistencia sea aplicada en la misma forma que hasta ahora, forzosa e inevitablemente conduciría al debilitamiento, mas no al fortalecimiento de los mercados de dichas naciones. Por más que nos neguemos a aceptar esto como una realidad, los hechos hablan un lenguaje por demás claro, de tal suerte que se ha comenzado a hablar de la década de los ochenta como la "década perdida", es decir, la década perdida en lo que al desarrollo se refiere.

Abordemos esta problemática desde otro punto de vista: si la asistencia destinada para fomentar el desarrollo en Latinoamérica constituye una reacción a un culto al "cargos", y la asistencia realmente suministrada es una respuesta a los ruegos por un cargo, y esta misma está dosificada de manera que, mal que bien, la creencia (superstición) de que los ruegos resultan efectivos siga sosteniéndose, entonces debemos preguntarnos: ¿cuál es "realmente" la base del sistema institucional latinoamericano? Después de todo, una de las condiciones establecidas para el suministro de "cargos" es la adopción, en Latinoamérica, de las formas de gobierno llamadas "occidentales" ("democracias", como se les dice en el lenguaje oficial). Como sabemos, este desarrollo se da a modo de ondas: sustitución de los regímenes populistas por formas democráticas después de la Segunda Guerra mundial, los cuales a su vez —igualmente en un proceso continental de dominó— fueron reemplazados por gobiernos de la "Seguridad Nacional" (casi siempre de carácter abiertamente militar, con Chile como el punto culminante de este proceso). Sin embargo, para estas fechas dichos gobiernos se han vuelto a "democratizar" (véanse los sucesos recientes

en Argentina, Chile y Panamá, donde a pesar de ello permanece visible la opción contraria).

¿Qué es lo que "realmente" significa esto para el desarrollo social de Latinoamérica? Evidentemente se trata de trasplantes experimentales que fracasan una y otra vez, debido a que las sociedades autóctonas rechazan los trasplantes a pesar de todas las inyecciones inmunizadoras suministradas. ¿Cuál es el motivo de este rechazo? Si consideramos a un sistema de gobierno o, mejor dicho, de dominación, como una máquina cuya función sería la de organizar el trabajo humano, lo comprenderíamos de inmediato: la maquinaria importada demanda un ritmo de trabajo que no corresponde al de las sociedades latinoamericanas. Para nuestros planificadores resulta sumamente difícil concebir esto: "La gente de allá necesita aprender a trabajar en lugar de sentarse bajo los cactus y decir *mañana*", es lo que repetidamente se escucha en las discusiones.

En realidad, en Latinoamérica se trabaja tanto o más que en Europa, sólo que de otra manera, es decir, con otras perspectivas y estructuras de tiempo y espacio. Nosotros estamos acostumbrados —y Max Weber fue el primero en desarrollar esta idea con claridad— a trabajar en forma acumulativa dentro del marco de un "ascetismo interior". Nos abstenemos de consumir *ahora*: "ahorramos", como nosotros lo llamamos, para mañana poder gastar más. Después de seis años de ascetismo podemos adquirir el ansiado automóvil. Así, Max Weber ha derivado la ética del capitalismo del espíritu del protestantismo puritano. El progreso económico de la sociedad industrial moderna es consecuencia directa del avance del peregrino hacia Dios (*Pilgrim's Progress* es el título del conocido coral del puritanismo británico).

Pero, ¿qué ocurre en aquellas sociedades cuya visión del futuro *no* está tan lleno de bondades? Aquí tomo una cita de una conversación con una sacerdotisa brasileña del culto Macumba: "Yo no le concedo ninguna importancia ni al principio ni al final; ni siquiera estoy segura si alguna vez existió el primer día o si vendrá un día final. Yo prefiero atenerme al movimiento"; y en otra parte dice, también literalmente, "que las cosas, los lugares poseen una memoria", "el pasado es nuestra identidad". De aquí se deriva un estado básico de religiosidad que se opone diametralmente a aquél, al que nosotros estamos integrados, seamos o no creyentes. La sacerdotisa continúa: "La vida es una incesante confrontación de fuerzas. Los que pertenecen a nuestra religión (es decir, al culto Macumba) poseen un sistema completo de defensa. Su protección funciona

como un pararrayos. El rayo cae pero en lugar de matar es detenido por el pararrayos y desviado hacia una zona neutral". Todos son aprehendidos por este sistema pararrayos una y otra vez sin que jamás aprendan de ello, democracias, generales golpistas, líderes populistas, repúblicas e ideólogos europeizantes. Miles de millones de dólares se han perdido y se pierden de este modo sin dejar rastro para ser reexportados a los países industrializados en forma de gérmenes mortales que actúan como cancerígenos, las drogas, las cuales ya sólo pueden concebirse como espíritus mitológicos de la venganza. Los patrones de dominación importados de las democracias occidentales demandan trabajo *a futuro*; muchas sociedades latinoamericanas buscan alcanzar una identidad *en el pasado* mediante su trabajo.

En México, Guillermo Bonfil Batalla analizó hace ya muchos años cómo debemos entender esto, basándose en un ejemplo muy relevante. Describe la ciudad de Cholula, cerca de Puebla en México, y examina cómo se asimila aquí la integración al proceso general de modernización, impuesta desde fuera. Los diferentes barrios ubicados alrededor del centro en forma de corona, siguen un antiguo ciclo de celebraciones enraizado en la época de los aztecas, sin que sus habitantes sigan sintiéndose como aztecas o hablen su lengua, el náhuatl. La organización de las fiestas cuesta mucho dinero, el cual debe obtenerse de alguna manera. Por tanto, los pobladores trabajan en la planta industrial cercana, pero no con la finalidad de convertirse en obreros industriales al estilo europeo, sino para reforzar su resistencia en contra del proceso de modernización, utilizando precisamente el dinero ganado mediante dicho proceso. Bonfil lo formula como sigue: se trata de la "capacidad de resistencia a la penetración por la sociedad global". Las costumbres y estructuras religiosas tradicionales fortalecen esta resistencia. "En este contexto el tradicionalismo *no* es simple atraso que se superará paulatinamente, disolviéndose en la modernización siempre expansiva; el tradicionalismo es resultado, si no de la modernización como tal, sí de la manera en que su realización está condicionada por la estructura concreta de la sociedad en que ocurre". En este contexto, dice Guillermo Bonfil, el tradicionalismo no es un simple retraso, que va a ser superado con la expansión de la modernización. El tradicionalismo es el resultado, si no de la modernización como tal, sí de la forma y manera en que es llevado a cabo, es decir a través de la estructura de la sociedad en que se da.

Dentro de la situación de dominación colonial, el tradicionalismo era el resultado de una medida coercitiva que debía mantener viva la diferencia entre colonizador y colonizado, en tanto que hoy lo tradicional resurge como medio auxiliar de los grupos explotados para resistirse a la penetración por parte de una sociedad en expansión. Aquí nos enfrentamos, pues, a uno de tantos procesos en que lo importado de Europa (o Norteamérica) se convierte en algo totalmente opuesto. El proceso más importante, y probablemente el más conocido de este tipo, es el que Manfred Kossok (Leipzig) describió ya desde muy temprano, cuando señaló el hecho de que en Latinoamérica eran precisamente los terratenientes los que, con gran entusiasmo, propagaban las nuevas ideas de la Revolución Francesa, mientras que en Francia, dichas capas sociales habían sido las más perjudicadas por la revolución. La democracia en Latinoamérica no puede ser una simple copia de la democracia existente en Europa o en los Estados Unidos, dado que a la población organizada en esta forma le falta el potencial de progreso ("libertad-igualdad-fraternidad") inmanente a nuestras sociedades euro-norteamericanas. Las sociedades latinoamericanas *desean* trabajar para el *pasado* pero son obligadas a trabajar para un futuro que no es el suyo y que aún falta importar.

Si repetimos la interrogante planteada en un principio, sobre lo que las sociedades latinoamericanas "realmente" buscan, ahora podremos acercarnos más a una respuesta, si analizamos detalladamente el concepto del trabajo que rige *dentro* de la hacienda colonial tradicional. La hacienda desempeña una función religiosa, en tanto que *dentro* de ella la población indígena debe ser reconciliada con su nuevo ámbito de vida, una sociedad colonial. En Latinoamérica el centro de síntesis social *no* fue la *ciudad*, en su calidad de punto de encuentro entre el mercado y el templo, sino la *hacienda*, como lugar de reconciliación. De ella emana el concepto de un *sujeto* social latinoamericano, dando lugar al símbolo específicamente latinoamericano del "pueblo".

Esto lo formuló Pedro Morandé (Santiago de Chile) de la siguiente manera:

Es decir que el sistema no era tal que el hacendado contratara mano de obra y le pagara al peón por ella, sino que el peón con su trabajo pagaba la renta por el uso de la tierra. Este trabajo no tenía que realizarlo él personalmente, sino que, al igual que el patrón, encargaba su trabajo a otros. A veces sólo a cambio de la comida o por la oportunidad de convertirse en su arrendador, otro

peón adoptaba las obligaciones de arrendador ante el hacendado, quien por su parte también podía hacerse representar por sus parientes. Así es como el papel del arrendador como representante del hacendado se reproduce cuando el arrendador es a su vez representado por un subarrendador. Además hay que agregar que la supervisión de este sistema de representación se dejaba en manos de los mayordomos, administradores y capataces, quienes, si bien eran empleados directos del hacendado, también podían hacerse representar por alguien más, fungiendo así como arrendadores. Por tanto, podría decirse que el único trabajador de la hacienda es el hacendado, y aquí es donde radica la característica principal de la hacienda. Las demás categorías constituyen un complejo escalonamiento de la representación del patrón en el trabajo. Es por ello que el principio de equivalencias indispensable para la valoración de determinado trabajo no se define en función del intercambio de los productos del trabajo, sino de acuerdo al nivel alcanzado dentro del sistema de representación. Cuanto más lejos se encuentre del hacendado, menor será el valor atribuido al trabajo así como el rango alcanzado dentro de la estructura social.

Dentro de la hacienda surgió un verdadero sincretismo económico entre un sistema mercantilista europeizante, cuya principal preocupación es su posición en el mercado, y una economía de tipo andino, más preocupada por mantener el dominio sobre la población y planificar el almacenamiento, donde lo importante no es la expansión del mercado, sino la creación de una uniformidad intemporal que resulta en el aniquilamiento del curso de la historia. La economía europea produce historia, la economía andina la suprime. Ambos modelos opuestos se unen en la hacienda y constituyen así la unidad del mundo colonial. Pero este mundo es un mundo oculto, es decir un mundo cuya existencia es callada, un mundo que debe proporcionar las bases materiales para la supervivencia y por lo demás es y debe permanecer políticamente inexistente. El proceso de industrialización quebranta esta síntesis, el mundo del trabajo se convierte en un mundo subterráneo, mientras que el mundo del placer aflora, tal como Thea von Harbou y Fritz Lang lo describen en la película *Metrópolis*. La ciudad secreta de los obreros ubicada en las minas subterráneas queda separada del mundo exterior de la sensualidad. Esto no era así en la hacienda colonial: el patrón, el hacendado, es el único de los trabajadores que puede participar en un sistema monetarizado exterior, sin que por ello sea necesario hacer lo mismo hacia el interior. Las estructuras de las que surge el sujeto social son: para el patrón, el mercado, y para el peón, la dominación directa.

Este análisis antropológico-cultural puede ser llevado aún más lejos. El texto de Pedro Morandé anteriormente citado sigue así:

Digamos, para empezar, que la representación del hacendado en el trabajo determina la separación de la producción y el consumo. Una separación que sólo el hacendado puede trascender. Los productos de la hacienda de ninguna manera, ya sea directa o indirecta, están destinados para el consumo de los trabajadores. Estos productos se colocan en el mercado, el cual permanece inalcanzable para el peón de la hacienda. El trabajo en la hacienda no es necesario remunerarlo, dado que se trata de la renta que se paga por un pedazo de tierra, por vivir en la hacienda. El que el cultivo del terruño arrendado sea o no suficiente para la supervivencia de los peones y sus familias no representa un problema para el hacendado, pues la situación inicial está invertida: al hacendado le pagan sus peones como si el uso de la tierra de la hacienda representase el aprovechamiento de la mano de obra del hacendado. Si se ponen a disposición de los trabajadores productos de la hacienda, es solamente en calidad de préstamo, y deberán regresarse después de la cosecha. Así, los frutos del trabajo en la hacienda constituyen de manera directa un tributo que los peones deben rendir para alcanzar una reconciliación con la sociedad. En parte, los trabajadores también pueden participar en un consumo colectivo de los productos tributados.

Los estudios en torno a la hacienda, tan importantes para la comprensión del trasfondo religioso de este ámbito laboral, son además necesarios para poder penetrar una serie de cuestiones que en las sociedades latinoamericanas modernas se sobreentienden.

La negación del carácter utilitario del trabajo debe, por lo tanto, manifestarse como disposición de realizar un tributo. De este modo, lo que el hacendado recibe de los trabajadores no es trabajo que deba ser remunerado, sino la lealtad del siervo y su reconocimiento de que el hacendado es el único que puede actuar como mediador ante la sociedad entera. El hacendado, por su parte, se obliga a recibir el tributo y a derrocharlo junto con toda la oligarquía a modo de consumo ritual.

También en nuestra sociedad aún pueden reconocerse ciertos vestigios simbólicos del derroche ritual del producto del trabajo; en Latinoamérica, sin embargo, éste representa una característica integrante de lo que dentro de la hacienda es considerado como normal. Así pues, el hacendado era el único que podía participar en el consumo de los productos de la hacienda, dado que los peones quedaban excluidos del mercado.

Esto era la condición necesaria para una síntesis social en la que la producción y el consumo estuviesen organizados como dos esferas separadas, entre las cuales solamente pudiese establecerse una relación a través de la mediación.

El hacendado estaba en posición de fungir simbólicamente como este nexo, haciendo aparecer su ociosidad como trabajo. Las relaciones laborales dentro de la hacienda y el carácter paternalista de las relaciones de dominación llevan a efecto esta inversión del concepto del trabajo. El que los peones de la hacienda fuesen considerados como arrendadores hacía posible la negación de la mano de obra que ellos vendían. El arrendador es el que compra, el hacendado, en contraste, el que vende. Por este motivo, el hacendado no les debe nada a sus peones. Todo lo que de él pudiesen obtener se lo deben a su gracia y generosidad. Es como si entre hacendado y trabajadores no existiese vínculo laboral alguno. Desde el punto de vista social, el único trabajador es el hacendado.

Ése es, entonces, el patrón básico de las relaciones laborales que regían dentro del ámbito de vida de la hacienda, cuya brutalidad hay que tener muy presente para poder comprender sus consecuencias cuando se trata, por ejemplo, de analizar desde el punto de vista de la antropología de la cultura las formas de gobierno militaristas como la que actualmente impera en Chile. Así como el hacendado no les debe nada a sus peones, también el presidente instalado por los militares es el único trabajador en su sociedad, tal como él mismo lo ha dicho suficientes veces: su trabajo constituye la negación del trabajo proletario, su consumo la negación del consumo proletario. Él trabaja con las manos de sus representantes quienes, sin embargo, no sostienen ningún vínculo laboral con él. Para él los artículos de consumo no representan valores materiales, pues su lujo es una manifestación del tributo rendido. En este sentido, el hacendado es un sujeto trascendental. Esto también se hace patente una y otra vez en las muy diversas interpretaciones que de ello se hacen dentro de la literatura latinoamericana. Ya hemos hecho mención de las más destacadas novelas de crítica social relacionadas con este fenómeno. También podríamos expresarlo de la siguiente forma: la hacienda hacia el interior, el mercado hacia el exterior. Hacia el interior, el hacendado se erige en soberano absoluto, hacia el exterior queda sujeto a las reglas del comercio —hacia el interior sostiene relaciones sociales directas con los demás— hacia el exterior, estas relaciones quedan convertidas en meros objetos bajo el disfraz materialista de las relaciones entre mercaderías. Esta contradicción es característica.

Los análisis aquí descritos en forma abreviada deben hacernos reflexionar profundamente. Deben ayudarnos a desarrollar poco a poco una mejor comprensión de que, especialmente desde el punto

de vista de la hacienda industrializada, en determinadas sociedades latinoamericanas pueden suceder infinidad de cosas que para nosotros podrían parecer incomprensibles. Pedro Morandé lo ha formulado así:

El consumo de la oligarquía se atribuye a su anterior abstinencia y templanza, el no consumo de los trabajadores a sus apetitos, aunque al mismo tiempo no se hace ningún esfuerzo por ocultar la exclusión de los trabajadores del mercado o que la oligarquía nunca tuvo una actitud ascética ante el dinero. Ya desde la época colonial, las leyes prescribían que los salarios debían pagarse en efectivo y "en manos del trabajador". Al mismo tiempo, este precepto quedaba anulado por vía de la acuñación de monedas, debido a que las monedas fraccionarias que para ello se requerían, casi no eran acuñadas. En lo que a la templanza de la oligarquía se refiere, basta con observar cómo —a diferencia de la burguesía europea— se endeudaba continuamente para mantener su nivel de consumo, un endeudamiento que, gracias a una política favorable a la inflación, resultaba muy ventajoso para todos. La principal tarea del Verbo (de Dios) en Latinoamérica sigue siendo hasta hoy la de reforzar el carácter ritual del consumo de la oligarquía, no intentando legitimarlo u ocultarlo, cosa que jamás hizo, sino poniendo el marco litúrgico a disposición de este consumo. El Verbo es usado de la misma manera que los bienes materiales, para derrocharse.

Estas ideas develan una de las fuerzas más importantes detrás del proceso de endeudamiento en Latinoamérica. A través de ellas vemos que no está tan lejos de la realidad la concepción de Latinoamérica como una sola hacienda enorme. El endeudamiento personal es parte integrante de la estructura básica del ámbito vital latinoamericano, la cual también comprende el principio de la imposibilidad de pago, así como la de la recuperación por reclamo. Los indios fueron literalmente aprisionados dentro de este sincretismo de carácter económico, que sin embargo finalmente fue legitimado mediante la religión.

La gran devoción popular latinoamericana refleja este aprisionamiento, pues se trata básicamente de una *religión cultista* apoyada en el gran número de cultos marianos que encontramos en las sociedades latinoamericanas. La destrucción del aspecto cultista de esta religión a consecuencia del proceso de industrialización, ha obligado a las clases sociales más bajas a buscar otra alternativa de legitimación; la han encontrado en su demanda de libertad de su prisión secular. La "teología de la liberación" representa el camino para salir de un cautiverio babilónico de "lo religioso" y hacia la libertad de la autodeterminación religiosa fuera del ámbito de la hacienda.

¿Podrá Latinoamérica liberarse y así encontrar una nueva identidad dentro de nuestro tiempo? La respuesta a esta pregunta depende de la posibilidad de lograr una síntesis libre entre la *realidad profunda* y la *realidad imaginaria*. Hemos tomado estos dos conceptos de Guillermo Bonfil, quien en su estudio sobre México habla del "México profundo" indígena, así como del "México imaginario" europeizado o norteamericanizado. Es sorprendente que aún no haya sido concebida esta síntesis libre del antiguo sistema de dominación. La apenas incipiente filosofía *latinoamericana*, tal como la expuesta por Leopoldo Zea, debe ver en esta cuestión su tarea primordial. Latinoamérica no tendrá ninguna oportunidad, si no logra el establecimiento de "la gran síntesis". Después de medio milenio desde la Conquista no se puede seguir tratando de eliminar una u otra de estas dimensiones (profunda-imaginaria). Es necesario encontrar una opción de control institucional que las comprenda a las dos. Simón Bolívar reconoció esto perfectamente en su propuesta constitucional para Bolivia, apartándose del modelo de la división de poderes de Montesquieu, y refiriéndose directamente a la antigua república romana a través de Rousseau. Propuso la creación de un mecanismo de censura que se basaba primordialmente en el contexto cultural; éste debía tomar la forma de una, llamémosla así, rama negativa del poder destinada a vigilar al *gobierno*, es decir, no como instrumento gubernamental en contra de la población, sino como un instrumento del pueblo para vigilar al gobierno, un poder como "instrumento para limitar el poder real". Constituye un instrumento negativo, *ne pouvant rien faire il peut tout empêcher*. No puede hacer nada pero puede evitarlo todo, de la misma manera que en nuestra sociedad una huelga parcial o una huelga general también puede evitarlo todo sin crear nada. Los seguidores de Bolívar no comprendieron esto y retornaron al sistema de Montesquieu, impracticable para Latinoamérica, con las consecuencias que ya todos conocemos y que fueron detalladas al principio del presente trabajo. El reloj social de Latinoamérica camina a un ritmo diferente del nuestro. Da la impresión de que nosotros, los europeos, el denominado Occidente, quisiéramos destruir este reloj siguiendo el ejemplo del famoso problema planteado a la computadora: la computadora debía evaluar dos relojes, uno descompuesto y, por tanto, parado, y otro que siempre camina mal. Su veredicto es inequívoco: es mejor el reloj descompuesto y parado pues —al contrario del que camina mal— indica la hora correcta dos veces al día. El que camina mal nunca indica la hora correcta. Del mismo

modo, parece que estamos destruyendo a Latinoamérica culturalmente para al menos poder indicar la hora correcta y correspondiente a la nuestra de vez en vez. Desde este punto de vista sólo podemos concebir una oportunidad para Latinoamérica si se cumplen las siguientes condiciones:

1. Elaboración de una filosofía latinoamericana de la liberación tal como el estudio sobre la hacienda presentado arriba y los textos que Leopoldo Zea y muchos de sus amigos y compañeros han venido publicando precisamente en los últimos años;
2. Elaboración de un modelo estatal y social latinoamericano que proteja al pueblo de la injerencia estatal en su identidad cultural (véase el modelo de censura de Bolívar);
3. Elaboración de una ética de trabajo latinoamericana y, por medio de ella, la creación de una nueva forma de convivencia internacional enfocada hacia una solidaridad libre de mecanismos de dominación;
4. Creación de un derecho para las sociedades latinoamericanas, el cual proteja su personalidad histórica (este concepto lo hemos adoptado de nuestra colega francesa, la señora Sledziewski, de Estrasburgo).

Todos deberíamos colaborar para que la oportunidad latinoamericana se convierta en una realidad. Para comenzar bastaría con desarrollar una computadora que aprendiese a valorar correctamente al reloj que camina siguiendo otro ritmo en lugar de considerar mejor al descompuesto. Finalizamos con un ejemplo tomado del libro de Guillermo Bonfil Batalla, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*. En él se detalla la compleja y diferenciada manera en que se desarrolla un ciclo de celebraciones en los diferentes barrios de Cholula, el cual reproduce el ámbito precolonial. Con el fin de asegurar la continuidad del ciclo de los festejos y del ciclo de convivencia social, los involucrados deben invertir importantes cantidades de dinero. Éste solamente puede obtenerse —como ya lo habíamos mencionado— mediante el trabajo en las plantas industriales. De esta manera la resistencia se refuerza. Para los administradores de estas plantas era totalmente inconcebible por qué en un día cualquiera de repente faltaba al trabajo un departamento entero debido a que había una fiesta: "Estos tipos celebran día y noche en lugar de asistir al trabajo y ganarse su dinero. Ni siquiera podemos prever el desarrollo de la producción pues nunca sabemos cuánta gente faltará al trabajo, y todo sin motivo alguno".

De hecho, habría de tratar de penetrar con más precisión los conceptos culturales para poder comprender qué es lo que "real-

mente quiere decirse". Con eso se puede repetir la frase con la que empezó este texto: estamos buscando lo que "realmente quieren decir las sociedades". Esta pregunta podemos planteárnosla nosotros mismos: en Europa central también nos encontramos en medio de procesos similares. Por tanto, no habría que considerar nuestra argumentación como un informe sobre "exóticas" cuestiones latinoamericanas, sino que deberíamos plantearla como un análisis acerca de nuestra propia situación. ¿Tal vez la huida de la ex RDA hacia el marco alemán occidental representa la huida hacia un culto centroeuropeo al "carga"? Si así fuese, no podemos esperar nada bueno de ello. ¿Ya estarán esperando los sacerdotes del nuevo culto a que puedan llevar a cabo sus sacrificios rituales?

BIBLIOGRAFÍA

- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, SEP, 1987.
- , *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, México, UNAM, 1973.
- Bramly, Serge, *Macumba - die magische Religion Brasiliens, vier Gespräche mit der Macumba-Priesterin Maria-José Mae de Santo, aufgezeichnet 1972-1974 in Rio und Paris*, edición alemana, Freiburg/Brsg., 1978. Título original *Macumba, forces noires du Brésil*, París, Verlag Seghers, 1975.
- Heieck, Stephan, *Die modernisierte Hacienda. Zum Vergesellschaftungsprozess Chiles im 20. Jahrhundert*, Munich, Eberhard Verlag, 1990.
- Kossok, Manfred, *Im Schatten der Heiligen Allianz. Deutschland und Lateinamerika 1815- 1830. Zur Problematik der deutschen Staaten gegenüber der Unabhängigkeitsbewegung Mittel- und Südamerikas*, Berlín (Este), 1964.
- Morandé, Pedro, *Synkretismus und offizielles Christentum in Lateinamerika. Ein Beitrag zur Analyse der Beziehungen zwischen 'Wort' und 'Ritus' in der nachkolonialen Zeit*, Munich, Fink Verlag, 1982.
- Sandner, Gerhard y Hanns-Albert Steger, *Lateinamerika*, Frankfurt/Main, Fischer-Taschenbuch-Verlag, 1973 (*Fischer-Länderkunde*, 8).
- Sledziewski, Elisabeth G., *Révolutions du sujet*, París, Méridiens-Klincksieck, 1989, véase también en la revista *L'homme et la société* (París), núm. 100 (1991).
- Steger, Hanns-Albert, *Weltzivilisation und Regionalkultur. Wege zur Entschlüsselung kultureller Identitäten*, Munich, Eberhard Verlag, 1989.

- Steinbauer, Friedrich, *Melanesische Cargo-Kulte, Neureligiose Heilbewegungen in der Südsee*, Munich, Verlag Delp, 1971.
- Zea, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropos, 1988; traducción alemana *Signale aus dem Abseits. Eine lateinamerikanische Philosophie der Geschichte*, Munich, Eberhard Verlag, 1989.

Traducción de Renata von Hanffstengel

NOTAS SOBRE EL TIEMPO HISTÓRICO EN LA FICCIÓN: LA CONQUISTA DE MÉXICO EN *GUATIMOZÍN*, DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA*

Por Michèle GUICHARNAUD-TOLLIS
UNIVERSIDAD DE PAU, FRANCIA

Pour un être siué dans le monde et qui pense, la réalité peut être abordée de deux points de vue différents. Ou bien on la suit dans son évolution, avec ses particularités, ou bien on en abstrait, à un moment donné, des caractères assez généraux pour que l'ordre ainsi dégagé soit valable à un autre moment du devenir.

A. Jacob, *Temps et langage*

SI ESTAS DOS VÍAS DE ACCESO que, desde un punto de vista diacrónico o sincrónico, caracterizan cualquier modo de aproximación a esta realidad se aplican también al proceso de la creación literaria, cobran más sentido aún en el caso de la literatura "histórica" que pretende reconstruir episodios de la Historia.

Nuestra reflexión se centrará en el tratamiento del tiempo histórico en una de las novelas históricas del siglo XIX, la que José Antonio Portuondo consideró como "la mejor novela histórica escrita en la España romántica": *Guatimozín*, de la novelista cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Para ello, intentaremos: 1) estudiar en ella el modo de construcción del tiempo de la Conquista de México; 2) analizar, dentro y fuera del texto, los ecos producidos

* Versión ampliada de la ponencia presentada en el Congreso Internacional organizado por el Grupo de Investigaciones "Creathis", que dirige la profesora Jacqueline Covo, y celebrado en la Universidad de Lille III, Francia (13-14 de diciembre de 1991), sobre el tema "Les représentations du temps historique dans les productions culturelles de l'Espagne et de l'Amérique Latine (XIX et XX siècles)".

por tal reconstrucción en un lector del siglo XIX, contemporáneo a su creación; 3) captar todas las vías o estrategias por las que el autor elude o trasciende el tiempo histórico.

I. LA HISTORIA DESDE ADENTRO

EN 1844, bajo el influjo considerable de Walter Scott y sus más famosos imitadores, la novelista cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) refunde la tragedia *Hernán Cortés*, redactada a los trece años, y escribe una novela histórica, *Guatimozín, último emperador de Méjico*,¹ publicada dos años más tarde por entregas en *El Heraldo* de Madrid. Dedicada su "novela semipoema" a la conquista de la Nueva España reconstruyendo, según un orden cronológico y en un espacio-tiempo definido, "aquella conquista inhumana pero gloriosa": la gran epopeya cortesiana.

La historia a trechos

Para ello se vale de las fuentes históricas más valiosas sobre el tema, las de los vencedores, y señaladas en profusas notas a pie de página que actúan como "shifters ou embrayeurs d'écoute" (Barthes 1982: 14), las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* del soldado cronista Bernal Díaz del Castillo. En cambio, no alude ni una sola vez a la literatura de los vencidos que hubiera podido alcanzar a través de los códices. Esas notas tienen un doble fin, gracias a cierta complicidad por su parte: mantener siempre presente en la mente del lector que se trata de hechos reales, y también ofrecer una información que no cabe en el texto, pero es útil para una mejor comprensión del tema.

Aparte de esos textos contemporáneos de la Conquista o inmediatamente posteriores, se parapeta también tras obras históricas como las del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero, del cronista de Indias Antonio de Solís y del escocés William Robertson. A los primeros, pide prestados los datos y hechos de la Conquista, su encadenamiento y evolución; a los últimos, las descripciones y

¹ Véase la edición utilizada para este trabajo: *Guatimozín, último emperador de Méjico*, prólogo y notas de Mary Cruz, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979. Véase también el trabajo de investigación preparado bajo nuestra dirección por M. Ibar, *De l'utilisation des sources à la représentation de l'histoire: la Conquête du Mexique dans "Guatimozín" de G. Gómez de Avellaneda*, TER, Université de Pau, 1988, 227 págs.

los rasgos de costumbres mexicanas y datos de carácter histórico, pero en menor cantidad. En el mismo discurso novelesco también cita fuentes de información de segunda mano, extraídas de autores poco conocidos (como Beltrami, Acosta, Boturini), designados a veces de manera muy imprecisa. En su recreación de los episodios narrativos y descriptivos que alternan, remite respectivamente a tal o cual referencia histórica. Así da cierta ilusión referencial, presentando la evolución de la conquista de Cortés frente a la resistencia heroica del pueblo azteca protagonizada primero por Moctezuma y luego por Cuauhtémoc-Guatimozín² y evocando para el lector europeo los rasgos más pintorescos y exóticos de la vida y civilización azteca, a través de episodios y personajes reales-ficticios.

No cabe duda de que Gertrudis Gómez de Avellaneda distorsiona el tiempo histórico tal como se le presenta en las fuentes mencionadas. En vez de seguir fielmente el itinerario español-cortesiano de reconstruir exactamente la génesis de la conquista según el modelo solicitado de Cortés y Díaz del Castillo, orienta su propia historia de la conquista hacia la de un trágico encuentro derivado de un doble itinerario: la vida de dos hombres, y por lo tanto de dos pueblos y de dos culturas. Así se abre el primer capítulo de la primera parte titulado: "Hernán Cortés y Moctezuma". De modo que la novela *Guatimozín* no reproduce la totalidad del recorrido de Cortés, sino que acude tan sólo a los datos esenciales de la conquista que permitan dar verosimilitud histórica al relato. Por ejemplo, pasa por alto toda la fase incluida entre el mes de febrero y el de noviembre de 1519; esa fase anterior a la llegada de Cortés a México-Tenochtitlan ocupa en las fuentes cierta extensión y coincide con el viaje de Hernán Cortés entre Cuba y México. Truncando así la cronología, empieza *ex abrupto* la novela con un balance de la situación del imperio azteca, las gestiones de Cortés acerca del emperador Moctezuma para conseguir audiencia y su visita a éste (capítulo III).

Por otro lado, la estructura de la novela —dividida en cuatro partes— presenta una escisión del tiempo histórico que desplaza alternativamente la atención y el interés del lector desde el héroe español hacia el(los) héroe(s) azteca(s) más emblemático(s): Moctezuma y Cuauhtémoc (= Guatimozín). La primera parte nos conduce rápidamente desde la visita de Cortés a la prisión del empera-

² Cuauhtémoc designa al personaje histórico; Guatimozín —nombre que procede del náhuatl— designa al personaje literario.

dor Moctezuma, y desde la sentencia de muerte pronunciada contra el general Qualpopoca hasta la destrucción de la conspiración formada contra los españoles por los príncipes aztecas de Tacuba y Texcoco y el destierro a la provincia de Xocotlan del príncipe conspirador Guatimozín. Acaba con un balance de la situación (capítulo XIV: "Progresos de Cortés"): la dominación del imperio azteca y las presiones que ejerce el astuto y pérfido huésped para que el rey preso se declare vasallo de la Corona española. En esta primera fase, el lector asiste conjuntamente a la emergencia de Guatimozín y a los progresos de Cortés, que va afianzando su mando.

La segunda secuencia se abre con otro levantamiento mexicano de los príncipes de Matlatzingo y Coyoacan, quienes, junto con Guatimozín, niegan obediencia a Moctezuma. Por otro lado, se deteriora la situación de Cortés: éste consigue aplastar las tropas de Pánfilo de Narváez enviadas por el adelantado de Cuba, Diego Velázquez. Triunfa pronto de Narváez, mientras en Tenochtitlan, con ocasión de una fiesta popular, el capitán español Alvarado se entrega a una matanza bárbara con su tropa. A tales atrocidades, sucede la repulsa mexicana inmediata, dirigida por Quetlahuaca, hermano de Moctezuma: varios días de lucha se terminan finalmente con las exequias de este último y la retirada forzosa de los españoles durante la famosa Noche Triste, episodio que ocupa en la novela un amplio espacio en el cual se observan a un tiempo el derumbe de la autoridad del imperio azteca y la retirada de las tropas españolas; momento de tensión, ruptura y pausa en el desarrollo de la conquista.

En la tercera fase, se suceden rápidamente el breve reinado de Quetlahuaca, la elección del nuevo emperador Guatimozín, su coronación e instalación en el palacio imperial. Cortés, mientras tanto, refugiado en Tlaxcala, desaparece del escenario novelesco. Con tal eclipse, se rompe el hilo narrativo y la continuidad del tiempo histórico de la conquista. Cuando regresa con refuerzos numerosos, el héroe español emprende la reconquista del territorio hasta controlar la vasta zona situada al noreste de la laguna, instala su cuartel general en Texcoco, y lleva a cabo también una expedición contra la ciudad de Tacuba. Esta parte restituye un equilibrio entre las dos fuerzas polares representadas por los dos héroes azteca y español.

Por fin la novelista dedica la última parte a la evocación de varias expediciones guerreras de las que Cortés sale vencedor. Así fracasa la conspiración de Villafaña; el español aplasta a su enemigo tlaxcalteca, el general Xicotencatl; entra por fin en México-Tenochtitlan

y hace prisionero a Cuauhtémoc-Guatimozín. Se cierra la novela al caer el telón sobre el martirio del héroe azteca, mientras asistimos en el epílogo a su "ajusticiamiento", condenado a la horca por haber conspirado contra Cortés y contra la seguridad de los territorios de la que habían bautizado como Nueva España.

Éstos son los datos esenciales evocados con efectos teatrales en la novela. El cuadro cronológico escogido se limita a los acontecimientos que se suceden desde la entrada de Cortés a Tenochtitlan (8 de noviembre de 1519), mientras es censurado el período anterior, hasta la prisión de Guatimozín (13 de agosto de 1521), su martirio (23 de mayo de 1522) y su muerte durante el invierno de 1525. Pero se prolongan los acontecimientos más allá de la conquista de México o, mejor dicho, se realiza otra ruptura del tiempo histórico, con una censura de los cuatro años transcurridos entre el martirio de Cuauhtémoc y la sentencia de muerte: "Tres años poco más o menos habían transcurrido desde que se verificaron los sucesos que quedan referidos en el último capítulo de esta historia" (Gómez de Avellaneda 1979: 432).

La historia ritmada

A parte de utilizar silencios, la manipulación y distorsión del tiempo histórico juega también con los relieves y las pausas. En el caso de Guatimozín, queda patente que, después de fuertes tensiones, la novelista retiene a veces el tiempo sobre momentos intensos de la conquista generadores de descanso, de emociones o de placer estético. Así cumplen con esa función todas las descripciones inspiradas en otras fuentes que las de Cortés o de Bernal Díaz del Castillo y en las que se explaya para recalcar el grado de esplendor de la civilización azteca. Como lo señala Mary Cruz,

de los 54 capítulos que contiene [la obra] ... el mayor peso en cuanto a contenido recae en lo indio (en 31 de ellos la atención se concentra en los personajes indígenas), lo cual estaba ya sugerido por los títulos tanto del libro... como de 18 de los capítulos que aluden explícitamente a lo mexicano, contra 12 en que el peso se invierte a lo español; en 24 no se revela cuál ha de ser el énfasis (*ibid.*: 18).

Cabe añadir con ella que de los 49 personajes, 31 son americanos y 18 europeos. A título de ejemplo citemos la detallada descripción del mercado (*ibid.*: 65) o de la campaña de México (*ibid.*:

145-148) en la que Gómez de Avellaneda utiliza lo vernáculo para crear efectos pintorescos y exóticos.

Además de enfatizarlo selectivamente, la escritora también introduce pausas en el tiempo, suspendiéndolo a veces. Así nos presenta la vida mexicana de la época con los rasgos que permiten remitir al período y dar verosimilitud y veracidad histórica a una novela que, además de histórica, se convierte en exótica y pintoresca para el europeo. Para lograr tal efecto, utiliza abundante terminología náhuatl sacada de Clavijero, o palabras de procedencia antillana que delatan la procedencia de la autora: voces que o bien se aclaran por el contexto o bien tienen su correspondiente nota aclaratoria. Pero también en este caso la autora juega con los vocablos como juega con la cronología: utiliza la libertad que le permite la designación de personajes ficticios creando nombres y utilizando para ello los elementos composicionales que ofrece la lengua náhuatl. De manera muy didáctica, una nota explica al lector europeo:

En la lengua mexicana, como en la griega, se compone una palabra de dos, tres o cuatro simples... Por medio de tales composiciones daban en una sola palabra el nombre y la definición de la cosa. Conveniente nos parece observar aquí, que no hay lengua que abunde tanto como la mexicana en nombres verbales y abstractos: no hay en ella verbo del cual no se hagan numerosas diferencias verbales, ni sustantivo o adjetivo del que no se formen abstractos (*ibid.*: 90).

Con numerosas referencias a historiadores, las notas son fundamentales porque, completando la información, le permiten al lector ahondar su conocimiento de la lengua y civilización azteca, y adquirir la certidumbre y la conciencia de vivir una "historia verdadera". Por su empleo, se abre un verdadero discurso metahistórico que envuelve y trasciende toda la novela, colocándola bajo la ley de la verdad histórica o de la "ilusión referencial".

Conclusión

En cualquier caso, la manipulación del tiempo histórico nos aleja de un enfoque unilateral de la conquista centrada exclusivamente en Cortés y España. Es obvio que Gómez de Avellaneda quiso evitar el panegírico del héroe. La estructura teatral de la novela, con sus cuatro secuencias temporales que constituyen otros tantos actos, la progresión y la dinámica interna delínean una amplia parábola en torno a Guatimozín. Con ella, el lector asiste al itinerario del

joven soberano de Tacuba, desde su lenta emergencia hasta su destrucción, pasando por su destierro y su coronación. En una nota explica claramente su designio de echar luz sobre una faceta desconocida del personaje:

Creemos interesantes estas noticias genealógicas respecto a nuestro héroe, por no hallarse en los historiadores europeos que han tratado de la conquista de México. Bernal Díaz del Castillo, que es el más minucioso, no hace mención de Guatimozín hasta el momento en que sube al trono, y no da de él otros antecedentes sino que era deudo cercano de Moctezuma y casado con una hija de aquel monarca. Solís no dice ni aun esto. Presenta a Guatimozín electo emperador por unanimidad en una edad tan temprana que el mismo historiador se admira, y dice que debió a sus grandes hazañas el olvido que se tuvo de sus pocos años... El talento y extraordinario valor que mostró el joven rey en la heroica defensa de la ciudad imperial, aumentando el interés que inspira su desventura, hacen más visto el deseo de conocer su vida anterior y los antecedentes que le condujeron a la elevación de la que le precipitaron los conquistadores. Este deseo me ha obligado a registrar cuidadosamente cuantos libros se han publicado sobre Méjico, así en Europa como en América; y si las noticias que doy no son perfectamente exactas, puedo creer al menos que son verosímiles y no infundadas (N. de la A.) (*ibid.*: 167-168).

De modo que la distorsión del tiempo histórico le permite a Gómez de Avellaneda presentar otra visión de la conquista distinta de la del historiador, distinta también de la que los lectores españoles estaban acostumbrados a leer. Una visión exótica por cierto, pero también menos exaltada, menos apasionada y menos etnocentrista, que remite al presente de la creación literaria, y propone una difracción del tiempo, de la luz y de la verdad.

II. LA HISTORIA DE LO TEMPORAL A LO INTEMPORAL

PORQUE la "verdad" cambia: "Elle dépend de ce que l'on en connaît —et veut en connaître— au moment ou l'on en parle" (Attali 1991: 343).

Cualquier discurso cobra sentido en el tiempo, considerado desde un presente que a su vez tiende hacia un porvenir: "Même dans le temps, l'homme reste debout" (Marc 1934-1935: 132).

Por esta fórmula se evidencia la tensión del discurso, de cualquier discurso, entre el tiempo histórico, la individualidad del creador y la inmensidad del universo. Aún más cuando se refiere al pasado, sufre la influencia del tiempo transcurrido, el peso del presente y, poniéndola en perspectiva, en cierta medida prolonga la

historia. "Il s'agit donc de penser, de se représenter le réel en prenant relativement à lui une distance qui a d'emblée une portée temporelle" (Jacob 1967: 311).

Gertrudis Gómez de Avellaneda en su época

Gertrudis Gómez de Avellaneda propone al lector español de las primeras décadas del siglo romántico un constante vaivén entre su propio presente y el pasado "inhumano pero glorioso de la Conquista". Como criolla, cubana por su nacimiento pero española por su formación intelectual, ella se esforzó siempre en proponer una reflexión —la de su tiempo— sobre problemas aún vigentes y candentes en su siglo.

En aquella época de nacionalismos en que Hispanoamérica iba conquistando su independencia (piénsese en la reciente independencia de México en 1821) y en la que el Nuevo Mundo empezaba a pensar su propio pasado, un tema muy discutido fue el de *nación y nacionalidad, de civilización y barbarie*. Gómez de Avellaneda adopta de los románticos el amor al pasado, no ya como unidad sino como diversidad e individualidad con respecto a otras épocas. Por su visión proazteca de la conquista mexicana revela un criollismo blanco cubano, matizado por la cultura europea, y más propiamente española. Al insertarse primero en la corriente de la literatura *indigenista* de la Isla, tiende a remontar el tiempo histórico local para reencontrar una especie de paraíso terrenal con las civilizaciones prehispánicas (la de los siboneyes en el caso isleño, ensalzada luego por la escuela siboneyista de un José Fornaris o de un Vélez Herrera) y proponer una visión idealizada, unitaria y armónica de ellos mismos. Pero por otro lado su visión española es crítica, porque se trata de evocar un episodio a un tiempo "glorioso pero inhumano" de la historia hispana.

Así que, en aquellos tiempos románticos, el concepto de *nación, de civilización-barbarie*, por sus múltiples espejismos conduce a una difracción de la luz y de la verdad históricas. Rompiendo el hilo narrativo con un cambio de enfoque, exclama:

Se nos ocurre de súbito que al oírnos mencionar por primera vez los teatros de México, algunos de nuestros lectores —si no todos— se sonreirán con aire discretamente incrédulo, y se creerán con derecho por lo menos de compadecer nuestra ignorancia, a la cual pueden atribuir caritativamente el error absurdo de conceder tan notable distintivo de civilización a un pueblo que aprendieron

a llamar *bárbaro* desde que supieron leer la historia de su conquista. ¡Historia bien incomprensible por cierto, pues desmiente en cada una de sus páginas el epíteto que consigna; aplicada a aquella gran nación cuya conquista no sería sin duda tan gloriosa como la pinta y como a nuestros ojos aparece, si aquella calificación fuese verdaderamente exacta!

Nosotros... no olvidamos tampoco que la culta Europa inmolaba también víctimas humanas al Dios del amor y de misericordia, con tan fanático celo como los *bárbaros* de México a sus belicosas deidades (Gómez de Avellaneda 1979: 287-288).

Barbarie y civilización, dos conceptos puestos aquí en tela de juicio con una inversión de los valores que rompe con el orden establecido y lo trastorna, quién sabe si en búsqueda de una reconciliación. La epopeya cortesiana abrió también camino a la bárbara tiranía que hicieron pesar luego las naciones europeas sobre los pueblos americanos. Cortés representa a la España del siglo XVI que, al salir engrandecida de la Reconquista, emprendió, más allá de los mares, una nueva conquista cuya gloria iba a traer consigo el vasallaje y la servidumbre:

Hernán Cortés, que hubiera sido un Napoleón si arrullase su sueño de niño el trueno de la Revolución francesa, y que hoy, más glorioso que Napoleón, se nos presenta con la aureola de la Conquista de un Imperio en la nomenclatura de los ilustres vasallos (*ibid.*: 359).

La misma obra cortesiana presenta también cariz negativo a través de las arengas de Guatimozín, por abrir paso a una conquista destructora y envilecedora que a su vez dejó huellas en el siglo XIX. En plena época de defensa de la libertad humana y de los derechos del hombre, se condenan la "herradura del siervo" española y las huellas de la esclavitud. Con una serie de planteamientos que interrumpen la novela, se le nubla el juicio al lector. Los espejismos de la historia, o mejor dicho de un tiempo histórico cuyos horizontes se deslizan constantemente entre el pasado y el presente del narrador-lector, conducen a captar las repeticiones, prolongaciones o permanencias de la historia a través de los siglos.

De la historia de los hombres al hombre en su historia

Estas mismas permanencias del tiempo histórico aparecen también a través de la atención prestada al elemento psicológico y humano. Son los destinos individuales de unos cuantos hombres (tres en

el caso preciso de Guatimozín) los que definen la evolución de la conquista. Los datos históricos de la misma —la armazón de la novela— se explican entonces por la psicología de los personajes, hasta confundirse a veces con su propia historia personal. Finalmente, alternativamente héroes y hombres, los protagonistas o personajes históricos —reales y apócrifos— son los que rigen la historia.

Pero además la misma imagen del héroe se desdobra según dos ejes: horizontalmente, con la alternancia de los episodios reales en la vida social (la guerra) y de los episodios ficticios en la vida familiar (la vida de Guatimozín con su esposa e hijo apócrifos o los amores de Tecuixpa y Velázquez de León; o los celos de Cacumatzín); verticalmente, con reflexiones críticas sobre los héroes, las cuales oscilan entre la desmitificación y el culto a los grandes genios. Así se ponen en tela de juicio los excesos de los "desacertados panegiristas de Cortés que han alterado la hermosura de los rasgos del *hombre*, queriendo deificarlo" (*ibid.*: 359). Por eso, Cortés aparece pintado con sus rasgos positivos pero también negativos, moralmente inferior a su enemigo azteca. Sus motivaciones, aunque sean más nobles que las de sus propios hombres, no dejan de ser prosaicas, materialistas y egoístas. Si bien encarna los valores más positivos del mundo que representa, su empresa conquistadora se limita sobre todo a un proyecto personal, que delata las ambiciones maquiavélicas de quien desea saciar su afán de gloria.

Sin embargo, es sobre todo la psicología de los héroes aztecas, Moctezuma y Guatimozín, la que sobrelleva el hilo cronológico de la historia. Así el personaje de Moctezuma da coherencia al recorrido histórico de la conquista, recorrido que por otra parte dio lugar a tantas interpretaciones y polémicas. Por un doble atavismo filogénico y cultural, Moctezuma era movido por un candor propio de la humanidad indígena ("común a los americanos") y por una profunda religiosidad, y se hallaba en disposiciones que habían de condicionar su pasividad y por lo tanto su renuncia frente al español. En cambio, Guatimozín, con un heroísmo ejemplar, casi sobrenatural, participa en los combates —lo que no ocurre nunca en los relatos de los cronistas—, decide no rendirse, y de su decisión (p. 387) depende finalmente el porvenir de su nación y de su pueblo. Su drama personal llega a simbolizar el del pueblo con el cual se identifica.

Por otra parte, el fatalismo cómo tópico eminentemente romántico y factor explicativo de los hechos es la negación del tiempo

histórico vivido. Pero cuadra perfectamente con el tiempo novelesco recreado. Guatimozín encarna precisamente las virtudes superiores del hombre —heroico, generoso hasta el sacrificio— consciente además de su trágico destino. Como otros muchos héroes románticos, tiene el doloroso presentimiento de un “infausto destino” e intuye la catástrofe de la que va a ser testigo y víctima. Aquí el fatalismo enlazado con una visión histórica de la conquista podría restar historicidad o verosimilitud al relato. Sin embargo, en cierto modo se resuelve la incompatibilidad o contradicción entre el tópico literario del fatalismo y la necesidad de construir un protagonista histórico. Para ello, a Guatimozín se le atribuyen por cierto los rasgos propios del héroe azteca protector de su pueblo, de los dioses creadores de la humanidad que dirigen su destino y a quienes rendirá culto hasta los últimos momentos. Pero esos rasgos se combinan con los rasgos ideológicos de una cultura europea y cristiana, la esperanza de un más allá y de un mundo mejor:

—¿Por ventura no reconocen unánimes todos los hombres un Dios creador suyo y del Universo? —repuso el monarca—. Cualquiera que sea la diversidad de nombre con que le adoren los mortales, ese grande espíritu existe y reina eternamente sobre sus hechuras... ¿Quién puede saber... lo que sucederá mañana y el día siguiente a mañana?—... Aún hay algo más allá de nuestra presente desventura (*ibid.*: 425).

Como consecuencia de un trágico destino, las torturas del amor desdichado de Cacumatzín por Tecuixpa (personaje ficticio) conducen también a consideraciones generales sobre las pasiones del alma, el “amor sin esperanza” —quizás inspirado por la experiencia personal de la autora—, y para colmo, sobre el tratamiento de ese tema en la literatura de la época. Por un desdoblamiento del enfoque, la autora confía sus dificultades como novelista al confesar, por ejemplo, que “es casi imposible al novelista hacer interesante a un amante despreciado” (*ibid.*: 263). Todo ello ocupa un capítulo entero de la tercera parte. Según las exigencias de la creación, la ficción se cibe más a las exigencias del tiempo de la creación que a las del tiempo histórico; y se convierte así en ficción verosímil, aparenta ser otra historia verdadera.

De la historia de los hombres al hombre mítico

Por fin, el juego sutil y dialéctico entre las exigencias del tiempo histórico y las del tiempo ficticio, tan propicio para generar mitos, se

ilustra con ejemplos de dos tipos. Uno es la utilización de un hecho histórico para ponerlo luego al servicio del símbolo o del mito. La rebelión de Guatimozín, por ejemplo, se identifica con la erupción del Popocatepetl, cuyos ardores prefiguran la amenaza española y la destrucción del mundo azteca: se reflejan en las nieves del volcán vecino, el Ixtaccihuatl, la “dama blanca” en náhuatl. El héroe les lanza un desafío patético al volcán y al destino. Pero es de notar en este caso que se utiliza un desplazamiento en el tiempo para crear el mito, asociando la idea de rebelión —lo conceptual— a la imagen —lo visual—: “la erupción que aquí se describe acaeció algunos meses antes del tiempo en que la coloca la autora, la que no ha creído tomarse libertad excesiva atrásandola un poco para darle lugar en su novela (N. de la A.)” (*ibid.*: 161).

O bien es el tiempo histórico el que avala momentos ficticios. Esa tendencia aparece más nítidamente en el desenlace de la novela, allí donde la novelista siente la necesidad de abrir perspectivas. En el epílogo, cumplida la ejecución de Guatimozín por ahorcamiento según y como lo referían las fuentes, se pasa a un episodio totalmente ficticio: la tentativa abortada de asesinato de Cortés. En este último episodio, presa de un ataque de locura después de la muerte de su marido, la infeliz viuda de Guatimozín, Gualcazintla, intenta apuñalar a Cortés. Su amante Marina consigue salvarlo ahogando a la asesina. Para encubrir tales sucesos, Marina imagina una estrategia: divulgar que Gualcazintla se suicidó en un acceso de locura. Pero, en el ejército de Cortés circula otra versión de la aventura, la que refiere poco más o menos Bernal Díaz del Castillo:³

La voz que al día siguiente circuló en el ejército está consignada en las siguientes líneas de B. Díaz del Castillo.

Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo después de haber ahorcado a Guatemuz y su deudo el señor de Tacuba, sin tener justicia para ello, y de noche no reposaba, o pareció ser que saliéndose de la cama donde dormía a pasear por una sala en que había ídolos, descuidóse y cayó descalabrándose la

³ Véase el texto exacto de Bernal Díaz del Castillo: “También quiero decir que como Cortés andaba mal dispuesto y aún muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, y como había mandado ahorcar a Guatemuz y a su primo el señor de Tacuba, y había cada día hambre, y que adolecían españoles y morían muchos mexicanos, parece ser que de noche no reposaba de pensar en ello y salíase de la cama, donde dormía a pasear en una sala adonde había ídolos... y descuidóse y cayó más de dos estados abajo, y se descalabró en la cabeza; y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufría” (Bernal Díaz del Castillo 1983: 470).

cabeza: no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradora y todo se lo sufrió callando (*ibid.*: 442).

El tiempo histórico y la historia verdadera entroncan con la ficción. Pero se invierte aquí la utilización del tiempo histórico al que se acude *a posteriori*. Se da primacía a la ficción. El pasado novelesco remite siempre al presente de la creación literaria, el cual remite de nuevo al tiempo histórico referencial de Bernal Díaz del Castillo (*ibid.*: 442). Se cierra el epílogo con una nota de verdad histórica que respalda la ficción. También se cierra el ciclo de los aztecas y se inicia otra era, la de la unión entre Cortés y Marina, personajes emblemáticos que simbolizan el encuentro y la fusión de dos culturas, la reconciliación y el porvenir hispanoamericano.

De modo que, primero, con su teatralización, la novela-poema es un mito. Allí el tiempo literario trasciende el tiempo histórico. La representación del pasado se efectúa también con respecto a mitos. Gómez de Avellaneda logra la creación de la tragedia que, como sabemos, se relaciona con el tema del origen mítico: "El mito trágico y el héroe trágico... no son más que símbolos de hechos más universales, de los fenómenos más generales", como escribió Nietzsche. La novela cobra las dimensiones de la tragedia.⁴ La muerte de los héroes aztecas eleva la novela a la categoría de tragedia clásica. Tiene el mismo sentido de *pathos* griego, el sentido de remisión, de acto purificador para los oyentes (o lectores) y conlleva también todo su sentido creador, comportando un germen de creación. La muerte individual (de Guatimozín) y colectiva (del pueblo azteca) engendra el nacimiento de un nuevo pueblo y de una nueva era.

Por otra parte, la misma creación es otra remisión frente a la historia. Así, bajo la pluma del poeta, Guatimozín entra en la esfera de la eternidad:

El destino le concedía (a Cortés) por víctima a uno de aquellos seres magnánimos que, eclipsados al resplandor de otra gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitables desastres; hasta que, inspirada algún día la entusiasta mente del poeta, descubre —al través de las nubes del inmerecido infortunio— la santa aureola de la olvidada gloria... (*ibid.*: 412).

⁴ Ya hemos hablado de la estructuración o fragmentación del tiempo histórico en actos o secuencias autónomas cuya progresión nos lleva poco a poco al punto álgido del itinerario de Guatimozín hasta su derrumbe final.

Este entusiasmo fue el de Gómez de Avellaneda, quien redimió a Guatimozín.

Conclusión

Este sincretismo temporal evidencia la importancia del tiempo como factor base de la creación literaria por el que el novelista capta la extensión y los límites de su libertad creadora. En el caso de *Guatimozín*, la manipulación del tiempo histórico le permite a Gómez de Avellaneda proponer a un público español otra versión de la conquista, una versión que no sea la de los vencedores sino la de los vencidos.

Por otra parte, el tratamiento del tiempo histórico produce también efectos múltiples dentro y fuera de la novela histórica: causa interferencias con el tiempo de la creación literaria, el "tiempo-papel" (Barthes) que le impone al discurso pautas, moldes y modas. Pero gracias a la ficción que aparece a diferentes niveles hasta abarcar la novela toda, el tiempo histórico se integra también en la historia universal de los ciclos y de los mitos, y así recreado, conlleva considerable fuerza redentora respecto a la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Attali, Jacques, 1991, 1492, París, Fayard.
 Barthes, Roland, 1982, "Le discours de l'histoire", *Poétique*, núm. 42, pp. 13-21.
 Clavijero, Francisco Javier, 1780, *Storia antica del Messico*, Cesena.
 Cortés, Hernán, 1981, *Cartas de relación*, México, Porrúa.
 Díaz del Castillo, Bernal, 1983, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa.
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 1979, *Guatimozín, último emperador de Méjico*, prólogo y notas de Mary Cruz, La Habana, Editorial Letras Cubanas.
 Jacob, André, 1967, *Temps et langage*, París, Armand Colin.
 Marc, A., "Le temps et la personne", 1967, en *Recherches philosophiques*, IV, 1934-1935, citado por André Jacob, p. 384.
 Robertson, William, 1777, *The History of America*, Londres, W. Strahan and T. Cadell, 2 vols.
 Solís y Rivadeneyra, Antonio de, 1684, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa-Diego.

¿CÓMO NARRAR LA NACIÓN? EL CÍRCULO DE DOMINGO DELMONTE Y EL SURGIMIENTO DE LA NOVELA CUBANA

Por Antonio BENÍTEZ-ROJO
 AMHERST COLLEGE, ESTADOS UNIDOS

EN CUBA EL NACIONALISMO LITERARIO emerge en la década de 1820 con el filósofo antiescolástico Félix Varela, autor probable de la novela *Jicoténcal* (1826), y con José María Heredia, autor del poema *Himno del desterrado* (1825) y de otras composiciones de carácter nacionalista, e introductor del romanticismo en Hispanoamérica. Condenados a la pena capital por sus ideas radicales sobre la abolición de la esclavitud y la independencia de Cuba, ambos debieron buscar refugio en el extranjero, donde murieron sin ver cumplidos sus ideales. En realidad, el proyecto separatista no ganó en ese período el apoyo de los sectores más importantes de la sociedad colonial. En las condiciones de Cuba, donde la plantación azucarera constituía la economía dominante, no era factible emprender la lucha por la independencia sin concederle la libertad a los esclavos. Dado el elevado número de éstos —alrededor de 287 000 en 1827, un 41% de la población—, los criollos blancos pensaban que una revolución de tal naturaleza podía transformarse con facilidad en una guerra racial.¹ Temían que Cuba, como Haití, se convirtiera en una república negra donde ellos no tendrían cabida. Este temor, unido a la bonanza económica que disfrutaban los productores de azúcar (Cuba era la colonia de plantación más rica del mundo), había de posponer por muchos años la lucha por la independencia.

En la década de 1830, cuando la población negra de la isla rondaba la cifra de medio millón, un pequeño aunque influyente grupo

¹ En 1812 había fracasado la conspiración independentista y antiesclavista de José Antonio Aponte, un negro libre en contacto con agentes haitianos.

de criollos adoptó un firme rumbo reformista. Su proyecto nacional consideraba en primer término la supresión total de la trata de esclavos, medida que detenía el crecimiento de la población negra y suponía una abolición gradual de la esclavitud.² Si bien este proyecto incluía al negro como súbdito cubano, no deseaba su presencia masiva en el escenario nacional; proponía que Cuba fuera "blanqueada" a través de una sostenida inmigración de mano de obra barata de origen europeo. El proyecto tenía también como objetivos obtener de la Corona el cese del *status* colonial en favor de un régimen autonómico, reorganizar y modernizar la agricultura de la caña de azúcar, renovar el transporte y las comunicaciones, erradicar la vagancia y los vicios, promover los estudios científicos y reformar el sistema educativo. Para difundir su programa, los criollos reformistas se propusieron utilizar a fondo los recursos tipográficos del país. Muy pronto comenzaron a aparecer textos que hablaban de lo cubano en las áreas de la geografía, las ciencias naturales, la economía, las ciencias sociales, la educación, la literatura y la crítica literaria. Las figuras principales de este movimiento fueron el científico social José Antonio Saco, el naturalista Felipe Poej, el geógrafo y lexicógrafo Esteban Pichardo, el educador José de la Luz y Caballero y el animador cultural y crítico literario Domingo Delmonte.

La intensa y variada actividad editorial que se desarrollaba en La Habana desde los tiempos del *Papel Periódico de la Havana* (fundado en 1790), configuraba la superficie óptima para el surgimiento de una novela nacional. En 1834 el grupo reformista creó la Acade-

² El temor de los plantadores a una rebelión generalizada de esclavos a la manera de Haití fue manipulado por el grupo reformista en la prensa habanera. José Antonio Saco, por ejemplo, escribía en 1832 lo siguiente: "Hasta ahora solamente hemos considerado la fuerza numérica de la población de color que nos rodea. ¿Cuál no sería el cuadro que pudiéramos trazar, si considerásemos esta enorme masa sometida al influjo de causas políticas y morales...?" Y a continuación agregaba: "Si todos nuestros hacendados se pudieran penetrar de la importancia de esas ideas, entonces los veríamos dedicados a promover la introducción de hombres blancos, y a impedir la de africanos". Y concluye: "Nosotros cedemos a consideraciones de linaje muy elevado; y honrando la noble misión de escritores no nos cansaremos de repetir, que *salvemos a la patria, salvemos a la patria*". Tomado de "Análisis por don José Antonio Saco de una obra sobre el Brasil...", en *José Antonio Saco: Acerca de la esclavitud y su historia*, Eduardo Torres Cuevas y Arturo Soregui, eds., La Habana, Ciencias Sociales, 1982, pp. 202, 204-205. Publicado originalmente en 1832 en *Revista Bimestre Cubana*.

mía Cubana de Literatura, la cual, debido a sus posiciones liberales, fue pronto desautorizada a consecuencia de las quejas de los plantadores y los comerciantes españoles. Las medidas tomadas contra el grupo incluyeron la clausura de la *Revista Bimestre Cubana*, órgano de la Academia, y el destierro de Saco. No obstante, la actividad literaria no cesó: Delmonte organizó una tertulia privada en la que reunió a la juventud más prometedora. Durante el período 1837-1844 los miembros del círculo de Delmonte publicaron un significativo conjunto de textos que incluía leyendas, narraciones históricas, crónicas de viajes, artículos de costumbres, obras de teatro, poemas, ensayos de crítica, cuentos, novelitas y novelas, así como la *Autobiografía* del esclavo Juan Francisco Manzano, cuya libertad fue comprada por Delmonte y otros.³ En la mayor parte de este conjunto de obras aparecieron personajes negros, tanto libres como esclavos, y algunas de ellas fueron francamente antiesclavistas. Así, el discurso de la literatura cubana, al ser editado en sus mismos inicios por el círculo de Delmonte, debatiría en lo adelante la problemática social del negro como una cuestión inherente a lo nacional. El texto de una carta de Félix Tanco y Bosmeniel, dirigida a Delmonte y fechada en 1836, ilustra bien el deseo de "nacionalizar" modelos narrativos extranjeros que se refirieran a la esclavitud y a la planificación caribeña:

¿Y qué dice Ud. de *Bug-Jargal*? Por el estilo de esta novelita quisiera yo que se escribiese entre nosotros. Piénsalo bien. Los negros en la Isla de Cuba son nuestra Poesía, y no hay que pensar en otra cosa; pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, todos revueltos, y formar luego los cuadros, las escenas, que a la fuerza han de ser infernales y diabólicas; pero ciertas y evidentes. Nazca pues nuestro Víctor Hugo, y sepamos de una vez lo que somos, pintados con la verdad de la Poesía, ya que conocemos por los análisis filosófico la triste miseria en que vivimos.⁴

Obsérvese en la cita de arriba que el proyecto nacional de los criollos reformistas, en tanto deseo, precede la lectura de *Bug-Jargal*. Así, la toma de un modelo literario extranjero por un escritor

³ Un número apreciable de estos trabajos se publicó en revistas editadas por miembros del círculo de Delmonte: *Aguinaldo Habanero* (fundada en 1837), *El Plantel* (fundada en 1838), *El Album* (fundada en 1838), etcétera.

⁴ *Centón epistolar de Domingo del Monte*, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1957, VII, p. 51.

hispanoamericano —cubano en este caso— no debe verse como un acto pasivo, de simple imitación, sino como producto de una lectura utilitaria, de prospección, ya que estaba precedida por los deseos involucrados en un proyecto nacional dado. Vale decir que, por lo general, los narradores hispanoamericanos del siglo XIX tomaron de Europa los modelos que les convenían para expresar sus opiniones de cómo debía ser la nación, y sobre todo, qué grupos etnológicos debía incluir y excluir la nación. En el caso de Cuba el debate se centraba sobre el negro esclavo. ¿Era éste un verdadero súbdito de la nación, o no? Es precisamente de esta problemática de donde surge la narrativa cubana. En cualquier caso, no fue ninguno de los escritores del círculo de Delmonte quien había de tomar como modelo a *Bug-Jargal*, sino la camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda, como se verá más adelante.

A diferencia de México, donde la obra de Fernández de Lizardi se alza sola, en Cuba se producen ocho narradores: Félix Tanco y Bosmeniel, Pedro José Morillas, Ramón de Palma y Romay, Cirilo Villaverde, José Antonio Echeverría, Anselmo Suárez y Romero, Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Ramón de Betancourt. Con excepción de los dos últimos, todos surgieron del círculo de Delmonte.

La narrativa nacional comienza en 1837.⁵ En esa fecha Palma publica *Matanzas y Yumurí* en el *Agüinaldo Habanero*, una de las publicaciones controladas por el círculo de Delmonte. Se trata de un cuento histórico de tema indianista que narra a lo Chateaubriand la desdichada historia de amor de Guarina y Ornofray, ambos muertos por los conquistadores españoles. Las fuentes locales son las crónicas de Indias y el ensayo *La novela histórica*, publicado en 1832 por Delmonte en la *Revista Bimestre Cubana*, en el cual exhortaba a los escritores de lengua española a que emularan a Scott y a Cooper. A continuación, aparecen cuatro cuentos de Villaverde: *El ave muerta*, *La Peña Blanca*, *El perjurio* y *La cueva de Taganana*, todos publicados en 1837 en *Miscelánea de Útil y Agradable Recreo*. Si bien la acción de ellos ocurre en Cuba, sus asuntos respectivos apenas contribuían al proyecto reformista. Además, su calidad literaria era tan baja, que cuando Villaverde planeaba editar sus obras completas, no pensó incluirlos como parte de éstas.

⁵ En 1829 José María Heredia había publicado en *La Miscelánea* (México) sus *Cuentos orientales*. Pero si estos cuentos eran cubanos por su autor, no lo eran por su temática.

Al año siguiente Palma publica en *El Álbum* un notable ensayo crítico, titulado *La novela*, que denota un profundo conocimiento del género y constituye un antecedente a los juicios de Andrés Bello.⁶ En la primera parte describe el desarrollo de la novela desde las Cruzadas hasta la fecha, equipara el discurso de la novela al de las ciencias y al de la historia, y presenta a los novelistas “como la flor y nata del ingenio humano”. Pero, además, en su ensayo Palma persigue un propósito crítico: señalar que, si bien el escenario de los cuentos publicados por Villaverde era cubano, tanto sus personajes como sus conflictos, tomados mayormente de la novela gótica, eran extraños a la sociedad cubana:

Nosotros creemos que el señor Villaverde se ha empapado en el espíritu de una literatura enteramente extraña a nuestra virgen y naciente sociedad. En Europa y principalmente en Francia, cuyas obras nos son tan familiares, el ingenio ha tenido que desear los antiguos resortes que el uso ha desgastado, y que valerse de otros medios con frecuencia inverosímiles y extravagantes para producir algún efecto nuevo en ánimos ya avezados a todo género de impresiones. No sucede así en nuestra Cuba, puesto que hasta que no nos hayamos cansado de verla pintada tal cual es, no necesitaremos para encontrar novedad, que los escritores nos la pinten como se les antoje. Y esto está tan lejos de suceder todavía, que uno de los inconvenientes con que tiene que

⁶ Me refiero al ensayo titulado “La Araucana, de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga”, publicado en *El Araucano* (Santiago de Chile) en 1841, donde Bello opina lo siguiente sobre la novela: “Estas descripciones de la vida social ... constituyen la epopeya favorita de los tiempos modernos, y es lo que en el estado presente de la sociedad representa las rapsodias de Homero y los romances rimados de la Edad Media. A cada época social, a cada modificación de la cultura, a cada nuevo desarrollo de la inteligencia, corresponde una forma peculiar de formas ficticias. La de nuestro tiempo es la novela”.

El ensayo de Palma, sin embargo, independientemente de que fue escrito tres años antes que el de Bello, le da más amplitud a la novela en tanto género (“puede elevarse hasta la altura de la epopeya, descender hasta el lenguaje del vulgo, inspirarse con el estro de la poesía lírica y adornarse con las sencillas flores del idilio”). Es bueno recordar que la primera y la segunda parte del ensayo de Heredia titulado “Ensayo sobre la novela”, publicado en *La Miscelánea* (México) en 1832, sirvieron a Palma. No así la tercera parte, donde Heredia critica duramente a Scott y se muestra enemigo de la novela histórica, a diferencia de Palma. No hay duda que los juicios elogiosos de Delmonte sobre Scott, Cooper, Flaubert y otros autores de novelas históricas, expresados en su ensayo “Novela histórica”, *La Moda*, 1832, influyeron en Palma. Para un excelente análisis del ensayo de Palma, véase Antón Arrufat, “El nacimiento de la novela en Cuba”, *Revista Iberoamericana*, 152-153 (1990), pp. 747-757.

habérselas el escritor aquí es el acostumbrar a los frutos de nuestro suelo, a un público ya viciado con el gusto de exóticas producciones.⁷

Al criticar los primeros cuentos de Villaverde, Palma partía de los juicios de Delmonte sobre lo que debía ser la literatura cubana.⁸ Poco después, aquél rectificó sus devaneos góticos y escribió el cuento *El espetón de oro* (1838).⁹ La obra fue publicada originalmente en *El Álbum*, a continuación de un artículo de Palma donde éste aplaudía a Villaverde y justificaba la práctica de tomar modelos extranjeros, siempre y cuando sus asuntos, personajes y diálogos fueran ajustados para que sirvieran a lo cubano.

Pero es menester considerar que el hombre nada crea, ni ha creado, que él no hace más que referir... Shakespeare, cuando lo acusaban de algún plagio en sus dramas, contestaba que aquel pasaje era lo mismo que una linda muchacha que él sacaba de la mala sociedad para introducirla en la buena; y Molière decía, que cuando él tomaba una idea de un libro, no era ajena, sino suya, que él la presentaba como debía aparecer... Hacemos estas reflexiones para comprobar que aunque el argumento del *Espetón de oro* no sea en el fondo original, es una novela nueva en su género, y sobre todo muy cubana; no puede confundirse esta obra... con ninguna de otro país: las escenas tienen todo el aspecto, colorido y especialidad locales: los personajes llevan todo el carácter distintivo, y el diálogo es eminentemente cubano y natural.¹⁰

⁷ Ramón de Palma y Romay, "La novela", en *Acerca de Cirilo Villaverde*, Imeldo Álvarez, ed., La Habana, Letras Cubanas, 1982, p. 21. Originalmente publicado en *El Álbum* en 1838.

⁸ Dado que Delmonte nunca produjo un manifiesto, ni siquiera un párrafo sobre su programa literario, es preciso recurrir a cartas y otras fuentes secundarias para entresacar de aquí y allá sus ideas al respecto. En mi opinión éstas fueron: 1) defender la libertad de expresión; 2) estar al tanto de la producción literaria en Europa y en Estados Unidos con la finalidad de tomar como modelos las obras más convenientes; 3) referir la literatura a escenarios, temas y personajes cubanos e hispanoamericanos; 4) narrar los temas históricos y nativistas siguiendo los modelos románticos de Scott y de Cooper; 5) preferir las formas neoclásicas a las románticas en la poesía y en el teatro; 6) narrar los temas sociales contemporáneos siguiendo el modelo realista de Balzac; 7) usar un lenguaje castizo en las descripciones y en la narración, y otro de resonancias locales en los diálogos; 8) promover la crítica literaria.

⁹ Este cuento le franqueó a Villaverde la entrada en el círculo de Delmonte. La buena acogida que tuvo entre los lectores hizo que se reimprimiera enseguida en forma de libro.

¹⁰ Ramón de Palma y Romay, "Crítica del *Espetón de oro*", en *Acerca de Cirilo Villaverde*, p. 28. Originalmente publicado en *El Álbum* en 1838.

Algunas de las obras que comentaré a continuación fueron bastante debatidas en su tiempo. Cuando Palma publicó en *El Álbum* su novelita *Una pascua en San Marcos* (1838), que criticaba el ocio y la vida disipada de las clases altas, se produjeron en La Habana furiosas protestas. Las palabras con que Delmonte defendió la publicación de la obra ilustran la repercusión que ésta tuvo entre los lectores:

Una pascua en San Marcos... (por su colorido local, la buena observación y pintura de nuestras costumbres y la naturalidad y sencillez del lenguaje, ha hecho aquí mucho ruido, y la gente cubana, que es la primera vez que se ve retratada al natural, se ha escandalizado de su propia figura.¹¹

La acción toma lugar en las plantaciones de café de la zona de San Marcos, en las proximidades de la capital. Son los días de Navidad y las fiestas se suceden una tras otra en las mansiones de los plantadores. Los invitados bailan, comen, beben y flirtean en medio de una lujosa atmósfera; de día se caza y se pasea a caballo, y de noche se derrama el oro en las mesas de juego. Palma logra excelentes descripciones de las elegantes ropas de la aristocracia, las cuales hace contrastar con los harapos que visten los esclavos. Los personajes principales son cuatro: Claudio, un despreocupado *play-boy* de la época; Aurora, única heredera de un rico plantador; Irum, un torpe capitán del ejército español, y Rosa, su bella y apasionada mujer. La trama es sencilla y está construida con los materiales propios de las tres corrientes literarias que en esos años coincidían en Cuba: un neoclasicismo en retirada, un romanticismo dominante y un emergente realismo a la manera de Balzac.¹² Los componentes románticos se expresan en la exaltación de la naturaleza y en

¹¹ Tomado de la introducción de A. M. Eligio de la Puente a *Cuentos cubanos*, La Habana, Cultural, 1928, p. v.

¹² Los narradores cubanos fueron los primeros de Hispanoamérica en estudiar las estrategias narrativas de Balzac. Véase, por ejemplo, la carta del 25 de septiembre de 1838 de José Zacañas González del Valle, uno de los miembros del círculo de Delmonte, a Anselmo Suárez y Romero. En esa fecha este último escribía su novela *Francisco*, recibiendo del primero el siguiente consejo: "Balzac es el novelista que sabe tal vez interesar a los lectores con cualquier cosa, nada más que por la profundidad psicológica con que se entra por la inteligencia y el corazón de sus personajes; y yo nunca que pueda despreciar un recurso artístico tan precioso, porque es el único que puede despertar en los ánimos la compasión o el sentimiento que corresponda". También, una vez que Delmonte ha leído los primeros capítulos de *Francisco*, González del Valle le escribe a Suárez: "Domingo (Delmonte) me observó... que ya se notaba en tu estilo y en el modo de tratar

la violencia pasional del triángulo amoroso Claudio/Aurora/Rosa, que da forma a la parte central del relato; los neoclásicos, en el moralizante fin de Claudio, quien forzado a casarse con Aurora, destruye el matrimonio, dilapida toda su fortuna en el juego y muere solo, pobre y alcohólico en un hospital, muy al modo del *Don Catrín* de Fernández de Lizardi; y los realistas, en las descripciones de las costumbres y en los diálogos. El personaje mejor logrado es el capitán Irum, a través de quien Palma, disimuladamente, se burló de la arrogante oficialidad española que intentaba brillar en la sociedad criolla. Con toda malicia, Palma lo caracteriza con los humillantes rasgos de tonto y cornudo. La principal fuente cubana a que se remite el texto es *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba* (1832), brillante ensayo de Saco que censura, desde una perspectiva sociológica moderna, las destructivas consecuencias del juego, el ocio y el alcoholismo.

Sin embargo, a pesar de que en *Una pascua en San Marcos* había un personaje secundario que era esclavo, Félix Tanco se quejó a Delmonte de la escasa importancia que Palma y Villaverde daban en sus obras al problema de la esclavitud, cuestión fundamental en el proyecto reformista:

Los jóvenes que hoy están escribiendo novelitas creo que no aciertan en describir amoríos o galanteos en los de su clase o color, o en describir la propia corrupción de esta clase, sin acordarse absolutamente de los esclavos que tan poderosa parte tienen en esa corrupción... La novela de Palma, que es la que tiene más colorido cubano, adolece sin embargo del defecto que he dicho. Un negro viejo, un *taita brujo*, es todo lo que se ve como de paso en toda la relación; personaje ridículo, cuando los esclavos no lo son, y personaje singular que no parece sino que es el único que existe en el país, o en San Marcos.¹³

En cualquier caso, esta obra de Palma sirvió de modelo a José Ramón de Betancourt para escribir su novela *Una feria de la Caridad de 183...* (1841), la cual, si bien hoy poco conocida, disfrutó de gran popularidad en su época. La acción transcurre durante la fiesta patronal de la Virgen de la Caridad, la cual se celebraba con bailes

el asunto la influencia de la lectura de Balzac, no por faltas en la dicción que al contrario es castiza, ni por copias más o menos bien hechas de este autor, sino por la fina observación de las costumbres llevada a cuantos pormenores se escapan a muchos novelistas por insignificantes, y que constituyen sin embargo la mejor parte del retrato y vida de los personajes'. Citado por José Zacarías González del Valle, *La vida literaria en Cuba*, La Habana, Secretaría de Educación, 1938, pp. 68 y 73.

¹³ *Centón epistolar de Domingo del Monte*, VII, p. 118.

y ferias en muchas ciudades de Cuba. El argumento, más allá de su intención costumbrista, enfoca las actividades delictivas de un jugador profesional, de las cuales resulta víctima un joven de buena familia que siente debilidad por el juego. La novela, a pesar de sus tonos románticos, termina didácticamente con la captura y el arrepentimiento del delincuente.

A continuación de *Una pascua en San Marcos*, Palma publicó en *El Álbum* la novelita *El cólera en La Habana* (1838). La presencia del romance amoroso en el contexto de una plaga remite su asunto a *I promessi sposi* (1825) de Alejandro Manzoni. Pero la adopción de tal modelo no fue gratuita. En 1833 la población de La Habana había sido diezmada por una epidemia de cólera. Además, hay un detallado texto de Saco que puede tomarse como el antecedente local de la obra: *Carta sobre el cólera morbo asiático* (1833). Así, podemos decir que el asunto de *I promessi sposi* no fue imitado inocentemente por Palma; más bien fue asociado al evento cubano y nacionalizado para que diera su fruto a la incipiente narrativa de la nación.

Antonelli (1839), de José Antonio Echeverría, es una de las novelitas de mayor interés del período. Lo que distingue a Echeverría del resto de los escritores de su grupo es la importancia que asigna a la investigación histórica y literaria. Fue él quien, buscando en los archivos, halló y copió en 1837 el texto del poema *Espejo de paciencia*, el fetiche fundacional de la literatura cubana.¹⁴ Influidor por la novela y la historiografía románticas, Echeverría gustaba de revelar los acontecimientos pasados escondidos en las viejas ermitas, en las primeras calles y plazas de La Habana, en las murallas y fortalezas que defendían la ciudad. Con esto perseguía un claro propósito fundacional, como se observa en su artículo histórico 'El peregrino', lo cual no obró en contra de la calidad de su prosa. Se ha dicho que los modelos que tomó para escribir *Antonelli* fueron las obras de Scott y del Vizconde de Alincourt. Sin embargo, pienso que la fuente europea más inmediata fue *Nôtre Dame de Paris* (1831) de

¹⁴ La búsqueda de una prueba que documentara los orígenes legítimos del discurso literario cubano alcanzó un rotundo éxito con el hallazgo del poema épico *Espejo de paciencia*, escrito en 1608 por Silvestre de Balboa y Troya, escribano de origen canario. El asunto del poema venía como anillo al dedo al grupo de Delmonte. En él se exaltaba la participación heroica de un esclavo en un combate contra piratas hugonotes, en premio de la cual recibió la libertad. El poema fue presentado por Palma en el *Aguinaldo Habanero* (1837), y comentado por el propio Echeverría en *El Plantel* (1838).

Hugo. Los antecedentes locales son el ensayo de Delmonte sobre la novela histórica, ya citado, y el cuento de Palma *Matarzas y Yumurí*.

En todo caso, el título *Antonelli* se refiere a un nombre histórico: Juan Bautista Antonelli, arquitecto militar de origen italiano que fortificó el área del Caribe en el siglo xvi. Antonelli trabajó en La Habana (1587-93) en la construcción del castillo de El Morro. Si bien en Europa y en las ciudades virreinales de Hispanoamérica la catedral es el edificio de mayor prestigio, en el Caribe éste es la fortaleza. Nôtre Dame ilustra en buena medida la historia de París; en La Habana, el libro de piedra es El Morro. Es significativo que en los comienzos de la novela veamos a Antonelli que construye un ingenio hidráulico en las márgenes del río Almendares. Con esto se subraya la doble función que desempeña como constructor: de un lado la fortaleza, del otro la manufactura de azúcar con destino a la exportación. Antonelli puede leerse, pues, como un personaje que alegoriza la presencia europea en su papel económico y militar en Cuba. Otros personajes son Casilda —una hermosa criolla de madre indígena—, el capitán Gelabert y el indio Pablo. El argumento es el triángulo amoroso de rigor: Antonelli ama a Casilda pero ésta ama a Gelabert. El indio Pablo ha sido atropellado por el caballo de Gelabert, brazo inexorable de la fatalidad; azuzado por Antonelli, el indio decide tomar venganza sobre el apuesto capitán. La narración termina trágicamente cuando Pablo, en presencia de Antonelli, empuja a Gelabert del alto baluarte de El Morro. Casilda, que se hallaba junto a su amante, cae también al abismo pese a los esfuerzos de Antonelli por salvarla. Así las cosas, al deslizarse Casilda de sus propias manos y caer por sobre el muro que él mismo había construido, Antonelli ya no puede consolidar a través del romance su posición de continuador de la empresa española en América; es de este abismo, tendido entre las torres de Nôtre Dame y de El Morro, de donde surge lo cubano bajo la forma de un drama interracial que mancha de sangre el espacio de los orígenes.

El narrador más prolífico e importante del grupo de Delmonte fue Cirilo Villaverde. Para el crítico contemporáneo no resulta fácil distinguir, entre su abundante producción, qué es un cuadro de costumbres y qué es un cuento. Vale aclarar que en la década de 1830 toda narración ficticia que imitara la vida real era llamada novela, novelita o cuento. Por otro lado, si la narración reclamaba que era verdadera, y lo hacía invadiendo la sensibilidad visual del lector —de ahí el uso del adjetivo “pintoresco” para distinguir

este tipo de escritura—, era llamada artículo o cuadro de costumbres. La dificultad en clasificar las obras breves de Villaverde estriba en que sus cuadros de costumbres tienden a desarrollar un asunto, acercándose así al cuento.¹⁵ En cualquier caso, Villaverde publicó alrededor de veinte obras que hoy no vacilaríamos en llamar de ficción; entre ellas *El espetón de oro* (cuento, 1838), *Una cruz negra* (cuento, 1839), *Lola y su periquito* (cuento, 1839), *La joven de la flecha de oro* (novela, 1840), *El ciego y su perro* (cuento, 1842), *El guajiro* (novela, 1842), *La peineta calada* (novelita, 1843), *Dos amores* (novela, 1843), *El penitente* (novela, 1844), *La tejedora de sombreros de yarey* (cuento, 1844-45), y su famosa novela *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (edición definitiva, 1882). La laboriosa y diferida reescritura de esta última obra, si bien comenzada en 1839, la inscribe en el discurso de la narrativa cubana cuarenta años después, ya dentro del momento propio de la novela de fin de siglo.

Tomada en su conjunto, la obra de Villaverde se remite a numerosas fuentes literarias, lo cual prueba que fue un lector constante. En su narrativa, además de la fuerte influencia de los costumbristas españoles (Serafín Estébanez Calderón, Ramón de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra), se observan modelos de Chateaubriand, Scott, Hoffmann, Manzoni, Cooper, Balzac, Hugo, Dickens, Poe. Pero el interés que para el crítico suscita la obra de Villaverde va más allá de la identificación de sus fuentes estilísticas y temáticas. Habría que destacar que fue el primer autor de Hispanoamérica que, influido por Balzac, se propuso novelar sistemáticamente una ciudad total; esto es, La Habana con su puerto, marina, murallas, barrios, calles, plazas, iglesias y casas, así como con sus diferentes grupos sociales, raciales y profesionales. Por entonces la ciudad, dada su temprana inserción en la economía atlántica, alcanzaba una modernidad rara en Hispanoamérica. Enriquecida y renovada por la demanda mundial de azúcar, tuvo el ferrocarril (1837) antes que España. La obra de Villaverde comunica esa modernidad: barcos de vapor en la bahía, viajes en tren, transaccio-

¹⁵ Esta particularidad es frecuente en los cuadros de costumbres europeos anteriores a la década de 1840, los cuales servían de modelos a Villaverde. Al establecerse la estética del realismo, el género tendió a concentrarse en la descripción de personajes típicos. Por ejemplo, en Inglaterra, *Heads of the people: or portraits of the English drawn by Kenny Meadows*, Londres, Robert Tyas, 1840-41; en España, *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Boix, 1843-44; en Cuba, *Los cubanos pintados por sí mismos*. Edición de hijo ilustrada por Landaluce con grabados de D. José Robles, La Habana, Imp. de Barcina, 1852.

nes mercantiles, formación de una clase trabajadora urbana, la mujer asalariada, personajes norteamericanos y europeos, las últimas óperas, la moda francesa, los bailes de gala. Pero también informa la insuficiencia con que la modernidad se expresa siempre en Hispanoamérica: los esclavos, los mendigos, la vida sórdida de los pequeños artesanos, el afán de lucro de los comerciantes, el crimen, los vicios, las diferencias raciales. En sus novelas los personajes principales son mujeres ultrajadas y trágicas. Sus amores, por lo general, terminan mal. En *El espetón de oro* una joven se suicida al ser forzada a casarse con un hombre a quien no quiere. En *Una cruz negra* la heroína pierde a su amado al éste ser muerto por el hermano de aquélla. En su novela histórica *El penitente*, cuyo texto le debe al de Antonelli, la protagonista es sacrificada para perpetuar la alianza de dos familias patricias de La Habana. De modo análogo, el personaje de *La joven de la flecha de oro*, hija de un rico criollo, es inducida a casarse con un comerciante español. *La tejedora de sombreros de yarey*, en mi opinión el mejor cuento de Villaverde, es interesante por la modernidad de su conflicto: el dueño de una sombrerería rechaza el sombrero de yarey que le lleva una niña artesana, pues la última moda masculina prefiere el sombrero de Panamá, de importación. El cuento tiene un desenlace feliz, ya que un cliente se compecede de las lágrimas de la niña y le compra el sombrero. Su tema romántico cobra una densidad poco usual en los cuentos de la época: Villaverde combina el melodrama con un costumbrismo que tiene resonancias sociales y económicas, al tiempo que apela al nacionalismo del lector (los sombreros de yarey se hacían con la fibra de la palma real, símbolo por excelencia de la naturaleza de Cuba; también el oficio de tejer sombreros de yarey era exclusivo de Cuba).¹⁶ Pero sus personajes más naturales son mujeres negras y mulatas, como la Anacleta de *La joven de la flecha de oro*, la Loreto de *Dos amores*, la Rosario de *La peñeta calada* y su magistral Cecilia Valdés.

Sin embargo, no todas las novelas de Villaverde tienen por referente a La Habana/Mujer. La acción de *El guajiro* ocurre en la aldea de San Diego de Núñez, lugar de su propio nacimiento. El protagonista, llamado El Tatao, fue tomado de la vida real y puede leerse

¹⁶ Tanto es así, que *La tejedora de yarey* es uno de los tipos cubanos que se presentan en la obra *Las habaneras pintadas por sí mismas en miniatura*, La Habana, Oliva, 1847.

como un antecedente al tipo del "buen proscrito", tan popular en la literatura latinoamericana. Por ejemplo, El Tatao, al igual que el gaucho Martín Fierro creado por José Hernández (1872), canta décimas y gusta de los jolgorios, es ducho en las faenas del campo y en el uso del arma blanca, está desempleado y vaga a caballo, es orgulloso y temperamental, no es feliz en amores, mata a un hombre en un duelo y, finalmente, huye tierra adentro para escapar de la justicia. Si bien el asunto de *El guajiro* es irrelevante, obsérvese que la obra inaugura el tema campesino en la novela hispanoamericana, el cual habría de ser retomado por Pedro F. Bonó en *El montero* (1856) —la primera novela dominicana—, el colombiano Eugenio Díaz en *Manuela* (1858), el mexicano Luis G. Inclán en *Astucia* (1865), el argentino Santiago Estrada en *El hogar en la pampa* (1866) y otros. Con *El guajiro* Villaverde legitima la cultura del campo, proponiéndola como parte auténtica de la cultura nacional. A través de esta obra entró en la novela cubana la manera de hablar y las costumbres campesinas, las coplas improvisadas de la décima, el baile del zapateo, la pelea de gallos, y numerosas artefactos culturales que van desde la vivienda techada con hojas de palma (el bohío) hasta el machete, la hamaca, el taburete de cuero crudo y el sombrero de yarey. Las fuentes locales de *El guajiro* son la leyenda *La peña blanca* (1837), el relato de viajes *Excursión a Vuelta Abajo* (1838), y el artículo de costumbres *Amoríos y contratiempos de un guajiro* (1839), del propio Villaverde. *Excursión a Vuelta Abajo* se deja leer más como ficción que como relato verídico; es la obra más artística de Villaverde. El relato describe el viaje a caballo del autor, desde La Habana a San Diego de Núñez, por la región de Vueltabajo, lugar de su nacimiento. Pero, luego de una segunda lectura, se le hace evidente al lector que la *Excursión* es, sobre todo, un viaje fundacional —a través de la naturaleza y el tiempo— hacia los orígenes de la nación, interpretada ésta según el proyecto reformista.¹⁷ El relato tuvo tal éxito que Villaverde escribió una segunda *Excursión* (1842), en la cual aparece El Tatao como personaje real.

Ciertamente, Villaverde fue un narrador costumbrista, pero lo fue en un sentido profundo, fundacional. De los escritores de su tiempo fue el único que intentó de manera consciente representar en su obra la complejidad rural y urbana de lo cubano. Cabe señalar

¹⁷ Véase Antonio Benítez-Rojo, "Cirilo Villaverde, fundador", *Revista Iberoamericana*, 152-153 (1990), pp. 769-776.

que Villaverde introdujo en Hispanoamérica varios temas capitales de la escuela romántica, entre ellos, el del amor incestuoso (*El ave muerta*, 1837), tomado del *René* (1802) de Chateaubriand y de la desafiante vida de Lord Byron, y el tema criminológico (*Sucesos notables del siglo XVIII en La Habana*, 1846), tomado de *The Murders in the Rue Morgue* (1841) de Poe.

Las novelas cubanas de este período que más han interesado a la crítica, son: *Sab* (escrita en 1838-39 y publicada en Madrid en 1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y *Francisco* (escrita en 1838-39 y publicada en Nueva York en 1880), de Anselmo Suárez y Romero. Fueron las primeras novelas antiesclavistas de América, pues precedieron a *Uncle Tom's Cabin* (1852) de Harriet Beecher Stowe. También de tema antiesclavista fueron los cuentos *Petrona* y *Rosalía* (escrito en 1838, publicado en 1925), de Félix Tanco, y *El ranchador* (escrito en 1839, publicado en otra versión en 1856) de Pedro José Morillas. Las fuentes europeas de estas obras son numerosas y se entremezclan con las del indianismo. Las de mayor importancia son: el naturalismo rousseauiano (el Buen Salvaje), que en cierta manera había sido precedido en el siglo XVI por las ideas de Bartolomé de Las Casas sobre el indio americano; la llamada Leyenda Negra contra la colonización española, difundida a través de los libros de Raynal y Robertson; las obras literarias de Montaigne, Voltaire, Marmontel, Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand, Toxar, Hugo, y Cooper, aunque, en general, los grandes temas románticos del amor a la libertad, la marginalidad social y el exotismo racial sirvieron también de antecedentes. En lo que se refiere específicamente al esclavo africano, están los documentos relacionados con la política antiesclavista conducida por la República de Haití, así como la propaganda impresa por los abolicionistas ingleses y los cuáqueros norteamericanos. En Hispanoamérica, además de un capítulo de *El Periquillo Sarmiento* donde Lizardi expresa sus ideas antiesclavistas, hay un vasto archivo de carácter jurídico, socioeconómico y filantrópico que favorece el cese de la esclavitud africana. Dicho archivo, en lo que respecta específicamente a Cuba, muestra varios textos de importancia, entre ellos: el protocolo jurídico relacionado con la libertad de los esclavos de las minas de San Juan del Prado (1800), los documentos que se refieren a la conspiración antiesclavista e independentista de José Antonio Aponte (1812), la *Memoria sobre la esclavitud* (1822) de Varela y, sobre todo, el notable artículo de Saco titulado "Análisis por don José Antonio Saco de una obra sobre el Brasil...", publicado en

1832 en la *Revista Bimestre Cubana*, donde se criticaba la trata de esclavos.

Especial atención le prestó el grupo de criollos reformistas a la obra jurídica de Charles Comte, titulada *Traité de Legislation ou exposition des lois générales suivant lesquelles les peuples prospèrent, décroissent ou restent stationnaires*, cuya quinta parte criticaba la esclavitud. La difusión de este libro constituyó uno de los proyectos antiesclavistas de los criollos. Fue traducido y enviado a publicar a Barcelona, y luego fue vendido en La Habana.¹⁸

Félix Tanco, en *Petrona* y *Rosalía*, narra la amarga vida de dos esclavas domésticas, madre e hija, que son violadas y embarazadas por sus amos, padre e hijo. El hecho de que estas violaciones ocurran históricamente en dos distintos momentos generacionales anticipa la narrativa pesimista de fin de siglo. Para Tanco, mientras existiera la esclavitud, la mujer negra estaba fatalmente condenada a servir de objeto de placer al amo blanco cada vez que éste quisiera. El cuento, además de criticar duramente a la sociedad colonial, detalla los injustos castigos que recibían los esclavos, hombres y mujeres por igual.¹⁹ En *El ranchador*, Morillas describe la horrible cacería humana que padecían los esclavos fugitivos, y muestra, con las acciones del personaje llamado El Bayamés, la crueldad de los ranchadores (cazadores de esclavos). La pieza, como la anterior, también denuncia la violencia inherente a la sociedad esclavista; violencia doble: del blanco hacia el negro a través de la esclavitud, y del negro hacia el blanco a través de la rebelión y el cimarronaje. El mensaje que recibe el lector de cualquiera de estas piezas es claro y directo: si la esclavitud continúa indefinidamente, Cuba corre el peligro de hundirse en los pantanos de la disolución moral (*Petrona*

¹⁸ Véase Elías Entralgo, *Domingo Delmonte*, La Habana, Cultural, 1940, pp. 11-12.

¹⁹ Pienso que en la década de 1830 los criollos ilustrados, como es el caso de Félix Tanco, percibieron el sadismo y el deseo sexual del amo hacia el esclavo como una aberración típica de la sociedad esclavista, es decir, una enfermedad moral. Los plantadores habían logrado alejar la Iglesia del ingenio de azúcar, y éste quedaba fuera de los límites del pecado. Pero, hacia esa época, una fiebre de adementamiento burgués entraba en el mundo con la era victoriana. Hoy sabemos que se trataba de exigencias del capitalismo industrial, pero entonces no se hablaba de tal cosa, sino de deberes morales, cívicos y religiosos que el mundo civilizado debía ejercer para sí y para otros. Es probable que estas concepciones hayan influido tanto en el proyecto reformista como en la narrativa antiesclavista que lo popularizaba.

y *Rosalía*), o bien, ensangrentarse en una guerra racial semejante a la de Haití (*El ranchador*).

La novela de Suárez y Romero, junto con la *Autobiografía* de Manzano, el cuento *El ranchador* de Morillas y otros materiales, fue comisionada por Delmonte con la finalidad de ser publicada en Londres en calidad de propaganda abolicionista.²⁰ Es oportuno aclarar que si bien todos los miembros del círculo de Delmonte eran antiesclavistas, el más radical de ellos parece haber sido Tanco. En 1838 éste le escribía a Delmonte:

(E)s preciso presentar los dos colores de nuestra población; los negros y los blancos trabajándose mutuamente... de tal manera que en los blancos se ven a los negros, y en los negros a los blancos. Hasta ahora, parece que se ha tenido miedo, o se tiene escrúpulo o asco de presentar a los negros en la escena o en la novela, junto con los primeros, así como se presentan a los padrones, y como si no estuviésemos en la realidad, no ya juntos, sino injertados, amalgamados como cualquiera confección farmacéutica.²¹

A juzgar por ésta y otras cartas de Tanco, el negro debía ocupar en el espacio de lo cubano el mismo lugar que el blanco. Suárez y Romero, sin embargo, guarda una distancia antropológica entre negros y blancos. En 1839, cuando escribía *Francisco* en el ingenio *Surinam*, le dice a Delmonte:

²⁰ En 1839 Delmonte entregó a Richard R. Madden, comisionado británico para investigar la introducción ilegal de esclavos en Cuba, los siguientes materiales: 1) La *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano; 2) trece poemas de Manzano; 3) *El ingenio o las delicias del campo* (*Francisco*) de Anselmo Suárez y Romero; 4) glosario hecho por Delmonte para explicar los cubanismos de *Francisco*; 5) una de las *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, titulada "El hombre misterioso", de Félix Tanco y Bosmeniel; 6) *El ranchador* de Pedro José Morillas; 7) *Cartas*, probablemente cuadros de costumbres sobre la vida en el campo escritos por Suárez y Romero; 8) un conjunto de composiciones en verso y prosa, probablemente de José Zacarías González del Valle y de Félix Tanco y Bosmeniel; 9) un cuestionario hecho por Madden a Delmonte sobre el tráfico de esclavos en Cuba; 10) un cuestionario hecho por Madden a Delmonte sobre la religión en Cuba; 11) *Elegías cubanas*, cinco largos poemas de Rafael Matamoros y Téllez. Para mayor detalle, ver Adriana Lewis Galanes, "El *Album* de Domingo Delmonte: Cuba, 1838-39", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 451-452 (1988), pp. 256-265. De este portafolio, la *Autobiografía* de Manzano fue el único material narrativo que Madden tradujo, editó y publicó en su *The life and poems of a Cuban slave*, Londres, 1840.

²¹ *Centón epistolario de Domingo del Monte*, VII, p. 118.

(D)esde que Ud. me encargó una novela donde los sucesos fueran entre blancos y negros, y desde que la comencé, me ha entrado tal afición a observar los excesos de aquéllos y los padecimientos de los segundos, tal gusto por estudiar las costumbres que nacen de la esclavitud, costumbres raras y variadas a lo infinito, que no me pesa, antes me agrada mi estancia aquí para acopiar noticias y tela con que poder escribir algún día otra novela por el estilo.²²

También Villaverde mantuvo una distancia social entre negros y blancos, como observara Martín Morúa Delgado.²³ Al igual que Palma, jamás escribió una obra abiertamente abolicionista mientras la esclavitud duró en Cuba. La razón que argumentó para ello fue que la censura oficial habría impedido su publicación:

Suárez y Romero escribió y leyó su novela *Francisco*. Comprendí yo que aquel género de novelas era inútil emprenderlo en Cuba, porque sería lo mismo que conservarlas manuscritas por mucho tiempo. Y no me faltaba tema para escribirlas. Precisamente había copiado, por aquel tiempo, *El diario oficial del rancheador de cimarrones*, de Francisco Estévez, en el que había una mina inagotable de hechos sangrientos y trágicos en los que los negros aparecían como héroes. Para escribir esa novela histórica hubiera sido preciso convertir los negros cimarrones en indios y trasladar la escena a un país en que los hubiera, cosa ésta que repugnaba a mis ideas sobre la novela, cuyo carácter creo imprescindible.²⁴

Francisco trata sobre las infortunadas relaciones amorosas de dos esclavos domésticos, Francisco y Dorotea. La pareja pide a su dueña, doña Dolores, que les permita casarse, pero ésta se niega y les prohíbe continuar sus relaciones. Al desobedecer a su ama, Francisco es enviado al ingenio de la familia, donde deberá ser azotado y llevar grilletes por dos años, y Dorotea es puesta a trabajar como lavandera. Por otra parte, Ricardo, hijo de doña Dolores, que ha estado enamorando sin suerte a Dorotea, ordena al mayoral del ingenio que haga sufrir a Francisco una muerte lenta, encargándole las tareas más duras y azotándolo sin piedad. Pasado

²² *Centón epistolario de Domingo del Monte*, IV, p. 38.

²³ Véase Martín Morúa Delgado, *Las novelas del señor Villaverde*, La Habana, Álvarez y Cía., 1892.

²⁴ Cita tomada de Loló de la Torre, "Cirilo Villaverde y la novela cubana", *Revista de la Universidad de La Habana* (jul.-dic. 1950), p. 191. Sobre el *Diario* a que se refiere Villaverde, véase Francisco Estévez, "Diario de un rancheador", Roberto Friol, ed., *Revista de la Biblioteca Nacional 'José Martí'*, 1 (1973), pp. 47-148.

algún tiempo, doña Dolores se compadece de los esclavos y permite la boda. Para arreglar el asunto, va al ingenio en compañía de Dorotea. Pero Francisco es víctima de las falsas acusaciones de Ricardo, y doña Dolores niega de nuevo el permiso para que los esclavos se casen. Finalmente, Dorotea, para salvar a Francisco del castigo, resuelve entregarse a Ricardo. Su decisión, sin embargo, desencadena un final trágico. Francisco, al desconocer las razones que había tenido Dorotea para adoptar tal decisión, se suicida y ella muere poco después.²⁵

Desde el punto de vista sociológico, el texto de *Francisco* ofrece una información rica y de primera mano sobre la plantación de la época. Suárez lo escribió mientras observaba cuidadosamente lo que ocurría en el pequeño ingenio de su familia. Sus observaciones van desde los cantos y bailes de los esclavos hasta los tipos de castigo a que eran sometidos. Muchos de estos detalles sirvieron a Fernando Ortiz para documentar su obra *Los negros esclavos* (1916). Pero, en realidad, el texto de *Francisco* no se refiere únicamente a la plantación de azúcar, sino también a la sociedad cubana de la época. Como observa Gilberto Freyre en su *Casa grande y senzala*, el ingenio fue la célula generadora de la sociedad esclavista y transmitió a ésta sus códigos despóticos y patriarcales. Así, en la medida en que el azúcar fue dominando la economía cubana, el modelo sociológico del ingenio fue desplazándose por la Isla hasta implantar su rígida estructura en toda la sociedad. Era precisamente esta estructura la que el grupo de Delmonte deseaba reformar a través de la gestión literaria.

No obstante, la censura oficial —como observó Villaverde— hizo imposible que *Francisco* fuera publicado en la Cuba colonial.

²⁵ Francisco se suicida por amor, a la manera de Werther. Es de señalar que la novela de Goethe no sólo se había leído en Cuba, sino que, al escandalizar a las buenas conciencias criollas, había sido defendida por Delmonte en un artículo titulado "Goethe y su *Werther*", publicado en *La Moda* en 1829. Dice Delmonte: "No creemos, con algunos, que sean indecorosas las últimas situaciones de esa novela, ni que pequen, como piensan otros, contra las buenas costumbres. Es verdad que la pasión de Werther desde que supo los esponsales de su amada tiene visos de criminal; pero si nos acordamos del delirio, del enajenamiento terrible en que lo ha puesto ese mismo infeliz amor, que al cabo lo obliga a destruir su existencia miserable; si volvemos los ojos a Carlota, triste, abatida y haciendo los mayores esfuerzos para huir la vista peligrosa de su amante ... entonces, más avisados, en vez de pretender imitar su mal ejemplo, los compadeceremos". Citado en *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, pp. 111-112.

En 1880 fue impreso en Nueva York para conmemorar la abolición de la esclavitud en los dominios españoles.

En tanto novela, *Sab* no se deriva tanto de un interés sociológico como literario, aunque, aun sin proponérselo, sus estrategias la inscriben dentro del proyecto del círculo de Delmonte. Vale decir que su fuente más inmediata es *Bug-Jargal* (1819), con la cual tiene mucho parecido. Por ejemplo, los protagonistas son esclavos en las plantaciones del Caribe y están secretamente enamorados de las hijas de sus amos; ambos, también, alcanzan la libertad y tienen oportunidad de controlar la suerte de los jóvenes blancos que son sus rivales amorosos. Sin embargo, lejos de tomar ventaja sobre ellos, optan por salvarles la vida y propiciar su matrimonio con sus respectivas amadas. Es justamente esta silenciosa renuncia, hecha en aras del amor y no de ningún otro código, lo que precipita la romántica muerte de ambos personajes. Ahora bien, pensar que *Sab* es un plagio mecánico de *Bug-Jargal* sería un error. Gertrudis Gómez de Avellaneda usó el prestigio de Hugo para legitimar la primera novela cubana —e hispanoamericana— de carácter alegórico. En efecto, Sab, en tanto personaje, es una entidad imaginaria y total, a diferencia de Bug-Jargal; esto es, remite a la totalidad de lo cubano. Su madre fue una princesa del Congo; su padre, don Luis, descendía de una familia patricia, y su madre adoptiva, la anciana Martina, afirma descender de un cacique aborígen. Por otra parte, sus rasgos físicos acusan estos tres orígenes, y su sexualidad es obviamente híbrida —como ha observado Doris Sommer—, poseyendo componentes masculinos y femeninos.²⁶ Su bastardía, al igual que su cultivada educación y su privilegiado puesto de mayoral de ingenio, lo hacen ser amo y esclavo a la vez. De ahí que cuando recibe la libertad, la acepte con indiferencia y su vida no experimente ningún cambio. Su presencia, siempre asociada a las plantas autóctonas, llena históricamente el territorio de Cuba, representado por el antiguo sitio aborígen de las cuevas de Cubitas (Cuba pequeña), la hacienda criolla de Bellavista, y la ciudad mercantil de Puerto Príncipe (hoy Camagüey). Su incestuoso amor por Carlota, su prima paterna, es obviamente simbólico. La imposibilidad del enlace de ambos primos simboliza la conflictiva relación entre la aristocracia azucarera, autodefinida como "blanca", y el

²⁶ Véase Doris Sommer, "Sab c'est moi", en *Foundational fictions: The national romances of Spanish America*, Berkeley, California University Press, 1991, pp. 114-137.

color inestable de lo cubano. Enrique Otway, el triunfante prometido de Carlota y usurpador de sus bienes, también es un personaje alegórico. Su padre nació en Inglaterra, fue buhonero en los Estados Unidos y funda en Puerto Príncipe un almacén de tejidos. Enrique representa, pues, el capital comercial extranjero, indeseable aliado de la plantocracia criolla a la cual aspiraba a desplazar de la esfera de poder. Igualmente alegórico es el personaje de Teresa, pues alude al campesinado criollo que fue arruinado y socialmente marginado por el latifundio azucarero. No es de extrañar que Teresa, a pesar de ser blanca, ame a Sab y decida recluírse en un convento. Así, el proyecto nacional de Avellaneda queda como un testimonio que, si bien influido por el tema del Buen Salvaje y la novela romántica, resulta más democrático y amplio que el del libro de Suárez. Y esto no sólo por hacer de su personaje Sab la alegoría de lo cubano, sino además porque el texto muestra ideas patrióticas que, si bien sueltas y vagas, pueden definirse como críticas a lo político, descolonizadoras en lo económico y antipatriarcales en lo sexual, ya que compara la situación de la mujer con la del esclavo. De paso, valiéndose de los éxtasis visionarios de Martiña, la Avellaneda nos entregó en su novela la opinión que tenía sobre el futuro de Cuba. Su profecía es admonitoria y repite el argumento de Saco, a quien probablemente había leído: si la esclavitud continúa, "los descendientes de los opresores serán oprimidos, y los hombres negros serán los terribles vengadores..."²⁷ No es de extrañar que Avellaneda, que residía en España desde 1836, deci-

²⁷ A pesar de vivir en Puerto Príncipe, en la región central de Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda era una mujer informada. Entre sus preferencias literarias estaban Scott, Chateaubriand y Mme. de Staël. Es casi imposible que no conociera la *Revista Bimestre Cubana* y otras publicaciones de La Habana, así como las ideas de Varela, Heredia, Saco, Luzy Caballero, y Delmonte. En una de sus cartas de 1839 a Ignacio Cepeda, por ejemplo, le recomienda la lectura de Heredia. No obstante, es bueno precisar que Puerto Príncipe, alejada de las zonas azucareras de La Habana, Matanzas y Trinidad, había desarrollado una economía ganadera que no requería las cantidades masivas de esclavos que necesitaban las provincias occidentales. Así, entre los criollos de Puerto Príncipe eran comunes las ideas abolicionistas e independentistas. Por ejemplo, en 1823 Gaspar Betancourt Cisneros viaja a Sudamérica para interesar a Bolívar en la independencia de Cuba; en 1826 Andrés Manuel Sánchez y Francisco Agüero son los primeros criollos blancos que mueren por la independencia; en 1843 Joaquín de Agüero es el primer hacendado que libera a sus esclavos, y en 1851 él y un grupo de compañeros son fusilados por sus actividades independentistas; en 1868 Ignacio Agramonte se alza en armas contra España, representando las ideas más progresistas de la Guerra de los Diez Años. Doy estos detalles para indicar que, aunque Avellaneda conociera las ideas

diera excluir esta novela de sus *Obras completas* (1869-71), publicadas cuando en Cuba se peleaba por la independencia.

En 1846 Avellaneda publicó *Guatimozín, último emperador de México*. En esa fecha el tema indígena contaba con numerosos antecedentes en Hispanoamérica, sobre todo en la poesía y el teatro. En lo que toca a la narrativa, José María Lafragua había publicado en México su cuento *Netzula* (1832), y en Cuba, Palma había iniciado la narrativa nacional con *Matanzas y Yumurí*. También existía el texto de la novela *Jicoténcal* (Filadelfia, 1826), de autor anónimo. Pero ninguna de estas obras influyó en Avellaneda. *Jicoténcal*, si bien se apoya en la historia de la conquista de México, es una novela racionalista cuyo autor —probablemente Félix Varela, según la opinión de Luis Leal— tomó de pretexto el hecho histórico para exponer con lenguaje seco y conceptual su ideología republicana.²⁸ Xicoténcatl emerge del texto como el héroe emblemático de la República y de la Razón, al tiempo que Cortés y Moctezuma lo hacen en calidad de déspotas guiados por las bajas pasiones. Como dice Enrique Anderson Imbert, su autor, quienquiera que haya sido, era "más liberal que patriota, más racionalista que indianista".²⁹ *Guatimozín*, por el contrario, es una novela de aliento romántico donde la retórica neoclásica sólo aparece en los diálogos. Sus páginas están profusamente anotadas, remitiéndose a textos de Díaz del Castillo, Cortés, Solís, Clavijero y otros cronistas e historiadores. Es interesante observar que la precoz Avellaneda, a los doce años, había escrito una tragedia a la que puso por título *Hernán Cortés*, lo cual indica su temprano interés por la conquista de México. Son excelentes las descripciones de la naturaleza mexicana, de la corte de Moctezuma, de las costumbres aztecas y de los combates entre indígenas y españoles. En cuanto al tratamiento de las figuras de Cortés y Cuauhtémoc (*Guatimozín*), la Avellaneda resalta los rasgos positivos de ambos jefes. No obstante, hay una evidente incli-

reformistas del círculo de Delmonte, tanto en Puerto Príncipe como en Bayamo (ciudad situada más hacia el oriente), existían tradiciones de rebeldía contra el poder colonial que databan del siglo XVII. Es precisamente en las regiones orientales y centrales de Cuba donde aparecieron las primeras muestras de la cultura criolla y del deseo por lo cubano. Para un desarrollo de este tópico, véase Antonio Benítez-Rojo, "Power/Sugar/Literature: Toward a reinterpretation of Cubaness", *Cuban Studies* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press), 16 (1986), pp. 9-31.

²⁸ Véase Luis Leal, *Jicoténcal*, primera novela histórica en castellano', *Revista Iberoamericana*, 49 (1960), pp. 9-31.

²⁹ Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, FCE, 1961, I, p. 189.

nación a idealizar la entereza y el valor de Cuauhtémoc, cuya dramática ejecución cierra la novela. Además de *narrativizar* el evento histórico, la Avellaneda dramatizó tres tipos diferentes de amores: el de Cortés y la Malinche, el de Cuauhtémoc y su mujer Gualcazintla, y el romance entre el capitán Velázquez de León y Tecuixpa, hija de Moctezuma. De estas tres opciones la que domina a la postre es la relación entre la Malinche y Cortés. Pero Avellaneda hace notar que tal relación dista de ser armónica, poniendo al descubierto las contradicciones etnológicas que minan el momento fundacional de lo hispanoamericano. Además, la inestable unión de la pareja interracial se efectúa sobre la ejecución de Cuauhtémoc, dispuesta históricamente por Cortés, y el asesinato de Gualcazintla, perpetrado en la novela por Malinche. Así, para la autora, la Conquista no constituye tanto una celebración como el derrocamiento de un régimen legítimo, alegorizado por el profundo y heroico amor que unía a Cuauhtémoc y Gualcazintla. Artísticamente hablando, *Guatimozín* es muy superior a *Sab*, y debe tomarse como una de las novelas épicas de mayor importancia del período. Concha Meléndez documenta que la obra, pese a su extensión, tuvo más reimpresiones que ninguna otra novela indianista.³⁰

En lo que respecta a los autores del grupo de Delmonte, sólo pudieron mantener en activo su reformismo literario hasta 1844. En esa fecha tuvo lugar la llamada Conspiración de la Escalera, cuyos organizadores, según las autoridades coloniales, planeaban una rebelión general de esclavos con centro en la región de Matanzas. Los historiadores no han hallado pruebas concluyentes de la existencia de tal conspiración. Es muy posible que haya sido, más que un hecho real, un pretexto para aterrorizar a los esclavos y para sofocar el discurso antiesclavista, cuya difusión comenzaba ya a amenazar el *statu quo* de la plantación. En todo caso, pretexto o realidad, la represión fue extrema. Como consecuencia, el poeta Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) fue fusilado, Manzano fue torturado, Luz y Caballero fue procesado y Delmonte desterrado. En cuanto al resto de los escritores del grupo, nada es más elocuente que una carta de Villaverde a Delmonte donde aquél le informa a su mentor:

Tal desaliento y tal pavor se ha difundido entre los pocos que cultivan las letras después de la salida de Ud. y de los sangrientos sucesos de Matanzas, que ni

³⁰ Véase Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Madrid, Hernando, 1934.

por casualidad se reúnen dos para hablar, ni tratar de literatura. Principiando por Milanés, que ha caído en la imbecilidad más lamentable, y acabando por Suárez (y Romero) que no sale de sus pleitos, todos andan esparcidos, mudos y cabizbajos; porque Palma, que es el único que hoy habla, está reducido a artículos de moda, bailes y teatro.³¹

Durante los próximos treinta años la novela y el cuento apenas volverían a ser cultivados en Cuba. En la década de 1850 la estabilidad política fue rota por un intenso clima de conspiración, y entre 1868 y 1878 tuvo lugar la sangrienta Guerra de los Diez Años, donde criollos y esclavos de las regiones orientales y centrales lucharon infructuosamente por la independencia. En la década de 1880 fue abolida la esclavitud, y aunque hubo un renacimiento de la novela, ya nadie recordaba el fallido proyecto reformista. No obstante, gracias a él, la narrativa cubana había sido fundada sólidamente. Como lo deseaba Félix Tanco en 1836, sería una narrativa de negros y blancos, "todos revueltos" dentro de una misma naturaleza y una misma historia, una misma sociedad y una misma cultura: el espacio blanquinegro de lo cubano que la ficción había ayudado a construir.

³¹ *Centón epistolario de Domingo del Monte*, VI, p. 101.

*Homenaje
a Carlos Bosch García*

PRESENTACIÓN

NUESTRA REVISTA presenta esta sección, coordinada por Irene Zea Prado, en homenaje al historiador Carlos Bosch García (1919-1994), quien fue pionero en el estudio de las relaciones entre México y Estados Unidos. Además de sus importantes obras de investigación, formó varias generaciones de estudiosos sobre el tema, a quienes infundió su mismo rigor académico y su continuo interés por trabajar siempre documentos originales; por ello, Carlos Bosch nos ha dejado una nueva visión de las relaciones entre México y Estados Unidos en varias obras citadas a lo largo de estas páginas.

Una parte de esta sección incluye recreaciones literarias sobre la presencia de Carlos Bosch García escritas por Irene Zea, quien fue primero su alumna en El Colegio de México y luego su adjunta, por Vicente Guarner, su amigo y médico, así como por otros amigos cercanos: Damián Bayón, Luis González y González, Federico Reyes Heróles, Federico Sescosse, María Esther Schumacher y Enrique Suárez Gaona.

En el segundo grupo se publican semblanzas de Carlos Bosch García presentadas por quienes fueron sus colegas: por Marcela Terrazas y Basante, su más cercana colaboradora en la investigación, por su maestro Silvio Zavala, Rosa María Romo López, Patricia Galeana, Modesto Seara Vázquez y Beatriz Ruiz Gaytán, además de Horacio Cerutti, Elsa Cecilia Frost y Alberto Antón Cortes.

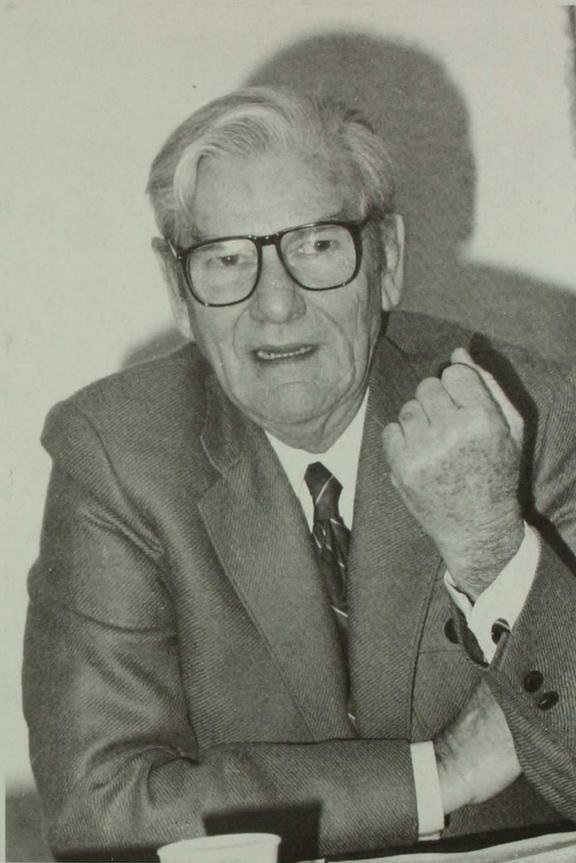
Un tercer grupo de textos es el constituido por testimonios de sus primeros alumnos de la vieja Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales: René Avilés Fabila, Liborio Villalobos Calderón, Graciela Arroyo Pichardo, Santiago Roel y Martha de Jármay Chapa.

El último grupo se dedica al estudio de la obra de Bosch y a algunos de los temas que él más trabajó: se ocupan de su obra como internacionalista Marlene Alcántara Domínguez y Rosa Isabel Gaytán; Olga Velázquez Rivera de la herencia colonial y el concepto de intervención; Gloria Abella escribe sobre la cuestión de la competencia entre Estados Unidos y Europa en torno a México en las primeras décadas del siglo XIX y Josefina Zoraida Vázquez

presenta un análisis de un tema central en los estudios de Bosch: el reconocimiento de México por parte de las potencias de la época; por último, Ana Rosa Suárez Argüello desarrolla el tema del contexto político de la expansión territorial de los Estados Unidos.

Tales los textos que *Cuadernos Americanos* presenta en esta sección de homenaje. En una ocasión similar, invitado a escribir una semblanza de Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges recordó que el gran ensayista dominicano no sólo fue importante por su obra sino también por su personalidad de maestro. Otro tanto podemos decir nosotros de Carlos Bosch García: cuando nos dispusimos a organizar esta sección de homenaje en ocasión de su muerte, encontró una enorme respuesta de todos aquellos que recordaban no sólo su obra como historiador, sino al maestro, al hombre cabal.

Leopoldo Zea



Carlos Bosch García.

EL CAMINO DE REGRESO*

Por Irene ZEA PRADO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIALES, UNAM

EN UNA TARDE ACIAGA, la del 22 de febrero de 1994, Carlos Bosch García partía rumbo al infinito, hacia el mar que tanto amó. Sus cenizas, de acuerdo a su última voluntad, esa voluntad tan férrea, tan necia, tan de él, quedarían esparcidas en el Pacífico. Experto marinero, se sabe a perfección las rutas, tanto como conoce los vericuetos de la historia. Esta vez el camino elegido sería el mismo que lo trajera a México hace más de cincuenta años, sólo que a la inversa. De la ciudad de México vía Acapulco a Panamá, en donde, como representante de una compañía naviera, se dedicara a recolectar borrachos trasnochados de las tripulaciones que estaban por salir. Ahí, capitaneando uno de los barcos de sus espléndidas viñetas con las que ilustrara su libro *México frente al mar*, cruzar el Canal hacia el Atlántico, para dirigirse a Inglaterra, con la visita obligada a la Universidad de Oxford. A ella le debe, entre otras cosas, lo riguroso y lo acucioso de su trabajo académico, pero no de su vida, de la que hace, como todo un espíritu libre, un auténtico calidoscopio. Finalmente llegar a la siempre irreducta España, a la tierra de sus antepasados, a la "España de todos" como la llamara su padre Pedro Bosch Gimpera, al lugar que lo vio nacer un día de diciembre de 1919. Estar en su entrañable Cataluña, bañarse y regodearse con su luz y decirle que jamás, ni por un momento, renunció a ella y mucho menos olvidó: "sin el cariño de lo propio (España) no hubiera sido posible asimilar al país (México) que escogí para mi exilio".

Carlos Bosch García no nos dejó; simplemente, con su ánimo incorregible de aventurero, se dedicó a recorrer, ya no el mundo, que

* Publicado originariamente en *El Biho*, suplemento cultural de *Excelsior* (México), el 6 de marzo de 1994.

le quedaba chico, sino el universo todo, y por qué no, con su sentido nato de investigador, averiguar más allá. Queda en nosotros, como un recuerdo siempre vivo, el ser extraordinario, el maestro por excelencia, que uno inevitablemente amó y admiró...

EL ADIÓS A CARLOS BOSCH GARCÍA*

Por *Vicente* GUARNER
MÉDICO Y ESCRITOR MEXICANO

CARLOS BOSCH ha sido mi gran amigo, por muchos, muchos años. Nuestra amistad, lo mismo con él que con su compañera Elisa Vargas Lugo, nació de aquel primer encuentro, como si se tratase de un acto casi magnético. Y, desde entonces, corrí con esas cualidades insoslayables que lleva implícito su significado para que realmente valga, lo duradero y lo inalterable a través del tiempo: a través del caminar de una vida.

Y la amistad es, además, un sentimiento sumamente activo, que se fija en un solo objeto, que constituye la raíz de su propósito, que reside en el placer y agrado por la vida, por medio de un trato y una comunicación estable y de una confianza ilimitada, en el consuelo de nuestras mutuas aflicciones.

El martes 22 de febrero, a eso de las cinco y media de la tarde, me encontraba encerrado en mi biblioteca cuando sonó el teléfono y era la voz de Elisa.

—Vicente, ven en seguida.

No se escuchó más y la llamada terminó. De inmediato me imaginé su trascendencia. Me eché un estetoscopio al bolsillo y tomé el camino de San Jerónimo. Al entrar en el estudio, Carlos yacía en el suelo, inerte. Le apliqué el estetoscopio en el pecho y ya no había ni asomo de ruidos cardiacos. Acto seguido levanté sus párpados y observé sus pupilas, con un alto grado de dilatación. Ya no había nada que hacer. Elisa estaba de rodillas en el suelo, a su lado, los dos nos miramos y con ello estaba dicho todo. Es cierto que Carlos llevaba mucho tiempo enfermo, muy enfermo, y su muerte era un acontecimiento contemplado como algo cercano. Pero, por mucho que uno se prepare, la muerte siempre nos sorprende! Lo tomé de ambas axilas y lo acosté en el canapé del estudio.

* Publicación originariamente en *El Búho*, suplemento cultural de *Excelstior* (México), el 6 de marzo de 1994.

Después me acerqué una silla, y me senté por última vez a su lado, a transmitirle mis recuerdos: nuestras innumerables vivencias juntos, envuelto en una nube de tristeza y transido de dolor. Le recordé nuestras excursiones al sureste, Palenque, Uxmal, Tancá, Tulum y hasta Copán. Nuestras visitas a los conventos agustinos del estado de Hidalgo, guiados por Elisa. ¡Nuestros recorridos inacabables por México!

Este domingo íbamos a comer juntos con el virtuoso Salvador Moreno, que se ha podido, finalmente, escapar, por unos días, de su inseparable Barcelona. Carlos veía con gran ilusión esta reunión. Le expresé, además, a Carlos, ahí sentado a su lado, que de ahora en adelante no me podría comer un plato de *escudella* catalana acompañada de un vino tinto sin pensar en las veces que la había compartido con él.

Carlos, como hombre y amigo, era generoso y, por encima de todo, bueno. Y es que la amistad, en esencia, supone natural bondad, que incide, sobre todo, en el particular apego que una a otra se tienen dos personas.

Cuando un ser querido desaparece de nuestra vida perdemos una parte de nosotros. Ya lo he expresado en otras páginas, es el morir de uno mismo, lentamente, poco a poco. Y la verdad sea dicha, en la vida no se suele morir de golpe, sino por etapas, tanto biológica como espiritualmente.

Adiós, Carlos Bosch, te echaremos todos mucho de menos, y antes de despedirme de ti para siempre, y de levantarme de esta silla, quiero dejarte un buen sabor, evocándote un verso, que seguramente te habría gustado escuchar, de nuestro fray Luis de León:

El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente
despiden larga vena
los ojos hechos fuente.*

*"Noche serena", en *Poesía completa*, Madrid, Aguilar, 1976, p. 52.

A CARLOS BOSCH GARCÍA, PARA NO INTERRUMPIR NUESTRO DIÁLOGO

Por *Damián* BAYÓN
CRÍTICO DE ARTE

SÍ, CARLOS, no es cuestión de interrumpir el diálogo. Me lo pide Elisa, pero aunque no lo hubiera hecho, yo —espontáneamente— me sigo dirigiendo a ti. Nuestros caracteres eran tan distintos: tal vez por eso mismo nos podíamos llevar tan bien, más que como amigos, yo diría que como verdaderos hermanos.

Una hermosa profesión común nos acercaba, era previsible. Aunque al no saber nada de tu especialidad, entre marítima y política, no era —no soy— quién para juzgarte. Lo que sé es la pasión que ponías en practicar la historia de una manera casi atlética, como algo que te incumbía de cerca y justificaba ante ti mismo y los otros, esas tus multiplicadas horas de trabajador infatigable.

Pese a tus iras jupiterinas, eras bueno, se te notaba en tu compasión. Ahora me quedan dos imágenes tuyas que parecen contradictorias y son, tal vez, sólo complementarias. La primera es la de verte ya, para siempre, al volante en ese maravilloso viaje a Oaxaca que tuvimos la suerte de hacer los tres el año pasado. Viaje en el que luchaste con montañas, caminos, curvas y esa tormenta wagneriana que se desató sobre nuestras cabezas al momento mismo de llegar a destino. Ése era el Carlos voluntarioso, empecinado, triunfador de sí mismo: no sabes cómo me gusta conservar esa estampa.

Empero, prefiero la otra imagen también muy tuya. Se refiere al gatito huérfano que te trajeron —los últimos días que pasé en tu casa— y que adoptaste y malcriaste en el sagrado recinto de tu majestuoso dormitorio, corazón de esa casa tuya, íntima y generosa, llena de libros, papeles, máquinas, para investigarlo todo, pensarlo todo, escribirlo todo. La súbita dedicación a ese gatito tuyo dejaba transparentar lo que tu fuerza de carácter trataba inútilmente de disimular: tu ternura por los seres desvalidos.

Ahora, cuando llegue de noche a San Jerónimo, a horas imposibles, no estarás para recibirme al pie de la escalera y darme ese abrazo cariñoso que le dedicabas al incansable amigo viajero. En cuanto a mí, debes saber que con la voz interna, la que no se oye, te seguiré hablando. Y —a mi vez— te escucharé en esas tres lenguas tuyas: el catalán, el español y el mexicano que adoptaste como propio.

No obstante, al momento de partir otra vez, te advierto que hay una sola palabra —adiós— que no podré, que no querré decirte nunca, Carlos.



En su biblioteca, hacia 1992.

AMIGOS EN DESACUERDO

Por Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ
EL COLEGIO DE MICHOACÁN, MÉXICO

AHORA QUE IRENE ZEA me ha invitado a recordar al entrañable amigo Carlos Bosch, me doy clara cuenta que las rutas de la amistad y el acuerdo pueden ir en distinta dirección sin mayores contratiempos. Nadie puede poner en duda la cuatitud de las parejas de Elisa y Carlos y de Armida y Luis pese a las diferencias sociales de los dos matrimonios. El que uno arrancara del sector urbano y bonito y el otro de la parte rústica y feíta de México no impidió la amistad de casi cincuenta años entre los Bosch y los González. Gracias a la generosidad de Carlos y Elisa todo fue hacer buenas migas entre ellos y nosotros. Aparte de las muchas veces que compartimos la comida y la conversa en nuestras casas de la ciudad de México, Armida y yo apuntamos en el breve catálogo de encuentros felices los que tuvimos con esa hermosa gente en Tokio, Manila, Yakarta, Delhi, El Cairo, Atenas, Roma y San José de Gracia. La primera gran virtud de Carlos fue la simpatía, la actitud generosa hacia los demás, siempre y cuando no fueran de las huestes de Franco. En el orden de las grandes querencias él se mantuvo muy amoroso de su Cataluña natal, de la República Española y del México que lo recibió cuando se deshizo de sus proclividades marinerías por el rumbo de Panamá y fue aceptado, a comienzos de los cuarenta, en plan de estudiante, en aquel instituto recién abierto por los transterrados españoles en el que conducían la batuta tres mexicas: Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Silvio Zavala.

Somos egresados del mismo taller, pero él fue un alumno brillante y fundador. Antes de concluir su licenciatura, las autoridades de El Colegio de México habían dado a las prensas su primer libro: *La esclavitud prehispánica entre los aztecas* (1944). Cuando yo entraba al Centro de Estudios Históricos él salía victoriosamente con un libro que fue muy agasajado por los académicos de nuevo cuño: *Problemas diplomáticos del México Independiente* (1947). En alguno

de los comeltones para celebrar la aparición de este volumen, Carlos se veía muy orondo y a la pregunta de alguien sobre la venta del libro él repuso que lo tenía sin cuidado la popularidad, que sólo aspiraba a la aprobación de los colegas. Desde entonces se negaba a ser ídolo popular, pero sí quería ser un historiador académico de fuste. Amplió sus estudios en el extranjero bien armado con becas de las fundaciones Guggenheim y Rockefeller. Por último, obtuvo maestría y doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el decenio de los cincuenta fuimos muy buenos camaradas en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, pero enseñamos de manera muy diferente. Él fue un profesor generoso y estricto, que no barco. Además enseñó y dirigió tesis en un titipuchal de instituciones: Mexico City College, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México. Miles de alumnos pasaron por sus clases y no me ha tocado oír a nadie que maldiga sus conferencias. Fue un profesor con gracia y con espíritu de ayuda, un verdadero ángel de la guarda.

Los que somos ratones de uno o dos agujeros, admiramos la habilidad de Bosch para desempeñar simultáneamente distintos oficios. Como secretario de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia se hizo justamente famoso en toda la enorme largueza del continente americano. Poco después fue el gran artífice de la Dirección de Publicaciones de la UNAM. Lo traté con mayor frecuencia cuando puso en marcha el Centro Interamericano de Libros Académicos. Aparte de ser un cliente asiduo pero pobre del CILA, tuve la oportunidad de darme cuenta de los talentos gerenciales, mercantiles y deportivos de Carlos Bosch. En su edad adulta volvió con éxito al arte de la marinería. Alguien tan de tierra adentro como yo envidiaba las travesías en yate maniobrado por aquel mil usos.

De aquellas breves hornadas de historiadores que produjo el primitivo Colegio de México resultaron muchas especies de clionautas. A la mayoría nos dio por abandonar la historiografía nacionalista, la que sólo se ocupaba de problemas nacionales generalmente de índole política. Algunos nos refugiamos en temas microhistóricos, en la pequeña historia local. Otros, como Bosch, fueron a ver lo que pasó más allá de las fronteras del país. Sus textos sobre *La base de la política exterior estadounidense* (1967); *Latinoamérica, una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX* (1978), y *Tres siglos de navegación mundial se concentraron en América* (1985) son algunos testimonios de la manera

como se saltó las trancas de la nación. Aparte de esa fuga introdujo otras novedades. En un país tan de espaldas a sus océanos él propuso el tema de *México frente al mar*. Aplicó al quehacer histórico la consigna del presidente Ruiz Cortines de la "marcha al mar".

También coincidimos y diferimos Carlos y yo en el gusto al método histórico. Él, desde los años cincuenta, sostuvo la ruta positivista como único camino de la investigación histórica y humanística. Su breve *La técnica de investigación documental* sigue siendo el libro de entrada de muchos aspirantes al estudio del hombre en chorrcha. En no pocos congresos y simposios, Carlos criticó delante de mí mis propuestas de manga ancha o la aceptación de distintos modos legítimos de escribir la historia, cuya defensa hice en *El oficio de historiar*, la *Invitación a la microhistoria* y otros textos poco normativos y rigurosos.

Carlos Bosch García, hijo del célebre arqueólogo Pedro Bosch Gimpera, acudía a sus metas, casi siempre originales, por la ruta muy trillada del positivismo. Acariciaba y sometía a tortura a los documentos. Su preferencia por las fuentes primarias es patente en sus libros monográficos y en las multivoluminosas colecciones documentales. De éstas, recuerdo *Material para la historia diplomática de México* entre este país y los Estados Unidos que dio a luz en 1957 y los *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos* correspondientes al periodo que va de la hechura de la nación-Estado a la que se convino poner el nombre de México, al robo yanqui de la mitad del territorio mexicano.

En vísperas de la entrada del laboriosísimo Bosch a la tercera edad, empezó a padecer fuertes migrañas de domingo a las que dominó con actividades artísticas. Se mantuvo como maestro y escritor de asuntos históricos de lunes a viernes y se convirtió en un excelente paisajista de fin de semana. En el hogar y en el de nuestros hijos exponemos con orgullo los paisajes que nos regaló Carlos. En ellos se pinta la mitad rústica de México, en la que predominan los colores azules, verdes y pajizos, las casitas de poca pluma, los árboles frondosos, las aguas transparentes y el ir sobre la vida de las cosas con noble lentitud. El historiador estaba enfermo de urbanismo, pero la rusticidad mexicana lo extrajo de ese hoyo.

Al incurrir en la tercera edad, en el año en que se publicó *El mister político de Poinsett en México*, Carlos Bosch había publicado una docena de volúmenes, impartido centenares de cursos y conferencias, guiado a muchísimos tesis y recibido muy pocos reconocimientos. Como quiera, en los últimos años ingresó al festival

de las corcholatas. Un día lo declararon investigador emérito de la UNAM y otro académico de la historia. En compañía del doctor Silvio Zavala, asistió puntualmente a las reuniones mensuales de la Academia. Allí remachamos amistad y desacuerdos, pero sobre todo la camaradería.

Pese a haberlo visto con un breve tambo a cuestras, como no se le veía la cara de espanto que ponen los moribundos, nunca creí que el dicharachero de siempre estaba a punto de callar. Me dijo Elisa que seguía enseñando y escribiendo y no vi en la lentitud de palabra y además ningún indicio de lo que sucedió poco después.



Con Luis González en Zamora, 1980.

DON CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Federico* REYES HEROLES
POLÍTÓLOGO MEXICANO

Para doña Elisa Vargas Lugo

SE ABRIÓ LA PUERTA. Una amable mujer de delantal blanco nos condujo a un estudio, sala, biblioteca, todo a la vez. Beatriz y yo avanzamos nerviosos. Sólo esto nos faltaba, tener que ir a dar explicaciones por las majaderías ajenas a aquella pareja de respetabilísimos profesores. Eso era todo lo que sabíamos. Bueno, eso y que él no anunciaba una amabilidad excesiva. Fue la primera vez que lo miré a la cara. Su pelo cano, copete suelto, entre rebelde y juguetón y una aguda mirada que tomaba matices de enojo por los gruesos cristales que la deformaban. Sus ojos eran claros, indefinibles, a veces verdes a veces azules. “El coche no es nuestro, nosotros seríamos incapaces de cometer semejante barbaridad: simplemente interrumpir el tránsito y dejar que un bocón chofer lanzara amenazas”. Ella, Doña Elisa, por supuesto, ya nos había ofrecido un té o café y ya habían aparecido algunas galletitas deliciosas. Él comenzó a parlotear enojado. Sus manos iban de un lado al otro con energía. Si mal no recuerdo fumaba con exceso. El agresivo coche negro era de un funcionario de Gobernación, nosotros ni chofer ni carrozas utilizábamos para nuestro transporte. Nos hacíamos responsables de un viejísimo Volkswagen y otra antigüedad norteamericana, Chevrolet. Me impresionó el chongo de Doña Elisa, la rigidez de su pelo, frente a la amabilidad de su risa y modales. No quisimos quitarles más el tiempo así que habiendo logrado la explicación intentamos nuestra retirada. Él seguía montado en un enojo que, por momentos, me pareció excesivo para el asunto que, siendo grave, no merecía tanta exaltación, ni invertir tanta pasión, tanta energía.

Tiempo después comprendí que ésa era parte de su enorme vitalidad. Para Don Carlos casi todo demandaba pasión. En él incluso

el desprecio era apasionado. Salimos con un libro suyo entre las manos. Suspiramos con alivio. Caminamos unos cuantos pasos a nuestra casita. Años después agradecería yo la estupidez de aquel funcionario, lo estrecho de la Cerrada de San Jerónimo y la fortuna de haber conocido a doña Elisa Vargas Lugo y a don Carlos Bosch García.

Entre las explicaciones y las críticas con bisturí verbal al funcionario escaparon sus pasiones. La Historia, así, con mayúscula, como reina y señora de sus días, los libros como concreción de su vida, el trabajo como su razón de ser, la Universidad, nuestra universidad, la UNAM como continente ineludible para la batalla. ¿Cómo no coincidir con él? Pero ésas eran sólo las pasiones formales. Después, inmediatamente después, venían el campismo, la buena comida, el buen trago, la pintura y, sobre todo, la conversación. Don Carlos se entregaba a la conversación, en algún sentido vivía por y para ella. Pero la conversación para él no era esa inútil esgrima verbal de los intelectuales que surge de la intención de demostrar que soy más listo, más informado, más inteligente, *touché*. No, Don Carlos en el fondo argumentaba, recordaba, se entregaba a las ideas y las palabras para ser *con* la gente, para ser querido. Por eso era un gran conversador y para todos tenía, porque quería *estar* con la gente.

Los contactos se incrementaron. Sofía nos presentó a Socorro, así que los servicios domésticos de ambas casas tenían apoyos subterráneos casi siempre en nuestro favor. Llegó la primera invitación: domingo, a comer con los maestros y amigos mutuos. Don Carlos me pidió acompañarlo con ginebra *Beefeater*. No puse mucha resistencia. Doña Elisa nos dio un cocido catalán que allí conocí. Fue un despliegue culinario que, sin embargo, era natural en esa casa. Don Carlos se quejó de todo y todo lo gozó. Criticó a Doña Elisa desde la botana al extraordinario postre y, sin embargo, no hacía más que reconocerle. Un platillo, San Marcos, lo llevó a recordar otro y a través de ellos fue a su infancia y a su tierra de origen. Estuvo a punto de soltar una majadería en contra de un burócrata universitario por no recuerdo qué motivo pero Doña Elisa lo atajó con un "Carlos..." muy severo. Los anteojos se le desacomodaron, se contuvo. Y mejor pasó a hablar de su *Combi* con la cual hacía recorridos por toda la República, en parte provocados por la interminable pesquiza de arte colonial de Doña Elisa.

Creo que esa fue la primera ocasión en que comprendí que detrás de aquella fachada casi hosca, de esos ojos agresivos por momentos, detrás de esos manotazos incontenibles, había una ternura

infinita. Don Carlos seguía adelante hablando de las exigencias que imponía a sus alumnos: "Si quieren ser historiadores, que se fleten". Yo en mis adentros pensaba "debe de ser un ogro como maestro". Creo que en las primeras conversaciones, como todos lo hacemos, intentó llevarnos a sus conocimientos profundísimos. Pero, por fortuna la vida se impuso entre nosotros. Digo por fortuna, porque ahora puedo leer y releer sus libros maravillosos y sumergirme en la España del siglo XVII, en la conquista o, para mí lo más delicioso, en el mar para encontrar en él las huellas, los rastros de los pueblos y culturas. Los libros y sus conocimientos quedaron allí, pero ese otro Don Carlos, ese surtidor de vitalidad, ése no escribó de sí mismo.

Un día lo veo pasar en un bólido flamante: gris dos puertas último modelo. Frena y retrocede. Veo su copete rebelde caer sobre su cara. "Estrenando", le digo. "Qué le parece", me responde. Desciende del auto, abre el cofre y empieza una disquisición sobre la nueva forma de inyección de gasolina. Mete la mano, señala mangueras y explica convencido de las ventajas de su adquisición. Porque uno de los dones de ese gran historiador fue que nunca desintegró la vida, nunca la dividió en pedazos de un absurdo. La vida para él era un todo, hablar de una mujer guapa, distinguir los buenos o malos caldos riojanos o franceses, degustar la ginebra, un jamón, la elegancia, el estilo, gozar un paisaje y pintarlo, hablar del sistema de inyección de gasolina. Todo, vamos.

El dos de marzo de 1985 cenábamos en nuestra casa Doña Elisa y Don Carlos, Paulina Fernández Christlieb y Octavio Rodríguez Araujo, mis padres y Beatriz y yo. Don Carlos llegó con la energía acostumbrada, lanzó preguntas y con sus sistemáticos enojos llevó a todos a cierta euforia. Mi padre rompió el silencio de aquella noche, inusual en él y terminó conversando animado. La copa de Doña Elisa tenía una fractura imperceptible. Escurrió vino hasta que ella de plano protestó y dijo, "Ésta es una tramposa". Todos reímos. La cena se prolongó. Reyes Heróles refutó y también maldijo y se montó en la conversación provocada, en buena medida, por Don Carlos. Cómo le agradecí al maestro su euforia. Veinticuatro horas antes mi padre nos había informado que se moría de cáncer. Viviría diecisiete días más. Sin saberlo la energía de Don Carlos le dio una noche grata en los peores momentos. Pocos días después nos acompañaban en el velorio.

Natalia llegó al mundo. Pasó sus primeros años en Cerrada de San Jerónimo. A las comidas y cenas en casa de "los Bosch" la

llevábamos en *bambinetto*. De allá llegó ropita, juguetes, cascabeles, qué sé yo. La generosidad de esa casa, del 46, no tuvo límite para nosotros. A la pregunta por Natalia siempre venía la respuesta, que estaba con "los Bosch". La lata que debe de haberles dado. En fin, éramos vecinos.

Un día, entre las reiteradas quejas a la burocracia universitaria por las erratas en libros o por la distribución de los mismos que llevaban a Don Carlos a menear su copete de un lado al otro para acentuar su enojo, me dice: "Ya me voy porque ya va a llegar la modelo". "Perdón, maestro, le pregunto a aquel académico y erudito, ¿cuál modelo?". Don Carlos ya caminaba apresurado hacia su casa: "Ah, que no le he dicho, organicé un taller de desnudo. Ya estuvo suave de 'paisajitos'. Nada como la carne. ¿Por qué no se incorpora?". No pude más que reír. Me quedé con la inquietud. Un día, en su casa, lancé como anzuelo: "¿Cuándo me enseña sus ejercicios pictóricos?". "Ándele, vamos", dijo de inmediato. Subimos a su estudio. Yo tenía curiosidad por ver sus trazos. Había reordenado el lugar. Estaban allí pinturas de muchos años atrás, paisajes, junto a las nuevas experiencias. Descubrí a un acuarelista sensible y un dibujante preciso pero fresco. Ése también era Don Carlos.

De su vida, por fortuna, desapareció el cigarro. Un buen día nos enteramos de que no podría haber más jamones, ni crema, ni mantequillas. Pescados y verdura cocida. El asunto era serio y Don Carlos refunfuñaba todo el tiempo. Pero seguía quejándose de todo con la misma energía. Le brotaba molestia, pero no desánimo. Habría que intervenirle. Se van de un día al otro, casi de emergencia. Nos quedamos preocupados. ¿Volveríamos a ver a Don Carlos? Un día distingo su figura a lo lejos. Venía por la plaza, frente a la iglesia, caminaba lentamente. Cerré de inmediato la puerta y fui a su encuentro para darle un abrazo y sentirlo. Pero lo que me llamó la atención era su vestimenta. Tenía unos zapatos deportivos, lo cual era lógico dada la actividad caminera. Pero la extraña camiseta larga, como de adolescente en la playa, con grandes letras coloridas, no lo comprendí en él. No alcancé a distinguir lo que decía hasta que la cercanía me dio las palabras y tuve que soltar la carcajada incluso antes de saludarlo. Al frente, en letras grandes y chillantes leí *I was bypassed in Cleveland*. "¿Qué le parece?", me lanzó sin que mediara palabra alguna y de inmediato giró para alargar mi carcajada. Por la espalda un claro diagrama explicando la nueva cañería. Nos dimos el abrazo.

Pero todos esos avatares no podían interrumpir su misión: enseñar, investigar, publicar, cumplir con la Institución. Cuarenta años, primer miembro no mexicano de la Academia. Así que en cuanto fue posible salieron ambos con rumbo a la Universidad en aquel cuidadísimo Peugeot que Doña Elisa conducía a diario. Pronto tuve entre mis manos otro libro de Don Carlos y después otro y otro más. Fueron tantos, de tal seriedad y profundidad, que era difícil concebir que la salud de ese hombre se mantuviera en un frágil equilibrio. Conferencias por aquí y por allá, viajes a dar charlas, dirección de tesis, mesas redondas, debates, lo que se quiera imaginar. Sin embargo la amenaza estaba allí, y los pequeños detalles que él parecía dejar de lado, le recordaban a uno la seriedad del asunto. Manejar con limitación, trago cada vez menos, evitar las escaleras. Pero Don Carlos seguía adelante y no mencionaba esas "tonterías". A principios de abril del 93 tuvimos otra espléndida comida con Doña Elisa y Don Carlos, siempre amigos nuevos, gente joven, siempre discusiones acaloradas, siempre la pasión de Don Carlos, siempre el radicalismo catalán que afloraba. Aparecieron las delicias, rabos de alcachofas, berenjenas, endibias. Doña Elisa vigilaba que Don Carlos no se saliera de su estricta dieta. Me dice con gran amabilidad y mirada pícaro: "¿Qué se toma usted?", "Lo que usted tome, maestro", le dije sin comprender el juego. Me respondió elevando la voz para que lo escuchara Doña Elisa: "Yo estoy tomando un 'juguito', pero déjeme prepararle algo decente". Tomó mi brazo y me condujo rumbo a la cocina. Yo platicaba de no recuerdo qué necedad mientras él mezclaba sin que yo pusiera demasiada atención. De pronto se voltea, pone un pesado vaso de ginebra en mi mano, miro sus ojos detrás de los cristales y escucho "salud" cuando ya siento que su vaso choca con el mío. Desaparecidos media hora. Después regresó a su "juguito".

Me temo que a pesar de su energía, vitalidad y alegría extraña, Don Carlos se llevó algunos pendientes. Sería injusto no mencionarlos. El primero es que a pesar de haber entregado su vida al país, a México, a la Universidad, nunca llegó a estar en una situación de auténtica igualdad jurídica. Por un absurdo, pero sobre todo injusto, precepto universitario, sólo los mexicanos por nacimiento pueden ser autoridades universitarias. Las limitaciones se extienden desde los consejos técnicos, internos, hasta la Junta de Gobierno, pasando por el Consejo Universitario y la Dirección de Escuelas, Facultades e Institutos. Don Carlos, como muchos otros brillantes universitarios, optó por México, optó por la UNAM, y

un falso nacionalismo, que en realidad es chovinismo, le limitó sus derechos.

El segundo pendiente es que Don Carlos sufrió mucho a la burocracia universitaria, a esa pequeña casta de administradores que se olvida que es por los maestros y por los investigadores que la Universidad puede cumplir con la finalidad social que tiene asignada. El resentimiento de Don Carlos no era contra uno o dos, o tres o diez burócratas, era contra una actitud de menosprecio al trabajo intelectual, era contra cierta altanería de personajes que entran y salen de la administración y tratan al personal académico como si fueran un número. Algo debemos hacer.

El tercer pendiente eran los centavos. No que le faltaran, pero él reclamaba, y con toda razón, que un académico con su trayectoria, sus grados, sus publicaciones, su infinito currículum, en otro país tendría un salario y condiciones de trato muy superiores. Eso también le pesó.

A principios de semana me dice Beatriz: "Oye, hace tiempo que no vemos a los Bosch. Qué tal si los invitamos el domingo". Tres de la tarde en punto, suena el timbre. Natalia abre la puerta. Doña Elisa con su chongo y un dejo de tristeza. Don Carlos energético, delgado y con mirada sagaz bajo su copete. Camina sin mostrar cansancio pero lleva detrás de sí un pequeño tanque con oxígeno adicional. Le pregunto, con toda tranquilidad me explica lo cómodo del aparato al cual ya ha adaptado un cargador de maletas para poderlo llevar a donde sea. Una querida pareja de amigos universitarios nos acompañan. Discutimos sobre Chiapas, las nacionalidades, las etnias, el regionalismo español. Don Carlos se exalta, se enoja, vocifera, reclama y consume oxígeno. Natalia y Leonora juegan no sin dejar de mirar el aparato y los tubos que él maneja con naturalidad asombrosa. La conversación se prolonga. La tarde se enfría, Don Carlos advierte que su dotación de oxígeno ha mermado y comenta que ya tiene pensado el mecanismo para, no sé cómo, incrementar su autonomía. Se despiden. Sube al automóvil, "Nos vemos pronto", digo yo, "claro, claro", responde él. Cuarenta y ocho horas después ha muerto en la tranquilidad de su casa. Por supuesto, no podría ser de otra forma, me dejó sobre la mesa dos libros. Ahora sí fueron los últimos. Nunca fui su alumno, pero cómo me enseñó! Descanse en paz mi querido Don Carlos.

LA OBRA DE CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Marlene* ALCÁNTARA DOMÍNGUEZ
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIALES, UNAM

LOS ESTUDIOS DE CARLOS BOSCH GARCÍA NOS MUESTRAN LOS CONFLICTOS por los que México atravesó durante el siglo XIX.

Para todos aquellos estudiosos de las relaciones entre México y Estados Unidos, el trabajo de investigación realizado por el doctor Carlos Bosch representa uno de los pilares fundamentales. Además de que ha servido como sustento en trabajos posteriores producidos en México, sobre los Estados Unidos y su relación para con nuestro país y toda la América Latina, es considerado ya como un clásico.

La riqueza de los textos elaborados por Carlos Bosch se basa en un inmenso trabajo de investigación documental, siendo éste la materia prima básica de la obra producida por este autor.

Entre sus obras más conocidas podemos destacar: *Problemas diplomáticos del México Independiente*, *Material para la historia diplomática de México*, *La base de la política exterior estadounidense*, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos*.

En relación con sus libros *La base de la política exterior estadounidense e Historia diplomática de las relaciones entre México y Estados Unidos*, complementarios el uno del otro, ambos analizan la política exterior norteamericana, estableciendo las líneas explicativas de la misma, en el marco de su desarrollo histórico.

El primero nos permite apreciar las diversas etapas que la política exterior norteamericana ha planteado a los países latinoamericanos, ofreciendo un cuadro de referencia al caso específico del desenvolvimiento de las relaciones con México.

Por lo que respecta al texto *Relaciones entre México y Estados Unidos*, podemos encontrar plasmado un análisis muy completo del proceso anterior a la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en 1848 cuando recomienza la vida independiente de México con un territorio intervenido y mutilado y con una conciencia más clara del alcance de la política exterior norteamericana.

Cabe destacar que los otros textos, *Historia diplomática de México* y *Problemas diplomáticos del México Independiente*, no dejan de presentarnos problemas un tanto delicados y en ocasiones de carácter desagradable para la historia diplomática mexicana, por lo que se refiere a las intervenciones, pago de deuda y reconocimiento de gobiernos, principalmente en sus relaciones con Europa y Estados Unidos.

Sin duda, su obra nos muestra momentos relevantes de la historia de dos países que, como México y Estados Unidos, han estado íntimamente ligados, además de que contiene elementos de análisis básicos para la formación de los estudiosos de las relaciones entre México y Estados Unidos e historiadores en general, así como de los internacionalistas en particular.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosch García, Carlos, *La base de la política exterior estadounidense*, México, UNAM, 1986.
- *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos, 1820-1848)*, México, UNAM, 1957.
- *Problemas diplomáticos del México Independiente*, México, UNAM, 1986.

CARLOS BOSCH GARCÍA, MI GRAN MAESTRO, MI AMIGO ENTRAÑABLE

Por René AVILÉS FABILA
LITERATO MEXICANO

MEXICANO Y ORGULLOSO de su nacionalidad adquirida, Carlos Bosch García fue hijo del notable historiador Pedro Bosch Gimpera. Este último llegó a México después de la Guerra Civil española, luego de ser profesor en la Universidad de Oxford. Antes, en su natal Cataluña, fue ministro del Gobierno Autónomo y rector de la Universidad. Produjo, como su hijo, una abundante y distinguida bibliografía que en mucho explica los lazos entre México y España, entre Europa y el Nuevo Mundo.

Carlos Bosch murió silenciosamente en su biblioteca, el martes 22 de febrero de 1994, a las seis de la tarde. Lo acompañaba su esposa, compañera entrañable, estudiosa del arte, la doctora Elisa Vargas Lugo. Casi enseguida fue a verlo su médico y mejor amigo, Vicente Guarner. El corazón debilitado de Carlos Bosch García no resistió más y el hombre fino, caballeroso, el hombre generoso, el inmenso historiador y maestro de excepción, falleció. Una pérdida en verdad irreparable. Con Bosch García se pierde parte importante de una distinguida tradición académica en extinción: la del profesor e investigador de tiempo completo de alto rango. Cada día son menos aquellos que amorosamente dedican su vida entera a la docencia y todo lo que conlleva el trabajo académico.

Carlos Bosch García dejó a su paso infinidad de libros y artículos, preparó con esmero a muchas generaciones de alumnos. Su rigor era famoso. Yo lo recuerdo bien cuando alrededor de 1962 entré por vez primera en el salón de clases de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Sería mi maestro junto a profesores de la talla de Ricardo Pozas, Modesto Seara Vázquez, Pablo y Enrique González Casanova, Arturo Arnáiz y Freg, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Enrique González Pedrero y Ernesto

de la Torre Villar. Carlos Bosch García era un hombre de una presencia extraordinaria, apuesto y elegante, de voz sonora y de cierto aire (falso) de arrogancia. Sus clases eran espléndidas, pues al mismo tiempo que impartía historia, nos explicaba sus secretos metodológicos para investigar. Poco lo traté. Me inspiraba cierto temor. Lo imaginé duro y hosco. Cuando años después trabamos amistad y le confesé mis titubeos, le dio un ataque de risa. Mientras escuchaba sus carcajadas, pensé que de no ser por aquella timidez juvenil, yo habría podido disfrutar más la sabiduría de ese excelente profesor cuyos libros me impresionaban con sus ideas novedosas, distintas de las acartonadas que nos mostraban las historias oficiales.

En 1964-1965 solía encontrarlo en los actos sociales del Centro Mexicano de Escritores. Llegaba acompañado de su esposa, Elisa Vargas Lugo, una inteligente y sensible mujer, hermosa por añadidura. Tampoco en esos tiempos hablé gran cosa con él. Lo saludaba con la cortesía y el respeto con los que he tratado a mis grandes maestros y punto. No fue sino hasta 1984, o tal vez principios de 1985, cuando por mi amistad con Martha Fernández volví a encontrarme con el matrimonio Bosch-Vargas. Esta destacada investigadora de arte trabaja con Elisa en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y en algún momento me llevó a casa de mi maestro. Poco a poco fuimos haciéndonos amigos. Más adelante, con el matrimonio Guarner (Vicente y Alicia), comenzamos la costumbre de reunirnos a comer o cenar. A veces en casa de estos últimos, otras en la mía y la mayor parte de las ocasiones en casa de Carlos Bosch García, quien fastidiado de que en amables pláticas y discusiones le hablara yo de usted, me exigió que lo tutelara. Con dificultad, como me ocurrió con Revueltas y con Arreola, me animé. Con frecuencia nos acompañaban otro historiador notable, Juan Antonio Ortega y Medina, y su esposa. Era un grupo de excepción, al que se unía el padre de Alicia Guarner, don Antonio Martínez Báez, cuando sus compromisos se lo permitían. Mucho aprendí en esas largas conversaciones. De allí saqué, por ejemplo, material para mi novela *Réquiem por un suicida*, y de otra plática literario-humorística derivé un cuento que está dedicado a todos esos buenos amigos, queridos amigos; por desgracia, dos de ellos nos abandonaron.

El año pasado la salud de Carlos Bosch García comenzó a deteriorarse. Su corazón se debilitaba, pero nunca dejó de trabajar, de recibir alumnos, de redactar libros, artículos y conferencias. Estaba

en plena producción cuando la muerte lo sorprendió. Poco antes me había regalado *México en la historia, 1770-1865*, con una cálida dedicatoria. Sabía que estaba delicado, sin embargo luchaba por vivir. Todavía dos semanas antes de fallecer, les correspondió a los Guarner invitarnos a comer. Carlos Bosch García estaba animoso y llevaba a cuestas un pequeño tanque de oxígeno, del que se burlaba. Y un mes antes estuvimos juntos en la presentación de la primera novela de Vicente Guarner, *Nelaton*, en el auditorio del Hospital Ángeles. Llegó solidario con su amigo, conduciendo su propio automóvil. Pese a la enfermedad, mi maestro hacía, hasta donde es posible, una vida normal, acostumbrado a su habitual independencia de movimientos, que Elisa no lograba detener con sus delicados y suaves regaños.

Carlos Bosch García deja una obra inmensa. Libros como *La esclavitud prehispánica entre los aztecas*, *Historia diplomática de México con los Estados Unidos 1820-1848*, *Material para la historia diplomática de México* y *Sueño y ensueño de los conquistadores*, son trabajos memorables que nos enriquecen y permiten conocer nuestros orígenes y raíces, nuestras difíciles relaciones con la potencia vecina y, como consecuencia, parte de nuestra compleja personalidad cultural. Carlos Bosch amó intensamente a este país al que su padre lo trajo cuando comenzaba la Segunda Guerra mundial. Solía mostrar su postura crítica con energía y valor desusados y dejaba correr su enorme bagaje cultural lenta y elegantemente, sin petulancia alguna. Es tanto lo que me ligó a Carlos Bosch García que su muerte me conmovió profundamente. Me sentí vacío y triste. Y esos sentimientos los compartió la comunidad universitaria e intelectual del país. Me encontraba junto a su viuda, la doctora Elisa Vargas Lugo, cuando llegaron maestros de la talla de Enrique González Casanova, Pascual Buxó, Luis Ortiz Macedo, Alberto Dallal. Y poco más adelante estuvo en el velorio el doctor Silvio Zavala, el maestro de Carlos Bosch García, afligido, entre el caudal de personajes que acudieron a despedirlo.

Es mucho lo que personalmente le debo a Carlos Bosch García. No sólo fue mi maestro, fue mi amigo y me hizo el honor de ser mi colaborador en *El Búho*, suplemento cultural de *Excelsior*, al que le entregó ensayos y artículos. Me presentó con don Silvio Zavala, quien asimismo se convirtió en asiduo colaborador del suplemento a mi cargo. No llegó a cumplir 75 años de edad; no obstante, legó una obra intensa e importante y preparó a un gran número de nuevos investigadores y profesores universitarios. Al salir del velorio, aturdido, desconcertado, recordé unas palabras que poco antes

me había dicho Alicia Guarner: "Fue un distinguido intelectual, pero fue también un hombre bueno, un hombre que amó a su familia y a sus dos países: el que lo vio nacer y el que lo adoptó sin reservas y con cariño". Aunque me queda la amistad y el cariño de Elisa Vargas Lugo, echaré de menos la presencia de Carlos Bosch García, mi maestro y amigo. Lo extrañaremos y lloraremos todos los que lo conocimos y nos beneficiamos con su cultura, su generosidad, su trato fino y elegante, su buen humor. Me parece normal que haya muerto del corazón, lo había entregado amorosa y pasionalmente a su tarea de educador y estaba fatigado.

CARLOS BOSCH GARCÍA. APORTES DE SU OBRA A LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Por Rosa Isabel GAYTÁN GUZMÁN
INTERNACIONALISTA MEXICANA

A. A manera de introducción

AHORA QUE ENTRAMOS a una etapa sustancialmente diferente de la relación entre México y los Estados Unidos, que nos enfrenta a grandes retos para el estudio de la misma y para el estudio desde México de este último país, no puedo sino lamentar la ausencia del autor de un trabajo serio y consistente de estos temas.

Ha fallecido el doctor Carlos Bosch García, hombre sencillo y directo como yo lo conocí después de haber leído su obra casi completa en mi búsqueda por entender las relaciones internacionales de México.

El mejor recuerdo y homenaje, humilde sin duda, que se puede hacer a hombres como el doctor Bosch —quien por lo demás no aceptaba ninguno— es hablar de su obra. Pero aún mejor que eso, es reconocer el hecho de que su trabajo, transmitido a muchas generaciones ya, nos ha enseñado una forma de entender el mundo.

Y es que la historia y su visión, es decir, la visión histórica, no es más que "una proyección especial de la concepción general del mundo y del hombre sobre el desarrollo de la sociedad humana, de los pueblos y de la humanidad a través del tiempo y del espacio",¹ como ya lo señaló Álvaro Matute en uno de sus textos.

O como lo señala Luis González y González al hablar de una propuesta para hacer una historia patria y señalar que "los elementos más valiosos de la vida social, de la vida de los seres humanos en comunidad, son precisamente su cultura, es decir sus formas de

¹ Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Sepsetentas-Diana, 1981, pp. 155-156.

ver el mundo, sus formas de interpretar los fenómenos naturales y sociales".² Al respecto, este historiador hace referencia a la importancia que tiene la posibilidad de contar con una visión del mundo para los conglomerados humanos. Para los mexicanos en este caso.

Inclusive, en el campo de la Administración se habla de la importancia medular de que las organizaciones cuenten con una visión, compartida por todos sus miembros, sobre sí misma, sobre su pasado, su presente y su futuro. Ello le proporciona los instrumentos necesarios para trabajar por una meta y con un sentido. He ahí la importancia de contar con dicha visión.

La forma de entender el mundo que nos ofrece la obra del doctor Bosch es producto de un trabajo sistemático, arduo, con sentido. Plasmado en un mensaje que yo entendí como el rescate de la experiencia histórica, el no olvido de la misma para entender el presente. El desmenuzamiento de los hechos históricos para dar luz a los hechos presentes.

El trabajo de investigación que tiene como base el estudio directo de las fuentes documentales, su análisis y la reconstrucción de los hechos a partir de ellas, es sin duda el mejor legado que el doctor Bosch deja como historiador.

Pretendo con el presente ensayo reseñar algunos de los aspectos de la obra de Carlos Bosch que han marcado un aporte al desarrollo del estudio de las relaciones entre México y Estados Unidos como parte integrante del objeto de estudio de las Relaciones Internacionales. Para ello, he seleccionado algunos de sus textos intentando rescatar aquellos elementos que fueron considerados en la caracterización de la relación bilateral durante el siglo XIX y que, a mi juicio, nutren sin duda alguna el análisis de la relación actual.

B. Sus aportes como internacionalista

Es cierto que Carlos Bosch no se consideró de ninguna manera internacionalista, él siempre fue historiador. Sin embargo, a los internacionalistas también les ha aportado mucho la obra de este universitario.

Su herencia reside precisamente en ofrecer el elemento de perspectiva que las relaciones internacionales rescatan obligadamente

² Tania Carreño King y Angélica Vázquez del Mercado, "Crítica de la historia pragmática. Una entrevista con Luis González y González", *Nexos* (México), noviembre de 1993, p. 39.

de otras disciplinas, entre ellas la historia. Por lo demás, su presencia física como profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales lo puso en contacto directo con la formación de internacionalistas.

Posteriormente, la obra del doctor Bosch nutrió la enseñanza de las relaciones internacionales, fundamentalmente en la esfera de la enseñanza y la investigación en materia de política exterior de México, del estudio de los Estados Unidos de América y del de la relación entre ambos países.

Las obras de Carlos Bosch García sobre la política exterior norteamericana y sobre las relaciones de México con Estados Unidos fueron pioneras en el análisis de la relación bilateral y han sido fuente segura del conocimiento que sobre ella se ha producido en México. Con toda certeza marcó y definió la obra de otros autores en este tema. Historiadores e internacionalistas.

Me refiero, desde luego, a un esfuerzo sistemático en la investigación documental, pues es claro que no considero muchos escritos y tratados sobre la relación bilateral y la presencia estadounidense en México, con características distintas a las de dicho trabajo. Me refiero, como ejemplo, entre otros, al texto de Roa Bárcena sobre la invasión norteamericana de 1846-1848 y publicada por vez primera en 1883, cuya importancia es innegable para entender las relaciones bilaterales durante el siglo XIX.

Otro texto importante de señalar por el gran trabajo documental que encierra, pero ya de este siglo y cuya primera edición aparece sólo cinco años después que el texto de Bosch sobre la relación bilateral, y 22 años después de *Los problemas diplomáticos del México Independiente*, es el de Luis G. Zorrilla, quien en dos tomos recopila la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos entre 1800 y 1958.³

Por otra parte, es importante resaltar la permanente preocupación del doctor Bosch por hacer una reconstrucción fidedigna de los hechos. De ahí su siempre presente intención de trabajar con documentos originales.

Muestra de lo anterior son las afirmaciones que hace precisamente en su texto sobre la base de la política exterior estadounidense. En él señala que el estudio de la evolución y los efectos que la misma ejerce sobre las tres zonas —México, el Caribe y el

³ Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*, México, Porrúa, 1977, 2 tomos. La primera edición es de 1965.

Pacífico— que ese país utilizó para “crear, concebir y poner en marcha su política internacional” pretende reconstruir dicha línea política, ello con la intención de entenderla en el siglo xx.

Pero sobre todo, sobresale su decisión de no entrar en el análisis de la misma por considerar necesario delimitar la competencia de su estudio. Al respecto, indica que aunque reconoce la existencia de muchos trabajos publicados sobre el tema, dada la delicada índole de la época que maneja, se basa sólo en documentación original precisando que “la primera parte del lapso de que hablamos fue fundamentado con documentación obtenida directamente de los archivos... la segunda parte ha sido analizada mediante documentación publicada en los propios Estados Unidos”.⁴

Así, sólo se permite plantear conclusiones a partir de los documentos que tiene en su mano, sin aventurarse a extrapolar juicios en el tiempo. Se limita a plasmar e interpretar los hechos documentados.

Una sola mención de los textos del doctor Bosch nos permite confirmar su permanente apego a la rigurosidad en la investigación y el respaldo documental en que basa la misma. En 1947 publica *Problemas diplomáticos del México Independiente*; en 1957, *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos)*; en 1961, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos (1819-1848)*; en 1966, *La base de la política exterior estadounidense*; en 1978, *Latinoamérica, una interpretación global de la dispersión en el siglo xix*; en 1980 aparece *El mester político de Poinsett en México (estudio preliminar)*; en 1981, “El conflicto del siglo xix con los Estados Unidos” en *Estados Unidos: una visión interdisciplinaria*, de Alonso Gómez-Robledo, coordinador; entre 1983 y 1985 publica *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos* (noviembre de 1824-diciembre de 1848, en cuatro volúmenes).

La formación y el conocimiento adquiridos por Carlos Bosch en el proceso de creación de su obra le permitió que, en 1981, su texto sobre “El conflicto del siglo xix con los Estados Unidos” presentara, en una especie de síntesis, el desarrollo de la relación entre México y los Estados Unidos durante todo el siglo xix. Este trabajo, aunque pequeño en extensión, resume magistralmente los rasgos característicos de dicha relación.

Así, los asuntos fronterizos, la ideología estadounidense sobre su destino manifiesto, la doctrina Monroe, el principio de transte-

⁴ Carlos Bosch García, Introducción al texto *La base de la política exterior estadounidense*, México, UNAM, 1975, p. 8. La primera edición es de 1969.

ritorialidad y el consecuente expansionismo territorial de Estados Unidos (Texas, California, Nuevo México), el reconocimiento de gobiernos y las Comisiones de Reclamaciones fueron los elementos que definieron el intercambio político-diplomático del siglo xix entre ambos países.

Resalta en este artículo el doctor Bosch, la gran importancia que reside en el hecho de que la política norteamericana hacia México cambie de enfoque hacia fines del siglo xix. Si bien termina un siglo de “contienda y de presiones violentas”, dicho enfoque, que se había mantenido en el terreno del expansionismo territorial, asume a fines de siglo las características de un expansionismo fundamentalmente económico.

Además de estos materiales sobre las relaciones internacionales de México, Estados Unidos y América Latina que son, junto con España, el núcleo de su trabajo, el doctor Bosch publicó una gran cantidad de textos de historia, artículos de investigación, prólogos, presentaciones y obras bibliográficas. Lo anterior, como producto de largos años dedicados a la docencia y a la investigación.

En el contexto del objeto de estudio de las relaciones internacionales, que es precisamente la sociedad internacional, en México resalta, desde luego, el interés por el estudio de las relaciones internacionales de nuestro país. Y como el propio doctor Bosch ya lo señaló claramente en un texto que citamos más adelante, estudiar historia de las relaciones internacionales de México es estudiar, fundamentalmente, sus relaciones con los Estados Unidos.

Y en esta materia, los textos de este autor son material invaluable por su aporte a la sistematización de toda la historia documental respectiva, convirtiéndola en un material sencillamente insoslayable.

Lo anterior, sin hacer mención aún de los textos de Carlos Bosch que tratan el estudio de los Estados Unidos propiamente dichos, o el estudio de la vida diplomática de México en el siglo xix y que nos permiten apreciar lo cercano de esos años y las actitudes de México y sus contrapartes en la vida internacional tanto en los principios de la vida independiente como en la actualidad.

Reitero aquí que el aporte fundamental de la obra de Carlos Bosch a las relaciones internacionales, sin duda alguna, es su capacidad para sustentar de manera muy rigurosa la evolución de la política exterior de México y de los Estados Unidos durante el siglo xix. Lo anterior ofrece, con esta línea de investigación, entender los procesos actuales que viven estos países.

C. Textos a manera de ejemplo

SU primera obra sobre la diplomacia mexicana, *Problemas diplomáticos del México Independiente*, publicada en 1947, es sin duda un tratado de historia diplomática que conlevó un trabajo documental que marcará toda la obra de Bosch.

Diez años más tarde aparecerán los *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos)* que será también un resultado más del trabajo documental realizado para sus anteriores publicaciones, y que rescata las condiciones en que se desarrolla el inicio del encuentro diplomático entre ambos países.

En sus textos sobre la base de la política exterior norteamericana y la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848, Carlos Bosch realiza un trabajo documental muy importante que, junto con el resto de las publicaciones citadas, muestra la riqueza de sus textos al tener como sustento un invaluable trabajo de investigación documental.

En el estudio sobre la base de la política exterior de Estados Unidos establece líneas explicativas de la misma en el marco de su desarrollo histórico. Ello permite apreciar las diversas etapas que dicha política ha planteado hacia los países latinoamericanos y ofrece un cuadro de referencia al desenvolvimiento de las relaciones con México.

En el texto sobre las relaciones entre México y los Estados Unidos se encuentra plasmado un análisis muy completo del proceso bilateral que termina con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Éste será el punto donde recomenzará la vida independiente de México, sobre la base de un territorio intervenido y mutilado, pero con una conciencia más clara del alcance de la política exterior norteamericana. Particularmente del alcance de ésta para México.

Es el texto sobre las bases de la política exterior estadounidense el que introduce al lector al tema, afirmando que:

el estudio de la historia de México, aun cuando sea el de su historia interna, no puede ignorar el de la de los Estados Unidos de América. En cierta forma, México, a partir del principio del siglo XIX, no es capaz de evitar circunstancias muy importantes en las cuales los Estados Unidos desempeñan un papel definitivo, que afecta su extensión territorial y su misma soberanía. Pero después de cierto momento, el poder sufrido por México deja de ser tan visible como el que padece durante el lapso al que nos referimos, para trocarse en una fuerza primordialmente económica y política.⁵

⁵ Bosch García, *La base*, p. 5.

Y ahí estamos.

Así, se enmarca a México en el contexto de los sucesos que conforman la política internacional de los Estados Unidos en el siglo XIX, tanto en nuestro país como en el Caribe y en el Pacífico, permitiendo apreciar cómo es que a México le correspondió siempre ser el primero en la lista de los destinatarios de las distintas políticas norteamericanas.

Aún ahora puede apreciarse cómo la política norteamericana imprime un sello particular y generalizador a las relaciones internacionales en cada momento particular, si bien es cierto que, como algunos autores norteamericanos señalan, la intención de dominio ha sido permanente.⁶

En la actualidad apreciamos claramente cómo la política externa de los Estados Unidos ha girado de foco en los años noventa, respecto a la década pasada, debido a una combinación de transformaciones a nivel mundial, regional y nacional. Así, se espera que los asuntos ideológicos y de seguridad que marcaron la década de los años ochenta se vean sustituidos por los temas económicos en la década de los noventa.⁷

En este sentido, la negociación del Tratado Trilateral de Libre Comercio pone a México en el primer lugar de una política norteamericana que se desarrolla en un marco de reestructuración de la economía mundial. Esta reestructuración permite a dicha economía pasar de una serie de mercados nacionales a un mercado mundial interdependiente. Ello, gracias al desarrollo tecnológico que ha revolucionado la comunicación, el transporte, la administración y la mercadotecnia, y ha conducido a la integración transnacional de capital y mano de obra.⁸

El planteamiento de un cambio de los temas de seguridad hacia los de comercio en la década de los noventa es compartido por diversos autores con la consideración, por parte de algunos de ellos, de que el mismo se ha consolidado gracias al desarrollo, dentro del contexto político norteamericano, de un fuerte grupo de apoyo para

⁶ Véase Richard Barnet, *Guerra perpetua*, México, FCE, 1974 (*Colección Popular*, 127), o Noam Chomsky, *La segunda guerra fría*, México, Grijalbo, 1984.

⁷ Abraham Lowenthal, "Estados Unidos y América Latina en la década de los noventa: los cambios en los intereses y políticas estadounidenses ante un mundo nuevo", *Estados Unidos. Informe trimestral* (México, CIDE, División de Estudios Internacionales), primavera de 1993, p. 71.

⁸ *Ibid.*, p. 73.

un nuevo conjunto de políticas hacia América Latina,⁹ y considero que en términos generales hacia el resto de las diferentes regiones.

Cualquiera que sea el peso de los elementos que inciden en este cambio de la política norteamericana, que yo encuadro en el análisis presentado por Bosch en el texto citado arriba, lo cierto es que el papel que México desempeñó en otras etapas como primer receptor de las "nuevas" políticas estadounidenses se repite también a fines de este siglo. Ahora el primer experimento de libre comercio con un país en desarrollo se hace precisamente con México. Antes sólo se firmaron acuerdos de este tipo con Israel y Canadá.

Lo más curioso, o dramático, es que los países latinoamericanos han arrastrado ya treinta años de negociaciones comerciales en busca de una zona de integración, con logros mínimos. Frente a ello, y después de un acuerdo de libre comercio con Chile, ha sido muy fácil y rápido, pues sólo llevó un año de negociación, la firma del Tratado Trilateral de América del Norte.

En el siglo pasado la opción de integración política que se consolidó, es precisamente la propuesta por Estados Unidos, frente a otras propuestas de integración latinoamericana que excluían a ese país, dando lugar al Sistema Interamericano que desembocará en la actual OEA.

Así pues, a un siglo de diferencia, siguen siendo los Estados Unidos los que marcan el ritmo y los temas del quehacer internacional. Pero sobre todo de las relaciones internacionales del continente americano.

La lectura y aprehensión del contenido de los textos de Carlos Bosch y de textos posteriores como el de Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer, e inclusive el de Mario Ojeda sobre la política exterior de México, permiten apreciar una contextualización de la relación entre México y Estados Unidos, ya que incluyen una necesaria ubicación de largo plazo. La coyuntura sólo puede entenderse desde esta perspectiva.

El marco temporal de los trabajos de Carlos Bosch, ubicados fundamentalmente en el siglo XIX, no es de ninguna manera una limitación como pudiera pensarse. Como intento señalar con el ejemplo citado más arriba, la perspectiva histórica que imprimen

⁹ Margaret Commins, "De la seguridad al comercio en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina: cómo se explica el apoyo estadounidense al Tratado de Libre Comercio con México", *Estados Unidos. Informe trimestral* (México, CIDE, División de Estudios Internacionales), primavera de 1993, pp. 5-30.

al análisis de la relación bilateral y a la política externa de los Estados Unidos permiten al estudioso de temas actuales un enfoque que va más allá de lo inmediato, más allá de la coyuntura.

D. El significado de la obra de Carlos Bosch hoy

EN ese marco de largo plazo, el cambio —'la revolución salinista' como algunos le llaman ya— significa una ruptura histórica. Al pasar de una política nacionalista y de diferenciación a una política de asociación, se da un giro de 180 grados en la búsqueda por redefinir su papel en el contexto internacional.¹⁰

Si bien los Estados Unidos habían sido tradicionalmente la amenaza del norte para América Latina en su conjunto, el discurso salinista los asume como una fuente de oportunidades y presenta a México frente a Estados Unidos como una opción de crecimiento para el bloque norteamericano.

Juan María Alponente hace algunos comentarios relativos a un nuevo enfoque de las relaciones bilaterales en el presente sexenio señalando que ante la disolución de la Unión Soviética, los Estados Unidos asumían sin duda un liderazgo de cualquier manera relativo. Y que este escenario obliga a México a meditar sobre la esfera regional.

Negociar con Estados Unidos —dice Alponente— "requerirá identificar la realidad mexicana y estadounidense sin la proposición, paralizante, del pre-juicio, sin el residuo emocional de la historia",¹¹ Dejar la historia y su prejuicio de lado para negociar un Tratado que permitiera mayor claridad y transparencia en el comercio de las dos terceras partes de las operaciones que realiza México hacia el exterior, es una tesis que yo también sostuve hace ya varios años comentando el ingreso de México al Acuerdo General de Aranceles y Comercio, y que comparto en el caso del Tratado Trilateral de Libre Comercio. Éste puede ser una excelente herramienta para la negociación comercial de México con Estados Unidos.

¹⁰ Al respecto, véase la ponencia de Humberto Garza en el V Foro de Política Exterior de México, organizado por la Coordinación de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, 18-20 de enero de 1994, y el trabajo de Gloria Abella, "La política exterior de México en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari: ¿Una nueva concepción?", *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* (México, UNAM), núm. 148 (1993).

¹¹ Juan María Alponente, Prólogo a *La política exterior de México en el nuevo orden mundial. Antología de principios y tesis*, México, FCE, 1993, p. 67.

La condición para que así sea es desde luego un proyecto claro, y sobre todo consensuado de Nación. Ello conlleva a un proyecto compartido de desarrollo económico en el plano global de la economía y la política nacional, que se expresa en un proyecto similar de política externa y de política económica externa.

Sin embargo, en las condiciones por las que México atravesó durante este sexenio, de descrédito y desconfianza en el nivel político, un compromiso de esta naturaleza con un país con el que la asociación no ha sido la característica en ningún momento de su historia y con ningún país del planeta, era algo delicado.

Necesitaba forzosamente, desde mi perspectiva, de un encuadre y una contextualización históricas. Entendiendo la historia no desde la perspectiva del prejuicio que señalamos anteriormente, sino del conocimiento real y objetivo que las relaciones bilaterales nos enseñan.

Una negociación que no tarda más que un año, está mostrando sus efectos ahora mismo, cuando los industriales mexicanos se quejan de errores en la misma. Entre dichos errores el más criticado es el de que no se atendieron las cadenas productivas en el momento de la negociación de los aranceles para los distintos productos que son de su interés y que produce serios estragos sobre todo en las compañías medianas y pequeñas que es donde se encuentra fundamentalmente capital mexicano.¹²

Un asunto curioso es que importantes empresas exportadoras como TAMSA, que exporta tubos de acero, diga que no sabe cuál será el tratamiento arancelario a sus productos bajo las condiciones del TLC; que se hable de la necesaria repartición de cuotas de exportación a las empresas que desean acceder al mercado norteamericano dando lugar, por lo menos, a suspicacias sobre el mantenimiento de viejos vicios administrativos; y que se diga que el sistema aduanero no sufrirá cambios significativos cuando su modernización se pide con urgencia por el sector de comercio exterior de México.¹³

Otro ejemplo, interesante al menos, es el contenido de un estudio del Centro de Estudios Económicos de CANACINTRA que destaca el proceso gradual de desgravación arancelaria de las exportaciones mexicanas en plazos que van de lo inmediato a los cinco, diez

¹² "Eliminó el TLC impuestos a productos finales y gravó en 10 años a los insumos", *El Financiero* (México), 10 de febrero de 1994, p. 18.

¹³ Ejemplos entre muchos otros, son las notas de *El Financiero* (México), del 8 de febrero, p. 21; del 17 de febrero, p. 18 y del 28 de marzo de 1994, p. 18.

y quince años. Este estudio informa que, si bien de entrada se desgrava el 43% de las importaciones canadienses y norteamericanas, México no produce cerca del 80% de las mismas.¹⁴

Será dentro de cinco y diez años cuando se dará la liberalización de cerca de 1 800 productos de Canadá y Estados Unidos y que representan cerca del 56% del valor de sus importaciones. Es aquí donde las empresas mexicanas deberán centrar su atención si quieren aprovechar estas posibilidades.

Por otro lado, un proceso de negociación que representa tanto para el país, como bien lo dice Alponente, que implicaba "una acumulación de energía analítica tan importante como necesaria, previamente, para admitir que el tránsito del Estado populista al Estado público, era la recuperación del Estado como institución de la sociedad civil y no lo contrario" requería para comenzar de un equipo negociador que conociera profundamente a México, su historia y sus valores, como debería conocer también las minucias de las Tarifas Generales de Importación y Exportación y las técnicas y la historia de la negociación comercial internacional de México.

Sin embargo, una nueva corriente de negociación comercial con negociadores recién llegados de —precisamente— Estados Unidos estuvo al frente de la negociación de este Acuerdo. Estos años están siendo la prueba de fuego de la misma.

Este cambio histórico en la percepción oficial mexicana de los Estados Unidos introducido a la política exterior de México puede dimensionarse a través de la obra del doctor Bosch.

La misma ofrece un conocimiento documentado, riguroso, de la historia de la política externa norteamericana, pero sobre todo, de la relación entre los Estados Unidos y México.

Está, pues, la obra de Carlos Bosch y ahí está él con ella, como producto de la Universidad Nacional, sepamos apreciarla.

¹⁴ Luz María Rivera, "Gradual, la desgravación arancelaria de las exportaciones mexicanas, afirma CANACINTRA", *El Financiero* (México), 8 de febrero de 1994, p. 24.

HERENCIA COLONIAL E INTERVENCIONISMO EN LA OBRA DE CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Olga* VELÁZQUEZ RIVERA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIALES, UNAM

CARLOS BOSCH GARCÍA —español por su origen, mexicano por convicción y latinoamericano por su querencia entrañable a estas tierras que conservan el sabor, el olor y el sonido de la península hispano-lusitana— muestra desde su llegada a México una profunda inclinación hacia el conocimiento del país que lo recibía y del continente latinoamericano en general; quiso entender su nueva realidad, y el camino más seguro fue la historia.

Como historiador y como universitario que fue, Bosch García se preocupó por aprehender las grandes causas que determinaron y determinan la historia interna e internacional de México, y también los procesos de la integración latinoamericana. Otro tema que le interesó, pero que desafortunadamente sólo abordó en su último libro *El descubrimiento y la integración iberoamericana*, publicado por la UNAM en 1991, es el de una historia general de América, tema que, por obvias razones, debe ser desarrollado por las nuevas generaciones tanto en las aulas universitarias como en los cubículos o centros de investigación, y ello sería, sin duda alguna, el mayor homenaje al hombre y al historiador que acuñó la experiencia y madurez de su pensamiento en este país que lo vio morir.

En el proceso de sus investigaciones, Bosch García encontró que las grandes causas que de una u otra forma han influido en la evolución mexicana en particular, y latinoamericana en general, son la conquista de América y el intervencionismo estadounidense. Aunque estos hechos se presentan contradictorios, ambos han dejado una huella imborrable en nuestro devenir histórico. Bosch observa que mientras la conquista se nutrió en ideas que caracterizaron a la Edad Media, el intervencionismo de los Estados Unidos

se alimentó y se alimenta en las necesidades propias del desarrollo de su forma capitalista. No importa cuál, ni que uno mire al pasado o que el otro mire al presente, aparecen siempre renovados en nuestras estructuras políticas, sociales y económicas: la tradición señorial, el sentido de servidumbre y la dependencia, son hechos característicos del mundo latinoamericano.

La Colonia nos legó la tradición señorial y el sentido de servidumbre. La pervivencia de tales asuntos, aun en la distancia, es objeto de la reflexión de Carlos Bosch; sus vivencias, española y mexicana, le permitieron ahondar sus estudios sobre la realidad europea y la realidad americana; él rastrea el legado español y nos dice que los hombres de la conquista, transformados en colonos, veían hacia el pasado, hacia una Edad Media que estaba en crisis en España y moribunda ya en el resto de Europa; no obstante, esos hombres querían continuar la historia medieval hispana y hacer realidad un sueño, convertirse en los representantes del señorío colonial. Así, a contracorriente, impusieron esa ideología en América, en donde se mantuvo intacta durante los trescientos años que duró la colonia, y, renovada, perdura en nuestros días.

Bosch García, citando a Dols Borda, dice que el hecho fue que el patrimonio cultural formado durante la colonia resultó resistente en extremo al cambio, por su propio sistema de valores señoriales. Por ello el concepto de la igualdad reclamado en la entonces América española consistía en que pudieran alcanzar el poder político tanto los blancos aristócratas como los criollos locales, lo que equivalía a reclamar igualdad entre iguales y poco más.

En doscientos años de vida independiente no se ha logrado aceptar el reclamo de igualdad de los indígenas, y la razón, dice Bosch, es que la rotura de los lazos americanos con España se debió a una rebelión contra el tutelaje, no contra el sistema de valores señoriales. Los supervivientes del señorío, los hombres de la política y los hombres de la economía y de las finanzas, luchan por mantener los principios de obediencia y de disciplina colonial y se convierten, en el nuevo patriado de la época actual, en los sucesores de los blancos aristócratas.

Es por ello que la obediencia ciega se transforma en el único principio político verdaderamente fuerte. En América Latina no se respeta al individuo ni a sus opiniones, y ello, dice Carlos Bosch, se presenta como la gran falla de la democracia latinoamericana. La fuerza del poder en nuestra América es decisiva, y de ahí que las dictaduras y los presidencialismos sólo encuentren apoyo real en los

intereses extranjeros, que en caso necesario recurren a la presión o a la intervención directa en nuestros países.

La presencia de los Estados Unidos en la vida doméstica de los países latinoamericanos es un asunto al que Bosch García dedicó especial atención. Como historiador, conocía muy bien el alcance de la política intervencionista de nuestro vecino en el norte, y como español, no podía olvidar que España perdió la última de sus posesiones en América a causa de la política estadounidense. En efecto, la pérdida de Cuba representó, en 1889, el fin del imperio español y el inicio del imperio de los Estados Unidos en este Continente.

En este sentido las investigaciones de Bosch García sobre la historia de las relaciones diplomáticas de México con los Estados Unidos le permitieron no sólo revelar el proceso que estas relaciones siguieron en el curso del siglo XIX, sino también desentrañar las distintas caras que adopta el intervencionismo estadounidense y su efecto sobre nuestra evolución. La extensión territorial y la misma soberanía de México dan cuenta de esta realidad.

En este orden, Bosch observa que la forma de intervención en la evolución del Estado mexicano tiene lugar desde el principio de la pasada centuria y varía a medida que va cambiando la historia interna de los Estados Unidos, que ese cambio supone que la intervención cambie también de forma, y se muestre de diversa manera según las necesidades propias del desarrollo de su forma capitalista. Así, la intervención obedece a factores de expansión territorial, a factores económicos que tienen acentos diferentes como el comercio, las inversiones o las grandes finanzas que, con vasta cuantía, se lanza produciendo efectos definitivos en las economías nacionales ajenas.

A lo anterior agrega Bosch que el único criterio válido para determinar la forma de intervenir se funda en sus efectos prácticos.

Por otro lado, y para nuestro infortunio, América Latina resultó un campo propicio para la penetración de los Estados Unidos. En el siglo XIX, período de formación del Estado nación, la herencia española pesó mucho; la independencia, dice Bosch, constituyó sólo un cambio administrativo, porque los señores latinoamericanos no admitieron un cambio social abierto y quedaron en sus sociedades en la misma postura que ocuparon durante la Colonia. La libertad adquirida se ciñó a las clases oligárquicas expresándose, sobre todo, en el libreconubismo, y sus pueblos continuaron dependientes de sus señores. Y los señores, dependientes de los intereses extranjeros.

Por último, el problema de la integración latinoamericana y el de la unión nacional de estos nuestros pueblos encuentra, tanto en la herencia colonial como en la política adoptada por los Estados Unidos sus mayores obstáculos. Es por ello que la obra de Carlos Bosch García siempre estará presente en el quehacer de todo latinoamericanista.

MÉXICO EN EL CONTEXTO DE LA COMPETENCIA ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EUROPA EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX: UN TEMA CENTRAL EN LA OBRA DE CARLOS BOSCH GARCÍA

Por Gloria ABELLA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIALES, UNAM

LA ÚLTIMA VEZ QUE ESCUCHÉ personalmente al maestro Carlos Bosch fue en febrero de 1992, en una conferencia sobre la política exterior de México. Días antes había conversado con él porque la doctora Rosa Isabel Gaytán, entonces coordinadora de relaciones internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, me solicitó lo invitara a dicho evento.

Acudí a verlo al Instituto de Investigaciones Históricas y lo encontré librando una auténtica pelea con una computadora. Le había ocurrido lo que a todos los que utilizamos estos aparatitos nos ha pasado alguna vez: se le había perdido un documento que tenía que entregar al día siguiente. Mientras lo veía apretar botones, cambiar *diskettes* y casi pegarle un puñetazo a la máquina, tuve la impresión de que en unos cuantos minutos recorría una buena parte de mi vida. Carlos Bosch había sido mi maestro en las aulas y con sus textos; había influido determinantemente en mi formación. Una vez que recuperó cierta calma, le cursé la invitación y entonces recibí un reclamo: "esos eventos no tienen ningún caso; ya no nos escuchan; deberían ponerse a estudiar". Yo compartía su opinión pero con una diferencia cualitativa: no era lo mismo escuchar a Carlos Bosch que caer en la usual y abominable práctica de los "eventos al por mayor" para intentar cubrir expedientes burocráticos. Así se lo dije y entonces su mirada cambió, y aceptó. No fue autocomplacencia. Tuve el privilegio de estar a su lado en la realización de la

conferencia citada y tener un doble aprendizaje: oír su pensamiento renovado y constatar que el que es maestro nunca deja de serlo.

Cuando Irene Zea me hizo el favor de pedirme estas líneas sentí una doble angustia: la primera, escribir con la tristeza que me provocó la muerte de Carlos Bosch y, la segunda, escoger el tema que desarrollaría acerca de su obra. Decidí abordar un aspecto que a mi parecer es uno de los ejes analíticos centrales de su producción bibliográfica: el papel de México en el contexto de la competencia entre Europa y Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo pasado.

Este tema constituye una especie de hilo conductor en los análisis de Bosch acerca de un conjunto de fenómenos y acontecimientos que ocuparon su atención. Entre ellos se incluyen el origen y desarrollo del expansionismo estadounidense, así como sus consecuencias para México, tanto en lo que se refiere al problema de la frontera como al reconocimiento de su independencia.

Para Carlos Bosch, "el estudio de la historia de México, aun cuando sea el de su historia interna, no puede ignorar el de la de los Estados Unidos de América".¹

Ésta es una verdad irrefutable: Estados Unidos fue, y sigue siendo hoy día, *el* referente básico no sólo en materia de política exterior sino también en aspectos fundamentales de la vida interna de nuestro país. Poco ayudan a la comprensión de una realidad tan compleja, como lo es precisamente la relación de México con Estados Unidos, los análisis de carácter formal, es decir, la versión diplomática que postula una interpretación basada en la igualdad jurídica de ambas naciones, así como aquéllos que solamente reproducen juicios de valor o determinismos histórico-geográficos.

Bosch partió de la necesidad de estudiar al expansionismo estadounidense desde el centro mismo de su origen. Analizó las causas estructurales que determinaron sus características, su evolución diferenciada, así como la forma en que afectó a los países latinoamericanos y, específicamente, a México.

La "transcontinentalidad" es el concepto que engloba su esquema interpretativo acerca del expansionismo estadounidense durante la primera mitad del siglo XIX. Concepto derivado del nombre que se le dio al Tratado Adams-Onís firmado en 1819 y que estableció:

¹ Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, México, UNAM, 1975, p. 5.

la primera frontera con el mundo latino... De mucha importancia fue esta línea pues, a la vez que señalaba un límite entre los territorios de Estados Unidos y de México, dividió al mundo de habla hispana del de habla inglesa, constituyendo, en consecuencia, la gran demarcación cultural del Continente Americano.²

La transcontinentalidad que implicó tierra, esa "sed de tierra" que constituyó uno de los basamentos fundamentales para la construcción del Estado nación en Estados Unidos. La evidencia empírica del expansionismo territorial estadounidense fue la pérdida de los territorios mexicanos. Sin embargo, la explicación de dicha evidencia implica no sólo hacer referencia a ella como una condición *sine qua non* del imperialismo. Supone, y así lo hizo Bosch, interpretarla de acuerdo con las características que asumió en diferentes momentos históricos. Ésta es, sin duda, una de sus aportaciones más valiosas para comprender las especificidades del expansionismo norteamericano que, a lo largo del siglo pasado, generó diversos tipos de intervencionismo en los países latinoamericanos:

... la forma de intervenir en nuestra evolución tiene lugar desde el principio de la pasada centuria, y varía a medida que va cambiando la historia interna de los Estados Unidos. Ese cambio supone que la intervención también cambia de forma, y se muestra de diversa manera según los denominadores internos que la mencionada historia nacional de los Estados Unidos produce: factores de expansión territorial, factores económicos que tienen acentos diferentes como el comercio, las inversiones o las grandes finanzas que, con vasta cuantía, se lanzan produciendo efectos definitivos en las economías nacionales ajenas.³

El expansionismo estadounidense tuvo raíces internas pero también respondió a la necesidad de enfrentar la competencia de las potencias europeas y, específicamente, la de Gran Bretaña. Bosch consideró que:

En las relaciones políticas de los Estados Unidos con México, el choque, excepto en lo referente a tierras, es propiamente una lucha contra Inglaterra desarrollada en territorio mexicano, y el motivo principal de ese choque es la política económica cuyo eje lo constituyen el comercio y la inversión, por el

² *Ibid.*, pp. 13-14.

³ *Ibid.*, p. 6.

lado inglés, y la posesión de la tierra, la agricultura y el principio de especulación con la tierra, por el lado americano.⁴

En este sentido, existe una tendencia generalizada a considerar que la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto constituyen la base fundamental de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe. Si bien es cierto que con el tiempo fueron transformándose hasta convertirse en un pilar ideológico que ha servido para justificar el intervencionismo estadounidense, Bosch ubica también este polémico tema en la perspectiva de lo que califica como el "temor y cierta actitud de inferioridad ante Europa"⁵ en los inicios del siglo pasado.

Estados Unidos ciertamente, durante prácticamente todo el siglo XIX, buscó consolidar los cimientos para convertirse en una potencia mundial. Pero ese propósito se enmarcó en una lucha desigual en la cual Gran Bretaña contaba ya con los fundamentos de un capitalismo moderno, en tanto Estados Unidos tuvo que proceder con los "elementos típicos de la nación agraria".⁶ En efecto, no será sino hasta la Guerra de Secesión que el proyecto industrial derrote al capitalismo "atrasado" representado por los agricultores esclavistas del Sur.

Bosch, en este sentido, analiza dos facetas de un mismo fenómeno. Por una parte, el expansionismo territorial que fue "... una preocupación por la tierra, debido a que la posesión de la misma significaba *imperium*"⁷ y, por la otra, la Doctrina Monroe que

... procedía del fracaso diplomático y político a que se llegó al no lograr de Francia un compromiso de no agresión al Continente Americano; se provocó así la inexistencia del pacto, pues Inglaterra, que ya había cambiado de régimen y poseía el secreto financiero de la producción y el comercio, se mostraba poco interesada en el problema.⁸

Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XIX no alcanzó a comprender:

⁴ *Ibid.*, p. 22.

⁵ *Ibid.*, pp. 16-17.

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ *Ibid.*, p. 15.

⁸ *Ibid.*, pp. 17-18.

la nueva fórmula económica de la política europea, fórmula derivada de la relación existente entre las materias primas, el trabajo y el comercio, y que liberó a los imperios de la carga que significa la posesión física del territorio y de su administración directa. Esta nueva fase de la política inaugurada por la Gran Bretaña se enfrenta a la anticuada política de tierra mantenida todavía entonces por los Estados Unidos.⁹

Más aún, aunque lo hubieran entendido, primero necesitaban consolidar un poder económico que, en ese momento, se concretaba en la posesión de tierra para estar en posibilidad, posteriormente, de transitar hacia la consolidación del capitalismo financiero y establecer nuevos términos de competencia con las potencias europeas. Sostiene Bosch:

La única defensa posible de los Estados Unidos fue, pues, proclamar la Doctrina Monroe, documento de proyección histórica para más de un siglo, pero que, si evaluamos el significado de los nuevos instrumentos, resultaba un arma anticuada para el momento; la Doctrina tenía todavía en 1823 como sustento principal la intención del Destino Manifiesto, que procura una posición territorial hegemónica de los Estados Unidos.¹⁰

Es con esta perspectiva que Bosch analiza un tema en el cual fue pionero: el problema del reconocimiento del Estado una vez consumada la independencia de México. En su libro *Problemas diplomáticos del México Independiente*, ubica también el tratamiento de este asunto, desde la óptica del significado de la independencia mexicana en el contexto de las contradicciones, alianzas y luchas por el poder en el seno de las potencias europeas y de éstas con Estados Unidos.

El problema del reconocimiento del Estado mexicano fue indudablemente el primer asunto prioritario del México independiente en sus relaciones con el exterior:

México como nación existía y era independiente de hecho, pero en el resto del mundo su guerra de independencia era considerada como guerra civil, le era necesario conseguir el reconocimiento *de jure* de las demás naciones del mundo que la capacitaría para manifestarse con plena personalidad en la vida internacional.¹¹

⁹ *Ibid.*, p. 18.

¹⁰ *Ibid.*, p. 19.

¹¹ Carlos Bosch García, *Problemas diplomáticos del México independiente*, México, UNAM, 1986.

El estudio de Bosch dedica su atención principal a las negociaciones y obstáculos que implicó el largo proceso de reconocimiento del Estado mexicano por parte de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, España y el Vaticano. Parte de una consideración central que será definitoria de las diferentes posiciones y momentos que se presentaron en torno a este asunto: por una parte, la realidad del mundo europeo de principios del siglo XIX que estaba dividido por dos grandes tendencias ideológicas, lo cual condicionó la visión y decisión de cada potencia para otorgar su reconocimiento a México; por la otra, la especificidad de la situación de Estados Unidos que enfrentaba tanto las pretensiones de reconquista del viejo orden colonial como la rivalidad con Gran Bretaña.

En cuanto a Europa, Bosch considera que el reconocimiento a la independencia de México se ubicó en el contexto de la división entre liberales y conservadores:

la una representaba la ideología surgida de las revoluciones americanas y francesa; y la otra la continuación del viejo régimen, la legitimidad y la preservación de ésta en los gobiernos de aquellos países que habían sentido la influencia de las revoluciones.¹²

Diferente fue la perspectiva de los Estados Unidos que:

no se veían atados por el problema de los ideales de legitimidad y que por su sistema liberal se encontraban más cerca de la ideología de las nuevas naciones americanas (pero que) tenían en cambio problemas de índole diferente que iban a complicar el reconocimiento de la independencia: la herencia del problema fronterizo con el territorio de origen español, y, en segundo lugar, la imposibilidad de aislarse de las demás potencias, de las que todavía necesitaban, sobre todo en cuanto al comercio y a las líneas de comunicaciones. Por esta necesidad de asegurar las rutas marítimas se vieron obligados a hacer múltiples combinaciones.¹³

Un hecho que resalta Bosch —aunque no es tratado en profundidad porque ello hubiese implicado elaborar virtualmente otro estudio— es la perspectiva mexicana acerca del significado del reconocimiento de la independencia por parte de las potencias mencionadas. Hacia Estados Unidos, sostiene la tesis de que los gobernantes mexicanos mantuvieron la creencia romántica de que ese

¹² *Ibid.*, p. 7.

¹³ *Ibid.*, p. 7.

país, por haber transitado del estado de colonia al de nación antes que ningún otro en el continente americano, apoyaría incondicionalmente al nuevo Estado mexicano. Inglaterra representaba la posibilidad de lograr un efecto persuasivo entre el resto de las potencias europeas al igual que Francia; España —en su calidad de ex metrópoli— y el Vaticano —por su influencia en un país mayoritariamente católico— fueron dos de los reconocimientos que se buscaron afanosamente y que, en virtud de los cambios que se produjeron en el mapa europeo, fueron los últimos en lograrse.

El primer reconocimiento de la independencia del Estado mexicano fue otorgado —referido exclusivamente a las potencias citadas— por Estados Unidos. El análisis de Bosch reafirma su tesis original en el sentido de que este país ubicó el asunto en el contexto del temor y la competencia con Gran Bretaña. En cierta forma, la propuesta del gobierno inglés al estadounidense para otorgar conjuntamente el reconocimiento, generó que Estados Unidos anunciara la Doctrina Monroe:

Necesitaban el mercado sudamericano, pero chocaban con el problema de la competencia de Inglaterra, con las pretensiones de Francia y con los esfuerzos de España para recuperar su perdido imperio. Tenían que evitar en todo lo posible la extensión de nuevas colonias sobre el continente y, sin embargo, no contaban con posibilidades para defenderlo en su totalidad, si venía algún ataque europeo. Había que conciliar los diferentes intereses, cerrando el camino en todo lo posible a las naciones europeas; pero sin enfrentarse a ellas con violencia. La Doctrina Monroe vino a ser la solución a este problema.¹⁴

Con esta misma lógica, se explica el reconocimiento de la Gran Bretaña el cual, a pesar de haberse retrasado un par de años con respecto a Estados Unidos debido a los intentos que se hicieron para lograr que España declinara sus pretensiones de reconquista, respondió a una política que intentaba frenar el expansionismo estadounidense en territorios que ofrecían un mercado potencial de amplias magnitudes para colocar sus productos.

Sólo cuando Inglaterra se convenció de que España no reconocería la independencia de las Américas, viendo que esto la retenía y perjudicaba en el otro extremo del Atlántico, donde los Estados Unidos continuaban haciendo su labor de atracción, a finales de diciembre de 1824, se avino a reconocer a los Estados libres sudamericanos.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, pp. 7-8.

¹⁵ *Ibid.*, p. 265.

Para Bosch, el reconocimiento del gobierno francés tuvo un curso más complejo debido a dos factores: primero, la persistencia de una tendencia conservadora que condicionó la actuación de Carlos X y que pospuso por varios años la plena instauración del liberalismo en Francia y, segundo, los intereses particulares de algunos ciudadanos franceses —como el barón Deffaudis— que lograron imponerse en momentos importantes a las necesidades políticas de Luis Felipe:

Durante el reinado de Carlos X se llegó a un convenio provisional con México, que no fue ratificado, y hasta que ascendió Luis Felipe al trono, con un gobierno que impulsaba la teoría del *laissez faire* en la economía, ayudaba a la industria, para lo que necesitaba de los posibles mercados y de tratados de comercio, y se enfrentaba a los problemas sociales, disminuyendo las horas de trabajo de los obreros, etcétera, no se llegó a un reconocimiento...¹⁶

Si en los casos de Gran Bretaña y Francia, la tesis de Bosch en el sentido de que el reconocimiento a la independencia de México estuvo fuertemente condicionada por la escisión entre liberales y conservadores en Europa, en lo que respecta a España y el Vaticano, no queda duda que ése fue el motivo central para que los más buscados reconocimientos por parte de los gobiernos mexicanos fueron los últimos en obtenerse. La negativa de Fernando VII a reconocer la validez de los Tratados de Córdoba, se explica más por las condiciones internas que prevalecían en España así como al interior de la Santa Alianza que por una posibilidad real de mantener los lazos coloniales.

España desde hacía tiempo atravesaba una severa crisis económica. De hecho, se encontraba desfasada productiva e ideológicamente del gran modelo que se imponía en Europa: el liberalismo. La posición de Fernando VII cuando cayó el régimen liberal en 1823 fue:

...digna representante de la superestructura española, tenía que acudir a su idea legitimista, no cabía en su concepción política admitir una división del "Imperio", se planeaba y se insistía en los derechos de España. Era el apogeo del régimen que encarnaba el castillo de San Juan de Ulúa, la España intolerante, legitimista y autoritaria, apoyada por la Santa Alianza, que aun- que perdía sus fuerzas y se hallaba extenuada, necesitaba tener en la mente

¹⁶ *Ibid.*, p. 9.

su época de fuerza y recordar el "Imperio", para sentir la satisfacción de su vigor, aunque fuera éste una fuerza remota.¹⁷

Ahí se encuentra la explicación de los intentos y fracasos para reconquistar a su antigua colonia. Los ataques a Veracruz y la expedición de Barradas en 1829, sirvieron para sumar problemas a los gobernantes mexicanos pero eran una aventura inviable porque encarnaban a un proyecto que históricamente estaba derrotado por las fuerzas del liberalismo.

Si el gobierno de España hubiera sido liberal desde un principio, el problema habría sido más fácil de resolver y menos largo; pero el gobierno estuvo en manos del rey absolutista, que reclamaba sus derechos, viendo secundada su posición por los principios legitimistas de la Santa Alianza, que tanta fuerza tuvo en toda Europa. Tendría que llegar a expirar la monarquía de Fernando para que cambiara la posición de España; haría falta que la situación económica fuera muy precaria y que los sentimientos de la reina María Cristina se impusieran para que la ideología representada por Fernando quedara en la oposición.¹⁸

Para una nación recién independizada como México, la cual se debatía entre los diferentes intentos por establecer un proyecto económico y político hegemónico que terminara con las luchas internas, y que hubo de enfrentar el expansionismo norteamericano, una guerra con Francia y los intentos de reconquista de España, el catolicismo constituía todavía uno de los elementos aglutinadores más importantes a los que se podía recurrir. En ese momento, el reconocimiento del Vaticano hubiera sido un factor de cohesión interna y de legitimidad externa. Fue ésa, entre otras, una de las razones más poderosas por la que los gobernantes mexicanos buscaron afanosamente dicho reconocimiento. El Vaticano, sin embargo, siguió de la mano la posición de España y su reconocimiento lo otorgó prácticamente al mismo tiempo que la ex metrópoli. Según Bosch:

El reconocimiento de la Independencia por España fue la llave para que el Vaticano otorgara también el suyo. . . Nos inclina a este pensamiento el hecho de que un mes antes de hacerse el reconocimiento por el gobierno español, en

¹⁷ *Ibid.*, p. 262.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 8-9.

noviembre de 1836, se cerrasen de repente las negociaciones con el Papado y se reconociera la independencia de toda América por el Vaticano.¹⁹

El tema del reconocimiento del Estado mexicano ocupa una buena parte de la obra de Carlos Bosch. En estas líneas sólo se ha intentado puntualizar los grandes hilos conductores de su pensamiento acerca de este asunto. Sin embargo, los datos proporcionados, el desciframiento de la realidad europea y estadounidense, las actuaciones e inclinaciones personales de los protagonistas y el recorrido puntual de dos décadas de la historia de las relaciones exteriores de México, sólo pueden ser apreciadas en su dimensión, con la imprescindible lectura de este libro.

La afirmación anterior es válida para toda la obra de Carlos Bosch. Con el lenguaje sencillo de los buenos escritores expuso lo que en la actualidad intenta borrarse con una visión que pretende negar la fuerza del pasado nacional. La complejidad de las relaciones entre México y Estados Unidos no puede interpretarse desde la perspectiva simplista de "olvidar los viejos rencores" y guardar la historia en un gabinete polvoso o anecdótico.

Termino estas líneas con dos lugares comunes. Primero: para comprender las aportaciones de Carlos Bosch al conocimiento de la historia de México se deben estudiar sus textos; aquí sólo se ha intentado abarcar someramente algunos de los conceptos básicos contenidos en sus escritos. Segundo: Bosch fue maestro y seguirá siéndolo porque estoy cierta que su producción bibliográfica constituye una lectura obligada. Hay que añadir que no por ser lugares comunes son poco importantes. Carlos Bosch no fue una persona común.

¹⁹ *Ibid.*, p. 269.

LOS CAMBIOS EN EL ORDEN INTERNACIONAL Y EL RECONOCIMIENTO DE MÉXICO

Por *Josefina Zoraida Vázquez*
EL COLEGIO DE MÉXICO

A la memoria de Carlos Bosch García

EL SIGLO XVIII IBA A PRESENCIAR el desafío que haría Gran Bretaña al poderío francés, que con el ascenso de un Borbón al trono de España, constituiría un pacto de familia. El imperio español, que había perdido posiciones a manos británicas, se iba a empeñar en recuperar el sitio que había ocupado en el pasado. Varios de los enfrentamientos entre las potencias tendrían como escenario el territorio norteamericano y constituirían uno de los antecedentes de las independencias del Nuevo Mundo.

La Guerra de los Siete Años y el Tratado de Paz de París en 1763 iban a transformar la ecuación política europea al desplazar a Francia de América casi por completo. Gran Bretaña era la vencedora al extender sus posesiones en Norteamérica con las francesas del Canadá y la parte de la Luisiana al este del río Mississippi, más las Floridas españolas. España era resarcida de esas pérdidas con la parte de la Luisiana al oeste del Mississippi.

Mas la guerra probó ser costosa al dejar a las tres potencias en la bancarrota hacendaria que terminaría por quebrar a Francia y luego a España. Gran Bretaña lograría recuperarse de la prueba gracias a un comercio en expansión. Pero en la década de 1760, su extenuada hacienda y la adquisición de un nuevo imperio le iban a exigir la reorganización administrativa y fiscal, que causaría la independencia de sus trece colonias de Norteamérica en 1776.

Varios elementos convertirían al acontecimiento no sólo en la primera de las grandes revoluciones políticas del mundo atlántico, sino en la instancia que transformaría las relaciones entre los Estados. El fenómeno se había iniciado a principios del siglo XVIII con

la ampliación del sistema económico mundial, al vulnerarse el monopolio español en las Indias, tanto por las concesiones obligadas por los tratados de paz, como por el contrabando, convertido en un jugoso negocio con el firme establecimiento de los ingleses en el Caribe. Con el contrabando, el dominio mercantilista reservado a su metrópoli había cesado en gran medida y había incorporado de hecho a los reinos españoles en América al mercado mundial. Esto era cierto en especial para la Nueva España, cuya plata desempeñaba un papel importante en las guerras europeas.

España trató de detener esa tendencia reformando su administración para modernizar su funcionamiento y hacer más eficiente el cobro de impuestos, lo que convertía a los viejos reinos en verdaderas colonias. Más tarde, endeudada e impotente, España se vería forzada a hacer algunas concesiones para asegurar las rentas y abrió temporalmente los puertos americanos al comercio neutral, medida que tendría grandes consecuencias internas y externas para las colonias. Antes de terminar el siglo, el comercio americano había adquirido gran importancia para Gran Bretaña y para los Estados Unidos, lo que contribuiría a transformar las relaciones internacionales.

*La independencia de Estados Unidos
y el cambio del orden entre las naciones*

LA aparición de los Estados Unidos aceleró el establecimiento de un nuevo orden internacional. Las circunstancias políticas europeas favorecieron a las colonias rebeldes, que lograron reconocimiento y alianza con Francia en 1778¹ y con los Países Bajos en 1780.² El Pacto de Familia también les aseguró el apoyo de España.³ Con ello,

¹ Fred Rippy, *Latin America in world politics*, Nueva York, F. S., Crofts, 1942, p. 13; A. W. Ward y G. P. Gooch, *The Cambridge history of British foreign policy 1783-1915*, Cambridge, at the University Press, 1923, I, pp. 132-133.

² Los Países Bajos se involucraron irritados por las limitaciones de las Actas de Navegación británicas, resistidas también por los pequeños Estados comerciales y Catalina de Rusia, que sostenían la doctrina de Prusia desde 1752 del derecho de los neutrales a navegar libremente a lo largo de las costas beligerantes con mercancía que no fuera contrabando, Ward y Gooch, I, p. 134.

³ España accedió a firmar una convención con Francia, en la que aceptaba participar en la guerra a condición de que no se pactara la paz hasta que Gibraltar fuera recuperado, Rippy, pp. 12-13; William Kaufmann, *La política británica y la independencia de América Latina, 1804-1828*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1963, p. 13.

Gran Bretaña quedó aislada diplomáticamente, lo que facilitó que reconociera la independencia de sus trece colonias.

Los líderes norteamericanos, que en buena parte eran comerciantes, tenían ideas sobre el tipo de relaciones que querían con los otros países. Desde 1776 John Adams preparó un *tratado modelo*⁴ que desafiaba las Actas de Navegación británicas. Su principio esencial era el comercio libre con perfecta reciprocidad, lo que implicaba la admisión de las colonias rebeldes con igualdad de derechos en el comercio colonial.

Esto significaba el fin del orden político existente. El tratado con Francia, firmado en 1778, incluía la cláusula de nación más favorecida, lo que significaba el fin del monopolio británico en el comercio norteamericano y era el precedente para que su propia metrópoli reconociera su soberanía en 1782⁵ y en 1783 por el Tratado de París. Por éste, Gran Bretaña reconocía la independencia de sus colonias, con una generosa frontera. Francia y España tuvieron que renunciar a gran parte de sus aspiraciones, aunque esta última recuperó las Floridas. Los Países Bajos lograron la libertad de comercio en el Océano Índico. El reconocimiento de Francia, Holanda y Gran Bretaña a los nuevos Estados Unidos, convertía a éstos en miembros plenos de la familia de naciones.

El acontecimiento inauguró una nueva época bajo los principios de libertad de comercio, protección al individuo y a la propiedad privada, tolerancia religiosa y derechos marítimos de los países neutrales aun en tiempo de guerra, lo que vulneraba el principio de igualdad dinástica y soberanía monárquica hereditaria. Gran Bretaña se resistió a aceptar el nuevo orden, pero su tradicional pragmatismo se impondría y la convertiría en la más tenaz defensora de la libertad de comercio. Los Estados Unidos le darían un último toque al nuevo orden con el Decreto de Reciprocidad norteamericano de 1815, que imponía la amenaza de represalias ante cualquier medida de discriminación a su comercio, un principio que irían adoptando los Estados europeos.

⁴ Félix Becker, "Los tratados de amistad, comercio y navegación y la integración de los Estados independientes americanos en el sistema internacional", en Inge Buisson, Günther Kahle, Hans König y Horst Pietschmann, *La formación del Estado y la nación en América*, Colonia, Viena, Bohlau Verlag, 1984, pp. 247-277.

⁵ Hunter Miller, *Treaties and other international acts of the United States of America*, Washington, U.S. Government Printing Office, 1931, vol. II, pp. 96-114, 151-157.

La importancia del comercio hispanoamericano y la diplomacia británica

LA Revolución Francesa, y su lucha contra las coaliciones organizadas por Gran Bretaña, Rusia y Austria, iba a consolidar el nuevo orden. Los británicos aprovecharían la débil situación de España para ampliar el comercio con sus colonias y apoyar los movimientos independentistas,⁶ llevando a cabo incursiones filibusteras como la de 1806-7 en Buenos Aires y Montevideo. Así, si bien el comercio británico sufría el bloqueo continental que le imponía Napoleón, el mercado hispanoamericano lo resarcía de sus pérdidas, lo que hizo que al *Foreign Office* lo tentara la idea de liberar a las colonias españolas,⁷ y sólo lo detuvieron los escrúpulos de la Corona y el temor a la difusión de ideas jacobinas.

La necesidad de plata novohispana que tenían los británicos por un lado, y sus enemigos españoles por el otro, los obligó a implementar una complicada red para extraerla de la Nueva España.⁸ La situación se complicó en 1808, cuando España se convirtió en su aliada pero le negó el permiso para comerciar con sus colonias, situación que toleró Gran Bretaña ante la prioridad de terminar con Napoleón para restaurar el equilibrio europeo. Mas sus intereses comerciales los obligaron a desempeñar un doble papel y al tiempo que colaboraron con España en la Nueva España, mantuvieron buenas relaciones con los rebeldes de otras regiones.⁹

La importancia que adquirió el comercio con Hispanoamérica para Gran Bretaña¹⁰ llevó al vizconde Robert Castlereagh a ofrecer la mediación británica, que exigía concesiones en Nueva España,¹¹ pero España declinó y otros problemas inmediatos distrajeron la atención británica.

⁶ Véase Kaufmann; Guadalupe Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821*, México, FCE, 1991.

⁷ Leslie Bethel, *George Canning and the independence of Latin America*, Londres, The Hispanic and Luso Brazilian Councils, 1970, p. 7.

⁸ Jiménez Codinach, cap. VI.

⁹ William S. Robertson, "The beginnings of Spanish-American diplomacy", en Guy S. Ford, *Essays in American History*, Nueva York, Holt, 1910, p. 248.

¹⁰ Manfred Kossok, *Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina*, México, Editorial Cartago, 1983, pp. 40-52. El contacto comercial de las ciudades hanseáticas con el gobierno de Buenos Aires había ocasionado protestas españolas.

¹¹ C. K. Webster, *Britain and the independence of Latin America, 1812-1830*, Londres, Oxford University Press, 1938, t. II, pp. 311-316.

El fin de Napoleón complicó el problema hispanoamericano. Los británicos, al igual que las ciudades de la Hansa, los Países Bajos, Dinamarca y los Estados Unidos, deseaban la libertad de comercio con las colonias españolas, pero los europeos también deseaban la restauración y detener las ideas revolucionarias. Castlereagh trató de resolver el problema impidiendo que el tema hispanoamericano se discutiera en el Congreso de Viena y en las reuniones periódicas de la Cuádruple Alianza, establecida en 1813 por Rusia, Prusia, Austria y Gran Bretaña por 25 años. La Santa Alianza surgió en septiembre de 1815, por iniciativa de Alejandro I, pero sólo fue suscrita por los soberanos, causa por la cual careció de carácter oficial.¹²

En 1817 Castlereagh tuvo que detener el intento de invocar el tema americano en la reunión de la Alianza; presionó a la Corona portuguesa para resolverlo y al mismo tiempo reiteró a España su ofrecimiento de mediación poniendo como condiciones la abolición del tráfico de esclavos, la amnistía para los insurgentes, la ratificación de la igualdad que concedía a los americanos la Constitución de 1812 y la libertad de comercio en las colonias para todas las naciones.¹³

Los Estados Unidos no apoyaron a los gobiernos rebeldes para no comprometer su ambición de negociar con España la venta de las Floridas, las cuales serían obtenidas mediante la firma del Tratado Adams-Onís (1819) a cambio de una frontera definida con la Nueva España. Entonces el Congreso autorizaría al ejecutivo a reconocer a las nuevas naciones, cuando esto fuera pertinente.

*La independencia de México y su difícil
incorporación al concierto de las naciones*

EN contraste con su vecina, la Nueva España no iba a gozar de las circunstancias favorables para su incorporación al orden internacional. Su lucha por la independencia había sido larga, sangrienta y sin aliados. España le negaría el reconocimiento hasta 1836 y sus amenazas de reconquista —tangibles por la cercanía de Cuba y la

¹² Castlereagh a Liverpool, París, 28 de septiembre de 1815, C. K. Webster, *British Diplomacy, 1813-1815. Documents dealing with the reconstruction of Europe*, Londres, G. Bell & Son, Ltd, 1921, pp. 382-384.

¹³ Foreign Office, "Confidential memorandum, 20 de agosto de 1817", en Webster, *Britain*, II, pp. 352-358.

ocupación de San Juan de Ulúa hasta 1825—, la obligarían a endeudarse para defenderse. Tampoco tenían la fortuna de lidiar con una metrópoli aislada, pues el apoyo de la Santa Alianza al principio de legitimidad había fortalecido a España,¹⁴ que le negaría el reconocimiento, incluso dentro de una relación dinástica como la propuesta por los Tratados de Córdoba. Por otro lado, mientras los Estados Unidos se habían visto favorecidos por los veinticinco años de guerras europeas inaugurados con la Revolución Francesa, que le permitirían experimentar su sistema político sin interferencia del exterior, acrecentar su comercio gracias a su *status* de nación neutral y beneficiarse con la inmigración de la población que expulsaban los países en guerra, México entraría a la arena internacional en los años de paz que siguieron al Congreso de Viena, de suerte que las potencias comerciales estarían libres para competir por su mercado y sus cónsules y comerciantes (que muchas veces eran los mismos) y aun sus representantes diplomáticos, interferirían en sus asuntos domésticos y presionarían a sus gobiernos para anular muchas medidas.

El imperio mexicano parecía haber asegurado su pasaporte al reconocimiento, al aceptar el último jefe político español, don Juan O'Donjú, los Tratados de Córdoba con Agustín de Iturbide, que le daban legitimidad y mantenían la liga con la metrópoli al ofrecer el trono a un infante español. Pero las Cortes españolas desconocieron los Tratados y España se negó a reconocer su independencia a pesar de los esfuerzos británicos.

Una vez que la Santa Alianza ayudó a España a restablecer el absolutismo, en América se despertaron temores de que también aquélla decidiera ayudarla a recuperar sus colonias. Esto hizo urgente el lograr el reconocimiento británico, dado que era la única potencia que podía garantizar su existencia, además de que su banca permitiría obtener los préstamos que el nuevo país necesitaba. En su corta existencia, el Imperio Mexicano consiguió sólo los reconocimientos de Colombia, Chile, Perú y Estados Unidos.

Los intereses británicos favorecían el reconocimiento de las nuevas naciones hispanoamericanas, pero su monarquía impedía desconocer por completo la tradición legitimista en sus relaciones exteriores, de manera que su única carta para ser admitidas en el concierto de las naciones era el valor de su mercado.

¹⁴ William Spencer Robertson, "Metternich's attitude toward revolutions in Latin America", *Hispanic American Historical Review*, vol. XXI, núm. 4 (1941), p. 538.

Pero los mismos países europeos legitimistas no tardaron en verse ante el dilema de elegir entre sus principios y sus intereses. El camino elegido por Francia y Gran Bretaña para no tener que elegir fue estimular el establecimiento de monarquías ya fuera con príncipes franceses,¹⁵ o, como prefería Castlereagh, con españoles. Esto no sólo solucionarían el problema de principios, sino que permitiría también detener el jacobinismo y el expansionismo norteamericano.

Los Estados Unidos temieron que el poderío británico sustituyera a la débil España, por lo que desde temprano introdujeron agentes y cónsules y, en 1822, se apresuraron a reconocer *de jure* a la Gran Colombia y al Imperio Mexicano. Los norteamericanos, sin embargo, iban más allá de la libertad de comercio y promovían la expansión de su sistema político y de sus fronteras.

España no tardó en protestar frente al reconocimiento norteamericano y Castlereagh aprovechó la ocasión para advertir que “una porción tan grande del mundo no podía continuar por largo tiempo sin relaciones legales, sin distorsionar el intercambio en la sociedad civilizada” y puesto que la Corona se había mostrado impotente para restablecer su autoridad, tarde o temprano debía reconocer la independencia.¹⁶ Sin duda el británico se percataba claramente que los intereses de su país no coincidían con los de los poderes continentales de la Alianza, decididos a apoyar el absolutismo español, por lo que procedió, por lo menos, a reconocer las banderas hispanoamericanas en puertos británicos.¹⁷

Al morir Castlereagh, lo substituyó George Canning, quien dio a las cuestiones americanas “mayor importancia que a las europeas”,¹⁸ pero enfrentado al legitimismo de la Corona y de parte del gabinete. La declaración de la independencia del Brasil, con don Pedro como Emperador en 1822, fue la primera prueba a su política, aunque el régimen monárquico legítimo planteaba sólo el problema de su origen revolucionario,¹⁹ por lo que buscó reconciliar a padre

¹⁵ Nancy Nichols Barker, *The French experience in Mexico. 1821-1861: A history of constant misunderstanding*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1979.

¹⁶ Castlereagh a Onís, 28 de junio, 1822, Charles Webster, *The foreign policy of Castlereagh*, Londres, Bell, 1931, p. 432.

¹⁷ Bethel, p. 8; Webster, *Britain.*, t. I, p. 16.

¹⁸ Bethel, p. 8.

¹⁹ Robertson, p. 554.

e hijo. Al final, en 1825 lograría que Brasil aceptara pagar la deuda portuguesa.

En el caso de Hispanoamérica, Canning se concentró en lograr el reconocimiento español, pero después de la restauración del absolutismo, empezó a pensar en una solución más drástica. Gran Bretaña amenazó a los poderes continentales con reconocer “la existencia *de facto* de alguno o más” de los gobiernos independientes.²⁰ A continuación se concentró en impedir la intervención de la Santa Alianza en el Nuevo Mundo. Propició un pronunciamiento conjunto con el presidente James Monroe, que al final se pronunciaría solo, pues Canning logró presionar al príncipe Polignac, ministro francés en la corte británica, a negar que Francia tuviera designios en Hispanoamérica.²¹ A continuación despachó comisionados a investigar la estabilidad de México y Colombia para tramitar tratados de comercio.²²

Los hispanoamericanos, por su parte, habían enviado agentes a las cortes europeas en busca de aliados y oportunidad para presentar sus casos, pero desde luego la meta principal era Gran Bretaña, pues como expresaría el ministro de Relaciones mexicano Lucas Alamán, si se lograba su reconocimiento, al tener ya el norteamericano, los demás eran secundarios.²³ Por tanto, en 1824 llegaban a Londres los representantes mexicanos Mariano Michelena y Vicente Rocafuerte, que se unían a los de Argentina, Colombia y Brasil. Sus instrucciones eran negociar

en compañía de los demás ministros de América, el reconocimiento de la independencia de todos los países, “de Guatemala al Cabo de Hornos”, la mediación con España, un tratado defensivo contra la Santa Alianza, uno de comercio, contratar un préstamo y comprar armas y buques para expulsar a los españoles de San Juan de Ulúa y vigilar a Iturbide.²⁴

²⁰ “Memorandum on the Spanish Colonies of America”, 24 de noviembre de 1822, en Webster, *Britain*, vol. II, pp. 76-78.

²¹ “Memorandum of a conference between the Prince de Polignac and Mr. Canning, begun Thursday, October 9th, and concluded Sunday, October 12th, 1823”, en Webster, vol. II, pp. 115-120.

²² Mackie a Canning, 28 de noviembre de 1822, Public Record Office (Londres), Foreign Office 50 (Mexico), exp. 1, 1-3. En adelante FO 50.

²³ “Nota del Gral. Victoria”, julio 23; “Nota del comisionado inglés Mackie”, julio 23; “Credencial y nota del ministro Alamán”, julio 27, 1822, en *La Diplomacia Mexicana*, México, SRE, 1910-1912, vol. III, pp. 97-105.

²⁴ “Instrucciones para el Ministro de México en Londres” e “Instrucciones reservadas”, marzo 7, 1824, *La Diplomacia*, vol. III, pp. 272-277.

Canning los recibió cordialmente, pero temió que el regreso del ex emperador Iturbide a México desestabilizara al país. Los hispanoamericanos decidieron amenazar con cerrar los puertos al comercio, pero la falta de apoyo del representante de Brasil, el más fuerte,²⁵ debilitó la medida. La noticia del fusilamiento de Iturbide, recibida con júbilo, pareció eliminar el obstáculo, pero todavía Canning sugirió que México ofreciera una indemnización a España,²⁶ como lo había hecho Haití con Francia, pero los hispanoamericanos se negaron "a comprar su libertad".²⁷

Canning y el primer ministro Liverpool decidieron recurrir a amenazar con dimisión si el gabinete no recomendaba al rey el reconocimiento. Antes de recibir la respuesta del rey, Canning dio la noticia a los comisionados mexicanos de que Gran Bretaña reconocería a México, Colombia y Argentina. De acuerdo con sus instrucciones, los mexicanos insistieron en que se extendiera a los otros países, en especial Guatemala.²⁸

La noticia causó una crisis en las cancillerías europeas. La noticia se cruzó con la simbólica victoria de Ayacucho que liquidaba el poder español en América. Los reconocimientos de los Estados comerciales siguieron al británico, incluso el de Prusia. Sólo el del Vaticano y el de su ex metrópoli tendrían que esperar más de una década. Canning no sólo había abierto las puertas de las relaciones internacionales a los nuevos Estados, sino que había asestado un golpe definitivo a la Santa Alianza.

²⁵ Jaime Rodríguez, *The emergence of Spanish America, Vicente Rocafuerte and Spanish americanism*, Los Ángeles, University of California Press, 1975, pp. 97-103.

²⁶ Canning a Hervey, abril 23, 1824, Webster, *Britain*, I, pp. 446-450.

²⁷ Conferencia entre Mr. Planta y el general Michelena acerca de una mediación con España, septiembre 22, 1824, *La Diplomacia*, vol. III, pp. 87-88.

²⁸ Memorándum de Michelena al Sr. Planta, marzo 4, 1825, *ibid.*, pp. 169-171.

LOS DEMÓCRATAS, LOS WHIGS Y LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO
INSTITUTO MORA, MÉXICO

A Carlos Bosch García, maestro inolvidable

LAS TRANSFORMACIONES EXPERIMENTADAS en los Estados Unidos a partir de 1815 coadyuvaron a definir la relación de este país con México. Considerarlo resulta indispensable para explicar el fenómeno de la expansión territorial, que constituye uno de los temas principales en la obra de Carlos Bosch García.

En efecto, dichas transformaciones facilitaron el desarrollo de una economía de mercado, lo cual dejó atrás la economía rural y amplió los límites materiales y culturales de la vieja sociedad. La nueva riqueza generó una mayor desigualdad así como tensiones crecientes. La sociedad se volvió más compleja, diversa y conflictiva. Si bien los cambios allanaban el progreso, parecían arrasar los valores que habían sustentado y dado forma a la república.¹

La vida perdía significado y se tornaba incierta. Se volvió la vista al pasado para mejorar el presente y guiar el porvenir. Iglesias, escuelas, instituciones y grupos sociales se constituyeron en instrumentos de una lucha que, aunque no logró todos sus fines, alivió la ansiedad de muchos individuos y los ayudó a adaptarse a la realidad.²

¹ Sean Wilentz, "Society, politics and the market revolution, 1815-1848", en Eric Foner, ed., *The New American History*, Philadelphia, Temple University Press, 1990, pp. 51-71 (*Critical Perspectives on the Past*), pp. 57-58.

² William L. Barney, *The passage of the Republic. An interdisciplinary history of the Nineteenth-Century America*, Lexington, Mass., D. C. Heath and Company, 1987, pp. 31 ss.

La política respondió a la revolución material. El segundo sistema bipartidista en la historia norteamericana suministró un medio para reconocer, discutir y resolver los conflictos generados por los vastos y a menudo súbitos trastornos que ocurrían a su alrededor. Sus miembros tenían rango nacional, aglutinaban facciones regionales y locales y se dividían al electorado. En una rivalidad que se alimentaba a sí misma, los Partidos Whig y Demócrata movilizaron a los votantes a partir del decenio de 1830.³

Ambos partidos compartían los objetivos generales: desarrollo capitalista, democracia política en una república liberal y oportunidades iguales. Aunque disentían en cuanto a los resultados del cambio material y el papel del Estado en ellos y la cultura nacional, las discrepancias no eran definitivas y, en particular en momentos de crisis, solían modificar parcial o totalmente su posición.⁴

El Partido Demócrata se atenía a la definición original de libertad, fundada en la propiedad de bienes productivos dentro de una república de agricultores y artesanos independientes y, junto con el derecho individual a la autonomía económica y cultural, se hallaba en peligro por los fueros de los "no productores", a saber: los banqueros, abogados, comerciantes, especuladores y otros "parásitos" enriquecidos a costa del trabajo ajeno.⁵

El republicanismo demócrata creía que "el mejor gobierno es el que gobierna menos", es decir, el que se mantenía apartado de los asuntos económicos y ofrecía a todos las mismas oportunidades. Otorgar subsidios o dar privilegios interfería en el *laissez-faire*, creaba monopolios y beneficiaba a los ricos y poderosos; no se pretendía sofocar la economía de mercado, sino que ésta progresara naturalmente.⁶

En tal sentido, el partido sancionaba un ejecutivo fuerte que eliminara las barreras artificiales a la igualdad de oportunidades —como las tierras caras, las corporaciones, el papel moneda o los aranceles altos— y dejaba las medidas necesarias para el bienestar común a la iniciativa estatal o local. Era partidario de la interpretación estricta de la Constitución, tanto como de los derechos de

³ *Ibid.*, pp. 148-152.

⁴ Herbert Ershkowitz y William Shade, "Consensus or conflict? Political behavior in the state legislatures during the Jacksonian Era", *Journal of American History*, vol. 58, núm. 3 (diciembre 1971), pp. 591-621 y 614.

⁵ Wilentz, p. 65.

⁶ *United States Magazine and Democratic Review*, vol. 1 (octubre-diciembre 1837), p. 6, en Ershkowitz, p. 617.

los estados, si bien desde la crisis de Carolina del Sur se le consideró también como defensor de la Unión.⁷

El Partido Demócrata vinculó el ataque a las ventajas económicas con la defensa cultural de las libertades individuales, amenazadas por los políticos reformistas, capaces de inmiscuirse en asuntos tan personales como la bebida, las actividades dominicales y la educación de los hijos, y de arriesgar la estabilidad al atacar instituciones de los estados, tales como la esclavitud.⁸

En contraste con los demócratas, el Partido Whig dejó de basar la libertad en la propiedad de la tierra y la autosuficiencia económica y la sustentó en el derecho del individuo a tomar sus propias decisiones, aprovechar oportunidades y triunfar según su talento y sus méritos. La libertad así definida implicaba dominio de sí mismo y el deber de ayudar a los demás a progresar, ser respetable y salvarse.⁹

La economía de mercado ofrecía a todos, seguramente, las mismas oportunidades. Los whigs no aceptaban la noción demócrata de una élite adinerada y poderosa que conspiraba contra el "hombre común" y no consideraban que éste fuera su víctima. Veían a la república norteamericana como una gran comunidad, donde reinaba la armonía y no había conflicto entre "productores" y "no productores".¹⁰

Defendían un gobierno nacional activo y paternalista, dominado por la rama legislativa, que alentara el progreso local, estatal y nacional, incorporase al mercado a quienes estaban fuera y propiciara el ascenso social, mediante un sistema bancario y de crédito, la venta de tierras baldías para pagar las obras públicas, aranceles que protegieran a la industria y los obreros de la competencia foránea y el uso más amplio de las corporaciones, a las que veían como agencias para el desarrollo.¹¹

Regular y controlar las secuelas del cambio económico tocaba al Estado.

⁷ *Ibid.*, p. 618.

⁸ Barney, pp. 151-158.

⁹ *Ibid.*, p. 158.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 150-158.

¹¹ Henry Clay, *Sobre los propósitos del Partido Whig*, [s.l.], 27 de junio de 1840, y Daniel Webster, *Sobre los propósitos del Partido Whig*, [s.l.], 10 de septiembre de 1840, en Ana Rosa Suárez Argüello, *Estados Unidos. Documentos de su historia política II*, México, Instituto Mora, 1988, pp. 98-122.

El Partido Whig aceptaba la democracia política, pero consideraba que el voto era un privilegio más que un derecho, la Constitución debía interpretarse ampliamente y la élite propietaria, ilustrada y piadosa, había de guiar a las masas hacia el bien común. Accedían a la unidad entre la Iglesia y el Estado y a la supervisión moral de la vida privada, sin desdeñar la coerción estatal en áreas como la prohibición, el descanso dominical y las escuelas públicas. En cuanto a la lucha antiesclavista, los *whigs* del norte la entendían y los sureños la combatían.¹²

Mientras el Partido Demócrata atraía a los agricultores empobrecidos, los artesanos y los asalariados en general, para quienes el mercado significaba fluctuaciones que minaban la seguridad, posición y linaje familiares y beneficiaba a las corporaciones, creaba relaciones económicas impersonales e intangibles o empeoraba la condición laboral, quienes suscribían los principios del Partido Whig eran los triunfadores o candidatos a triunfadores en la nueva economía, en general norteamericanos de origen anglosajón y protestantes evangélicos: agricultores prósperos del sur y el oeste así como la clase media urbana.¹³

Por su parte, los demócratas congregaban también a los sureños partidarios de los derechos de los estados, que temían la intromisión federal en la esclavitud, y a quienes defendían la libertad de actuar y pensar: los inmigrantes irlandeses y alemanes, los votantes no evangélicos, y la pequeña porción del pueblo norteamericano formada por deístas, agnósticos y librepensadores.¹⁴

No se trataba, sin embargo, de que el Demócrata fuera el partido de los trabajadores y los pequeños agricultores y el Whig el partido de los empresarios y los plantadores ricos. Ambos representaban coaliciones sociales diversas: seguían al primero los grupos en ascenso, a quienes estorbaban los privilegios, como los comerciantes de importación, algunos banqueros y grandes propietarios de tierra, en tanto que al segundo respondían un buen número de

¹² Ershkowitz, pp. 615-617; Wilentz, pp. 66-67.

¹³ Michael A. Lebowitz, "Los jacksonianos: ¿una paradoja perdida?", en Barton J. Bernstein et al., *Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos. Hacia un nuevo pasado*, Barcelona, Península, 1976 (Col. *Historia, ciencia, sociedad*, 133), pp. 75-99, esp. pp. 83, 89-93; Charles Grier Sellers, hijo, "Who were the Southern Whigs?", *The American Historical Review*, vol. 59, núm. 2 (enero de 1954), pp. 335-346, 340-341.

¹⁴ Barney, pp. 136 ss.

pequeños productores y asalariados y la minoría negra que podía votar.¹⁵

El segundo sistema bipartidista comenzó a fallar en los años cuarenta, cuando el asunto de la anexión de Texas replanteó el problema de la esclavitud y el debate político adquirió un tono directo y explícitamente regional. Antes de eso, *whigs* y demócratas habían logrado aplazarlas, mas la economía de mercado y sus efectos sociales dificultaron otro arreglo y dieron fin al equilibrio político.¹⁶

El asunto había estado abierto por casi ocho años, hasta llegar a ser tema central de la campaña electoral de 1844. Fue entonces cuando una nueva generación demócrata, ansiosa de emprender la aventura de la extensión territorial, consiguió unir a los delegados del sur y el oeste y nombrar candidato presidencial a James K. Polk, de Tennessee.

Polk apostó todo a un programa que pedía la "reanexión de Texas" y la "reocupación de Oregón", esto es, la extensión transcontinental de los Estados Unidos. Era una hábil estrategia política, que pretendía unificar a los demócratas y obtener votos en todo el país.¹⁷

Se avivó entonces el entusiasmo por la expansión territorial, que recibió nombre y justificación en el mes de julio, cuando John L. O'Sullivan, editor de la influyente *United States Magazine and Democratic Review*, proclamó que, si faltaran razones para justificar la unión de Texas,

seguramente las hallaremos, y en abundancia, en el modo en que otras naciones se han propuesto entrometerse en el asunto, interponerse entre nosotros y quienes son propiamente partes en el asunto, ... con el objetivo confeso de deformar nuestra política y perjudicar nuestro poder, limitando nuestra grandeza e impidiendo la realización de nuestro destino manifiesto, que es extendernos sobre el continente que la Providencia asignó para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que año a año se multiplican.¹⁸

¹⁵ Lebowitz, p. 94; Wilentz, p. 65.

¹⁶ Don E. Fehrenbacher, *Slavery, law, and politics. The Dred Scott Case in historical perspective*, Oxford, Oxford University Press, 1981, p. 59.

¹⁷ Charles Sellers, "Election of 1844", en Arthur M. Schlesinger, Jr., ed., *History of american presidential elections*, New York, Chelsea House Publishers, 1971, 4 vols., vol. 1, pp. 745-861, 750, 763-775; Charles Sellers, *James K. Polk, continentalist. 1843-1846*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1966, pp. 20-21.

¹⁸ "Annexation", *United States Magazine and Democratic Review*, 1845, en Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, traducción de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968 (Col. *Biblioteca de Historia*, 2), p. 115.

Además de extender la frase "Destino Manifiesto", O'Sullivan apuntaba otras ideas en boga, algunas derivadas de la tradición puritana: que Dios había asignado a los Estados Unidos la misión de dominar toda América y que la mejor prueba de ser elegidos sería la extensión transcontinental; que ésta equivalía a ampliar y proteger el área de la libertad y la república federal y democrática; que el Viejo Mundo amenazaba con interferir en el Nuevo, y que era necesario adquirir territorios para la posteridad.¹⁹

El Destino Manifiesto fue muy popular. Esto se debió, en parte, a la revolución tecnológica, pero sobre todo a que, para muchos, la adquisición de tierras y mercados protegería al país de un sinnúmero de peligros internos y externos: el aumento de la población y las ciudades, la industrialización, la agitación antiesclavista, los conflictos raciales y el dominio británico del comercio mundial. Los agricultores y especuladores del oeste querían tierras, al igual que los sureños, desesos de suplir los suelos agotados y de aumentar su representación en el Capitolio, amén de expandir y por ende garantizar la esclavitud. A los mercaderes y navieros del noreste les atraían los puertos y bahías de California y Oregón, como base para el intercambio con Asia, en tanto que la expansión afianzaría a los especuladores y aliviaría las miserias de los trabajadores.²⁰

Para algunos, el Destino Manifiesto representaba la nación extendida de océano a océano; para otros, el dominio de toda América del Norte. En su forma más extrema equivalía a enseñorearse, algún día, del hemisferio occidental.²¹

La duda principal en la mente de los expansionistas más fervientes era si la obtención de territorios había de ser pausada y pacífica o exigía una diplomacia activa, apoyada en la fuerza o la amenaza bélica. De cualquier modo, para todos ellos, democracia e imperio se habían vuelto inseparables.²²

Sin desdeñar los beneficios económicos, el Destino Manifiesto significaba una actitud de superioridad racial. Los estadounidenses —blancos, anglosajones y protestantes— se impondrían, en algún momento futuro, sobre pueblos miserables, atrasados, fanáticos e

¹⁹ Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*, New York, Vintage, 1963, p. 24, *passim*.

²⁰ Thomas R. Hietala, *Manifest Design. Anxious aggrandizement in late Jacksonian America*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1985, x-xi, *passim*.

²¹ Merk, p. 24; Weinberg, pp. 122-123.

²² Hietala, p. 196; Merk, pp. 107-108.

incultos, incapaces de gobernarse a sí mismos, en fin, sobre pueblos "condenados", y por ende mercedores de la conquista o la extinción. Se pensaba asimismo que ningún país tenía derecho a reclamar la propiedad de áreas desocupadas o mal aprovechadas.²³

Texas era el mejor ejemplo de cómo actuaría el Destino Manifiesto en el resto de América del Norte. Sus abundantes recursos naturales no se aprovecharon sino hasta la colonización angloamericana, cuando los inmigrantes hicieron un pacto de gobierno, lograron la autonomía sin ayuda de los Estados Unidos y pidieron entrar como iguales a la Unión.²⁴

El Destino Manifiesto fue, sobre todo, una doctrina demócrata. A medida que el partido trataba de unificarse en los años cuarenta, sus líderes del sur y el oeste reconocían en la expansión territorial un movimiento de gran atractivo popular y se tornaban en sus campeones.²⁵

Para enfrentar los cambios económicos acelerados y la rápida modernización, así como para conservar y reproducir una república agraria, donde reinase la libertad y todos sus miembros tuvieran voz y voto, los demócratas proponían un imperio en expansión, donde se dispersara la población creciente. Querían recrear un pasado ideal, mediante la obtención de tierras, la promoción de la agricultura y la apertura de mercados a los productos rurales. Se protegería así al país de los males industriales.²⁶

Persuadidos de lo excepcional de sus instituciones, los demócratas sostenían que el sistema federal favorecía la expansión externa, y permitía "sin el menor peligro, con la mayor seguridad y con beneficios agigantados, tomar un continente".²⁷ Pretendían asegurar también los límites "naturales" del país, para guardarse de los designios hostiles del Viejo Mundo.²⁸

La victoria de Polk les dio ocasión de llevar a la práctica este programa, aunque entre ellos hubiera diferencias. Para los nortños, adquirir territorios por la coerción y la violencia era inacep-

²³ Juan Antonio Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, pp. 106 ss.

²⁴ Merk, pp. 46-50, 107-108.

²⁵ John H. Schroeder, *Mr. Polk's War. American opposition and dissent 1846-1848*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1973, p. 6.

²⁶ Hietala, pp. xi, 96-97, 100 ss., 177.

²⁷ "Letter of Mr. Walker, of Mississippi, relative to the annexation of Texas", Washington, 8 de enero de 1844 en *ibid.*, pp. 183, 214-215.

²⁸ Merk, p. 33.

table; el Destino Manifiesto consistía en acoger a los vecinos de la Unión, confiados en que éstos se apresurarían a sumarse a ella. Querían Oregón y Canadá.

Los demócratas del medio oeste y del sur aceptaban el uso de la fuerza militar. Los primeros se empeñaban en la obtención de todo Oregón y aun de México entero, los segundos ansiaban Texas y las poco pobladas provincias del noroeste mexicano, pero objetaban la absorción total del país del sur, debido a sus millones de habitantes "de color".

En otras palabras, el hecho de que el Nuevo Continente no estuviera vacío constituía un problema. A corto plazo, muchos demócratas deseaban territorios donde los angloamericanos se impusieran rápidamente y se asegurase la homogeneidad racial y cultural; era secundario lo que sucediera a los habitantes originales, fueran éstos indios o mexicanos. A largo plazo, preveían la ocupación exclusiva de todo el hemisferio por pueblos del más puro linaje europeo.²⁹

Por su parte, muchos *whigs* se oponían al recurso de la guerra, que les parecía inmoral y podía dividir a la nación, pero favorecían el desarrollo mercantil y creían que los Estados Unidos dominarían, algún día, el continente entero. El destino de la república consistía en perfeccionar sus instituciones a través del tiempo, más que en extenderse en el espacio, si bien a los sureños les atraía Texas y a varios novoiñgleses la bahía de San Francisco. Hablaban en nombre de los intereses agrícolas e industriales del noreste, para los cuales ocupar otras tierras implicaba pérdida de población, aumento de salarios y depresión en el valor de la propiedad, así como de muchos agricultores del sur, a quienes dañaría un mayor suministro de algodón.

Los *whigs* llamaban hermanas a las repúblicas vecinas y deseaban limitar la autoridad federal a los asuntos internos y a un área reducida, para poder planear y dirigir los cambios, y no derivar en un imperio. Estaban seguros de que la "misión" de su país era dar ejemplo de los principios "verdaderos".³⁰

En síntesis, los demócratas tenían por ideal una república agrícola y mercantil, pugnaban por un gobierno federal limitado y

por el fortalecimiento del Poder Ejecutivo, y se oponían a la injerencia del Estado en la economía, lo cual podía favorecer a los grupos privilegiados; los *whigs* proponían el progreso industrial, una mayor autoridad de la Federación ante los estados y del Congreso frente al presidente, y la participación pública en los procesos económicos.

A partir de los años cuarenta, se ofreció otra perspectiva a los cambios. Vista como sinónimo del destino de los Estados Unidos —a la vez que como expresión providencial de su misión transcontinental, libertaria y republicana—, la expansión territorial fue también un medio para obtener votos. Si los demócratas hablaban de un imperio agrario, extendido geográficamente, y algunos aceptaron el recurso de la violencia en caso necesario, los *whigs* —menos urgidos de tierras para su proyecto industrial— se interesaron en el mejoramiento, a través del tiempo, de la propia república, y en ser un ejemplo para los pueblos vecinos, con los cuales tal vez algún día se podrían asociar.

Las propuestas de los unos y los otros afectaron en forma distinta la política exterior de los Estados Unidos e incidieron, por ende, en la relación con México.

²⁹ Hietala, pp. 133-134.

³⁰ *Ibid.*, pp. 6, 198; Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, traducción de Juan José Utrilla, México, FCE, 1985 (Colección Popular, 285), pp. 300 ss.

CARLOS BOSCH GARCÍA, INVESTIGADOR Y MAESTRO

Por *Marcela TERRAZAS Y BASANTE*
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

“LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA se terminaba y, para todos los republicanos, al igual que para aquéllos que no tenían una opinión bien establecida, se planteaba ahora la cuestión angustiante del porvenir de la nación. De hecho, el problema general se convertía poco a poco en un problema individual: ¿qué haré, a dónde iré? Cada uno debía evaluar sus oportunidades de subsistencia de acuerdo con sus propias posibilidades”,¹ escribió Carlos Bosch García en un ensayo en el que dejó testimonio de sus vivencias en la guerra, y dio cuenta, asimismo, del tránsito a una nueva etapa de su vida: el exilio o, como mejor decía su amigo Juan Antonio Ortega y Medina: el transtierro. Carlos Bosch salió de su natal Cataluña y, después de la dolorosa experiencia en el Roussillon francés, partió con rumbo a Inglaterra en donde se matriculó en la Universidad de Oxford para proseguir los estudios superiores iniciados en la Universidad de Cataluña; empero, la permanencia en Gran Bretaña fue breve, el estallido de la Segunda Guerra mundial forzó a la familia Bosch García a buscar nuevos derroteros en América. Después de una estancia azarosa en Panamá, Don Carlos llegó a México alentado por la posibilidad de reanudar su formación profesional en la Casa de España a la que ingresó en 1941 para formar parte de su primera generación de becarios. En México concluyó la maestría en Historia, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y el doctorado en la misma disciplina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Carlos Bosch García, “Témoignage: le passage de la frontière”, en Jean Sagnes y Sylvie Caucanas, eds., *Les français et la Guerre d'Espagne*, Perpignan, Centre de Recherche sur les Problèmes de la Frontière, Université de Perpignan, [s. f.], pp. 381-390.

Las experiencias dolorosas de la Guerra Civil española dejaron en él una huella profunda, casi tan honda como aquélla que marcaron sus dos guías: don Pedro Bosch Gimpera,² su padre, y don Silvio Zavala, su maestro, de quienes aprendió, entre otras muchas cosas, la disciplina, el rigor y la pasión por el trabajo; la honradez y la búsqueda infatigable de la verdad; la verticalidad en sus principios y la consecuencia entre éstos y su accionar en la vida. Aprendió también a mirar el pasado como un anchísimo horizonte espacial y temporal, mirada que mucho tenía que ver con la naturaleza del hombre de mar que era, pero que recogió, principalmente, de la perspectiva amplia de prehistoriador y arqueólogo de don Pedro, quien solía sentarse en la mesa de trabajo, cada noche, al final de la jornada, frente a un vaso de whisky, para exponer a su hijo extraordinarias síntesis de la historia cultural de la humanidad.

El espectáculo inesperado y brutal que provocaron los aviones de la fuerza aérea franquista bombardeando a los campesinos: hombres, mujeres y niños que regresaban una tarde de sus faenas diarias cargados de legumbres y flores, llevando al hombro sus aperos de labranza; la impresión sórdida y salvaje de ver sus cuerpos desperdigados en el camino hacia Figueras; el recuerdo amargo de aquellos rostros de mujeres llevando a cuestas a sus hijos y de los ancianos cargados con sus escasas pertenencias, fatigados y hambrientos en la ruta que habría de sacarlos de Cataluña hacia los Pirineos franceses³ selló sin duda el espíritu de Carlos Bosch García; lo forjó, lo acrisoló.

Esta experiencia fortaleció igualmente su convicción en la libertad humana, ideal por el que habría de abandonar su tierra, sus amigos, familiares queridos; marcó también su inclinación hacia los temas de los que se ocupó como historiador: el ensayo comparativo

² Señalan los editores de la obra antes citada que Pere Bosch i Gimpera (1891-1974) es ciertamente uno de los intelectuales catalanes más prestigiosos del siglo XX. Prehistoriador y arqueólogo, profesor de la Facultad de Letras de Barcelona, dirigió las excavaciones de Ampurias, fue decano de la facultad en 1931, después, de 1933 a 1939, rector de la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro de la Acción Catalana y ministro de Justicia del gobierno de la Generalitat de Cataluña de 1937 a 1939, se exilió en Gran Bretaña y después en América y se estableció en México donde fue profesor de la Universidad Autónoma. De 1948 a 1952 dirigió, en la UNESCO, el Departamento de Filosofía y Humanidades y residió en París, *ibid.*, p. 381.

³ El relato de este sobrecogedor episodio que escuché narrar al maestro en una sola ocasión, por el dolor que le producía su memoria, se encuentra en el texto antes citado.

entre la esclavitud prehispánica y las formas de trabajo explotadas en la colonia novohispana y su interés por la independencia de la provincia texana, asunto que lo condujo al problema del centralismo mexicano y del expansionismo estadounidense, así como al estudio de la historia de la relación entre México y los Estados Unidos, área en la que produjo trabajos pioneros en México y donde realizó gran parte de su obra. Sobre estos temas escribió más de una docena de libros; el último de ellos⁴ está en prensa.⁵

Su amplia percepción histórica y su interés por el pasado universal de grandes lineamientos se combinó con el rigor metodológico y con la precisión en el uso de las fuentes documentales. Sus escritos entreveraron el manejo estricto de los documentos por una parte, y, por la otra, el dibujo un tanto impresionista de las síntesis de los procesos históricos de larga duración en los que buscó siempre una explicación; aquella que fuera útil para entender nuestro tiempo. Le preocupó sobremanera que la historia que se cultivaba hoy día fuera verdaderamente capaz de proporcionarnos las herramientas indispensables para entender los cambios recientes en el escenario mundial; se afanó asimismo por insertar la historia mexicana en el devenir histórico hispano y en el contexto más extenso de los procesos mundiales. Este interés quedó de manifiesto en sus obras sobre navegación marítima,⁶ fue ésta la obsesión que le hizo escribir sus dos obras postreras: *México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación*,⁷ y un volumen que quedó inconcluso sobre su mesa de trabajo.

Otra de las grandes vertientes de la actividad académica del doctor Bosch García fue la docencia que practicó durante más de 35 años. Extraordinario maestro y conferencista, sabía cautivar exigentes auditorios, empero, de entre todas las labores docentes, prefirió aquella que él mismo había aprendido en su estancia en Oxford, la formación de vocaciones a través de la tutoría, lo que implicaba una estrecha relación con los estudiantes y exigía la dedicación

⁴ Se trata del tomo II del volumen V de los *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos. Desde la concesión de Garay hasta la empresa privada*.

⁵ El primer tomo del volumen fue publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1992 pero, a petición del propio doctor Bosch, no ha salido a la venta pues forma parte de un volumen.

⁶ Vale citar como muestra su obra *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1985.

⁷ México, CCYDEL, UNAM, 1993.

de mucho tiempo para llevar a buen término la tarea. Así obró con sus alumnos del seminario que impartió en posgrado y con todos aquellos a quienes les dirigió la investigación de la tesis. El maestro se reunía con sus discípulos, por lo menos una vez a la semana, para escuchar con paciencia y corregir, implacable, desde las fichas bibliográficas y de trabajo que le presentaban, hasta la última versión de la investigación. No escatimó horas ni esfuerzos para discutir las ideas e interpretaciones que surgían a partir de aquellos trabajos; fue siempre inexorable cuando se trató de ceñir las investigaciones al rigor académico pero, paralelo a este reclamo, dio, a quienes laboraron bajo su dirección, toda la libertad para elegir el tema de su preferencia y para expresar sus convicciones.

No era fácil convertirse en discípulo de tan exigente maestro, antes había que demostrarle que se estaba dispuesto a trabajar con afán y vocación, con disciplina y entrega. Quien lo lograba conseguía la guía desinteresada y generosa de un maestro de excelencia y, en no pocos casos, encontraba un amigo excepcional, dueño de un corazón tan grande, que sólo podía ocultarse atrás de esa corteza áspera que solía ahuyentar a espíritus poco avezados en la búsqueda de valores humanos auténticos.

CARLOS BOSCH GARCÍA, MI AMIGO*

Por *Silvio ZAVALA*
HISTORIADOR MEXICANO

SEVERA HA SIDO la guadaña que corta las vidas en el mes de febrero de 1994.

Primero perdimos, el 5 de ese mes, a monseñor Manuel Ponce Zavala, alto poeta michoacano, sacerdote ejemplar, conservador ilustrado del arte sacro, compañero distinguido de labores en el Comité Conmemorativo de Vasco de Quiroga.

Una semana después, el día 12, concluyó la existencia terrenal de don Antonio Pompa, que fue dinámico bibliotecario del Museo de Antropología, infatigable rescatador y ordenador de archivos provincianos como el de Pátzcuaro, animador de los trabajos de micropelícula que fue reuniendo en la mencionada biblioteca, investigador seguro de la cronología eclesiástica, historiador sensible a los movimientos de la historia social, como lo muestra su comprensiva biografía del general Salvador Alvarado, revolucionario que tanto influyó en la historia contemporánea de Yucatán.

Ahora, el 22 de febrero, tenemos la pena de perder a Carlos Bosch García, querido discípulo, amigo y excepcional investigador de la historia de las relaciones diplomáticas, según puede verse en la serie de *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos de América* (México, UNAM, 1983-1992, 5 vols.), y en el volumen de síntesis *Problemas diplomáticos del México Independiente* (México, UNAM, 1986). También cultivó la historia marítima de nuestro país, por ejemplo en *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América* (México, UNAM, 1985), y en el más reciente que lleva por título *El descubrimiento y la integración iberoamericana* (México,

UNAM, 1991). En relación con esta materia, se dolía de verla postergada entre los intereses de la población del altiplano, aunque trataba de la conexión fundamental entre nuestro país y los continentes de Europa, África, Asia y otras partes del propio hemisferio americano. También laboró por lograr una visión de conjunto según se refleja en *Latinoamérica. Una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX* (México, UNAM, 1978). La síntesis nacional aparece en el volumen sobre *México en la historia, 1770-1865* (México, UNAM, 1993). Y prestó un servicio perdurable a la enseñanza con *La técnica de investigación documental* (México, UNAM, desde 1959, que llegó a su undécima edición, Trillas, en 1985).

Carlos llegó a México a consecuencia de la Guerra Civil española de 1936 a 1939 y de la Segunda Guerra mundial que se desarrolló desde 1939 hasta 1945. Traía buena educación, adquirida en su tierra natal de Cataluña, en Francia y en Inglaterra. Era hijo del eminente antropólogo doctor Pedro Bosch Gimpera, antiguo rector de la Universidad de Barcelona, conocedor distinguido de la prehistoria europea y en particular de los pueblos que se reunieron para crear la comunidad de las Españas, tema el segundo al que dedicó su valiosa obra que lleva por título *El problema de las Españas* (México, UNAM, 1981).

Tanto el padre como el hijo habían sufrido las penalidades del exilio, lo cual me lleva a recordar que al recibir en la ciudad española de Oviedo el Premio Príncipe de Asturias 1993, que Carlos fue el primero en celebrar, hice presente que la Casa de España en México existió desde julio de 1938, para ofrecer un albergue a profesionales, académicos y artistas exiliados. Ella se transformó en El Colegio de México a partir de octubre de 1940. Nuestro país abrió sus puertas a fin de hacer posible que los intelectuales españoles siguieran desarrollando sus actividades propias. La obra se apoyó en una inteligente y generosa decisión del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), rodeado de aptos asesores en el caso, entre ellos Isidro Fabela, y en posesión del don de saberlos escuchar. La viuda de Cárdenas, doña Amalia Solórzano, declaró hace poco tiempo, con valor y verdad, que México también se benefició al actuar de esa manera, que nos ha dejado frutos culturales valiosos y duraderos. Es de recordar que al Colegio llegaron destacados becarios de los países americanos que se beneficiaron al recibir las enseñanzas de los maestros españoles y mexicanos. Carlos era hijo de uno de esos maestros españoles, se formó en la primera etapa del Colegio, y dejó un ejemplo intachable de su amor a las dos patrias, a las que lega no sólo sus obras, algunas de las cuales ya hemos

* Publicado originariamente en *El Búho*, suplemento cultural de *Excelsior* (México), el 6 de marzo de 1994.

mencionado, sino también valiosos alumnos que supo formar en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Todos sus amigos sabemos que su esposa Elisa Vargas Lugo es a su vez un sólido pilar del cultivo de la historia del arte mexicano, tanto en el Instituto de Investigaciones Estéticas de dicha Universidad como en el Seminario de Cultura del que es miembro titular. Sus trabajos sobre el pasado de la pintura colonial ocupan un lugar destacado dentro y fuera de nuestro país, y sus conocimientos acerca del arte en general son debidamente apreciados, como puede verse en el notable panorama del desarrollo que ha tenido esta especialidad en nuestro país, que ofrece en su ensayo intitulado "Rescate y comprensión del arte novo-hispano", publicado en el recomendable volumen de *Cultura mexicana, 1942-1992*, editado por dicho Seminario en México, 1992. Ella también se encuentra rodeada de colegas y distinguidos alumnos que la ayudarán a sobrellevar la pena que ahora enluta su fino hogar mexicano.



Hacia 1964.

SEMBLANZA DEL HISTORIADOR Y EL HOMBRE

Por Beatriz RUIZ GAYTÁN
CCYDEL, UNAM

QUÉ NO SE HA DICHO EN MÉXICO del exilio español de finales de la década de los treinta. Y mucho se seguirá diciendo, sin duda, de los intelectuales que llegaron a nuestro país y de lo que su presencia significó en la vida de éste; presencia que vigorizó las ciencias humanísticas y biológicas, las bellas artes, la técnica, la moda, la gastronomía, el teatro, el cinematógrafo, los toros, el deporte, la moderna y apabullante industria de la comunicación y muchas cosas más.

Y no es que fueran grandes multitudes las que llegaron, sino que eran seres en los que todavía campeaban —usado el verbo en la muy antigua acepción de tremolar banderas— los viejos valores del honor, la lealtad, el buen nombre, en una palabra: la derechura a plomo, pero no de plomo, sino de materia noblemente dúctil y flexible capaz de dar y recibir todo aquello que hace más enjundioso el vivir y el convivir. Por eso aquellos añorados del exilio calaron pronto y bien en el ambiente mexicano, lo asumieron, lo abrazaron, lo gozaron y lo sufrieron como cualquier buen ciudadano de este país, pero tal vez con más fuerza y entrega porque llevaba el añadido inevitable de una nostalgia de buena ley, una pena de buena entraña y un legítimo amor por la patria dejada. Carlos Bosch fue un acabado ejemplo de esto.

No por haber llegado muy joven dejó de vivir su recio catalanismo entre dolido y tierno, entre angustioso y alegre, entre charlador y silencioso; del mismo modo intenso vivió su mexicanismo, dicharachero y burlón, engallado y solemne, cuando no tímido y ocurrente.

Carlos no ocultaba lo que sentía y pensaba; por eso, aunque ya no esté, si uno quiere encontrarlo puede hacerlo en sus libros y en sus pinturas. Si en alguna de sus obras nuestro amigo se descubre :

sí mismo es en ese pequeño tomo amarillo con un sugerente boceto marino en la portada y un título poético a más de histórico, porque el autor sabía también rastrear en la historia las emociones y los estados de ánimo.

*Sueño y ensueño de los conquistadores*¹ es en cierta forma una catarsis —segura estoy de que sin pretenderlo— anunciada suave y seriamente en el breve prólogo con que el propio doctor Bosch abre su libro.

Hay una lejana similitud en el destino de “esos hombres llenos de vida y de esperanzas que vinieron a América”² y Carlos, que vino por diferentes e inesperados motivos, pero igualmente joven, lleno de vida y de esperanzas, interrogantes esperanzas diría yo, porque, pensándolo bien, el atractivo de cualquier esperanza radica en que siempre es interrogante, pero siempre es también alentadora.

Aquellos muchachos emigrantes se adherieron a empresas grandes o pequeñas antes jamás pensadas, y las cumplieron lo mismo los del siglo XVI que los del XX. “Impresiona reflexionar en el destino final de estos hombres”³ dice nuestro autor; muchos acabaron desterrados, perseguidos o se convirtieron “en pacientes candidatos a premios reales que nunca llegaron”.⁴

Brillante merecedor de reconocimientos académicos que llegaron, alguno después de vencer insulsas condiciones de forma, alguno más ciertamente tardío y otros que nunca llegaron; Carlos jamás, espontáneamente, sino incitado por interlocutores, colegas o alumnos, comentaba esto alguna vez y no con amargura, pero siempre con un cierto desencanto, o con una palabrota —eso sí— adecuadísima.

¿Director de... algo? Imposible, después de haber vivido, pensado y trabajado en, por y para México tal cosa no podía ser porque... iera español! Y aquel mexicanísimo español seguía repartiendo con generosidad ejemplar su tiempo y sus saberes entre cuanto estudiante se acercaba a él en demanda de cualquiera orientación académica y hasta no académica si así se le requería.

Discretamente no entraba en asuntos de política nacional, pero sí en puntos de política universitaria. Poner en solfa su calidad de

¹ Carlos Bosch García, *Sueño y ensueño de los conquistadores*, México, UNAM, 1987.

² *Ibid.*, p. v.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

mexicano no era de extrañar, pero dudar de su calidad de universitario le resultaba intolerable.

En su libro Bosch nos muestra la individualidad, la creatividad y la gran iniciativa personal de los conquistadores; él era también así, individualista, creador, innovador. En seres con talento y sensibilidad no es posible —y qué bueno— ni evadirse a lo que la tierra, el aire y la luz de un lugar determinado injertan en los que nacen en él, ni pasar de largo por los sitios en los que se vive. El maestro fue la concreción de un carácter en el que se encontraron: todo lo acumulado en la Marca Hispánica, en esa Cataluña peculiar y europeizada desde la época de Carlomagno; todo el épico horror del heroísmo anónimo que supuso en la guerra española de los treinta salvar, a lomo de los Pirineos, gentes que huían en busca de libertad; todo el colorido y la humedad aplastante pero fértil del istmo panameño, por el que también anduvo regalando ayuda; y por fin todo el haz de contradicciones que se ocultan en el fondo de lo mexicano, ante las cuales más de una vez se detuvo perplejo pero siempre con afán de discernir.

Nada de esto turbó el ánimo de Carlos, más bien le ayudó a desentrañar muchos problemas históricos de caletre en los que pocos incursonian tal vez porque no es común contar con el rico sedimento de experiencias y cultura que forman el tiempo y las circunstancias en las vidas extraordinarias.

En el libro que aquí hemos recordado se nos relata con lucidez y tranquilidad un hecho que ha metido en “camisa de once varas” a varios historiadores: el forcejeo entre los valores medievales del pueblo español y las novedades que oponía el mundo moderno; Bosch García padeció el caótico vivir de fuerzas enfrentadas pero supo decantaras y encontrar lo que en ellas había de fecundo. Así el historiador reafirmó una bella idea que expone en sus páginas y de la que él mismo fue un testimonio, “el papel del español en la vida consiste en tener una misión que cumplir en ella”.⁵ Los que conocimos a Carlos sabemos que para él cada cosa, un examen, un dictamen, una clase, una asesoría, escribir un libro, dictar una conferencia magistral o corregir faltas de ortografía era una misión y la cumplía con creces, sin trampas y sin regateos. Indudable misión primordial para el transterrado ilustre fue la de ser buen mexicano, y la cumplió en su vida académica, en su profesión de historiador, en sus tareas de profesor, en su vida privada y en sus relaciones de

⁵ *Ibid.*, p. 124.

amistad; todo lo hizo sin traicionar ni su personalidad de origen ni su ser de adopción.

Le gustaban los retos, era un historiador distinto, sus temas elegidos nunca fueron fáciles, por el contrario, eran temas complejos, grandes, universales.

Si algún joven aspirante a profesional de la historia me preguntara qué libro leer para aprender a escribir una historia tersa, compacta y concreta, de interés mexicano y universal, capaz de transmitir sin aspavientos la grandeza, el rigor, lo valioso y lo mezquino de la conquista de México, le recomendaría —aunque discrepe personalmente en algunos puntos— éste de los sueños y los ensueños, éste de la historia contradictoria de España y América, éste que cuenta cómo se rompió en los conquistadores el embeleso de la conquista y cómo fueron despertados violentamente para enterarse que su época había terminado.

Igualmente le sugeriría que para aprehender el ámbito mexicano, lugar de acción de los conquistadores, observara la pintura de Bosch, porque éste, hombre de habilidades varias, sabía despejar otras puertas de la percepción, ya que pintaba tal como historiaba. Así como se metía en los vericuetos del pasado se metía en la intimidad de lo que trasladaba al lienzo, y transmitía a quien supiera verlo el bello drama del paisaje mexicano: atmósfera, nubes, mar, calles pueblerinas que por no llevar a ningún lado, llevan a infinitas soledades; en lontananza manchas de casitas indefinidas en un valle abajo de la carretera, verdes que para asomar al cielo luchan con denuedo entre peñascos lisos, altos, secos.

La pintura de Carlos, como sus libros, enmarca grandes temas, aborda espacios sin límite y lleva sin duda la intención generosa de que otros vean y sepan.

UN PARADIGMA HUMANO Y ACADÉMICO

Por *Horacio CERUTTI GULDBERG*
CCYDEL, UNAM

POSEEDOR DE UNA CUALIDAD difícil de encontrar: decía lo que pensaba y no mezquinaba su sinceridad ni siquiera a sus ocasionales contrincantes. No consideraba una gentileza la adulación inmerecida. Hizo de la crítica un ejercicio constante y primario de auto-crítica. Sus trabajos debieron superar, previo a todo, su actitud alerta y su ojo clínico implacable consigo mismo por íntima convicción. Sus alumnos —a quienes dirigió sus tesis— lo saben mejor que nadie.

¿Y sus expresiones incontenibles de ira? Escondían bajo su explosividad a un ser muy tierno, que cultivaba con esmero la capacidad de indignarse ante lo intolerable. ¿No es eso lo que debe esperarse de un académico de tiempo completo? Salvo que confundamos la vida académica y la búsqueda del conocimiento con la mollicie y la inercia burocrática...

Respetuoso como el que más de la legislación que rige nuestra convivencia en la UNAM, jamás dudó de su subordinación a los fines académicos sustanciales que la institución persigue. No se sometió a lo arbitrario. Pidió razones. Jamás se consintió una actuación que fuera en contra de sus convicciones. ¿Demasiado rígido? ¡Implacable en el cumplimiento de su vocación, que experimentó como un destino! Orgulloso de su alcurnia académica, hacía gala sin falsas modestias de su estirpe intelectual.

Cultor del documento, celoso de sus interpretaciones, escrupuloso hasta la obsesión, maniático de la corrección, amante del rigor y metodólogo insuperable. Transmitió a aquellos de sus discípulos que estuvieron a la altura, hábitos de trabajo cual huellas indelebles. Maestro integral, nunca sospeché siquiera que se pudiera serlo a cabalidad sin la práctica, al mismo tiempo, de la investigación profesional. ¿Cómo enseñar lo que no se sabe? ¿Cómo reiterar lo ya sabido sin agregarle creatividad y, por cierto, toque personal. Cientista social con sentido humanista, hombre culto, memorioso de la

historia, no perdió jamás la humildad consustancial al que sabe y no necesita apantallar a nadie.

Su intransigencia ¿le sirvió a la institución?, ¿le sirvió a él? Seguro a él le costó mucho. Pero, la institución deberá estarle siempre agradecida, porque en esos puntales o pilotes morales se asienta su clave de bóveda.

Amigo entrañable, practicó la honestidad como un modo de manifestar su cariño y de hacerse querer. Murió con las manos a la obra, devorando el tiempo para llegar a la meta con los objetivos cumplidos.

El mejor homenaje fraterno a este emérito eminente, será reflexionar sobre cómo él hubiera actuado o actuaría en los momentos críticos que seguramente vendrán. Así se mantendrá la memoria viva del paradigma humano y académico que constituyó Carlos Bosch.

CARLES BOSCH I GARCIA (1919-1994).
SOM I SEREM GENT CATALANA,
TANT SI ES VOL COM SI NO ES VOL

Por *Elsa Cecilia* FROST
CCYDEL, UNAM

NO FUE LA NUESTRA UNA "amistad de toda la vida". Se inició bien entrada ya la madurez y fueron relativamente pocos los años de intercambio. Pero lo que faltó en tiempo quedó más que compensado por un afecto anclado —más allá de los comunes intereses académico-profesionales— en un hecho escueto: el estar yo casada con un catalán. Porque Carlos Bosch, por más que bromeara acerca de su condición de mestizo (su madre fue andaluza), fue básicamente un catalán hecho y derecho. Quizá para quien no haya tenido trato cercano con esta gente la frase no diga gran cosa y piense, muy lógicamente, que ser catalán viene a ser en última instancia lo mismo que ser argentino, francés o australiano. Pero no es así, ser catalán no es haber nacido en una determinada región (de la que provengan también padres y abuelos), hablar "otra" lengua romance, sentir un menosprecio rencoroso por Madrid y tener "bon seny" (expresión intraducible, pero que viene a designar una muy peculiar sensatez), sino que implica todo eso y mucho más. Algo que quizá pudiera caracterizarse como una lacerante conciencia histórica.

Si los mexicanos llevamos años preguntándonos por nuestra identidad, para el catalán esta cuestión carece de sentido. Si los mexicanos seguimos —tras casi cinco siglos— sintiéndonos *nepantla*, los catalanes son y se reconocen como tales a partir del siglo VIII.

Lo cual no quiere decir que la región hubiese estado despoblada hasta entonces. Por lo contrario, paso obligado al Mediterráneo, la población se formó a partir de la mezcla de iberos con fenicios, griegos, cartagineses, romanos y godos. ¿Por qué decir pues que Cataluña nace hacia 778? La razón es que a partir de ese año las tropas francas, enviadas por Carlomagno, lograron detener la marea árabe

y establecer la Marca Goda, es decir, la frontera entre los pueblos germanos y el Islam.

Los siete condados creados por la invasión de los francos, cuyo conjunto llevó el nombre de Septimania, formaron un marquesado cuyo gobierno recayó con frecuencia en el conde de Barcelona, quien hacia 865 se convirtió en soberano de un territorio más reducido, la Marca Hispánica, muy relacionada con sus vecinos del Languedoc y de Provenza, pero independiente. Independencia que, contra viento y marea, defienden hasta hoy.

No hay por qué detenernos en las circunstancias que llevaron a la unión del condado de Barcelona con la Corona de Aragón ni a la unión final de ésta con Castilla; bastará con tener en mente que Cataluña se enfrentará desde entonces a las tendencias absolutistas del poder central, conociendo triunfos y derrotas, una efímera república (1640), la auto-anexión a Francia y finalmente el retorno a la Corona española (1659), situación que hará crisis durante el gobierno del primer Borbón: Felipe V. En la Guerra de Sucesión, Cataluña fue partidaria de la Casa de Austria y el castigo no se hizo esperar. Una pragmática de Felipe anuló los fueros de Valencia, Aragón y Cataluña, en 1714 se disolvió la Generalidad y la región fue a partir de entonces sólo una más dentro de España. Aun el idioma debía desaparecer al convertirse el castellano en la lengua común de todas las regiones, es decir, en español.

Fue quizá la época más terrible de Cataluña, 'perdida en un rincón de España, va a vegetar con una vida pobre y miserable, lejos del poder, lejos de los nuevos ideales, lejos de las grandes empresas nacionales y europeas'.¹

En el siglo siguiente caerá sobre ella un nuevo castigo por haber sido carlista, cuando el triunfo lo recogerían las manos de los isabelinos. Pero quizá por haber tocado fondo surgió un fuerte movimiento —la *Renaixença*— que si empieza por la industrialización, llevará al reconocimiento de la diferencia entre las leyes civiles de la familia catalana, sus costumbres y las instituciones supervivientes frente a las del resto de España. Pero más que nada a la revalorización de la lengua, que al llegar la hora "se yergue entera, fuerte, plena de vida renovada y lista para emprender la larga reconquista de la cultura catalana".²

¹ Enric Prat de la Riba, *La nacionalitat catalana*, México, Edicions de la Biblioteca Catalana, 1947, p. 18.

² *Ibid.*, pp. 182-183.

El nacionalismo catalán de fines del siglo XIX se planteó tres metas nacionalísimas: la restauración de la lengua, el mantenimiento del derecho y la conservación de la riqueza.

En 1886 se fundó el primer periódico en catalán, el *Diari Català*, cuyo fundador, Valentí Almirall, asentó en su primer editorial que el diario "no sólo estará escrito en catalán, sino que hablará tan catalán como pueda y no sólo hablará tan catalán como pueda, sino que procurará pensar y obrar a la catalana".³ Si bien afirmaba desde 1877 que "los catalanes son tan españoles como los habitantes de las otras regiones de España y lo son no sólo por sentimiento, sino por reflexión".⁴

Años después, pero dentro de esta misma corriente, el padre de Carlos, el doctor Pedro Bosch Gimpera, demostraría el absurdo de considerar a los castellanos como los más españoles de todos los españoles, cuando son descendientes de quienes se asentaron en ese territorio ¡apenas en el siglo VI a.C.!⁵

En este clima de catalanismo —quizá exacerbado en su caso por ser hijo de quien era— nació Carlos, a menos de un año de la redacción del proyecto de estatuto, surgido del movimiento autonomista y aprobado por el consejo de la mancomunidad, parlamentarios y ayuntamientos catalanes del 23 de enero de 1919.⁶

Documento cuyas bases serán recogidas cuando, al triunfo de la república, se apruebe el Estatuto de Cataluña, cuyo artículo 10. asienta: "Cataluña es un Estado autónomo dentro de la república española".⁷ Porque al fin, tras "visicitudes de todo tipo, días de gloria y de persecución, de apogeo y de decadencia", como dice don Pedro Bosch en su "Prólogo", Cataluña recobró su autonomía por perderla al fin de la guerra civil.

Es indudable que todo esto marcó a Carlos. De tal modo que ni la derrota y el exilio, ni su "empatriamiento" en México pudieron hacerle olvidar su catalanismo.

Su obra histórica, hecha en México y para México, refleja esta condición. Lo que puede parecer poco creíble, pues ¿qué tiene que

³ *Diari Català*, 4 de mayo de 1886.

⁴ Varios, *El problema nacional català. 1a. part: antecedents històrics*, México, Edicions Horitzons, 1961, p. 58.

⁵ Citado por Prat de la Riba, p. 41, n. 3. Como se ve los prehistoriadores tienen otro concepto del tiempo.

⁶ Cf. Josep M. Poblet, *Història bàsica del catalanisme*, próleg de Pere Bosch i Gimpera, Barcelona, Editorial Portic, 1975, apèndix núm. 2, pp. 395-407.

⁷ *Ibid.*, apèndix núm. 3, pp. 409-424.

ver la esclavitud prehispánica o el mester político de Poinsett con lo ocurrido a orillas del Mediterráneo? Sin embargo, Carlos aplicó sus vivencias catalanas para explicar algunos hechos de la historia de México. Recuerdo una de sus tesis, la que enfrentaba a los hombres de mar con los hombres de tierra. "Cataluña y Portugal —nos dice— tradicionales históricamente, marineras-liberales, burguesas, navegantes e industriales, basadas en una economía moderna de hombres libres y preocupados por su comunidad, democrática y constitucional y regida de manera representativa",⁸ se enfrentaron a Castilla, reino de la meseta, pastor, expansivo y guerrero, "con un profundo sentido nobiliario y con ligas insustituibles de dependencia hacia el rey" y la balanza se inclinó hacia ésta. Lo que podía haber sido un diálogo entre los hombres de mar y los de tierra adentro se convirtió en un monólogo, que fue acentuándose cada vez más con cada nuevo paso hacia la centralización. Así, la desventura de España —si con este nombre nos referimos a todas sus regiones y no sólo a Castilla— se reflejó en América. "El vuelco castellano hacia la modernidad, envuelto en la fuerte carga religiosa y contra-reformista, impidió la entrada franca de Castilla [y de sus reinos de ultramar] a esa modernidad y ello fue motivo del fracaso".

Si esta tesis de Carlos Bosch incita al análisis, a la reflexión y a la crítica, alguna vez le oí una propuesta —que no sé si llegó a poner por escrito y en tal caso en qué parte de su extensa obra se encuentra— que resulta estremecedora en estos momentos. Basado en la historia de los catalanes, empeñados, como hemos visto, en mantener o recuperar su autonomía en un Estado multinacional, Carlos veía la solución a muchos de los problemas de México en la aceptación de las autonomías indígenas y en su representación, como tales, en el cuerpo legislativo.

Bastan estos dos ejemplos para mostrar cómo puede un hombre con vocación auténtica aunar y encontrar sentido a las experiencias más disímiles. O cómo, en manos de un buen historiador, todas las piezas pueden encontrar su lugar debido.

⁸ Carlos Bosch García, *Tres siglos de navegación mundial se concentraron en América*, México, UNAM, 1985, *passim*.

UNA SEMBLANZA

Por Alberto ANTÓN CORTES
DIPLOMÁTICO ESPAÑOL

HACE UNOS DÍAS FALLECIÓ en la ciudad de México el profesor Carlos Bosch García. Le falló su cansado corazón, que tantas energías había derrochado y tantos nobles sentimientos había albergado a lo largo de su intensa vida.

La figura de Carlos Bosch es bien conocida en el vasto mundo universitario mexicano y ocupa un puesto destacado entre los investigadores de la historia de América (su aportación en este campo es abundante y muy rigurosa). Pero, por encima de la inmortalidad que le da su obra, el profesor Bosch sigue viviendo a través de los sentimientos de gratitud que deben albergar tantas y tantas promociones de universitarios, políticos y diplomáticos mexicanos que se formaron —académica y humanamente— con su inestimable ayuda.

Yo no tuve el privilegio de formarme académicamente con él. Lo conocí, por casualidad, hace casi seis años, cuando estaba destinado en la Embajada de España en México, y, durante los dos años aproximadamente que nos tratamos, mientras se tejía la más profunda amistad que dejé en aquel entrañable país, aprendí a comprender lo que son los desgarros del exilio y también la grandeza del sentimiento de gratitud hacia el país de acogida, México en su caso.

Carlos debió llegar a México cuando rondaba los veinte años. Procedía de Francia, de Inglaterra y de Panamá, donde había pasado los primeros momentos del exilio tras la Guerra Civil española. Al cabo de algunos años adquirió la nacionalidad mexicana, más como símbolo de gratitud hacia el país de acogida que por razones de utilidad. Pero Carlos Bosch siempre se sintió, hasta la médula, español y catalán. Toda su persona y sus costumbres demostraban que era así. Su peculiar mestizaje espiritual lo hacían especialmente apto para comprender, mejor que otros, muchas de las cosas de España y los españoles y de México y los mexicanos. A él le debo en gran medida que me entrara por las venas el "veneno" mexicano.

Para Carlos Bosch, el exilio —huella indeleble de su personalidad— tenía un aspecto emotivo que trascendía el fenómeno meramente político: por un lado, estaba la nostalgia de su tierra natal, traducida en tantos y tantos detalles que tuve la ocasión de comprobar, y por el otro, su constante profesión de fidelidad a México. Todo ello lo llevaba para adelante Carlos, con una actitud quiijotesca que era totalmente espontánea en él.

El profesor Bosch García siempre demostró devoción hacia su padre, el insigne profesor Bosch Gimpera, que tan buenos frutos diera para la investigación científica, la vida pública catalana y las universidades española y mexicana. Evoco la figura del padre aquí no por necesidad de subrayar la del hijo, sino sencillamente como recuerdo de algo que a él le he oído hacer con mucha frecuencia.

Fue Carlos Bosch un hombre fiel a sus ideas, sobre todo las que se habían fraguado en él antes del estallido de la Guerra Civil, y esa fidelidad tenía un importante componente sentimental: solía convertir sus ideas en afectos. Era republicano antes de partir para el exilio y lo siguió siendo hasta el final de sus días. Sin embargo, pude constatar su enorme satisfacción por la reconciliación entre los españoles bajo el nuevo estado de la monarquía y también su orgullo, como el primero de los españoles que entonces nos encontrábamos en México, por el éxito de las sucesivas visitas de los reyes de España a aquel país. No fue un hombre hábil en la lucha por los "honoros". La vida social no se le daba demasiado, más bien la rehuía. En cambio, sabía hacer auténticos amigos. Guardaba sus energías para sus discípulos, para sus trabajos de investigación y para las numerosas conferencias que le pedían.

Hoy, cuando lo busco en mis recuerdos, lo encuentro en aquella casa tan especial de la colonia San Jerónimo, de México, sentado en su biblioteca, entre sus miles de libros, con su ordenador delante, trabajando, acompañado de su mujer, la querida Elisa Vargas Lugo, profesora como él. No fue casualidad que muriera en esa biblioteca, al caer la tarde, "con las botas puestas".

PRIMERA LECCIÓN: RETROSPECTIVA

Por *Graciela* ARROYO PICHARDO
CENTRO DE RELACIONES INTERNACIONALES, UNAM

A la memoria del Maestro Carlos Bosch García

FUE HACE TREINTA AÑOS cuando, como estudiante de la carrera de Ciencias Diplomáticas, en la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, cerrábamos un ciclo de estudios con el curso de "Historia de la diplomacia y de las relaciones entre México y Estados Unidos (siglos XIX y XX)" que impartía el doctor Carlos Bosch.

Él era una persona imponente y su renombre como maestro y especialista en la historia de la diplomacia entre México y el vecino del norte era bien conocido. Consciente de la distancia que lo separaba de nosotros sus alumnos, distancia aumentada por el tono grave y sonoro de su voz —a pesar del reducido tamaño del salón de clases—, acostumbraba propiciar en las primeras lecciones un cierto acercamiento, contándonos algunas anécdotas de su vida. Una de sus preferidas era la de que, recién llegado a México, acostumbraba vestirse con un "llamativo traje morado", de pantalón corto y calceatas, lo que, aunado a su pelo rubio, su tez rosada, sus ojos café claro y su recia estatura, era motivo de curiosidad para la gente de aquí, cosa que él no entendía, ya que en España era de lo más común.

Ese primer por qué, subjetivo en una primera instancia, lo colocó en un cruce de caminos. El encuentro con nuevas costumbres y formas de vida lo llevarían a tratar de entender otras condiciones históricas y a descubrir detrás de ese enorme obstáculo denominado Frontera Norte, allende México, un material inédito de investigación y conocimiento.

Empezó a llenar así, acuciosamente, varios libros de argumentos y respuestas tratando de comprender cuál es el fondo de las diferencias entre los pueblos y el por qué de malentendidos y problemas.

Llegó así a la elaboración de una teoría sobre algunas de las causas de conflictos entre civilizaciones diferentes, ahora de moda, con la perspectiva de "los de abajo" que "los de arriba" han ignorado.

Historiador tozudo por herencia y riguroso investigador por formación y autodisciplina, confesaba haber ido incluso en contra de los cánones más tradicionales en materia de investigación, en su afán de escapar a la influencia de ideas preconcebidas y conceptos arraigados en su búsqueda de un conocimiento objetivo sobre el por qué de la incompreensión y los problemas entre México y Estados Unidos, una historia que habría de marcar nuestro futuro y cuyas consecuencias, más de siglo y medio después, aún están vigentes. Las demandas de entonces han ido encontrando por la "guerra", la intervención económica y otros recursos, las respuestas que la política se negó a dar durante toda una época. Por lo demás, recientemente se ha recurrido a un método "natural" del que a la larga se obtendrán buenos resultados: voltear la táctica mediante la asimilación de cuadros mexicanos a la cultura estadounidense, amén de otras circunstancias mundiales, que también facilitarán el proceso. Pero la investigación emprendida por el maestro Bosch, basada en documentos y las lecciones de la propia historia, habían ya establecido su verdad. No podría después alegarse ignorancia por desconocimiento, ni tampoco desconocimiento por ignorancia. Encontrar la clave para evitar futuros conflictos entre las dos naciones fue la estrategia de la intensa búsqueda emprendida por Carlos Bosch en los archivos diplomáticos, el mexicano y el del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Su propuesta era la de optar por un método directo y una actitud abierta a cualesquiera que fueran los hallazgos y la dureza de las conclusiones. La constatación fue la de la existencia de una situación de tirantez, de malestar y de incompreensión entre ambas partes. Un entendimiento de mayor fondo sólo habría de encontrarse en la historia de una y otra civilización, en las características de una y otra cultura, la base, la comprensión de lo humano en su especificidad y diferencias; en el entendimiento de los pueblos y de los individuos como entes configurados por una determinada trayectoria histórica y por una situación enmarcada dentro de una época delimitada, no por fechas precisas ni por hechos concretos sino por el cúmulo de circunstancias que los rodean y que condicionándose mutuamente vienen a definir al grupo. He aquí algunas de sus premisas.

México y los Estados Unidos son dos naciones con raíces históricas y naturalezas individuales y colectivas diferentes; el doble origen indígena y latino del primero no es negado en ningún momento

de su historia; la herencia española reflejada en instituciones, formas de vida, costumbres, etc., se conjuga con formas autóctonas tratando de conservar un pasado y una experiencia de dominación y control. Así, el sistema feudalista impuesto en la Colonia con su tradición de señorío, se convierte en uno de los principales obstáculos para el entendimiento inicial con los Estados Unidos.

Los colonos españoles llegan a América con el espíritu del Renacimiento. Habían encontrado la "verdad absoluta" y la transmisión a la sociedad mexicana, proscribiéndole el intercambio de ideas y haciéndola individualista, conservadora, absolutista y clerical.

El colono anglosajón llega a Norteamérica con una dependencia más bien teórica de la Corona inglesa. Es autosuficiente, es libre y puede desarrollar sus propios medios de vida, circunstancias que lo harán más tarde fuerte y poderoso. Surge de ahí una forma sui géneris de propiedad privada que pronto habría de oponerle a sus vecinos de la Nueva España.

El colono anglosajón capitaliza la tierra, el trabajo y el ahorro y emprende la marcha, primero hacia el Oeste y más tarde hacia el Sur en su innato afán de expansión territorial.

A diferencia de los españoles, los colonizadores del otro lado del Bravo llegan a América empujados por el movimiento de la Reforma, no poseen la verdad absoluta sino la duda y en su interés por resolverla buscan el diálogo y practican la tolerancia, de ahí el parlamentarismo característico de los regímenes anglosajones.

Los colonos ingleses llegan a América sin una legislación que menoscabe su albedrío, construyen y modifican las circunstancias en la medida en que mejor se adaptan a sus intereses. Es así como una vez independizados de Inglaterra y conscientes de su existencia soberana, se lanzan a la conquista de nuevas fronteras buscando márgenes cada vez mas amplios a su seguridad.

Tratando de borrar para siempre la influencia inglesa en América, y temerosos de una posible intervención de la Santa Alianza en el Continente, esgrimen cual mágico baluarte la Doctrina Monroe basada en tres principios: el aislacionismo, el anticolonialismo y la no intervención, principios cuya elasticidad interpretativa y pretensiones de "deber ser" universal, reflejan la oposición existente entre Estados Unidos e Inglaterra rechazando la presencia de potencias europeas en el norte del continente.

Buscan fundamentar así su expansionismo territorial, como expresión de potencia, y se consideran el país elegido por el Destino para controlar y "señorear" el resto del continente americano.

México, mientras tanto, había alcanzado su independencia, pero no había logrado modificar el carácter de su estructura colonial. En lo social y en lo económico subsisten las antiguas formas, México sólo busca una manera diferente de organizarse políticamente, y la falta de armonía entre los factores políticos, económicos, jurídicos y sociales es lo que le impedirá afrontar satisfactoriamente los problemas que se le presentarán a lo largo del siglo XIX frente a la diplomacia ambiciosa y predestinada del vecino del norte.

El México independiente, llevando a cuestras las estructuras y problemas heredados del choque y superposición de dos civilizaciones totalmente diferentes, recibe un tercer choque cultural al enfrentarse al designio expansionista de los Estados Unidos. El resultado inmediato tendría que ser el conflicto y el asedio constante del vecino anglosajón.

En un primer momento, la rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra trata de ser superada por el primero mediante la expansión territorial, en lo que fueron posesiones españolas ahora libradas a la soberanía de un poder sin fuerza ni experiencia. Mientras que Inglaterra, habiendo abandonado ese criterio de riqueza por el de la fuerza y la expansión del comercio apoyado en la naciente Revolución Industrial, trataba de acercarse por ese medio a los países latinoamericanos. La firma del tratado Adams-Onís (1819) como forma de resolver el problema de las fronteras con España, después de la compra a Francia de la gran Luisiana (1803) y la posterior adquisición de la Florida, al mismo tiempo que cierran la posibilidad de puertos francos para el comercio británico, abren el problema de los límites y hacen plausible la continuación de su expansión territorial a costa de territorio mexicano.

La lección de Inglaterra no se hace esperar y el gobierno norteamericano apuesta, mediante la gestión del enviado Joel Poinsett, al logro de un triple tratado sobre "límites, navegación y comercio" con México y tratando de obtener así ventajas frente a las aspiraciones británicas. México condicionaba la firma del tratado de comercio al arreglo de las fronteras, y los Estados Unidos lo de las fronteras al comercio. Se firma así el tratado de comercio en 1825, quedando pendiente la cuestión de los límites. Después de cuatro años de inútiles gestiones al respecto, Poinsett abandona el país acusado de intervención, incomprensión y violencia. Al organizar a los liberales republicanos para facilitar su misión, no hace sino sembrar el germen del nacionalismo mexicano que habría de revertirse en su contra.

La sucesión de hechos suscitados desde entonces en la relación con los Estados Unidos, sólo nos confirma la tesis original del maestro Bosch: desconocimiento e incomprensión debido a trayectorias históricas, culturales, éticas y religiosas diferentes, como causa de los constantes problemas entre ambos países.

El caso Butler, representante norteamericano que llega a México en 1829, es por demás ilustrativo. Fue él quien, movido por una desmedida ambición y por los intereses creados entre los colonos de Texas, inventa un personaje ficticio supuestamente allegado al gobierno de Santa Anna que funge como "intermediario" en la negociación para la compra de Texas. Incitados a la sublevación, los colonos texanos suscitan una serie de demostraciones antinorteamericanas que dan por resultado una serie de reclamaciones ante el gobierno de México. Éste, lejos de contestarlas y conociendo el trasfondo de las intenciones de Butler, pide su retiro al gobierno norteamericano.

La insistencia en las reclamaciones y la posterior declaración de la independencia de Texas en 1836 provoca un conflicto de soberanías entre ambos países y la ruptura de relaciones en 1844. Mientras tanto, llevado el asunto de las reclamaciones a una decisión arbitral, ésta falla en 1839 fijando en contra de México una elevada suma.

La proclamación de la anexión de Texas en 1845, y la falta de pago de las reclamaciones por escasez de recursos llevan, en 1846, con el pretexto de un incidente fronterizo, a la declaración de guerra a México. La paz, concluida en 1848 después de un prolongado armisticio, impone como condición nuevas modificaciones a la frontera, como indemnización de lo cual se deduciría lo relativo a las reclamaciones. Fue así como Nuevo México y la Alta California pasaron a la soberanía de los Estados Unidos. El resultado de tales arbitrariedades habría de ser la política defensiva de México, con principios tales como no intervención, respeto al Derecho Internacional, inviolabilidad de la soberanía nacional, etcétera.

El impulso expansionista de los Estados Unidos no terminaría allí: después de la franja norte del territorio mexicano, completada en 1859 con la compra de La Mesilla y el fallido tratado McLane-Ocampo, se abriría un círculo de influencia que abarcaba desde las Antillas hasta Filipinas y se cerraba por Alaska y el Canal de Panamá.

Es después de la Guerra de Secesión cuando los Estados Unidos pasan del capitalismo agrícola al industrial y financiero. Como

consecuencia, el dominio económico de los Estados Unidos se extiende rápidamente por toda América Latina, produciéndose con ello un fuerte antagonismo entre ambas partes.

La actitud de intervención, de invasión y de expansión territorial y económica de los Estados Unidos hacia México y otras regiones del continente y del mundo se hará reiterativa, convirtiéndose en la tónica de la política exterior norteamericana. El espacio de su seguridad mundial acaba por extenderse más allá de los límites del espacio físico, convirtiéndose en principal argumento de su política internacional apoyada luego en el mayor potencial militar de la historia. Junto con ello, una "perspectiva" etnoamericana del mundo, sus problemas y sus soluciones, se convertiría en teoría política en donde el "poder", el "realismo" y el "interés nacional" de los Estados Unidos serán los paradigmas centrales y la medida de todas las demás políticas.

México ha sido el "laboratorio" en donde los Estados Unidos han "experimentado" la estrategia de sus relaciones internacionales. En ella no se han preocupado por conocer la historia y entender la cultura, aspiraciones e intereses de los demás, sino en "aculturar" a los otros y en hacer prevalecer sus intereses. El respeto mutuo, la comprensión y la colaboración amistosa, no encajan en los marcos de su idiosincrasia. Son y seguirán siendo, como lo descubriera el maestro Bosch en los documentos de la historia diplomática, un país para quien sólo cuentan los propios intereses.

Ésa fue no sólo su primera, sino su gran lección, que muchos aún ignoran o prefieren ignorar.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosch García, Carlos, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos. 1819-1848*, México, UNAM, 1961.
 Bosch García, Carlos, *Material para la historia diplomática de México*, México, UNAM, 1957.

MIS RECUERDOS DE CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Liborio VILLALOBOS CALDERÓN*
CENTRO DE RELACIONES INTERNACIONALES,
FCPYS, UNAM

EN UNA DE LAS MÁS LOGRADAS de sus obras, *El ser y la nada*, Jean-Paul Sartre insiste en la insignificancia de la muerte concibiéndola como un puro hecho que al igual que el nacimiento viene de fuera, del exterior, transformándonos en exterioridad. Dice que, en el fondo, la muerte en nada se distingue del nacimiento, y llama facticidad a la identidad del nacimiento y de la muerte. En estos términos la muerte no concierne propiamente a la existencia humana. Pero si bien es cierto que no concierne a la existencia sí compete a la naturaleza y a la conciencia humanas, de ahí la terrible extrañeza de que la muerte del profesor Carlos Bosch García no le haya merecido a quienes tienen la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México una manifestación de pesar y duelo.

De pesar. Carlos Bosch García es uno de los maestros fundadores de esa facultad y, junto con otros dos o tres prestigiados mentores, es el padre de los internacionalistas mexicanos, al menos de aquéllos formados en la academia.

De duelo. Él es uno de los primeros autores del acervo bibliográfico de la naciente Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales cuyas obras siguen siendo material obligado de consulta y estudio.

En efecto, su libro *La técnica de investigación documental* es una herramienta indispensable para los estudiantes de todas las disciplinas que pretendan investigar dándole el debido crédito a los autores; son instrumento para saber bien buscar, analizar y describir las fuentes. Son, por último, algo tan necesario que cualquier escuela debería editar para enseñar cómo se debe investigar sin plagiar, cómo hacer una tesis con método, cómo manejar las fuentes y

cómo interpretar los hechos históricos, respetando y dando crédito a quienes lo hicieron antes que uno.

Fui alumno de Carlos Bosch García en 1960 y en los años subsiguientes. En aquel año, recién desempacado de la Universidad de Guanajuato, con la avidez intelectual propia de tal circunstancia, abrevé de su palabra y también de su postura. De él aprendí el método de estudio, basándome en sus técnicas de investigación documental. Gracias a ello supe evaluar, comprender y asimilar el nefasto suceso histórico en el que México perdió más de la mitad de su territorio.

Bien recuerdo que el profesor Bosch García exponía los hechos históricos de la relación bilateral México-Estados Unidos con rigor científico, con mística académica y con imparcialidad. ¡Qué envidia! Ahora como profesor estoy convencido de que no lo hago como él; sin embargo, no dejaré de ser el ideal a alcanzar.

En 1962 sólo quedábamos docena y media de estudiantes de mi generación, escuchábamos su cátedra con dedicación y con devoción, sus conocimientos y la forma de expresarlos hacían que nuestra atención no se desviara, que tomáramos apuradas notas y lo interrumpiéramos para que nos aclarara algunas dudas.

Ahora, al pergeñar estas dolorosas líneas tengo el reflejo de su bonhomía, de su rostro adusto y agradable y el recuerdo de su paciencia y el sabor de su sapiencia para responder con profundidad y sencillez nuestras interrogantes, para explicarnos con detalle ameno el por qué de las cosas. Su explicación nunca pecó de insuficiencia, fue vasta, amplia y profunda.

En el devenir todo ocurre, terminé los estudios a pesar de seguir estudiando, dejé la Facultad a pesar de seguir "facultando". Veinte años después lo encontré en un acto académico. Tres décadas más tarde convivimos en Culiacán, si mal no recuerdo en uno de los seis informes gubernamentales de Francisco Labastida Ochoa, esposo de su ex alumna María Teresa. Qué agrado volver a comentar con él del Plan Tres Ríos, de los festivales culturales y de la labor socio-cultural de la gobernadora.

Hace unos cuantos meses, en la casa de comunes amigos, le comenté que la acuarela que me había regalado seguía orlando mi lar. La pintura fue otra de sus grandes pasiones, algunas de sus obras se reproducen en *México frente al mar* (México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas).

Ahora bien, en este México convulso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, de globalización y de incertidumbre, no quisiera terminar estas líneas sin una cita que nos tiene que

hacer reflexionar, cita de Carlos Bosch García, hijo de Pedro Bosch Gimpera y de Josefina García, a quien me remito y los remito:

Durante mucho tiempo ha existido tirantez y malestar, e incluso falta de comprensión entre nuestros dos países. La cuestión, sin ningún género de duda, está latente. Nos adentramos en su estudio no para remover antiguas rencillas, sino para fomentar el conocimiento de las causas de los conflictos; conocimiento que servirá, quizá, para que se eviten en lo futuro. Es imposible que la ignorancia pueda hacer el conocimiento entre los pueblos, y por eso, cuando llegamos a puntos delicados, optamos siempre por tratarlos a fondo, convencidos de que perseguimos un objetivo real... La naturaleza de estas dos unidades, por un lado la sajona y por otra la hispana, debe ser analizada con cuidado para comprender los problemas que surgen de su contacto. Es muy diferente la herencia de cada una de ellas. Incluso en su estructura colonial fue distinta. Por un lado una colonia que asimila hasta donde es posible y que siente placer y curiosidad al asimilar a pueblos distintos, que se mezcla con ellos, admite y propicia ese mestizaje que será donde más tarde fundará su propio destino, la nueva nacionalidad. Del otro lado, una colonia que no asimila, sino que repele y empuja lo que encuentra en su camino. Estas dos experiencias son fundamentales en la formación de las dos nacionalidades; y matizan su proceder al encontrarse como naciones, ambas formadas por pueblos étnica y culturalmente distintos.¹

¹ Carlos Bosch García, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848*, México, UNAM, 1961, pp. 28-29.

LLANTO LAICO EN RECUERDO DE CARLOS BOSCH GARCÍA*

Por Santiago ROEL
EX CANCELLER MEXICANO

CUANDO ENTRÉ a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a tomar clases con él, ya conocía alguno de sus libros.

Creía saber bastante de historia mexicana en relación con la de los Estados Unidos de América.

En la primera clase, y frente a mis jóvenes compañeros, me dio la palabra. Escuchó con paciencia, midió mis conocimientos sobre el tema desarrollado y pronto me puso en mi sitio al encargarme el primer trabajo.

Al principio fue deliberadamente duro y exigente y me demostró —socráticamente— que creyendo saber mucho del tema, en realidad nada sabía.

Que para saber historia, había que *abrevar* en las fuentes y saber interpretarlas.

Años de estudio

CARLOS Bosch García había pasado por lo menos cincuenta años de su productiva existencia estudiando los archivos del Congreso de Estados Unidos o microfilmado los documentos del caso y, después, con base en ellos, continuaba desarrollando sus tesis en el histórico santuario de su propia casa.

De estos temas había publicado varios y sesudos libros: desde el primero, relativo a la época de Poinsett, *El mester político de Poinsett en México*, hasta pasada ya la segunda mitad del siglo XIX. Salvo Matías Romero, que había vivido la historia *in situ*, nadie mejor que el maestro Bosch había perseguido el hilo de Ariadna de la relación de nuestro país con el del norte.

* Publicado originariamente en *El Economista* (México), el 7 de marzo de 1994.

Pronto empecé a entender su disciplina y la profundidad de su cultura universal.

En los modestos cubículos de la Facultad de Filosofía y Letras carecíamos de toda comodidad material: las sillas y las mesas estaban desvencijadas y cada uno de nosotros tenía que aportar sus propios gises para plasmar cualquier tema en sus pizarrones, tan rugosos como las cavernas de Altamira, en las cuales el hombre de Cro-Magnon dejó las huellas de su arte primitivo.

Es verdad: carecíamos de comodidades materiales; pero las suplíamos con el talento inaudito, profundo y universal del maestro Bosch.

Sabía de todo: de arte y de música; de pintura —pintaba casi tan bien como escribía—; de viajes, de vinos y de cantos; de literatura y poesía; de amores y afectos; de tristezas, penas y desazones. Nada humano le era ajeno, excepto la amargura.

Sindbad el Marino

AL escucharlo, sentíamos que era una especie de Sindbad el Marino sentado en la proa de su barco, que había navegado por todos los océanos del mundo y cada cátedra suya era otro capítulo más que agregaba a sus propios relatos de navegante universal.

Pronto nos hicimos amigos y comprendí su soledad y su angustia: todo lo había gozado y lo había sufrido todo. Había subido a los cielos y descendido a los avernos del sufrimiento.

Digna compañera

EN su dorada madurez encontró “a la vera de su menda” a una mujer excepcional: doña Elisa Vargas Lugo, digna compañera de su vida, quien, al igual que Carlos, es historiadora y de las mejores de México.

Mujer fina, inteligente y elegante, de señora prosapia hidalguense y delicada sensibilidad, fue su compañera de muchos años, hasta la hora de su muerte.

Elegante atuendo

CARLOS vestía con descuidada y limpia elegancia. Una sola vez lo vi de etiqueta y casi por obligación, cuando ingresó a la Academia de Historia en que las reglas del caso así lo exigían.

Jardines de Academo

Lo visitaba con asiduidad en su casa de San Jerónimo. Al penetrar en su hogar sentía transportarme a los siglos coloniales. Había extraordinarios cuadros, libros valiosos, incunables, tesis estudiantiles, muebles y rincones amables, y entre luces y sombras se percibía un jardín anexo a su biblioteca lleno de flores y de tiestos.

Allí, en esa casa llena de luz, conversé, desayuné, comí y cené siempre en compañía de él y de doña Elisa: de amigos, universitarios y maestros. Siempre se aderezaba la comida con dilectas conversaciones y sabrosas viandas y vinos legendarios.

Quien conocía a Carlos, no tenía más remedio que admirarlo y quererlo. Tengo además la impresión de que mis genes judaico-regiomontanos y los suyos catalanes y por tanto fenicios, se identificaban en una especie de Mediterráneo espiritual.

Lo vi muchas veces antes de morir; pero nunca sacié mi afán de conocerlo más y mejor. La última vez fui leyendo en la pantalla de su computadora capítulos enteros de su próximo libro *inacabado*.

Carlos, maestro y amigo: ya te has reintegrado a la energía universal. Seguramente estarás en algún *topos uránios* del Universo, conversando sin límite de tiempo con tu padre, don Pedro Bosch Gimpera. En esa eternidad sin fronteras y en comunicación perenne seguramente continuarás charlando de tus temas predilectos: del ser humano que a pesar de tantos siglos de historia no encuentra aún ni la luz del conocimiento pleno ni el camino de la redención y del amor.

HOMENAJE A MI QUERIDO AMIGO EL DOCTOR CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Martha* DE JÁRMY CHAPA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

BUSCANDO, DE MANERA REITERADA, un posible director para mi tesis de licenciatura llegué un día, llena de temor y aprensión, al cubículo de trabajo que ocupaba el doctor Carlos Bosch García en el Instituto de Investigaciones Históricas, hace ya alrededor de quince años. Varias personas se habían referido a él como el más indicado para trabajar el tema que me proponía investigar y que estaba dentro de su especialidad. Se decía que se trataba de un maestro severo y exigente y además, una persona seca y difícil de tratar. Se hablaba de la estricta disciplina que imponía a sus alumnos, la responsabilidad y puntualidad que exigía en el trabajo, requisitos todos ellos efectivamente necesarios para ser aceptados por él.

Pero también me habían dicho que bajo su guía se forjaban historiadores capaces. No dudé un momento en acudir en busca suya: era el maestro que yo necesitaba, porque estaba decidida a acercarme al quehacer histórico con la mayor seriedad y a aprender el oficio con todo el rigor que éste amerita.

Esperaba que aceptara ser mi tutor académico, cosa que no hacía con facilidad; para fortuna mía accedió a serlo, comenzando de esa manera una intensa y fecunda labor que duraría muchos años. Fue no sólo director de mi tesis de licenciatura, sino más tarde también de la de maestría.

No es fácil comunicar todo lo que significaron esos años para mí: fue abriendo en mi mente horizontes insospechados en su amplitud, acerca de lo que era el trabajo del historiador, la belleza y satisfacción que había en una investigación bien realizada, en el estudio de un tema hecho con todo rigor y la profundidad necesaria, y los sorprendentes resultados que se podían obtener. Me enseñó paso a paso lo que era el oficio de historiar (así, tal cual: historiar), en toda su complejidad y riqueza, la seriedad y responsabilidad que re-

quería el allegarse los datos, documentos y materiales, ordenarlos, analizarlos con la mayor objetividad de que se es capaz, extrayendo después conclusiones que iluminaran el problema, proporcionaran otros elementos y arrojaran nueva luz sobre el tema. Todo ello me lo supo comunicar, tal como él lo había aprendido de su padre, el ilustre antropólogo e historiador catalán doctor Pedro Bosch Gimpera.

Fue cultivando mi mente con enorme paciencia, como cultiva un agricultor experimentado un campo de labranza; fue retirando abrojos y hierba mala, abriendo surcos y colocando en ellos semilla de óptima calidad, abonando y regando la tierra amorosamente, porque debo decir que ya para ese momento había descubierto en él, bajo la apariencia áspera, al ser bondadoso y tierno que era. Una vez que se convencía de que existía disposición y entrega al trabajo, una encontraba en él una veta inagotable de generosidad y calor humano: generosidad con su persona, con sus conocimientos, su experiencia, su tiempo y sus libros. Poco a poco, además del maestro severo y capaz, se fue tornando en el amigo cercano y querido que llegó a ser para mí hasta el último de sus días. Me abrió las puertas de su corazón y de su casa, en donde, junto a Eli, su compañera de toda la vida, siempre se encontraba el ambiente acogedor y cálido, la palabra de bienvenida, la invitación espontánea, siendo ambos extremadamente generosos con los seres que nos acercábamos en busca de su amistad o su consejo profesional.

Algo de lo mejor que ha sucedido en mi vida fue el haber conocido al doctor Carlos Bosch García. A través de sus ojos descubrí vastos panoramas de una insospechada riqueza en el quehacer histórico, pleno de posibilidades y significados profundos para el que sabe asomarse a él. Me enseñó la belleza y la profundidad a las que se podía acceder en ese campo si una se aplicaba al trabajo desempeñándolo con amor y con rigor académico. Llegó un momento en que ya era difícil distinguir al maestro del amigo. Como tal, me enriqueció en gran manera al brindarme una sincera y firme amistad.

No olvidaré jamás ese largo trecho de mi vida compartido con él, porque ha sido de los más plenos y satisfactorios.

Es mi deseo consignar aquí un sincero homenaje de gratitud al maestro estricto, riguroso, que lograba extraer lo mejor que en una había en el terreno intelectual, pero mucho más todavía, al amigo generoso, cálido y de una pieza que supo ser.

Tuve la enorme fortuna de platicar con él por teléfono la mañana del día en que se fue. Como yo no creo en las casualidades, sé que la vida me brindó la oportunidad de poderme despedir de él. Querido amigo, descansa en paz.



Con su esposa Elisa Vargas Lugo.

RECUERDO DE CARLOS BOSCH GARCÍA

Por Patricia GALEANA
INSTITUTO MATÍAS ROMERO, MÉXICO

SON POCOS LOS HOMBRES Y MUJERES que adoptan una nacionalidad por decisión propia, Carlos Bosch fue uno de ellos; hijo del ilustre prehistoriador español Pedro Bosch Gimpera, decidió ser mexicano en diciembre de 1944, cuando tenía 25 años. Su dedicación a la tarea docente fue ejemplar; la continuó durante toda su fecunda vida, dedicada fundamentalmente a nuestra Facultad de Filosofía y Letras, donde recibió su grado de maestro en Historia en 1945 y de doctor en 1960. Gracias a la seriedad de sus estudios fue becado por El Colegio de México, por las fundaciones Guggenheim y la Rockefeller.

Su obra histórica se caracteriza por contar con una acuciosa y exhaustiva investigación en los archivos, lo que le da una consistencia que nunca alcanzarán trabajos basados sólo en el material bibliohemerográfico.

No tuve la fortuna de ser su alumna, pero conocí su bien ganada reputación de maestro afamado y exigente y recibí sus enseñanzas, primero a través de sus libros y después de sus consejos como colega.

Posteriormente tuve el privilegio de contar con su amistad y orientación cuando fui investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra máxima casa de estudios. Fue Carlos Bosch, junto con Gisela von Wobeser y mi querido maestro don Juan Ortega y Medina, quien me dio la bienvenida al Instituto.

Bosch fue mi vecino de enfrente en los cálidos —tanto por lo acogedores como por su temperatura— cubículos de madera de la Torre de Humanidades. El primer consejo que me dio a mi llegada al Instituto, fue que mantuviera cerrado mi cubículo, ya que como nos encontrábamos junto a la cafetera, si la puerta estaba abierta, todos se sentarían a platicar y no nos dejarían trabajar. Se quejaba constantemente de quienes lo interrumpían, convirtiendo al Instituto en centro de reunión social.

Tuvo Carlos la generosidad de leer algunos de mis textos y me hizo observaciones siempre atinadas, no sólo de fondo sino de forma. Solía decir que todas las palabras que sobrarán en cada frase había que suprimirlas; sólo así se lograría mayor claridad para transmitir las ideas. El historiador, decía Bosch, debe usar un lenguaje llano y directo.

Hombre de convicciones, se caracterizó por defender sus tesis apasionadamente. Así se ganó el respeto de nuestra comunidad académica, por la honestidad y congruencia con las que sostenía sus convicciones y por la emoción con la que siempre buscó la verdad histórica y la justicia. Fue implacable como sinodal en los exámenes profesionales y como presidente de Comisiones Dictaminadoras. Me tocó verlo en acción en la del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, de la que también soy miembro.

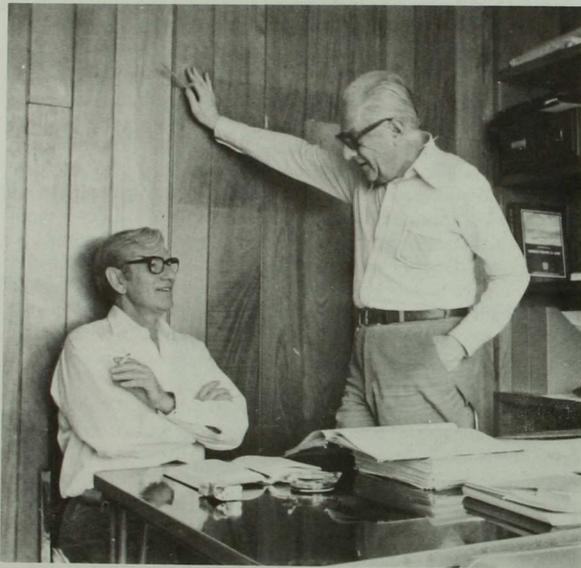
Pocos como él supieron combinar el trabajo docente con el de investigación. Entre las aportaciones de su obra historiográfica, la más significativa sin duda es la de la historia diplomática, pionera de este campo.

Don Genaro Estrada, en 1930, dio impulso al estudio de la Historia Diplomática en México con la creación de la *Colección del Archivo Histórico Diplomático*. Consciente estaba el canciller sina-loense de la importancia que tiene el quehacer histórico de nuestro país, en sus relaciones con la comunidad internacional. Fuera de esta colección que hasta la fecha ha publicado 148 volúmenes, que contienen los documentos de los archivos de la Cancillería mexicana, la producción historiográfica en esta materia es lamentablemente escasa. De ahí el gran mérito de Carlos Bosch García al destacar la importancia del estudio de nuestras relaciones internacionales. Bosch comprendió que es indispensable conocer la historia diplomática del país para poder ubicar en su correcta dimensión a los diferentes momentos de la historia nacional en el contexto mundial.

Fuera de los colaboradores de la *Colección del Archivo Histórico Diplomático*, que en su mayoría son miembros del Servicio Exterior Mexicano, en nuestras instituciones de investigación por muchos años se omitió este aspecto fundamental de la historia política. Por todo ello es menester hacer un reconocimiento al historiador Carlos Bosch García. Entre sus obras destacan las dedicadas al estudio de las relaciones de México con nuestro vecino del norte, así como sus vínculos con las potencias del siglo pasado.

En estas breves líneas en honor del maestro, el historiador y el amigo, quiero dejar constancia del aliento que, en su quinta época,

Carlos Bosch García dio a la *Colección del Archivo Histórico Diplomático* de la Cancillería mexicana, como miembro de su Comité Editorial, así como de mi agradecimiento por sus lecciones de metodología de la investigación, el que seguramente comparten muchos colegas. Espero poder regresar pronto a mi cubículo universitario y seguir su ejemplo de trabajo en la rica veta de las relaciones de México con el mundo, que él nos mostró.



Con el doctor Juan Antonio Ortega y Medina en su cubículo del Instituto de Investigaciones Históricas, hacia 1989.

IN MEMORIAM: CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Modesto* SEARA VÁZQUEZ
UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA
DE LA MIXTECA, MÉXICO

LA MUERTE DE CARLOS BOSCH nos sorprendió a sus amigos. Siempre sorprende la muerte de alguien a quien se aprecia y cuya desaparición provoca en nosotros un sentimiento de rechazo. Sin embargo, las noticias que teníamos respecto a su precaria salud debían de habernos preparado para ello.

Carlos Bosch se ha ido, y aunque el vacío que deja en el plano intelectual queda en parte lleno por su obra como historiador, que seguirá siendo utilizada por los que quieran comprender mejor a México, la ausencia de una persona que había sabido crear tantas amistades y lealtades afectivas será resentida por todos sus amigos y discípulos.

Toda su vida la había dedicado a la Universidad, en donde fue, más que un simple profesor, un verdadero maestro, heredero de la hidalguía y la hombría de bien de su padre, don Pedro Bosch Gimpera, otro ilustre universitario.

Yo conocí a Carlos Bosch en la Universidad Nacional, hace más de treinta años, y desde entonces mantuvimos una amistad nunca interrumpida. En aquella época estaba yo como investigador en el Instituto de Derecho Comparado (hoy de Investigaciones Jurídicas), y él desarrollaba paralelamente a sus labores académicas otras administrativas, en la dirección de publicaciones de la UNAM, donde publiqué mi primer libro, la *Introducción al Derecho Internacional Cósmico*. Curiosamente, unos pocos años más tarde él volvió a tener una influencia determinante en la publicación de otro de mis libros, el *Derecho Internacional Público*, que escribí a petición suya, para la editorial PORMACA, un proyecto conjunto de Manuel Porrúa y Macmillan, que dirigía Carlos.

La relación fue mucho más cercana en la Facultad de Ciencias Políticas, donde Carlos Bosch impartía la cátedra que compartía

con sus investigaciones sobre la política exterior de México. La historia de las relaciones entre México y Estados Unidos en el siglo XIX debe mucho a las investigaciones que él realizó y que hoy son de consulta obligada. Pero de entre todas las publicaciones de Carlos Bosch, mi favorita es la que escribió sobre México y el mar, probablemente porque en ella volvemos a coincidir, al ver en el mar el gran futuro del país.

Cuando se pierde un amigo, se pierde una parte de nosotros mismos, porque los amigos forman parte esencial de lo que somos. Pero también se gana un recuerdo, y los recuerdos son menos efímeros que la vida. El recuerdo de Carlos Bosch, el amigo, seguirá perdurando entre todos los que lo conocimos, porque nadie que lo conociera podía no ser su amigo.

SIMPLEMENTE UN TESTIMONIO

Por *Rosa María ROMO LÓPEZ*
INTERNACIONALISTA MEXICANA

BREVE RELACIÓN EN EL TIEMPO y sin embargo, por la trascendencia de su personalidad, fructífera y perdurable. Conocí al doctor Carlos Bosch García a mi paso por la Coordinación del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM en la década de los ochenta, el mismo lapso en el que la licenciada Irene Zea fue jefa del Departamento de Relaciones Internacionales.

Como digo, el contacto fue breve pero suficiente para apreciar en él al colaborador comprometido con nuestra institución universitaria —libre de intereses sectarios y egoístas que traban todo desarrollo colectivo— en su proyecto de investigación, docencia y difusión cultural, correspondiendo a lo que de ella recibió, acrecentado con la riqueza humana por él acrisolada a través de su vida en España, su tierra natal, y en otros países como Inglaterra, Francia y Panamá, así como de sus estudios en México en diversos centros de educación superior, en donde satisfizo su sed de conocimiento, y en donde desarrolló su actividad científica como estudiante, como investigador y como docente.

En el campo de la investigación dispensó especial atención a la historia de las relaciones diplomáticas, particularmente entre México y los Estados Unidos de América, profundizando en el conocimiento de los problemas de nuestro país al inicio de su vida independiente, que coincide con el de la expansión norteamericana.

A su perseverante instancia, el acervo filmico universitario se acrecentó con la adquisición, muy importante para la investigación y conocimiento de nuestra historia, de 556 rollos de microfilm, vendidos por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América y procedentes del Archivo Nacional en Washington, material que cubre la etapa de 1848 a 1910 y que se clasificó en cinco rubros:

1. Instrucciones diplomáticas del Departamento de Estado.
2. Despachos del Ministro de Estados Unidos a México.
3. Notas de la Legación de México en los Estados Unidos al Departamento de Estado.
4. Notas del Departamento de Estado a las legaciones extranjeras en los Estados Unidos de América.
5. Despacho de los consulados de México, Manzanillo, Tampico y Veracruz.

Junto con la licenciada Irene Zea, tuve la satisfacción de impulsar este proyecto en el Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales para dotar a la Universidad con esta infraestructura que permite a los investigadores de nuestra realidad social acceder a fuentes primarias y posibilita una continuidad en el estudio histórico que fue abordado de inmediato y fructificó en la elaboración de varias tesis de licenciatura y de posgrado. El mismo doctor Bosch, pionero en la investigación sobre el siglo XIX, publicó una síntesis de *Problemas diplomáticos del México Independiente*, México, UNAM, 1986, y cinco volúmenes de *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos*, México, UNAM, 1983, 1992.

Su perspectiva humanista se perfiló a lo largo de sus investigaciones centradas en América Latina y particularmente en México, preocupado por la lucha por su libertad y por su integración y analizando sus relaciones con los Estados Unidos de América y con Europa.

Como docente, el doctor Bosch formó a sus alumnos en sus propios valores de disciplina y honestidad en el trabajo, impulsándolos a realizar junto con él y a proseguir su infatigable labor como investigador fuera y dentro del campo documental en el cual se nutría. Su obra *La técnica de investigación documental* contó con once ediciones desde 1959 hasta 1985. El árido trabajo lo convertía en amena comunicación del saber logrado.

Sobre sus cualidades profesionales destacó su bondad como característica esencial humana que sostiene la trascendencia de su labor científica y hace perdurable su ejemplo entre discípulos, colaboradores y amigos que nos preciamos de haberlo conocido.

CRÓNICA DE UN SAFARI ARQUITECTÓNICO

Por *Federico SESCOSE*
MIEMBRO HONORARIO DEL INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

NUESTRA AMISTAD COMENZÓ UNA TARDE del mes de julio de un año de la década de los cincuenta en que llegó a mi casa un jovenzuelo a decirme que unas "señoras muy importantes" querían conocerme, y, como es natural, no pude resistir la tentación, y acompañando al mandadero llegué hasta una pequeña y humilde fonda que por aquel entonces había sido instalada precisamente enfrente de la esplendorosa fachada de la catedral de Zacatecas, la cual se encontraba debidamente iluminada con potentes reflectores cuya luz permitía apreciar todos los detalles de su profusa ornamentación.

Las tres "importantes señoras", guapas y bien vestidas, atractivas y amables, me recibieron extendiéndome sus manos generosamente sobre la tosca mesilla de pino, y con una sonrisa a la vez gentil y altiva me invitaron a ocupar el cuarto asiento y comenzamos a entablar el obligado coloquio sobre la joya arquitectónica de Zacatecas.

Una de las damas era la doctora Elisa Vargas Lugo, que habría de llegar a ser la esposa del maestro Carlos Bosch García, historiador de nota en ramos tan especializados y poco transitados como las tortuosas y oscuras relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos y las casi desconocidas peripecias y aventuras de una nación confinada por las inmensidades del Atlántico y el Pacífico que, lejos de haber sido connotada por su importancia marítima, su istmo, sus playas y sus grandes planicies costeras, se había hecho famosa por sus minas de plata en el lomo de su esqueleto montañoso y por sus civilizaciones indígenas ubicadas en las altas mesetas.

Carlos Bosch, esposo de Elisa, había de convertirse junto con ella en una pareja de entrañables amigos con la cual emprendí el

año de 1980 un safari arquitectónico-fotográfico por los cuatro puntos cardinales de mi estado natal, Zacatecas, poco conocido por ellos y por casi todos los mexicanos, en sus grandes desiertos del norte, en sus extensos campos labrantíos del noroeste, sus soledades cubiertas de inmensas nopaleras por el oriente y sus abruptos y feraces cañones en el sur, flanqueados por altas sierras y rágidos por los ríos más importantes —aunque no mucho— del estado.

Comenzamos por el oriente, sobre la carretera que une a Zacatecas con San Luis Potosí, utilizando los esposos su vagoneta Volkswagen, provista de todas las facilidades imaginables para una excursión como aquélla, en la que habríamos de tener como base de operaciones la capital del estado, y de allí partir hacia los cuatro puntos cardinales, para retornar a veces al cómodo alojamiento de un hotel y de mi casa y pasar también alguna noche durmiendo en nuestros vehículos. Yo, por mi parte, iba solo, en una camioneta de carga de media tonelada provista de una caseta con ventanillas y cortinas laterales y un colchón con su correspondiente almohada y sus cobijas. Casi la totalidad de las vituallas había sido provista por los esposos Bosch, con el buen gusto y la esplendidez de Elisa y el conocimiento de Carlos sobre los más eminentes productos de la vinicultura de su tierra catalana, o de la nunca bien alabada región de La Rioja, cuyas delicias habrían de amenizar los sucesivos banquetes “sobre la hierba” que se completaban con los más variados y exquisitos menús, de los cuales gocé diariamente en su agradable compañía.

Carlos Bosch era un catalán “británico”, con estudios en Oxford que le habían dejado un doble y simpático carácter de “historiador-cazador” que, con sus flexibles piernas, su bien configurado rostro de mechón en la frente, su sombrero de anchas alas y su cazadora de cuatro bolsillos, me hacían recordar a uno de aquellos intrépidos exploradores del África, como Burke o Livingstone, y, a la vez, me traían a la mente los versos de Rubén Darío dedicados a Teodoro Roosevelt:

Cazador primitivo y moderno
sencillo y complicado
con un algo de Washington
y cuatro de Nemrod.

Llegamos, por principio de cuentas, a lo que fuera la antigua hacienda del Carro y que ahora se llama, para su desventura, “González Ortega”.

Su iglesia, única en muchos aspectos dentro de la producción arquitectónica de su época, fue mandada construir por don Juan Nepomuceno Moncada y Berrio, tercer conde de San Mateo de Valparaíso y Marqués de Jaral de Berrio y, según datos de Elías Amador en su *Bosquejo histórico de Zacatecas* (capítulo LXXVIII) tuvo un costo de 100 000 pesos y el arquitecto que trazó y dirigió la espléndida obra fue Tomás Castillo, constructor indígena originario de San Luis Potosí.

La iglesia se conserva milagrosamente intocada, con su tribuna para la familia de los condes, su pintura original, con retratos de algunos de sus miembros pintados en las bóvedas en forma de querubines, y en mi concepto es una obra romántica, digna de codearse con las más insignes de Tolsá o Tresguerras. Con una fachada sobria, complementada por dos bellísimas torres de remates piramidales. Con su planta cruciforme, su cúpula con apoyos y refuerzos en forma de modillones invertidos, las cupulillas de sus dos sacristías y la homogeneidad y belleza de su cantera rosa, la elegancia de diseño de todos sus detalles ornamentales, pináculos, macetones, flameros, ventanas y linternillas, la hacen, a mi juicio, un ejemplo tan insigne como desconocido de una rica manera de ver el neoclásico con gran acierto en las proporciones, precisión en las líneas y armonía en la composición.

De allí pasamos al pueblo de Pinos, que por aquel entonces aún se encontraba repleto de anuncios de refrescos, bebidas y cigarros; de letreros luminosos parpadeantes y otras horribles adiciones que lo afeaban y que ahora han sido totalmente eliminados, juntamente con uno que otro adefesio arquitectónico. Sus calles han sido limpiamente pavimentadas y arboladas y el acceso al bello y raro ejemplo que es la iglesia de Tlaxcalilla, extraño caso de un templo del siglo XVIII que soporta sobre sus lomos uno del XIX y que no por ello deja de tener gran unidad y belleza, con la pintura azul y blanca de sus fachadas que —acierto de efecto sorprendente— se complementa con un grupo de gallardos cipreses que alegran y a la vez solemnizan la primera visión del conjunto.

Visitamos también el templo de San Francisco, que aún tenía su piso de madera de pino y debajo antiguas tumbas del tiempo colonial. Resaltaba su bello retablo de estípites y su inefable “Cristo manco crucificado”, que no por incompleto deja de ser hermoso, y finalizamos la visita en la parroquia que, como Tlaxcalilla, también soporta el peso —lateral— de una imponente iglesia del XIX, la cual se entromete por el lado izquierdo, mutilando la fachada por la

calle de ese lado, ignominiosamente, de la cual sólo sus arcos de medio punto fueron concluidos y que en su interior alberga únicamente pequeños aposentos que sirven para las oficinas parroquiales.

De allí nos pasamos a visitar una de las grandes haciendas mezcaleras, fabricada por miembros de la dinastía Gordoza, ubicada hacia el poniente del pueblo, más allá de las numerosas e imponentes ruinas de las fundiciones mineras de los siglos XVIII y XIX llamada La Trinidad; enorme complejo de construcciones vacías en magnífico estado de conservación. Un repertorio de formas geométricas circulares, prismáticas, cónicas y cubiertas con sucesivas bóvedas de cañón, en las habitaciones de los peones, grandes galpones que albergaron las tinas de fermentación y las bodegas; redondos molinos para hacer girar en ellos las grandes piedras de metapil, movidas por troncos de mulas para exprimir el jugo de las cabezas de magueyes cocidos en los hornos y que una vez estuvieran repletos de cabezas de los verdes agaves mezcaleros —diferentes de los azules de Tequila— para ablandarlos con fuego de palmas y nopales secos y quizá con leña llevada de muy largas distancias. Este variado repertorio de formas se termina con la aparición de una curiosa chimenea de sección cuadrangular que ostenta en su exterior una escalera en espiral hecha sobre sus cuatro caras con losas de basalto de considerable grosor y longitud y que le da un aspecto difícil de encontrar en cualquiera otra parte del mundo. La soledad melancólica de los patios, de los corrales y caballerizas que empezamos a ver tan pronto traspusimos el vano de ingreso —carente de las necesarias puertas—, se mitiga con la presencia de la casa grande, ahora remozada y habitada por dueños potosinos, anexa a la pequeña capilla de puertas infranqueables y paramento de cal, con acertados toques de azul añil en los marcos de la puerta y la ventana.

Salimos nuevamente por el portón, despedidos por un viejo corvado y un grupo de chiquillos gritadores y perros ladradores que nos acompañaron un buen trecho, y nos dispusimos a regresar a Zacatecas para emprender el día siguiente nuestro viaje hacia el norte.

El día había sido completo, la comida deliciosa, los vinos memorables y la compañía casual y fugaz de un clérigo amigo, de raro talento y notable erudición, nos disponían favorablemente para emprender el largo camino que nos esperaba.

A la mañana siguiente, utilizando un Ford LTD 1975, amplio y cómodo, con cajuela suficiente para llevar el equipo y las viandas de nuestro banquete campestre cotidiano, nos dispusimos a tomar

la carretera que habría de llevarnos a los municipios de Concepción del Oro y Mazapil, pasando por cerca de 300 kilómetros de desierto; de un desierto bello e imponente, a veces cubierto de palmas zamandocas y a veces sólo de “gobernadora” y “candelilla”, salpicado de pequeñísimos y tristes ranchos solitarios pero a la vez lleno de impresionantes lejanías vencidas por la solitaria carretera de larguísima tangentes, enormes planicies rodeadas de cerros azules que en el paso de Rocamontes se torna sinuosa para descanso de las mentes y los ojos.

Llegamos a Concepción del Oro, feo pueblo minero con una fea iglesia recién construida, calles sucias y serpeantes que pasamos sin detenernos porque llevábamos ante nosotros la ilusión de ver el hermoso templecito del poblado minero de Aranzazú, con su interior forrado de bellos retablos estípites de pequeñas dimensiones pero de gran riqueza formal, en su peculiar ubicación, acurrucada en los repliegues de la serranía, por donde habríamos de subir para llegar al pueblo de Mazapil. Disfrutamos de los retablos estípites que poco tiempo después habrían de ser desmontados y transportados a la estación del ferrocarril, lejana y polvorienta, de El Salvador, en donde habrían de ser quemados en su totalidad a causa de riñas entre la gente del poblado y que, para sorpresa nuestra, habría de completarse poco tiempo después con la total destrucción de la bella iglesita para ser sustituida por otra nueva de horribles proporciones y enorme factura grotesca, que es la que ahora padece el pueblcito que fuera bautizado originalmente con el sonoro nombre de Aranzazú, Virgen patrona de los vascos.

Habíamos comenzado por recorrer en la mañana, al iniciar el viaje, una zona rica y próspera, de producción agrícola, para dejarla pronto y convertirse el largo trayecto, como ya he dicho, en interminables rectas sobre llanos desérticos de horizontes a veces ilimitados.

Allí el desierto era hermoso, a pesar de su flora hostil y su absoluta ausencia de árboles acogedores. Al principio algunos huizaches y uno que otro mezquite y después enormes extensiones de palmas con sus retorcidos brazos y sus duras punzantes hojas, que adoptaban formas torturadas que sirvieron al ilustre pintor zacatecano, Francisco Goitia, para pintar algunos de sus cuadros más impresionantes.

Se desarrolló el viaje sin incidentes; pasamos, como ya dije, el mineral de Concepción del Oro, y horrorizados de lo que habíamos visto en Aranzazú emprendimos la subida para trasponer la sierra

de Mazapil y llegar a una de sus cumbres en donde se encuentra este pueblo, ese día casi desierto, y que fuera en un tiempo gran emporio minero. Sus calles vacías, rectas, amplias y solitarias sólo nos ofrecieron el interés de su parroquia del siglo XVIII con capillas que tienen en sus testeros bellos retablos estíptes, uno de los cuales se quemó parcialmente por la absurda costumbre de poner velas y veladoras sobre sus cornizuelos o sobre la mesa del altar y que ostenta aún las negras cicatrices entre el esplendor de la decoración de oro rutilante.

Volvimos a emprender nuestro camino pasando, barranca de por medio, frente a una mina de turquesas, las de mejor calidad en territorio mexicano, y junto a grandes montañas cubiertas de pequeños cedros de forma esférica y colocados sobre la superficie del terreno en forma azas simétrica y equidistante, como si hubieran sido plantados por la mano de un jardinero. Comentamos tan extraña y hermosa vegetación, y a poco andar, tras de gozar nuestro diario banquete a la sombra de uno de los últimos cedros, comenzamos a recorrer una nueva planicie polvorienta de muy escasa y triste vegetación, compuesta principalmente de lechuguilla, cardenches, gobernadora, candelilla y guayule, y al fin llegamos al final de nuestro viaje de aquel día, que era la antigua hacienda de Cedros, emporio agrícola y guayulero en épocas pasadas, y encontramos una iglesia de gran tamaño, sobria arquitectura del XVIII, y en su interior un numeroso conjunto de óleos sobre tela del siglo XVIII, con retratos de arzobispos de Durango, a cuya arquidiócesis perteneció el lugar en algún tiempo, y en los nichos pequeñas esculturas estofadas de gran calidad. Nuestra compañera Elisa, cámara en ristre, los retrató a todos, y, para nuestra sorpresa, encontramos que aquella gran hacienda de antaño se había convertido en un villorrio de apenas diez o quince vecinos.

Las nudosas manos de una humilde anciana empuñaron la llave del portón y lograron, tras algunos esfuerzos, hacer correr el pestillo para dejarnos salir del lugar.

Nuestro regreso fue un poco triste, por considerar lo ocurrido a la iglesita de Aranzazú y por el desamparo y potencial desaparición de los tesoros de Cedros.

La tercera y última excursión que mencionaré en esta crónica será la que hicimos hacia el sur y surponiente, pasando por lo que queda de la antigua bella e importante hacienda de Malpaso, con su alameda estúpidamente partida en dos por una carretera, por simple afán vandálico, el año de 1923.

Pasamos también por Jerez, ameno valle de importantes monumentos en el cual, sin duda, lo de mayor interés es la parte antigua del Panteón de Dolores, en donde se pueden ver un puñado de tumbas que son grandes obras de cantería y realizaciones de un estilo ecléctico de factura sui géneris y ornamentación romántica de gran finura y exquisitez de trazo, como en El Carro.

Ahí puede también admirarse la rara y hermosa portada del atrio del Santuario de la Soledad, obra, como el cementerio, de anónimos artífices y que comulga con algunas otras del estado y de otros como el poniente de Jalisco y Guanajuato, en una simbiosis estilística que consiste en que los canteros comenzaron por labrar y erigir haces de columnas corintias con su respectiva éntasis bien calculada, sus bases y sus capiteles rica y ortodoxamente labrados, y después siguieron la fábrica con cerramientos de arcos apuntados de estirpe gótica y cresterías de formas fantásticas, finas y de gran movimiento, que recuerdan el arte del siglo XIV. Esta simbiosis nos permite titular este tipo de arquitectura que se desarrolló en tan amplia región de México, con el simpático título de "estilo clasigótico". Perdone el lector este atrevimiento que algún día podrá confirmarse con seriedad por medio de un estudio amplio de los numerosos casos que se conocen.

Pasamos adelante; recorrimos varios pueblos y nos desviamos de la carretera que va a Guadalajara en el de Tepechtlán y comenzamos a transitar por una de tierra que nos llevó a los pueblos de Villa Guerrero, Temastlán y, por fin, comenzamos a descender la empinada cuesta de Bolaños, territorio de Jalisco muy olvidado y abandonado. Antiguo centro minero que al principio del siglo pasado fue explotado por la Bolaños Mining Company tras de haberlo sido por españoles, criollos y peninsulares, en el XVIII. Enfrente de nosotros estaba la imponente masa de la sierra de los huicholes, y en el fondo, a lo largo del río de Bolaños, el pueblo de ese nombre con su urbanística "lineal", sus tres magníficas iglesias dieciochescas, de relevante interés, sus grandes ruinas de instalaciones mineras, sus túneles mineros abiertos al otro lado del río, su flora lujuriente y su interesantísima Casa de Moneda (siglo XVIII) que se conserva (o se conservaba) en un estado que permite apreciar la importancia que una vez tuvo el mineral.

A principios del siglo, la compañía británica diseñó y construyó maquinaria compuesta de locomotoras de vapor sobre orugas para arrastrar trenes de grandes vagonetas, también de orugas, que habrían de pasar por el camino que con facilidad recorrimos y

que en aquel entonces no existía y era preciso subir y bajar cerros y barrancas abruptas, pedregosas y aun cubiertas de bosques, para llevar herramientas y combustibles a la mina y traer a Zacatecas el mineral extraído para embarcarlo por el ferrocarril central a su destino.

Vimos, por último, "La casa del Gringo", lo más espectacular, interesante y raro de nuestro viaje. Su fachada, del siglo XVIII, ostenta una obra de argamasa que representa una escena de cacería al estilo colonial, con mosquetones y arcabuces persiguiendo venados, liebres y jabalíes.

El interior ha sido "remodelado" al estilo inglés con sobriedad, comodidad y extraordinario buen gusto. Es obra novohispana modificada con éxito, increíble, por el gusto sajón.

Cenamos en una limpia fonda de blancos manteles cubiertos de plástico, en compañía de uno o dos habitantes del lugar que amablemente respondían a nuestras preguntas y dormimos en la plaza, a pierna suelta, dentro de nuestros vehículos. Al día siguiente retornamos a Zacatecas para nuevas "empresas" que ya no describiré, y con gran sentimiento de mi parte, nuestra querida y amable pareja de visitantes capitalinos decidió retornar a la metrópoli, en donde recientemente tuvimos la gran pena de perder al entrañable amigo, al historiador catalán, don Carlos Bosch García, que de Dios goce.

CARLOS BOSCH GARCÍA, MAESTRO Y AMIGO

Por *María Esther* SCHUMACHER
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

FRUCTÍFERA FUE LA VIDA de Carlos Bosch como intelectual, artista, investigador, maestro y amigo. No sólo tuve la suerte de ser su alumna, sino que gocé de su amistad.

En 1970, en los primeros años de la carrera de Estudios Latinoamericanos, me inscribí a su curso de Historia de América Latina en el siglo XIX. No sólo aprendí los contenidos académicos, sino que disfruté de su sabiduría y de su incomparable estilo para dar clase. Sentado en el escritorio o al pasear por la tarima del salón, nos transmitía sus conocimientos con voz clara y bien timbrada. Así nos condujo de la mano por los procesos de la Independencia y por los primeros y azarosos años de vida de las repúblicas latinoamericanas. Aparecían siempre en su cátedra temas que dominaba, tales como las relaciones entre Estados Unidos y México, o su constante interés por el mar.

Algún tiempo después, el maestro Bosch me llamó para preguntarme si querría suplirlo en su curso sobre el siglo XIX. Tenía la oportunidad, me explicó, de realizar una ilusión largamente acariciada. Acudiría al llamado del mar. Se iba con unos amigos a viajar en un yate por toda la costa del Pacífico mexicano. Su libro *México frente al mar* da testimonio de ese viaje.

Joven estudiante todavía, me sentí muy honrada a la vez que muy comprometida y sobre todo con mucho miedo. Nunca antes había dado una clase y tenía poca idea de cómo hacerlo.

Le comuniqué al maestro mis dudas, miedos y carencias, y con una amplia sonrisa me dijo: "Niña, eso no es problema. Para empezar, tiene usted una voz lo suficientemente potente para que se le oiga bien en un salón de clases. Solamente necesita, como los actores, perderle el miedo al auditorio".

Con enorme paciencia y con verdadera vocación de maestro me enseñó todo lo que había que saber para dar una clase. Desde

cómo prepararla hasta los trucos para pararse ante un grupo. Me prestó sus notas, me dio las guías de las clases que tenía que dictar y me mandó a prepararme.

Después de varios días de leer y releer, de repasar apuntes y elaborar notas, llegó la hora en que tenía que demostrar ante el grupo que era capaz de sustituir al maestro Bosch. Sin embargo, todavía hoy recuerdo que lo que más me preocupaba era tener que dar esa clase no sólo a los alumnos sino al maestro. Después de presentarme ante su grupo, se dirigió al final del salón y se sentó en la última banca.

Con su apoyo y su aprobación, ese día inicié una actividad que he realizado y disfrutado durante los últimos veinte años. Gracias al maestro Bosch por haber compartido conmigo ese gusto por dar clases. Gracias por su amistad permanente.

CARLOS BOSCH GARCÍA, AMIGO Y MAESTRO

Por *Enrique* SUÁREZ GAONA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

MI EVOCACIÓN DE Carlos Bosch es opuesta, aunque no contradictoria, de la de —como él la llamaba— Esther: lo recuerdo primero como amigo y después como mi profesor.

Y la culpa de todo ello la tuvo un atentado contra la naturaleza, mínimo sin duda para algunos, pero atroz para Carlos y para mí: una tarde de principios de los años setenta, al llegar casi al mismo tiempo al estacionamiento de Filosofía y Letras, nos percatamos de que acababan de derribar la más hermosa jacaranda del lugar, en aras de hacer un cubo más para un auto.

Lo divertido del asunto es que, después de haber emitido las leperadas mexicanas de rigor, ambos nos dimos a la tarea de especular quién sería el primer cretino profesor que se estacionaría ahí sin darse cuenta del crimen. Le atinamos: desde entonces nos unió la tierra por todo o todos los que se lo merecieran (según nuestro criterio exclusivista, claro).

Pero si eso era fácil al hablar del entorno humano de la Facultad, las dificultades comenzaban al ponderar el mundo real: no es lo mismo coincidir sobre los santones autoerigidos en propietarios de la enseñanza de la historia, la filosofía o ambas, que discutir sobre los turbulentos años que nos ha tocado vivir hasta hoy. Y, para evitarlas, nos desviábamos a discutir cuestiones del arte, la historia y en sus últimos años —yo todo oídos—, de la vida. De ella con un gusto, una energía y una vitalidad envidiables. Permanecía siendo plenamente informal y serio.

Fue mi profesor en El Colegio de México, con una magnífica exposición sobre las relaciones de México con los Estados Unidos, desde nuestra Independencia hasta la guerra con ellos que mutiló nuestro territorio, como sostenía en su profundo, estricto y rotundo español. Su clase era un ejemplo de lo que puede ser una

cátedra basada en puros documentos, de lo que debe hacerse con un análisis científico, sin tener que escudar la ignorancia en el pie de página.

Yo descubrí la dimensión histórica del mar, no en sus clases, sino en sus apasionados y largos parlamentos. Compartí con Carlos, en mi ignorancia, el descuido en que se le tenía entre los estudiosos de nuestra historia. Descuido que intentó llenar con su proyecto —fallido, y no por él— de crear un museo del mar en México. Proyecto fallido que él compensó con dos cumplidos textos, el primero de ellos, *México frente al mar*, bellamente ilustrado por su propio arte pictórico y fotográfico.

Recuerdo sus últimos años. Después de su operación, se me hizo costumbre —de ninguna manera pedida por él— de esperarlo a las puertas de la Torre de Humanidades y Filosofía y Letras, para acompañarlo en su obligatoria caminata matinal. No se quejaba. Lo tomaba como algo natural. Lo genial era su charla, repito, un recuento vital lleno de vida: sus maestros, sus lecturas, sus aventuras como agente naviero en Panamá, lo que le significaba ser un mexicano nacido en Cataluña y, en el centro de todo, su amor y respeto y admiración intelectual por su padre, don Pere Bosch i Gimpera.

En este escrito a vuelapluma, me doy cuenta, apenas, que Carlos Bosch fue más mi maestro como amigo que en la formalidad de las aulas.

Este libro se terminó de imprimir el mes de junio de 1994 en Talleres Gráficos de Cultura, S. A. de C. V. Av. Coyoacán 1031, 03100 México, D. F. Su tiro consta de 2 000 ejemplares.



américa nuestra

DE BONAMPAK AL TEMPLO MAYOR. El azul maya en Mesoamérica

Constantino REYES-VALERIO

Las pinturas del aborigen Juan Gersón en Tecamachalco lo llevaron a conocer, en 1963, el pigmento llamado *azul maya*. ¿Por qué ese azul sólo existió en los murales prehispánicos y en las obras de los conventos del siglo XVI y desapareció de los murales del siglo XVII en adelante? Fruto de la búsqueda y las reflexiones sobre ese azul es el libro que hoy se ofrece al lector, en el que la ciencia y la historia se han unido para resolver lo que hasta hace poco tiempo era una incógnita.

artes

ENCUENTROS CON DIEGO RIVERA

Guadalupe RIVERA MARIN/Juan CORONEL

Este libro está hecho a base de dos líneas paralelas que se cruzan sin esfuerzo. De un lado, los materiales iconográficos abundantes, necesarios, imprescindibles. De otro, los textos que se imbrican en ellos.

Se trata de una biografía plástica. Habla Diego, pero también se habla de Diego. Está aquí su pintura, pero también la pintura de la que proviene su pintura. Está Diego mismo, sin duda, pero Diego es inexplicable sin sus mujeres y sus hijas, sin sus amigos y sus enemigos, sin sus ideas y sus tropiezos.

la creación literaria

OBRAS COMPLETAS. Los confines del hombre (Vol. 16)

Alejo CARPENTIER

"Los confines del hombre" es una frase escrita por Carpentier en *Los pasos perdidos*. Denota sin lugar a dudas su reiterada preocupación por la infinita dimensión de los humanos y por eso la elegí para titular esta obra.

Félix Bález-Jorge

historia inmediata

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: Apuntes para una biografía

Sonia HENRIQUEZ UREÑA DE HLITO

Me propongo escribir algo así como una biografía de mi padre. Su recuerdo me ha perseguido siempre, desde luego porque lo quise mucho, pero también, creo, porque lo perdí de golpe siendo muy joven. Se escapó de mi vida y me quedé como en deuda, con el sentimiento de haberlo desperdiciado, de no haberle demostrado todo mi cariño y al mismo tiempo no haberle hecho caso en lo que seguramente esperaba de mí. Leer sus escritos, leer sobre él, me ha ayudado a estar más cerca de él, a conocer mejor su pensamiento.

La autora.

DE VENTA EN:

Av. Cerro del Agua Núm. 248, Col. Romero de Terreros,
Tél. 658.7555 y en librerías de prestigio

PROBLEMAS DEL DESARROLLO



COMITÉ EDITORIAL: José Luis Cecaña Gámez, Alma Chapoy Bonifaz, Gloria González Salazar, Alfredo Guerra-Borges y José Rangel.

Director: Salvador Rodríguez y Rodríguez

Vol. XXV núm. 96 enero-marzo 1994

Presentación

OPINIONES Y COMENTARIOS

GLOBALIZACIÓN: MODERNIDAD Y DESARROLLO

José Luis Valdés Ugalde

Reto democrático y globalismo modernizador: Estados Unidos y América Latina o de la inutilidad del espejo

John Saxe-Fernández

México: ¿globalización o inserción colonial?

Ricardo Zapata Martí

Globalización: modernidad y desarrollo

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

Ángel Basoli Batello

Regiones para el desarrollo de México

Felipe Torres Torres

La agricultura autosustentable en el marco de la integración comercial de América del Norte

Alfonso Corona Rentería

Reestructuración regional en México, variables macroeconómicas y Tratado de Libre Comercio

Jorge R. Serrano Moreno

El TLC v la Región Centro de México: algunos aspectos básicos de esta relación

Javier Delgadillo Macías

Recursos naturales y ecología: bases para un desarrollo sustentable

Eliezer Morales Aragón

Tratado Trilateral de Libre Comercio: un desastre potencial para la agricultura mexicana

Mark A. Martínez

Relaciones bilaterales México-Estados Unidos v el Tratado de Libre Comercio ¿La ayuda transicional como "capital político"?

HOMENAJES A RICARDO POZAS Y ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

Juvenio Wing

Al Maestro Ricardo Pozas Arciniega

Singular reconocimiento a Alonso Aguilar Monteverde

TESTIMONIOS

Bernardo Olmedo

Balance de diez años de modernización del campo

Fernando Carmona

Latinoamérica avanza hacia su alternativa

LIBROS

ÍNDICES ANUALES

EL TRIMESTRE ECONOMICO



COMITÉ DICTAMINADOR: Carlos Bazdresch P., Alejandro Castañeda, Benjamín Contreras, Raúl Livas, John Scott, Lucía Segovia, Rodolfo de la Torre. CONSEJO EDITORIAL: Edimar L. Bacha, José Blanco, Gerardo Bueno, Enrique Cárdenas, Arturo Fernández, Ricardo French-Davis, Enrique Florescano, Roberto Frenkel, Ricardo Hausmann, Albert O. Hirschman, David Ibarra, Francisco Lopes, Guillermo Maldonado, José A. Ocampo, Luis Ángel Rojo Duque, Gert Rosenthal, Fernando Rosenzweig (†), Francisco Sagasti, Jaime José Serra, Jesús Silva Herzog Flores, Osvaldo Sunkel, Carlos Tello, Ernesto Zedillo.

Director: Carlos Bazdresch P. Subdirector: Rodolfo de la Torre
Secretario de Redacción: Guillermo Escalante A.

Vol. LXI (1) México, Enero-Marzo de 1994 Núm. 241

ARTÍCULOS

Frank Hahn

Lo que pueden o no hacer los mercados

Alejandro Izurieta y Rob Vos

Ajuste estructural y costo social en la América Latina. ¿Qué nos explican los estudios recientes?

Óscar Altimir

Cambios de la desigualdad y la pobreza en la América Latina

Miguel Székely Pardo

Estabilización y ajuste con desigualdad y pobreza: El caso de México

NOTAS Y COMENTARIOS: Victor E. Tokman, *Informalidad y pobreza: Progreso social y modernización productiva*. Nora Lustig, *Medición de la pobreza y de la desigualdad en la América Latina. El emperador no tiene ropa*

EL TRIMESTRE ECONOMICO aparece en los meses de enero, abril, julio y octubre. La suscripción en México cuesta N\$100.00. Número suelto N\$35.00. Indices de números 1-200 (por autores y temático) N\$7.50

Precio de suscripción por un año, 1994

	España, Centro y Sudamérica (dólares)	Resto del mundo (dólares)
Personal	35.00	42.00
Número suelto	12.00	18.00
Índice de números 1-200	20.00	50.00
Universidades, bibliotecas e instituciones	42.00	120.00
Número suelto	30.00	42.00

Fondo de Cultura Económica, carretera Picacho Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, 14200 México, D.F. Suscripciones y anuncios: teléfono 227-46-70, señora Irma Barrón.

México INTERNACIONAL

DIRECTOR: CARLOS CALVO ZAPATA

PRECIO PACTO: NS2.00
JUNIO DE 1994SUBDIRECCION EDITORIAL: GRACIELA ARROYO PICHARDO, MANUEL BECERRA RAMIREZ, RAUL
BENITEZ MANAUT, JOSE ANTONIO CRESPO, LUIS GONZALEZ SOUZA Y JUAN CARLOS MENDOZAAÑO 5
NUMERO 58Asociación Mexicana de
Estudios Internacionales

**Reflexiones sobre
la Cuenca del Pacífico**

RICARDO MENDEZ SILVA, página 10

Instituto Matías Romero
de Estudios Diplomáticos

**Del TLC al libre
comercio hemisférico**

PEDRO GONZALEZ OLVERA, página 24



**Reconocimiento al programa
económico nacional**

GASPAR D. LUBLIN, página 15

**Ingreso de México a
la Organización para
la Cooperación y
el Desarrollo Económicos**

GENARO HERNANDEZ VILLALOBOS, página 8

Cámara de Diputados

**El alza de las tasas
de interés en EU**

página 18

**Las relaciones México-Corea
después del TLCAN**

EDUARDO ROLDAN, página 16



Ernesto Zedillo

**Diez puntos para
la reactivación económica**

página 20

México INTERNACIONAL

Se envía a todas las embajadas, consulados y misiones diplomáticas de nuestro país en el extranjero; a todas las representaciones de otros países en México, a todos los organismos internacionales y a todas las instituciones de educación superior en la República Mexicana.
De venta en puestos y librerías.

**Reflexiones sobre
la Cuenca del Pacífico**

CARLOS USCANGA, página 2

**Del TLC al libre
comercio hemisférico**

MARIA CRISTINA ROSAS, página 6

**Reconocimiento al programa
económico nacional**

**Ingreso de México a
la Organización para
la Cooperación y
el Desarrollo Económicos**

GENARO HERNANDEZ VILLALOBOS, página 8

**El alza de las tasas
de interés en EU**

PAULINO ERNESTO ARELLANES JIMENEZ,
página 21

**Las relaciones México-Corea
después del TLCAN**

EDUARDO ROLDAN, página 16

TOPODRILO

S O C I E D A D C I E N C I A Y A R T E



**Sucesión, Medios y Juventud
desempleada en México**

R. RODRIGUEZ / J. MORR • J. ESTEIMU • R. GURZA

LA LITERATURA EUROPEA.

**EL SURGIMIENTO DE UNA ESTRUCTURA
DUALISTA ▶ PIERRE BORDIEU**

Erotismo Posmoderno

Jorge Veraza Urtuzuástegui

34

FRANK ZAPPA

Famoso pero no conocido

LA SONRISA.
UN CAMINO HACIA COMALA
Rocio Antúnez

**CULTURA DEL ROCK (U2, Tori
Amos, Mujeres y rock), Mijail
Bajitín, Umberto Eco, CINE, VIDEO**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA IZTAPALAPA
Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades

NS 10.00

CASA ABIERTA AL TIEMPO

U.S.D. \$ 3.25

Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales

Comité Editorial: Juan Carlos Torre (Director), Roberto Bouzas, Ricardo Carciofi, Daniel Chudnovsky, Liliana De Riz, José Nun, Hilda Sabato, Getulio E. Steinbach (Secretario de Redacción)

ISSN 0046-001X

Vol. 34

Abril-junio 1994

Nº 133

JOHN MARKOFF y VERONICA MONTECINOS: El irresistible ascenso de los economistas.

GRACIELA DUCATENZEILER y PHILIP OXHORN: Democracia, autoritarismo y el problema de la gobernabilidad en América Latina.

ROBERTO BENENCIA: La horticultura bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo.

IGNACIO KLICH: Peronistas y radicales ante las aspiraciones sionistas en Palestina.

PABLO GUTMAN: Países en desarrollo y negociaciones ambientales internacionales: los riesgos de la falta de información.

NOEMIM GIRBALDEBLACHA: Azúcar, poder político y propuestas de concertación para el Noroeste argentino en los años '20. Las Conferencias de Gobernadores de 1926-1927.

COMUNICACIONES

JOSE LUIS NICOLINI: Privatizaciones y la estabilidad de una abultada deuda pública externa.

CRITICA DE LIBROS

ROBERTO PEREYRA y PABLO A. TAVILLA: Inflación y crecimiento: una historia de amor y desencuentros.

SAMUEL AMARAL: La trampa de los principios y la traición de la política.

INFORMACION DE BIBLIOTECA

- Reseñas Bibliográficas / Revista de Revistas / Publicaciones Recibidas.
- Convocatoria al IV Concurso Latinoamericano de Ensayos de Crítica Bibliográfica.

DESARROLLO ECONOMICO - Revista de Ciencias Sociales es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, \$ 60,00; Países limítrofes, U\$S 68; Resto de América, U\$S 74; Europa, U\$S 76; Asia, África y Oceanía, U\$S 80. Ejemplar simple: U\$S 15 (recargos según destino y por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a:



Instituto de Desarrollo Económico y Social
Aráoz 2838 ♦ 1425 Buenos Aires ♦ Argentina
Teléfono: 804-4949 ♦ Fax: (541) 804-5856

COLONIAL LATIN AMERICAN HISTORICAL REVIEW - CLAHR



Enfasis: *EPOCA COLONIAL EN AMERICA
LUSO-HISPANA*

SOLICITAMOS SU PARTICIPACION CON

Estudios originales Max. 25-30 pp. con notas de pie de página en disco de computadora si es posible WordPerfect 6.0
IBM compatible en inglés o español

SUSCRIPCION

\$35 Institución

\$30 Individual

\$25 Estudiante (con firma de miembro de facultad)

\$8 Un ejemplar

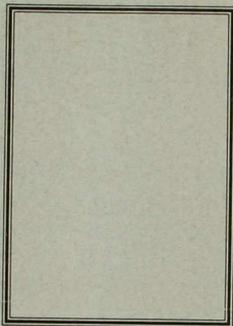
Agregue \$5 para franqueo fuera de EUA, CAN, MEX

PARA INFORMACION ESCRIBA A:

Dr. Joseph P. Sánchez, Editor
COLONIAL LATIN AMERICAN
HISTORICAL REVIEW (CLAHR)
Spanish Colonial Research Center
Zimmerman Library, University of New Mexico
Albuquerque, NM 87131 USA
(505) 766-8743/ Fax (505) 277-4603

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

REVISTA MEXICANA
DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES



Es la revista de ciencia política con mayor prestigio y tradición en el país. Su lista de colaboradores está formada por distinguidos académicos que analizan temas contemporáneos y el pensamiento político clásico.

Is the most prestigious political science journal in México. It's list of contributors is formed by distinguished scholars who analyses contemporary topics and classical political thought.

Suscripción de 1994
(4 números)
D.F. N\$ 80
Nacional N\$ 90
Internacional \$ 90 dólares

Para suscribirse o comprar números sueltos enviar cheque o giro postal por la cantidad correspondiente, a nombre de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a la siguiente dirección:

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Circuito Cultural UNAM, Edif. "C", 2° piso, Ciudad Universitaria, México, D.F., C.P. 04510. Fax-666-8334 y 665-1100.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / JUNIO 1994 NÚM. 521

RECUERDO DE JOSÉ GAOS

■ textos inéditos de GAOS

Además, trabajos de:

■ Fernando Salmerón ■ Leopoldo Zea
■ Alfonso Rangel Guerra ■ Ramón Xirau

■ Damián Bayón escribe sobre la **EGIPTOMANÍA** en el arte

■ Alberto Blanco: **EL ESPACIO SE COME AL TIEMPO**

Insurgentes Sur 3744, Tlalpa, 14000, México D.F.

De venta en las librerías universitarias, tiendas de la UNAM, Samborns y librerías Gandhi y Parnaso, entre otras. Llame a los números 666 3972, 666 3624 y fax 666 3749 y acudiremos a tomar su suscripción *dentro* del D.F.

TRACE

Travaux et Recherches dans les
Amériques du Centre

25

Thomas Calvo: Prólogo / Claude-François Baudez, Nathalie Borgnino y Valérie Lauthelin: Investigaciones arqueológicas en el delta del Diquís (Costa Rica) / René Viel y H.J. Hall: El proyecto "Preclásico de Copán" / Sophia Pincemin Deliberos: Policromía *versus* monocromía en la arquitectura maya / Alejandro Martínez Muriel: La utilización de flora y fauna durante el Formativo Tardío en el Centro de Chiapas / Vera Tiesler Blos: La deformación cefálica entre los mayas prehispánicos: una propuesta metodológica para su interpretación social / François Gendron: ¿Azuelas o propulsores? Sorprendentes jades olmecas / Román Hapka y Fabienne Rouvinez: Prospección arqueológica en las cuevas del Cerro Rabón (Sierra Mazateca, Oaxaca) / Michael D. Glascock, Héctor Neff, Joaquín García-Bárcena y Alejandro Pastrana: La obsidiana "meca" del centro de México, análisis químico y petrográfico / Alejandro Pastrana: La estrategia militar de la Triple Alianza y el control de la obsidiana: el caso de Itzteyocan, Veracruz / Roberto Cruz-Cisneros y María Susana Xelhuantzi-López: Delimitación hidrológica de la Cuenca de Zacapu, Michoacán / Gabriela Uruñuela y Ladrón de Guevara: Comentarios sobre los entierros del fraccionamiento San Juan, Atoyac, Jalisco / Francisco Valdez: Tumbas de tiro en Usmajac (Jalisco). Hacia una reorientación de la temática / Fernando Escalante Gonzalba: Nota de lectura / Thomas Calvo, Martine Dauzier, Grégory Pereira: Reseñas.



Pedidos e informes: CENTRO DE ESTUDIOS
MEXICANOS Y CENTROAMERICANOS
Sierra Leona 330 - Apartado Postal 41 879
Lomas de Chapultepec 11000 México D.F.
☎ 540 59 21 - 540 59 22 FAX 540 59 23

50

PREGUNTAS

LOS

CANDIDATOS

Federico Reyes Heróles
(coordinador)

Elecciones Mexicanas
21 de agosto de 1994



La Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas
(ONG)
con el auspicio de la
Oficina Regional de la UNESCO para la Cultura en
América Latina y el Caribe (ORCALC)
y la Embajada del Perú

convocan a la jornada científica homenaje a
José Carlos Mariátegui

Participarán las Secciones de Ciencia Política, Filosofía, Historia de la Filosofía, Ética, Problemas Filosóficos de la Educación y Estética sobre las temáticas Ideario americano de Mariátegui, Relaciones entre la Filosofía y la Política, Concepciones éticas, estéticas, pedagógicas de Mariátegui, sus influencias e interrelaciones con Juan Marinello, Augusto Roa y otros intelectuales cubanos.

Dicha JORNADA CIENTÍFICA se inscribe en el marco de las actividades nacionales e internacionales que se celebran en América y Europa en homenaje al AMAUTA -- que culminarán en México en Noviembre próximo -- y tendrá lugar el 28 de octubre en los salones de la Asociación Cubana de Naciones Unidas, sita en J y 25, Vedado, La Habana, en el horario comprendido entre 9:00 de la mañana y 4:00 de la tarde.

Por el Comité Organizador,

Dra. Thalia Fung
Dr. José Torres
Arq. Hernán Crespo Toral
Dr. Edgar Montiel
Dr. Rigoberto Pupo
Dra. Isabel Monal
Prof. Miriam Verdes
Lic. Armando Cristóbal
Dra. Miriam Gras
Lic. Ileana Capote
Dra. Marta Martínez

Mayores informes a
los teléfonos
32-1091 y 23-8409

1^{er}. CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y CULTURA DEL CARIBE

INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA-COLCULTURA
CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
-CCYDEL- UNAM MEXICO-



INFORMES: Colcultura, Calle 8 No. 6-97 Santafé de Bogotá, Colombia. Tel: (571) 2825874 - Fax: 3421721.
CCYDEL: Torre 1 de Humanidades, Ciudad Universitaria, México D.F. 04510
TEL: (525) 6221902 - 6221907 - FAX: 6162515



Barranquilla, Colombia - 2 al 4 de Agosto de 1994



CONVOCATORIA AL CONCURSO INTERNACIONAL DE ENSAYO

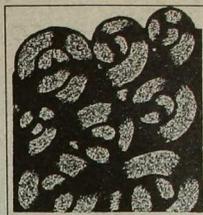
VIDA Y OBRA DE VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE

La Comisión del Centenario de Víctor Raúl Haya de la Torre, con auspicio de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (COPPAL) convoca a Concurso Internacional de Ensayo, de acuerdo a las siguientes bases:

1. El tema versará sobre cualquier aspecto de la vida y pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre.
2. Los Participantes no tendrán limitaciones de nacionalidad.
3. Los trabajos serán inéditos y se presentarán en original y cuatro copias, suscritas con seudónimo. Serán acompañados de un sobre cerrado, en cuya parte externa se anotará el seudónimo y en el interior irá el título del ensayo, nombre y datos personales del autor.
4. La redacción será en español. Cada trabajo tendrá una extensión mínima de ochenta páginas mecanografiadas a doble espacio en papel tamaño carta.
5. Ningún autor podrá enviar más de un ensayo.
6. COPPAL otorgará los siguientes premios:
Primer Premio: \$2500.00
Segundo Premio: \$1500.00
Tercer Premio: \$1000.00
7. El jurado estará integrado por:
Germán Arciniegas (Presidente)
Robert Alexander
Eugenio Chang Rodriguez
Eusebio Leal
Teodoro Rivero-Ayllón
8. La Comisión convocante se reserva el derecho de publicar los trabajos participantes.
9. Fecha límite de entrega de trabajos: 30 de noviembre de 1994.
10. Los premios serán entregados dentro de las celebraciones del Centenario de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Los trabajos serán remitidos a:
Av. Dos de Mayo N° 1890 - San Isidro., Lima, Perú. Teléfono: 41-3764

CUADERNOS DE CUADERNOS



CUADERNOS AMERICANOS inaugura una nueva colección dedicada a difundir estudios que contribuyan a la comprensión de los diversos aspectos de la cultura latinoamericana.

En el contexto de los cambios inéditos que vive el mundo contemporáneo, CUADERNOS DE CUADERNOS continuará con la tradición de diálogo, pluralidad y reflexión crítica que siempre ha caracterizado a nuestras publicaciones.

TITULOS

Fernando Ainsa et al., *La novela histórica*, México, Cuadernos Americanos, UNAM, 1991 (Cuadernos de Cuadernos, 1).

José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*, México, Cuadernos Americanos, UNAM, 1992 (Cuadernos de Cuadernos, 2).

Cátedra de América Latina: *Ibero-América 500 años después. Identidad e integración. Contribución a la I Cumbre Iberoamericana*, México, Cuadernos Americanos, UNAM, 1993 (Cuadernos de Cuadernos, 3).

Leopoldo Zea, *Filosofar a la altura del hombre*. Discrepar para comprender, México, Cuadernos Americanos, UNAM, 1993 (Cuadernos de Cuadernos, 4).

David R. Maciel, *El bandolero, el pocho y la raza. Imágenes cinematográficas del chicano*, México, Cuadernos Americanos, UNAM, 1994 (Cuadernos de Cuadernos, 5).

PRECIOS POR EJEMPLAR EN MEXICO:

Cuadernos de Cuadernos núm. 1 (agotado), núms. 2, 3 y 5 N\$ 30.00, núm. 4 N\$ 40.00

PRECIOS POR EJEMPLAR EN EL EXTRANJERO:

Cuadernos de Cuadernos núm. 1 (agotado), núms. 2, 3 y 5 \$17.00 US DLS, núm. 4 \$20.00 US DLS.

Redacción y Administración:
Torre I de Humanidades, 2° piso, Ciudad Universitaria 04510, México D.F.
Tel 622-1902 FAX 616-2515
GIROS: APARTADO POSTAL 965 MEXICO, D.F., 06000

CUADERNOS AMERICANOS

Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina

Deseo suscribirme a *Cuadernos Americanos*

NOMBRE: _____

DIRECCIÓN: _____

CIUDAD: _____ ESTADO: _____

CÓDIGO POSTAL: _____ PAÍS: _____ TELÉFONO: _____

CHEQUE: _____ BANCO: _____

GIRO: _____ SUCURSAL: _____

Suscripción Renovación Importe: _____

Suscripción anual durante 1994 (6 números):

- México: N\$ 105.00
 Otros Países: \$125 US DLS (Tarifa única).

Precio unitario durante 1994:

- México: N\$ 18.00
 Otros Países: \$24 US DLS (Tarifa única).

Redacción y Administración:
 Torre I de Humanidades, 2º piso,
 Ciudad Universitaria
 04510, México, D.F.
 Tel. 622-1902 FAX. 616-2515

GIROS: APARTADO POSTAL 965 MÉXICO, D.F., 06000

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

Número 46

Julio-Agosto

Volumen 4

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

Leopoldo Zea, Latinoamérica y el problema de la modernidad
 Ottmar Ette, La puesta en escena de la mesa de trabajo: Raynal
 y Humboldt

François Rigolot, Montaigne, lector europeo de América
 Edgar Montiel, Nuestra América y la UNESCO

Jacqueline Martínez Uriarte y Carmen Páramo Fernández, Partidos de
 izquierda y elecciones

Diana Guillén, ¿Y el poder se queda en familia! Pistas sobre el desarrollo
 político en América Latina

Danilo Martuccelli y Maristella Svampa, Notas para una historia de la
 sociología latinoamericana

Ángel Cerutti y Daniel Lvovich, Migración y prejuicio: los inmigrantes
 chilenos en el Territorio del Neuquén, Argentina, 1885-1930

PUERTO RICO

José Luis Abellán, La realidad puertorriqueña a la luz del último
 referéndum sobre su *status* político

Maria E. Estades Font, Poder militar y política en Puerto Rico, 1898-1918

Luis Ferrao, Puerto Rico y México: un vínculo cultural perdurable

José Ferrer Canales, Significación de Rafael Cordero, maestro
 puertorriqueño

Adriana Arpini, Auto y heteroimagen social en los escritos de Eugenio
 María de Hostos

CONTENIDO

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

- Leopoldo Zea* Derechos humanos y el problema indígena
Henri Favre Raza y nación en México, de la Independencia a la Revolución
- Hanns-Albert Steger* ¿Tiene futuro Latinoamérica?
Michèle Guicharnaud-Tollis Notas sobre el tiempo histórico en la ficción: la conquista de México en *Guatimozin*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda
- Antonio Benítez Rojo* ¿Cómo narrar la nación? El círculo de Domingo Delmonte y el surgimiento de la novela cubana

HOMENAJE A CARLOS BOSCH GARCÍA

Textos de:

- Leopoldo Zea, Irene Zea Prado,
Vicente Guamer,
Damián Bayón,
Luis González y González,
Federico Reyes Heróles,
Marlene Alcántara Domínguez,
René Avilés Fabila,
Rosa Isabel Gaytán Guzmán,
Olga Velázquez Rivera, Gloria Abella,
Josefina Zoraida Vázquez,
Ana Rosa Suárez Argüello,
Marcela Terrazas y Basante,
Silvio Zavala, Beatriz Ruiz Gaytán,
Horacio Cerutti Guldberg,
Elsa Cecilia Frost, Alberto Antón Cortes,
Graciela Arroyo Pichardo,
Liborio Villalobos Calderón,
Santiago Roel, Martha De Jármy Chapa,
Patricia Galeana,
Modesto Seara Vázquez,
Rosa María Romo López,
Federico Sescosse,
María Esther Schumacher, Enrique Suárez Gaona*